CRISTINA PRIETO SOLANO

DESCONEXIÓN

Selecta

Desconexión

Cristina Prieto Solano

Selecta

Para todas las Elisabetas del mundo.

Cojo aire despacio, como si el hacerlo así fuera a garantizarme que en cuanto llenase mis pulmones, todo en mi vida se fuera a asentar de repente.

«Qué vértigo».

Estoy sentada, con las piernas cruzadas, encima de una caja de tamaño considerable que forma parte de las muchas que pueblan el salón como si fueran setas adornando un bosque.

Un bosque de cartón y de pereza.

Se me escapa un suspiro y me froto un poco las manos para entrar en calor, mirando a mi alrededor, tratando de mentalizarme de que estoy de vuelta en Madrid. Aunque, por supuesto, «estar de vuelta» en mi caso implica muchos cambios. No voy a vivir con mis padres. Ni siquiera en la misma zona de Madrid. Mis padres viven en Alcobendas y a mí me pilla fatal la zona para llegar a mi nuevo trabajo, en una de las Cuatro Torres de Plaza de Castilla.

Mi nuevo trabajo… casi no me lo creo todavía. Sí que es verdad que mi vida ha dado un gran vuelco en los últimos dos años, pero nunca me hubiera esperado estar donde estoy. O más bien, donde voy a estar.

Hace seis años, cuando me abrí el canal de YouTube, frustrada por las pocas salidas que veía al periodismo y motivada por mis amigas, que creían que tenía mucho que aportar al mundo, me hubiera reído en la cara de cualquiera que me hubiera insinuado que acabaría recibiendo una oferta para trabajar de presentadora en un programa *online* que tiene todas las miras de ser un absoluto éxito.

La página web, para empezar, ya tiene más de diez mil personas registradas y preparadas para disfrutar de su contenido. La campaña de *marketing* ha sido tal que no conozco a nadie que no haya oído hablar de *Desconexión*. Prometen información, entretenimiento y, sobre todo, muchas horas de contenido sin anuncios. Eso, desde luego, será los primeros meses, hasta que creen una audiencia fiel a la que no le importe tragarse diez segundos de publicidad sobre compresas para ver su contenido favorito.

Empiezo este mismo lunes.

Y estoy sentada en el salón de mi minúsculo estudio, al lado de la parada de metro de Valdeacederas, un viernes por la noche sin ningún plan.

Resoplo.

No me apetece nada quedarme en casa porque eso implica, o bien vaciar cajas, o bien sentirme mal por no estar haciéndolo. Estoy nerviosa, y siempre que me siento así necesito distraerme y, a poder ser, una pizza cuatro quesos.

Me echo hacia delante para agarrar el móvil, que descansa encima de otro montón de cajas, y escribo un mensaje en un grupo en el que llevo muchísimos años sin participar activamente. El grupo de los amigos de siempre, de mi infancia en Alcobendas, antes de mudarme a Barcelona a la universidad y ya quedarme allí hasta el día de hoy, con veinticinco años casi recién cumplidos.

Un grupo con ocho miembros que quedan de vez en cuando y que, en el fondo, son uno de los motivos por los que más me he alegrado de mudarme a Madrid.

«Los de siempre» no tardan mucho en contestar.

Muchos tienen ya sus propios planes. Normal, es lo que pasa cuando propones cenar a las diez de la noche de un viernes, en Madrid. Pero ahí está, mi salvadora: Ro. Se apunta a un bombardeo siempre y, si no existe, lo suele crear ella sobre la ciudad que haga falta. Está hecha de explosivos y se enciende con facilidad. Y a mí se me ilumina el corazón al ver su mensaje invitándome a su casa, donde va a tomar algo con unos amigos antes de salir.

«No hay pizza, pero siempre puedo llevarla yo» pienso, con una sonrisa antes de aceptar el plan sin llegar siquiera a pensármelo dos veces.

Parece que mi vida en Madrid acaba de empezar. Y como suelo decir en mi canal de literatura, «los comienzos alucinantes preceden a historias más alucinantes todavía».

1

La casa de Ro no está demasiado lejos de mi nuevo hogar. Cerca de Cuatro Caminos, en una de esas calles perpendiculares que parecen todas iguales y en las que solíamos perdernos cuando éramos adolescentes, vive con otras dos personas a las que no ve demasiado a menudo. Una es comercial y viaja muchísimo, el otro es un chico muy joven que en cuanto puede se escapa a casa de sus padres a recibir táperes y a quedar con sus amigos del instituto.

Por tanto y por lo poco que hemos hablado estos años, sé que Ro tiende a organizar muchas fiestas en su gran salón. Es una de esas casas en las que los cuartos son zulos pero las zonas comunes pueden albergar a un regimiento. Como si se hubieran pensado precisamente para lo que las usa Ro: para fiestas y descontrol.

Una vez, en unas vacaciones de hace dos años, pude ser testigo de una de estas fiestas, así que lo que me encuentro al entrar por la puerta no me toma por sorpresa lo más mínimo. A pesar de llegar solo un poco pasadas las once, ya hay un nivel de borrachera más que notable. Sobre todo por parte de Ro, quien, en una maraña de rizos rubios y mejillas sonrosadas, se lanza a abrazarme con todas sus fuerzas.

Casi se me cae el bolso del entusiasmo con el que me recibe. Lo agarro en el último momento haciendo pinza con el índice y el pulgar en la correa, que da un tironcillo.

—¡Eli! ¡Qué bien que hayas venido! Te tengo que presentar a todo el mundo, ahora que vas a estar mucho por aquí…

Barbotea las palabras sin parar, como si temiera que al cerrar la boca le fueran a prohibir volver a abrirla para siempre. Me rodea los hombros con el brazo y yo sonrío ampliamente, mientras una sensación cálida se me instaura en el pecho. La conozco desde que teníamos seis años. Desde que «los de siempre» teníamos seis años. Vivíamos en la misma urbanización, donde todavía siguen siendo muy amigos nuestros padres.

Empezamos todos a compartir canguro, una chica llamada Carmen que tenía veinte años y era la única joven de la

urbanización dispuesta a ello, y fue precisamente Carmen la que se dio cuenta de la cantidad de niños y niñas de seis años que había en apenas tres bloques de edificios. Así acabamos compartiendo juegos, y más adelante, lo más cómodo del mundo era quedar con tus amigos que vivían a un par de puertas de distancia.

De los ocho de siempre, cinco —contándome ahora a mí— vivimos en Madrid. Los otros cuatro quedan de manera regular, cada uno con su diferente estilo de vida, pero espero que el hecho de haber vuelto y estar un poco abandonada sin otros amigos haga que el grupo se reúna un poco más. Además de que siempre he sido de las que más tiran por intentar que nos veamos.

El estruendo del salón me abruma por unos segundos, lo que tardo en acostumbrarme. Alzo la bolsa que llevo en la mano, en la que descansa una botella de Martini rojo que he comprado por el camino.

«Tiene un peligro esta botella...» fue mi pensamiento nada más pagarla. Y esas palabras llevan revoloteando en mi mente como pajarracos desde entonces.

Porque el Martini me encanta y como todo lo que me encanta, me envuelve y me cuesta mucho salir de él. Se me da muy bien con hacer deporte, fatal con las relaciones y el alcohol.

Y no es que sea demasiado fan de perder el control, la verdad. Cosa que peligra cuando Ro anda cerca. He tenido pocas experiencias de fiesta con ella, ya que mis ganas de salir comenzaron ya en Barcelona y he coincidido poco con esta chica... pero de alguna manera siempre que estamos en el mismo espacio se acaba liando.

La última vez acabé con uno de sus amigos y, al recordarlo en este momento, doy gracias de que no esté allí. Sería un tanto incómodo teniendo en cuenta que nunca volvimos a hablar.

Me presenta a unas cuantas personas cuyos nombres se me olvidan en el mismo segundo que los pronuncian —la de intentos que necesito para aprenderme los nombres de la gente…— y después de dejar el abrigo y el bolso en su cuarto, tan desordenado como lo recordaba, me dirige a la cocina para darme un vaso y que pueda empezar el proceso normal del botellón. Los años pasan pero las costumbres no cambian.

Meto la botella de Martini como puedo en la atestada nevera, y

cuando me doy la vuelta la encuentro apoyada en la encimera de mármol, mirándome con una amplia sonrisa. A veces, cuando Ro te mira así, casi puedes ver los colmillos de vampiro asomando de sus labios. Pero no puedes evitar devolverle la sonrisa.

—¿Qué tramas, ricitos? —le pregunto, cerrando la puerta de la nevera con el trasero mientras sujeto el vaso de plástico lleno de Martini hasta arriba.

—Nada, se me hace muy raro pensar que te vamos a tener de vuelta por aquí.

—Pues vais a tener Elisa para rato —bromeo, guiñándole un ojo.

Me acerco hacia la encimera y apoyo la parte baja de la espalda sobre ella, a su derecha. Así, puestas una al lado de la otra, parece que vayamos a contemplar un espectáculo y a juzgar en silencio.

Si el silencio se nos diera bien a alguna.

—¿Has visto ya a alguien más?

—He llegado hace apenas unas horas, Ro. —Cruzo los brazos, dejando el vaso de plástico por delante—. Me ha dado tiempo a acoplarme a este plan y poco más.

—Entonces no has visto…

—No, no le he visto —la corto y, al darme cuenta de lo brusca que he sonado, giro la cabeza para mirarla y sonreír—. Cómo sabía que me ibas a preguntar por él...

Ella se ríe con suavidad, lo que me indica que ya va un poco tocada. Aunque hay algo en su expresión que me desconcierta un poco.

Y, sobre todo, es el hecho de que esté sacando este tema. No solemos hablar de ello y parece que hay un voto secreto en el grupo para que, si se habla, sea en broma y con tapujos. Me pregunto cuántos Martinis necesitaría yo para sincerarme al respecto, y decido en el mismo segundo que la botella que descansa en la nevera no sería todavía suficiente.

—¿Sabes que siempre he pensado que ibais a acabar juntos?

Esa pregunta me descoloca por completo, porque la dice con una cierta tristeza, como si le diera nostalgia algo que nunca sucedió. Me pregunto por un segundo si será consciente de lo que está diciendo o lo que esa suposición provoca en mí. Al menos, en lo más mínimo.

—Pues tú, la única —resoplo, y doy un trago al vaso, que me sabe a verdadera gloria—. El vacile que me ha caído siempre…

—Yo creo que a Lucas le gustabas. Pero la adolescencia es un mal momento para que te guste una chica si tus amigos se están burlando de toda la situación.

—La adolescencia es una época muy mala para que te guste alguien en general.

Mi mente vaga sin mi permiso. Totalmente en contra de todo lo que yo hubiera pedido. A esos años, con trece, en los que Lucas se desarrolló y yo aún estaba en ese proceso de encontrar mi cuerpo de adulta. Esos años en los que nos quedábamos hablando por Messenger hasta las cuatro de la mañana, a escondidas de nuestros padres y, sobre todo, del resto de nuestros amigos. Sí, puede que yo le gustara entonces. Probablemente no tanto como él a mí, claro, porque yo estaba enamorada como solo eres capaz de estarlo con trece años. Y con catorce, y con quince… puede decirse que solo dejé de estarlo a los dieciocho, cuando me mudé a Barcelona.

Éramos la comidilla de nuestros amigos. Ocho adolescentes juntos todo el día… de algo se tenía que hablar, y la broma recurrente era cuánto me gustaba él a mí. Nunca a la inversa, porque Lucas en público nunca mostraba ningún tipo de interés. Pero yo no podía evitar que se me cayera la baba en algunas situaciones, ponerme roja cuando nos tocaba juntos en algún juego o tartamudear un poco según lo que me dijera. Como la niña que era. Y claro, los otros no se portaban muy bien con eso. Como los niños que eran.

No les guardo demasiado rencor, porque opino que no lo hacían con malicia, pero sí que hay una parte de mí que se pregunta qué hubiera pasado si ellos no hubieran ridiculizado lo que yo sentía. Como si fuera una vergüenza gustarle a Elisa.

También es verdad que yo en aquella época era otra. Mi físico era muy parecido al de ahora pero totalmente distinto a un mismo tiempo. Era muy tímida, me apocaba, me escondía en capas y capas

de ropa demostrando lo poco que me quería. Lo mucho que me avergonzaba de ser quien era.

Los años y el trabajo en mi propia autoestima me han convertido en una persona que, si bien tiene bajones, como todas en algún momento, se parece a sí misma la bomba. Quizás todo el tema del canal de YouTube haya afectado positivamente en este punto. Cuando te expones tanto, tienes que trabajar en la muralla que te rodea y te separa de lo que piensan los demás. La mía es ya tan alta que casi roza las nubes. Pero me la he tenido que trabajar piedra a piedra.

También considero que los años te dan una cierta «experiencia profesional» en verte mejor. Aprendes qué corte de pelo te favorece más (y te es más sencillo mantener), qué hacer con tu piel cuando se pone rebelde y a comer un poco más sano. Por mi parte, nunca he tenido un cuerpo que siga los estándares de belleza (más que nada porque mis caderas se salen de cualquier estándar donde las quieras meter, sobre todo si es un pantalón de la 38) y cuando me aficioné al gimnasio, me di cuenta de que me gusta más verme atlética que delgada. Y que me gusta demasiado beber Martini como para ponerme a seguir una dieta muy estricta. Perdí unos cuantos kilos de grasa, los gané de músculo e hice las paces con el resto de ellos.

Y Lucas… decir que perdimos el contacto sería ser bastante amables. Cuando yo me fui a la universidad, seguíamos hablando bastante con el recién estrenado WhatsApp, pero cada uno hizo su vida y a mí empezó a mosquearme ser su amiga secreta. El hacer las paces conmigo misma coincidió con que dejara de permitir que otros me ocultaran..

Casi me cuesta pensar en quién era comparada con quién soy ahora.

—Era un mal momento, desde luego —prosigo, como conclusión a mis pensamientos.

—Ay, ya te he sacado el tema profundo, lo siento. —Chasquea la lengua, bromista, y se baja de un salto de la encimera—. ¿Me das un poco de Martini?

—Por favor. Cuanto más bebas tú, menos bebo yo.

***

Los sábados de resaca son algo que solo existe en mi vida desde hace un año. Hasta los veinticuatro, parecía como si mi cuerpo fuera invencible, como si por mucho que bebiera vodka de cuatro euros del Mercadona o vino de noventa céntimos del Lidl (mis dos tácticas de emborrachamiento durante años), nada malo pudiera pasar. Ahora, las mejores resacas son las de Martini, y aun así me dejan tirada durante horas con el estómago revuelto y abonada a la taza del váter. Desde luego, no es la forma en la que pensaba pasar mi primera noche como mujer independiente en Madrid. Postrada en la cama. Pero la juerga estuvo muy bien así que tampoco planeo quejarme demasiado.

Agarro el móvil para ver la hora: las dos de la tarde. Resoplo. Acabé llegando a casa cerca de las cinco, solo para darme cuenta de que, claro, en mi énfasis en no abrir cajas no había siquiera puesto unas sábanas en la cama de matrimonio del pequeño cuarto. Y venga a abrir cajas, y venga a buscar como una loca dónde las había metido. Porque el orden nunca ha sido lo mío. Total, que me acosté (o más bien, caí en coma) cerca de las seis con un cabreo conmigo misma de tres pares de narices. Me pasa cuando me emborracho: me enfurruño con facilidad. Sobre todo, si quiero dormir y algo me lo impide.

«Supongo que todo eso explica por qué estoy envuelta en la sábana bajera como un kebab» pienso mientras estiro el brazo derecho para tratar de encajar la goma en una de las esquinas de la cama, sin ninguna posibilidad de éxito. La goma da un latigazo que hace que vuelva a su posición, envolviéndome como una momia en su sarcófago.

«Murió como vivió. Calentita y haciendo el ridículo».

Alzo la otra mano, desembarazándome de la sábana bajera para leer los WhatsApp que parecen esperarme. Una conversación es de Ro y tiene todas las fotos que hicimos en la discoteca. Una cantidad absurda de *selfies* que tendremos que borrar de forma inmediata si queremos conservar aunque sea un ápice de dignidad. Lo peor es que tengo clarísimo que Ro usará alguna como felicitación de mi próximo cumpleaños. Justo cuando me haya olvidado ya de su existencia.

Otro es del chat de familia, que compartimos mis padres, mi hermana pequeña y yo. Lorena está de Erasmus en Bruselas, más feliz que nunca. Se ha echado una novia belga que no puede ser más rubia y sale en todas las fotos que nos manda con una sonrisa

que no le cabe en la cara. En parte me alegro, pero por otro lado siempre me hace plantearme si yo misma soy igual de feliz.

Mi madre pregunta qué tal la mudanza y que si voy a ir a comer con ellos mañana. Le escribo que sí, protesto porque no haya un emoticono de tortilla —por enésima vez en mi vida— y cambio de chat.

«Los de siempre» tiene un buen puñado de mensajes y ya me huelo por qué antes de abrirlo.

Efectivamente, Ro mandó a las dos de la mañana una de las *selfies* vergonzosas. Que en su momento seguro que nos pareció que salíamos divinas, a pesar del fondo del baño de la discoteca y el váter asqueroso en primer plano. Y yo sacando la lengua como si se me fuera a caer.

Me doy una palmada en la cara, lo que hace que me envuelva aún más con la sábana bajera. «Qué desastre».

Lola: Guapas. Las más pibonas de Madrid.

Rober: Vaya pedo, chavalas

Lucas: Lo que nos hemos perdido, gente. La bienvenida por todo lo alto...

Se me para un poco el corazón al leer su nombre. Me pasa siempre, y lo considero más hábito que verdadero sentimiento. ¿Le pasa a todo el mundo? Yo tiendo a acostumbrarme muy rápido a las reacciones que me provocan las personas. Tanto es así que, aunque ya no sienta lo que las desembocaba en ese momento, mi cuerpo tiende a reaccionar siempre igual. O sea que si tú me interesas y estoy acostumbrada a fijarme en ti, lo voy a seguir haciendo sin darme cuenta. ¿Tiene esto algún sentido?

Por eso, aunque hace más de dos años que no veo a Lucas, y aún más que eso, que no pienso en él más que cuando se habla por el grupo, me encuentro a mí misma analizando hasta el porqué de los puntos suspensivos al final de su frase.

Es curioso cómo funciona la mente humana. Al menos, la mía.

«Se acabó el modo oruga. Hora de convertirse en mariposa» decido en ese momento, y me desembarazo de la sábana bajera con un ímpetu admirable.

Luego, al incorporarme, me doy de bruces con mi imagen

reflejada en el espejo del tocador y se me pasa eso de considerarme mariposa. Más bien parezco el capullo que envuelve la oruga. Me sale reírme. Desde luego, un pensamiento que tengo a menudo es que quien crea quererme, tiene que verme así y ver si se replantea las cosas. De resaca, con restos de maquillaje, el moño alto y despeinado como si fuera una cebolla y el pijama de conejitos.

El tema del tocador me sigue haciendo bastante gracia. Venía con el piso, un piso de apenas treinta metros cuadrados que básicamente no tiene espacio para nada, y tiene tocador. Además, es un mueble tan bajo y tan encajado entre la cama y la pared derecha, que no sirve para nada más que para estorbar. Pero de alguna manera, y aunque pude haber exigido que se lo llevaran, me hizo la suficiente gracia como para querer mantenerlo.

La de cosas que se quedan en nuestra vida sin ningún motivo potente para ello.

Resoplando, porque me encanta quejarme aunque no haya nadie para oírlo, arrastro el culo fuera de la cama y me peleo con ella hasta dejarla bien. Estiro un poco el edredón y recoloco la almohada en la parte alta, que se había caído por el hueco entre la cama y la pared al desplazar el colchón. Con eso me doy por satisfecha.

«Ahora que lo pienso, no tengo nada para desayunar».

Me asomo al pequeño salón para asustarme por un segundo con el caos que lo invade todo antes de dar dos pasos hacia atrás y volver a sentarme en el borde de la cama.

Repaso mis opciones: una es morir de hambre, la otra es bajar al supermercado.

Mi estómago está rugiendo a un nivel que no me permite otra cosa, ni mucho menos el tiempo necesario para ducharme, así que está decidido.

Rebusco entre las dos cajas que han cabido en el dormitorio hasta encontrar unas mallas negras de deporte, pesco el sujetador deportivo con el que hice el viaje ayer, que ha visto mejores días y que se había escondido bajo la cama, y me enfundo el abrigo tal cual por encima.

Un poquito de cordura me invade justo antes de salir, porque paso por el cuarto de baño para pasarme una toallita

desmaquillante, quitarme el moño y hacerme una coleta alta.

Me dedico dos segundos en el espejo: doy bastante pena, pero mi intención por ahora no es enamorar a nadie. Solo hacer una pequeña compra que me permita subsistir. Si a la pechuga de pavo no le parezco atractiva, podré vivir con ello.

***

La verdad es que por muy grande que sea Madrid, hay una regla muy clara que se cumple siempre en todas partes: cuanto peor pinta lleves, más gente conocida te vas a encontrar. Da igual el tiempo que lleves sin vivir en una ciudad, da igual las horas, da igual que estés de viaje en el pueblo más recóndito del país más desconocido del mundo, esto se va a cumplir como si el universo existiera solo para hacerte pasar bochorno.

Por eso casi no me sorprendo cuando me encuentro a Paula, una chica de mi instituto, en cuanto piso el supermercado de al lado de mi nueva casa. Casi nos damos de bruces enfrente de los congelados, donde yo estoy aprovisionándome de patatas gajo para pasar la resaca. Me doy la vuelta para continuar con mi ruta y ella tuerce la esquina, haciendo que nos quedemos frente a frente.

Reprimo un chillido por el susto, así que puedo imaginar que la cara que me sale es de estar aguantándome un pedo. Ella se ríe, y mi «yo» del instituto sale a la luz para pensar que igual se está riendo de mí.

Paula era una de las populares. La deportista, la artística, la todo. Una chica de melena negra y ojos azules que los traía a todos de cabeza. Cuando sonríe, recuerdo por qué: por esa sonrisa se estamparían los trenes.

—¡Eli!

—¡Paula!

Nos damos dos besos apresurados y un tanto incómodos, al menos por mi parte. La última imagen que me devolvió el espejo del baño parece habérseme tatuado en la mente.

Lo malo es que tendría que haberlo sabido.

Y de todas las personas que podría encontrarme, una de las chicas populares de mi instituto, ese lugar archiconocido como el

cementerio de la autoestima, creo que estaría en el top diez de las peores opciones.

—¡Cuánto tiempo! ¿Vives por aquí?

—Me acabo de mudar a apenas veinte metros calle abajo. —Me fuerzo a sonreírle.

—Joder, qué pequeño es el mundo. Yo vivo en la de atrás. —Hace un gesto para representar la ubicación—. Desde hace un par de años. Con unas amigas.

—Yo tengo un zulito para mí sola. —Sonrío, esta vez de verdad, sintiéndome un tanto más cómoda.

—He visto lo del canal de YouTube, tía, ¡te sigo! Qué pasada, me alucina que seas capaz de contar las cosas con tanta naturalidad, yo me moriría de vergüenza.

Ahí tenemos uno de esos comentarios que no tengo muy claro, porque apenas la conozco, en qué dirección van. ¿Intenta halagarme, o es un puñal encubierto? ¿O quizás son mis inseguridades saliendo a flote otra vez? Decido darle el beneficio de la duda.

—Siempre he sido muy de venadas y me dio por ahí. No pensaba que lo fuera a ver nadie, la verdad. Y justo estoy en Madrid por eso, me han ofrecido formar parte de un canal de entretenimiento que van a estrenar. No sé si te suena de ver los anuncios, se llama *Desconexión*.

Sus ojos emiten una especie de brillo antes de abrirse mucho. Junta ambas manos en señal de emoción, y veo que con una está sujetando un paquete de magdalenas, lo que me resulta bastante adorable.

—¡Tía, eso es genial! ¡Me alegro mazo!

Sonrío ante ese «mazo» tan madrileño.

—¿Y tú a qué te dedicas?

—Pues yo estoy en una consultora de cooperación. Hacemos proyectos de educación y salud, la verdad es que muy contenta.

—Es de lo tuyo, ¿no? Me alegro mucho.

Sí que es verdad que me enteré de que había acabado estudiando relaciones internacionales o algo parecido. Al final, quieras o no, acabas sabiendo media vida de tus excompañeros de instituto.

—Sí, he tenido suerte.

Sobreviene el silencio, en el que las dos nos observamos sin saber qué decir. O al menos, yo no tengo ni idea de cómo romperlo.

—Oye, pues viviendo tan cerca tenemos que quedar para ponernos al día —resuelve, y saca el móvil del bolsillo con su mano libre. Las magdalenas hacen ruido de fricción de plástico cuando lo hace—. Dame tu número.

Como tampoco tengo otra opción, se lo recito con calma. Me manda un WhatsApp en el mismo momento para confirmarme el suyo y nos despedimos con cortesía.

Mi parte adolescente, que tengo la teoría de que siempre vivirá conmigo, está complacida. Al fin y al cabo, me las he apañado bastante bien en una situación inesperada y con una chica a la que solía admirar en secreto.

Pero luego paso por la zona de pescadería y me veo reflejada en una de las columnas con espejos, recuerdo las pintas que llevo y mis mejillas se encienden de vergüenza. Poco me dura el orgullo.

Menos mal que, probablemente, no la vuelva a ver en mucho tiempo.

¿No?

***

Después de un par de horas deshaciendo cajas y con una ración de patatas inhumana entre pecho y espalda, hay dos mensajes que me sorprenden en la misma medida: uno es de Paula, que me dice que ha sido genial encontrarse conmigo, y el otro es en el grupo de «Los de siempre». Lola propone tomar un café mañana después de comer y celebrar el reencuentro.

Supongo en un primer momento que ha propuesto eso porque Lola es muy especial a la hora de comer fuera y prefiere ahorrarse cualquier comentario o cara rara cuando pida ir a algún sitio vegano. Cuando se volvió vegana teníamos dieciocho años y éramos

mucho más estúpidos (si cabe) que ahora, y le hicimos pasar un mal rato a la pobre. Aunque supongo que ahora no pasaría, entiendo que no quiera meterse en berenjenales. Nunca mejor dicho. Anoto mentalmente hablar de eso con ella, y quedar a comer algún día. Seguro que es capaz de recomendarme algo que me guste, aunque no sea la persona más fácil con la comida del mundo.

Me apresuro a teclear un entusiasta «sí» para dejarles claras las ganas que tengo de verlos. A Ro también, y eso que no hace ni doce horas que estábamos bailando la Macarena en un garito de Malasaña.

Evito pensar en lo que implica ver a Lucas. O lo que me genera por dentro, que opino que es poco, pero es de estas cosas que cuanto más lo miras, más crece. ¿O es cuanto más lo ignoras…? Sacudo la cabeza.

Recuerdo la comida con mis padres y pienso que el día siguiente no puede tener mejor pinta, así que decido dedicar hoy a preparar mi entrada en el nuevo trabajo. Siempre me ha gustado estar preparada para lo que viene, y sé que voy a encontrarme más a gusto si llevo un par de propuestas de guion para el primer programa, aunque me hayan dicho que no hace falta.

Aparto una caja de la mesa de escritorio que hay en el salón, acerco la silla y planto el portátil encima.

Cuando lo enciendo, siento como si mi vida hubiera empezado a encarrilarse en esos nuevos raíles de mi vida en Madrid.

Fiesta, resaca, amigos y trabajo. Todo con su *check* verde. Por ahora, no necesito más.

2

Entrar en casa de mis padres siempre me genera dos reacciones que pueden parecer diametralmente opuestas: familiaridad, como si mi hogar me hubiera estado esperando todo este tiempo, y desconocimiento, como si por llevar meses sin pisarlo la casa me rechazara de alguna manera. Los olores son los mismos pero han cambiado, los muebles son los mismos pero no los reconozco igual.

A veces el corazón recuerda de la misma forma que olvida: dando bandazos.

Los brazos de mi madre me envuelven con su calor de siempre, eso al menos nunca cambia. Desde que mi hermana se fue de Erasmus y, acostumbrada como estaba a tenerla en casa, debe de sentirse bastante sola.

Nunca ha sido demasiado gallina clueca con nosotras, pero sé que le gustaba mucho tener a Lorena cerca y, al menos, poder cuidar de alguien. Puedo reflejarme en eso: he heredado de ella el sentirme responsable de los demás, y hay una parte de mí que necesita entregarse de alguna manera. Que se lanza hacia delante con las palmas extendidas.

Esa parte es la que se suele llevar más hostias, por supuesto. Está tan magullada que casi ni se la reconoce.

—Cómo se nota que me echabais de menos. Mi comida favorita, mi postre favorito… —comento delante del tiramisú casero de mi padre—. En dos meses ya estaréis hasta el moño de mí y no vuelvo a oler esto jamás.

—Exactamente —coincide mi padre, guiñándome un ojo.

—¿Estás nerviosa por el nuevo trabajo, cielo? —interviene mi madre.

—Un poco —reconozco, revolviéndome en la silla—. Una cosa es tener el canal de YouTube, que después de estos años lo llevo ya sin problemas y solo depende de mí… pero meterme en un equipo de gente, con guionistas y tal… me preocupa un poco.

—Lo vas a hacer genial —dice ella—. Además, no estabas muy contenta en tu trabajo allí en Barcelona, ¿no?

Trago saliva de manera inconsciente porque sus palabras me recuerdan momentos y sensaciones que no querría volver a rememorar. Además del canal de YouTube, que obviamente no me daba para vivir, y después del Máster en Marketing, estaba trabajando de becaria mal pagada en una empresa muy grande en Barcelona. El trabajo en sí no me disgustaba demasiado, pero el trato era pésimo. Te miraban mal si te ibas a tu hora, te menospreciaban por ser la más joven (y la becaria, para más inri) y todos los días tenía que soportar algún comentario maleducado por parte de alguna de mis compañeras.

Desde luego, cuando el canal de entretenimiento *Desconexión* me ofreció un trabajo, por mucho miedo que tuviera al cambio, no tuve que pensármelo dos veces. ¿Dejar el trabajo en el que soy miserable por dedicarme plenamente a lo que me gusta y a lo que me llena? Sí y mil veces sí.

Lo del miedo ya lo gestionaremos aparte.

—Estaba fatal en ese curro, sí. No volvería por nada del mundo.

—Y con tu canal, ¿qué pasa?

—Por contrato, lo tengo aparcado hasta que empiece el nuevo trabajo. Luego veremos cómo hacer, pero la idea es centralizar casi todo mi contenido allí, con ellos. Normal, no querrán que se disperse mi audiencia.

—Vamos a echar de menos tus vídeos cada miércoles —sonríe mi madre.

Es una sonrisa tan sincera que me enternece el corazón.

—Por cierto, ahora en un rato me voy con los de siempre a tomar un café.

—¡Qué bien! —exclama ella, juntando las manos—. Dales muchos besos de nuestra parte.

Le sonrío, porque la sonrisa se me catapulta hacia arriba. El cariño que le tiene mi madre a todos mis amigos de la infancia es infinito. No por nada les hacía la merienda cada pocos días y les ha limpiado hasta los mocos.

—Claro, mamá. Seguro que les hace ilusión.

***

La luz de La Latina de los domingos por la tarde es una de esas magias que no se pueden expresar con palabras. Ni siquiera yo, que decidí dirigir mi parte periodista y mi vida a explicar cosas a otros de la manera más sencilla posible, puedo siquiera osar intentarlo.

«Si tuviera un mínimo don para la poesía, desde luego vendría aquí a inspirarme» pienso mientras respiro hondo y me apoyo contra la valla que rodea el Mercado de la Paja.

Como siempre, llego la primera, y eso me gusta. Me tranquiliza pensar que a pesar de todo lo que ha cambiado en mí, hay cosas inamovibles que se me quedan dentro.

El pelo violeta de Lola llega a mí antes que ella. O esa es la sensación que recordaré después. Por el rabillo del ojo, la veo acercarse con una sonrisa de medio lado, esa que echaba tanto de menos, y abre un solo brazo para indicarme que me acerque. Me envuelve con él y me da una palmada afectuosa en la espalda.

—Eli… Cuánto tiempo, tía. Ya casi no te reconozco.

—Si no he cambiado nada desde cuarto de primaria. Tú, sin embargo, cada vez que te veo llevas los pelos de un color diferente.

—Según me sienta en ese momento —se lleva la mano al pecho, frunciendo la nariz.

Ese gesto tan característico suyo me hace sentir más en casa que haber comido el tiramisú casero de mi padre. Cojo aire con profundidad.

—Aquí estamos.

—Aquí estamos —repite, asintiendo.

Y en ese momento aparece Rober.

Hasta eso encaja. Este orden de llegada. Primero yo, la ansias, la que lo tiene que tener todo controlado, la que siente que si está ahí la primera se sentirá la primera en el resto de cosas. O al menos, no la última. Después Lola, que no tiene que hacer nada para controlarlo: le sale solo, natural; de esas personas que parece que,

en lugar de rendirse al mundo, es el mundo el que está siempre a sus pies. Rober cinco minutos tarde, exactamente la cantidad de pasotismo que tiene dentro. Con andares tranquilos y mordiéndose el labio. Se ha cortado las rastas y está bastante más guapo de lo que lo recordaba, observándolo todo con esos ojos azules que parecen ver siempre el mundo por primera vez.

Me pone la mano y la choco a la vez que nos impulsamos para juntar hombros, como si fuéramos dos colegas en una serie americana.

—¡Cuánto tiempo! —exclamo, feliz—. Tío, ¿y las rastas?

Se pasa la mano por el pelo, como si mis palabras se lo acabaran de recordar.

—Llegó el otoño y se me cayeron —se encoge de hombros.

—Y después de acabar el máster tocó empezar a buscar curro… —completa Lola, metiéndose con él.

Rober pone los ojos en blanco, pero acaba mordiéndose el labio de nuevo, conteniendo una sonrisa. Siempre le ha brillado la mirada cuando Lola está en su campo de visión. Incluso entorna menos los ojos, que ya tiene rasgados de por sí. Todos lo hemos pensado siempre, pero nunca nadie ha dicho nada. Es parte de lo que tiene crecer juntos, supongo. A mí me tocó el vacile de ser la que estaba pillada por Lucas, y a Rober nunca nadie le ha soplado siquiera. Igual precisamente porque estaban ocupados conmigo.

Después llega Ro. La incombustible Ro, con sus rizos, su sonrisa estratosférica y unas ojeras profundas que evidencian la resaca que compartimos. Con los brazos abiertos nos envuelve a los tres, que chocamos en un cúmulo de brazos, cabezas y risas.

—¡No me puedo creer que os tenga tan a mano! Bueno, a vosotros dos siempre os he tenido a mano. —Pone una mueca de asco, como si esa información le diera igual—. Pero ¡mirad a Eli! ¡Que la he visto dos veces en menos de veinticuatro horas!

—No sé cómo puedes tener tanta energía después de lo del viernes —bromeo.

—Las resacas duran un día, que aún no somos tan viejas —me guiña un ojo ella.

Y entonces llega él.

Él.

Y cómo me jode que siga siendo un «Él» y que mi cuerpo lo tenga tan claro en cuanto se adivina su silueta saliendo del metro.

Lo señala Ro, creo. O Rober. No lo tengo muy claro. Lo que sí siento es cómo el corazón se me para dentro del pecho.

«Viejos hábitos» me espeto a mí misma, intentando convencerme.

Aunque hace dos años no llevaba ese abrigo largo y negro tan elegante, y creo que es la primera vez en mi vida que le veo con bufanda. Debe haberse cansado de estar enfermo cada dos meses.

Se ha dejado el pelo negro un poco más largo y le cae despeinado por la frente. Su piel, morena como si se pasara el día en la playa, contrasta con el blanco de sus dientes cuando nos sonríe.

Estoy completamente convencida de que en realidad no es tan guapo como le veo yo. Pondría la mano en el fuego por ello. Quizás es el conocerle, el saber cómo es, lo que me atrapa. Relaciono cada gesto que hace con su forma de ser.

Lo compararía encantada con la opinión que tienen Ro y Lola de él, pero implicaría hablar del tema y eso, que hay un tema del que hablar, no me gusta un pelo.

Lucas sonríe de medio lado y se dedica a saludar a todo el mundo. A mí me deja la última, aunque también soy la que está más lejos de él. Si mi vida fuera una comedia romántica, el momento en el que nuestros ojos se encontraran el tiempo se pararía y empezaría a sonar una música preciosa, a la vez que nuestros corazones saltarían a un mismo ritmo.

Como es la vida real, yo voy a por los dos besos, él a por el abrazo, y acabamos dándonos un golpe en el lateral de la cabeza.

Nos separamos riendo —algo es algo— y frotándonos la zona dolorida, tras un alarido por mi parte.

—Siempre tan explosiva —dice él, en tono suave.

—Son cabezazos cariñosos, ya sabes… —bromeo yo.

Al menos, tantos años de amistad me permiten no hiperventilar a pesar de todo lo que estoy sintiendo por dentro. Sobre todo, a pesar de saber que la adolescente que hay en mí y que pensaba haber erradicado está más viva que nunca. Está viva, hambrienta, y con todos los recursos para destrozarme.

Me doy prisa en colocarme al lado de Ro para evitar mirar mucho a Lucas, o al menos disimular un poco que toda mi atención está centrada en él como si los años no hubieran pasado. No sé qué sucede, la última vez que le vi no fue así… aunque claro, no vivíamos en la misma ciudad. Igual la perspectiva de verle a menudo es lo que lo está cambiando todo.

Nos metemos en un bar, juntamos varias mesas y no puedo evitar sonreír como una tonta al oír a todos pedir lo de siempre. Dos cañas, para Lucas y Lola. Cafés con leche para Rober y para mí y Ro pide una infusión extraña de la que nunca he oído siquiera hablar. Es como si volviéramos a tener diecisiete años, solo que añorando las rastas de Rober y la sonrisa metálica de Lola.

Lucas se sienta frente a mí, y al quitarse el abrigo deja al descubierto una camisa azul a cuadros que le da un toque muy formal.

—¿Vienes de una boda? —bromeo.

—Aún no he encontrado a ninguna incauta que quiera casarse conmigo —dice él, y me guiña un ojo.

Es otro de esos momentos. En los que se muestra esa complicidad que hemos tenido desde siempre, pero nadie más está atento. Parece que solo suceden cuando los demás no miran, como si estuvieran reservados a la más absoluta intimidad. Y lleva pasando tanto tiempo que no recuerdo la primera vez, como si estuvieran conmigo desde que tengo memoria.

—Eli, cuéntanos de tu nuevo trabajo —pide Lola, cerniendo ambas manos en torno a su caña—. No me ha llegado a quedar claro qué se supone que vas a hacer.

Sonrío, halagada por ese interés. Siempre he tenido la sensación de ser la persona menos interesante de este grupo de amigos. Me agrada mucho el poder ser por fin la que tenga algo de lo que hablar.

—Pues les gustó mucho el rollo de mi canal y me contactaron —me encojo de hombros, sin dejar de darle vueltas al café—. Son una plataforma independiente de entretenimiento, que viene pisando muy fuerte. Quieren ser el *BuzzFeed* español, o eso dicen.

—¿Rollo un poco de todo? —interviene Ro, que ya se ha acabado la infusión porque su paladar no entiende de temperaturas infernales.

—Sí, algo así. Me quieren para presentar secciones, por así decirlo. Me van a poner a un copresentador, pero aún no está decidido quién. Otro *youtuber*, desde luego.

—¿Y dónde están las oficinas?

—En una de las cuatro torres, aún tengo que aclarar cuál —sonrío—. Por eso me he cogido un apartamento por Plaza de Castilla, para poder ir andando.

—Vaya lujo, chaval. Yo tardo casi una hora en metro al curro —protesta Rober.

—Así que la próxima fiesta, en casa de Eli, ¿no? De inauguración.

La voz de Lucas me llega casi por sorpresa, como si por un momento hubiera logrado olvidarme de que sigue aquí, frente a mí. He cambiado la postura de manera inconsciente para girarme y enfocar mi cuerpo hacia Lola, que es la que me ha hecho la pregunta, así que vuelvo a girar el torso para dirigirme a él. Sus ojos se clavan en los míos como si encajaran de repente en un molde. Madre mía, los ojos negros. Mi corazón se salta un latido y yo no me puedo sentir más estúpida.

«No tienes nada que ver con la Elisa que le vio por última vez. Mucho menos con la Elisa adolescente que bebía los vientos por él. Demuéstralo. Demuéstratelo a ti misma».

—Me parece genial. Además, hace tiempo que no salimos todos juntos —comenta Lola, con su sonrisa de medio lado.

—Vaya manera de acoplaros a mi casa… —protesto, sin mucha fuerza.

Le doy un sorbo al café y trato de centrarme en el calor del líquido bajando por mi garganta. De repente, soy plenamente

consciente del bullicio de la cafetería; hasta el momento me había aislado en la burbuja que somos nosotros.

—¿Para qué están los amigos si no es para aprovecharse los unos de los otros? —bromea Lola.

—Para ser una mala influencia con el Martini —interviene Ro, alzando la mano para pedir otra infusión.

Ro se suele beber una media de tres infusiones cada vez que queda con alguien para tomar algo. Un día le va a dar un ataque con tanta salud en el cuerpo.

—Yo no te obligué a beber nada, querida —le replico, conteniendo una risa.

—Ey, ¿qué tal la fiesta el viernes, entonces? —pregunta Rober —. ¿Se desató Eli por fin?

—Tíos, Eli lleva desatada un par de años ya, solo que vosotros aún no la habéis visto.

—¿Desatada, yo? Si soy un angelito…

—¡Que te subiste a bailar a la barra de la discoteca y todo, tronca!

—¿Y quién se subió conmigo?

Nos enzarzamos en una serie de piques que me dejan el corazón tan en casa que solo me falta ponerle el felpudo de bienvenida. Es, sobre todo, reconfortante poder volver a reunirme con ellos en un ambiente distinto, más adulto, un pelín más maduro —aunque mis hormonas no opinen lo mismo cuando miro a Lucas— y con mi propio yo, que considero que no he desarrollado del todo hasta hace bien poco.

Al cabo de un par de horas de ponernos al día, Rober anuncia que se tiene que ir a hacer los táperes de la semana para la oficina y eso es suficiente para ir disolviendo la quedada. Nos despedimos con un abrazo y, esta vez sí, Lucas y yo nos coordinamos para darnos otro también. No hay música romántica pero tampoco cabezazos.

Menos da una piedra.

3

No es que tenga una experiencia demasiado extensa con primeros días de trabajo, pero después de lo mal que lo pasé en la anterior oficina, no puedo negar que estoy histérica por dentro. Solo pensar en hacer o decir algo inapropiado me come de nervios. Lo que sea con tal de no verme envuelta de nuevo en la toxicidad de un ambiente de trabajo negativo.

Solo he tenido un ataque de ansiedad en mi vida, fue en esa oficina, y me niego a volver a vivirlo. Al menos, mientras esté más o menos en mis manos evitarlo.

Me planto enfrente de la gran torre en la que se alojan las oficinas de los estudios *Desconexión*, cojo aire profundamente y, sabiéndome dramática, me adentro en el gigantesco edificio. En la recepción me preguntan mi destino y llaman a quien será mi jefa para que baje a buscarme.

—Cuando te den tu acreditación ya podrás entrar y salir tú solita —me informa la chica que se sienta tras la mesa de recepción.

Miro a ambos lados para descubrir unos guardias de seguridad. Es un edificio donde se alojan muchas oficinas importantes e incluso un par de embajadas, por lo que es comprensible que extremen las medidas de precaución, pero eso no hace que deje de sentirme muy pequeña en un ambiente demasiado grande.

Me aliso la americana, que he comprado específicamente para la ocasión, y carraspeo para intentar evitar que me salga un hilo estrangulado de voz al conocer en persona a Mariana Torres, la persona a cargo de *Desconexión* y quien contactó conmigo desde un principio. «Me gusta ser yo misma quien elija a mi equipo» me dijo en una llamada telefónica. Por eso no me extraña nada que sea ella en persona quien baje a recibirme en mi primer día. Aunque no tiene que ponerme cara —una de las ventajas de que te conozcan por YouTube—, querrá ponerme «persona», o al menos corporeidad.

Cuando aparece, saliendo del ascensor como si hubiese algún tipo de incendio y se precipita hacia mí —corriendo un poco por el gigantesco *hall*— taconeando como si llegara tarde a su propia vida,

me quedo sin respiración. Me vienen los recuerdos de mi antiguo jefe, de todo lo que pasé, y me envaro. Pero ella no tarda en romper esa tensión:

—¡Elisa! —exclama, abriendo los brazos cuando está cerca de mí.

Me planta un beso en cada mejilla que perfectamente podría haberse quedado clavado ahí. Me maravillo ante la energía de esta mujer.

«Yo no tengo esta vitalidad ni con cinco cafés encima» pienso.

—Usted debe ser Mariana... encantada de conocerla.

—Igualmente, te estábamos esperando. Me gusta que seas puntual.

Da media vuelta, con obvia intención de que la siga, y me apresuro a hacerlo. El sonido de la suela de mis botines recién comprados se acompasa al de sus tacones. El ascensor apenas tarda diez segundos en aparecer, así que el silencio no se me tira encima como suele hacerlo. Nos metemos una al lado de la otra y mi corazón comienza a latir fuerte por el nerviosismo.

—¿Nerviosa? —inquiere con una sonrisa.

—¿Me lees la mente?

—Tengo que hacerlo para ser buena en mi trabajo. —No me mira al decir esto, se limita a esbozar una ligera sonrisa con la vista al frente—. Este puesto ha venido a ti, te hemos buscado nosotros, así que tienes una buena ventaja de entrada. Te queremos y tenemos intención de que te sientas cómoda. Además, siendo prácticos, ya te hemos anunciado como fichaje en el canal, nos joderías vivos si te marcharas antes de empezar.

Esa honestidad tan abierta y directa hace que la mujer me enamore al instante. Y también que relaje los músculos de las nalgas, que sin darme cuenta había estado apretando hasta ese momento.

«Desde luego, ojalá no se meta nunca nadie dentro de mi cabeza porque a veces doy bastante penita».

—Está bien saberlo.

El ascensor se detiene con un pitido en la planta veinticinco. Cuando se abren las puertas, lo que me espera al otro lado me maravilla. Un gran pasillo se extiende hasta el fondo, y en la parte derecha de la pared, hay un rótulo con el logo del canal, *Desconexión*, ocupando un buen tramo. Las letras son azules, vibrantes, y da la sensación de que van a salir hacia delante en cualquier momento. Tengo que reconocer que el logo me conquistó en cuanto lo vi anunciado y me pareció un trabajo estupendo de la marca.

Hay bastante ajetreo de gente yendo de un lado para otro como si se tratara de una película americana. Nosotras pasamos entre ellos sin interactuar, lo que me hace pensar que este no es el momento en el que me presentan al resto del equipo. Mariana se dirige sin dudarlo ni un segundo hacia una de las últimas salas del fondo, una zona de reuniones acristalada que cuenta con una gran mesa ovalada. También hay una televisión gigantesca a un lado y un aparato que parece una especie de teléfono en el medio.

—Siéntate, por favor —me indica con un gesto de la mano.

La obedezco sin rechistar, porque los botines nuevos son preciosos pero no precisamente cómodos y llevan un buen rato destrozándome los talones. Carraspeo mientras el nerviosismo vuelve a avasallarme. Ella se sienta a mi lado y entrelaza los dedos, a la vez que apoya los codos sobre la mesa e inclina la cabeza hacia abajo, sin dejar de mirarme en ningún momento.

Mariana Torres es una mujer que rondará los cuarenta años, con el pelo rubio y liso recogido en un moño alto y unos ojos verdes penetrantes que la hacen parecer dulce e inocente. No obstante, todo en su postura y en su forma de moverse está destinado a hacerte creer todo lo contrario: no se te ocurra enfrentarte a ella si no quieres saber lo que es bueno.

Por lo poco que pude investigar en redes antes de aceptar su oferta, es la primera empresa que funda, pero no la primera que dirige. Es un referente en iniciativas de entretenimiento y siempre ha sido un tiburón en los negocios. Me recorre un escalofrío de emoción solo de pensar en poder estar aprendiendo de ella a partir de este momento. Aunque también siento un poco de temor: una persona con ese temperamento perfectamente puede acabar generando los mismos choques a los que tengo ya tanto miedo.

—Quiero que los primeros días los dediques a familiarizarte con

el equipo —suelta, sin más preámbulos—. Dentro de dos semanas estrenamos la plataforma, y el objetivo es tener grabados cinco vídeos de los cuales tú participas en tres. Tu copresentador llega mañana y haréis juntos la mayor parte del contenido. Los guiones los tendrás los lunes a las nueve en punto encima de tu mesa. Como recomendaciones generales, intenta dormir bien los días anteriores al rodaje: tenemos un equipo de maquillaje, pero no llevan a cabo ningún milagro del Señor. Hay ciertos servicios a tu disposición que te explicarán en Recursos Humanos y sobre todo… intenta pasártelo bien. Esas cosas se notan.

Acaba su discurso con una media sonrisa que no sé muy bien cómo interpretar. Me ha sonado un poco a advertencia y no me gusta demasiado comenzar así, pero prefiero verlo todo con una perspectiva amable antes que empezar a preocuparme por posibles malos rollos.

—Supongo que ahora esperas alguna pregunta por mi parte —aventuro.

—No estaría mal.

—Si se me ocurre alguna, te lo haré saber. Por ahora solo necesito que me indiques qué debo hacer ahora.

Ella asiente, como satisfecha.

—Ahora te llevaré con Recursos Humanos. Quiero que te sientas libre de contactar conmigo con cualquier duda o asunto que quieras tratar. Aquí somos todos un equipo, pero no de mentirijillas como en el resto de empresas. Aquí, de verdad. ¿Entendido?

Asiento a mi vez, incapaz de pronunciar palabra.

Todo se me está haciendo un poco grande, pero espero ser capaz de tirar para adelante.

***

No sé mucho de mi copresentador. Me han dado un nombre y un canal que no conozco en absoluto, y después de hablar con Recursos Humanos tengo un buen rato para investigarle. Supongo que él habrá hecho lo mismo conmigo.

La visita a Recursos Humanos ha ido muy bien. Mi padre me diría que mantuviera los pies en la tierra, que no es oro todo lo que

reluce, pero me han pintado la empresa como algo estupendo. Tenemos un nutricionista y una entrenadora a disposición si queremos ponernos en forma, un seguro médico bastante chulo (no les conviene que nos pongamos malos, claro) y una serie más de beneficios que, junto a un sueldo bastante decente, me dan ganas de pellizcarme el brazo por si estoy soñando. O quizás no, porque soy una quejica con muy poca tolerancia al dolor.

El amable chico de Recursos Humanos, creo que más joven incluso que yo, me ha dejado en una sala que usaremos como camerino los creadores de contenido. Es una estancia amplia, con una serie de mesas enfrentadas con espejos y bastantes armarios a los lados. En una esquina hay un escritorio largo con tres sillas, en una de las cuales me he apalancado.

Todo es tan nuevo que parece que ha salido de un catálogo de Ikea, y de un color tostado que lo unifica todo.

«TrollHugo» va a ser mi copresentador, la persona que han escogido para que nos acompañemos mutuamente en casi todas las grabaciones. Yo no he escuchado en mi vida (Julio) ese *nick*, pero también es verdad que yo consumo un contenido en YouTube muy específico: canales de divulgación sobre libros, que es lo mío. Lo que se conoce como «BookTube».

Cómo ha acabado una *booktuber* en un canal de entretenimiento que quiere ser el *BuzzFeed* español, no tengo ni la más remota idea. De alguna forma, les hace gracia cómo hablo, la gente se divierte conmigo. Tengo la teoría de que empecé con el canal para superarme a mí misma, por demostrarme que eso que me daba tanta vergüenza era superable. Ser aburrida es uno de mis mayores miedos. Que se me considere prescindible, sosa, simple.

Cuando empecé el canal, hace ya lo que parece una eternidad, le di tantas vueltas al enfoque que le quería dar que literalmente no dormí durante días. Estaba al mismo tiempo haciendo un trabajo del Máster y el tema del *marketing* online me empezaba a apasionar, así que para distraerme de una cosa me metía de lleno en otra.

Eso lo hago mucho: con aficiones y, a veces, con la gente.

Fue una sorpresa que tuviera éxito al mismo tiempo que no lo fue tanto: siempre he creído que si le pones todo tu esfuerzo, todas tus ganas y tu ilusión a algo, ese algo acabará saliendo bien. Igual no como tú esperabas o por la dirección que querías, pero saldrá

bien.

Me lo decía siempre mi abuela y me lo he tatuado a tinta negra en el corazón.

Tecleo el *nick* de mi futuro compañero, que según me han dicho conoceré mañana, y me sale al instante un canal con casi medio millón de suscriptores. Trago saliva: es evidente que a nivel redes es mucho más grande que yo. Mi canal apena llega a los cincuenta mil y si bien para un canal de Booktube son unos números bastante reseñables, desde luego que tenga diez veces más que yo me genera un poco de preocupación. Además de que es probable que se lo tenga bastante creído, claro.

Abro el último vídeo que ha subido: uno en el que se dedica a comentar clips que le mandan sus suscriptores. Parece que su estilo es el *hater*: criticar todo con cierta gracia… y un punto bastante grande de crueldad. Es un chico totalmente opuesto a lo que yo podría llamar «mi rollo» o al rollo de cualquiera con el que tenga una mínima relación: camisetas sin mangas con los brazos un tanto musculados, pelo rizado negro, despeinado, y una especie de perilla. Los ojos, muy azules y enmarcados por unas pestañas bastante espesas, le quitan un poco de dureza a su apariencia, dureza que se vuelve a reforzar cuando le escuchas hablar.

Es impresionante todo lo que puedes analizar en apenas un vídeo de alguien.

Intento ver un par más, pero ambos los dejo a mitad. No me hace gracia ese tipo de humor, las cosas brutas y aleatorias siempre se han escapado a mi comprensión. No sé por qué nos han puesto juntos: lo más probable es que sea porque no nos parecemos en nada. Creerán que hacemos una mezcla entretenida y, al final, *Desconexión* de lo que trata es de eso: entretener.

Me sobreviene un repentino nerviosismo ante conocer al tal Hugo. No creo que nos vayamos a llevar bien, nunca he sido capaz de soportar a gente así.

«Estás pensando con tus inseguridades, Elisa» me recrimino mentalmente.

Me han dicho que por hoy, y sin tener a mi compañero, me dé una vuelta por las instalaciones, me presente a quien pueda y luego me vaya a casa.

Mañana empieza todo.

4

Cuando llego al pequeño apartamento, dejo el abrigo colgado en el perchero de la entrada y barro con la mirada el pequeño salón, que es lo primero que se ve al entrar. Y pienso que igual debería barrer con algo más que con la mirada, porque el polvo que hay en este pequeño apartamento está a punto de agruparse y formar un asalto armado para proclamarse soberano y echarme de mi propia casa.

—Basta ya de vaguear, Elisa —me digo en voz alta—. Acaba ya con esto, coño.

Dejo el bolso también en el perchero, me quito los botines de un par de patadas —contribuyendo al desorden de la habitación—, despliego el coletero de la muñeca para hacerme un moño alto y me siento en el sofá. Acerco una pila de dos cajas y abro la de arriba, dispuesta al menos a hacer unos cuantos montoncitos.

Después de un rato amontonando (mi manera predilecta de recoger), tengo que reprimir el impulso de coger el móvil y revisar mi canal. Lo tengo parado desde hace dos semanas, habiendo avisado en Twitter de por qué, y ya he recibido un buen puñado de comentarios negativos respecto a mi decisión. Al final, estar tan expuesta en internet te da muchas cosas buenas, pero también muchas malas y la peor de todas es que la gente se crea que tiene derecho a voto en tu vida.

En general, considero que soy capaz de aislarme de esos comentarios, pero me he decidido a no hacerles demasiado caso, al menos hasta que haya encauzado la rutina en Madrid y lo tenga todo un poco más bajo control. Nunca he sido de dejar nada al azar, al tiempo o al destino, y está siendo una experiencia sin duda nueva para mí.

Aun así, no puedo evitar echar un vistazo a Twitter, donde publico una foto de la caja que estoy vaciando.

Tras un pequeño aluvión de *likes*, un comentario me llama la atención:

«*Las vidas que empezamos no matan del todo las que acabamos*».

Frunzo el ceño sin poder evitarlo y miro el usuario: *@eltrendelpasado*.

No me suena que haya interactuado conmigo antes, y si algo tengo es buena memoria. No para lo importante, pero para cosas como esta, sí. Para las chorradas, lo pequeño que realmente no es imprescindible. En eso, soy especialista.

Es un perfil con apenas setenta seguidores, que parece haber empezado hace poco, y que se dedica a poner citas y frases sobre la vida. De esos que yo nunca he comprendido demasiado bien.

Si bien lo que ha dicho me ha tocado la patata de alguna manera, un mensaje de WhatsApp desvía mi atención.

«Lucas...».

No tengo muy claro quién piensa su nombre, si yo o la adolescente de quince años que llevo dentro y que parece controlarme estos días.

Abro su mensaje de manera automática: nunca he sido de las que hacen como si no lo hubieran visto, como si estuvieran más ocupadas de lo que están en realidad.

Lucas: Hola, rubia.

«Vuelta al ruedo» no puedo evitar pensar, antes de inclinarme hacia delante, con el móvil agarrado con una mano entre mis piernas y mientras me paso la palma de la otra por la cara. Estoy cansada de caer, la verdad. Soy suficientemente lista como para saber que estoy a punto de hacerlo de nuevo. Y siempre que caigo, me pego la hostia.

En algún momento tendré que ponerme un colchoncillo o algo.

De todas formas, por ahora sigue siendo mi amigo y solo imaginar su mensaje de «¿Estás enfadada conmigo?» si llego a ignorarle me da mucha más pereza que contestarle ahora.

Elisa: Hola, moreno.

«A saber qué quiere».

Su respuesta no se hace de rogar: él nunca ha sido tampoco de hacerse el interesante. Al menos, no conmigo. No sé cómo será con las chicas en general. «Las chicas» como un concepto en el que

nunca he entrado porque más que en la *friendzone*, yo inauguré la *familyzone* al estar presente en todos los momentos de su vida. Creo que ni su madre ha vivido tanto con él como yo. Me pregunto por enésima vez cómo será ser una de ellas, de sus intereses románticos. Tengo constancia de varios de sus líos amorosos, pero nunca hemos tenido demasiados detalles. Es bastante reservado sobre su vida y en ese hecho me he escudado durante años para justificar su comportamiento en todo lo relativo a mí. Que lo nuestro era especial y por eso no quería compartirlo con nadie.

Chorradas.

Que ya he dicho que son mi especialidad.

Lucas: ¿Qué tal la vuelta a los madriles? ¿Te adaptas de nuevo a la contaminación?

Elisa: Siempre me ha sentado de lujo. ¿Tú qué tal?

Lucas: Como siempre, rubia. Yo como siempre.

«Pues yo te veo diferente» no puedo evitar pensar.

Pero me lo callo.

Porque no quiero volver a las chorradas.

Decido hacer uso de mi nuevo aprecio por mi propia persona, de mis ganas de hacerme respetar, y aunque siento un tirón en el pecho no le contesto. Dejo el móvil encima del brazo del sofá y agarro con ambos brazos el montón de bragas que he acumulado encima.

Casi me tropiezo metiéndolas en el cajón de la pequeña mesita de madera que, me doy cuenta con un suspiro de frustración, está bastante rota. El suplicio de pagar un dineral por un zulito medio roto en Madrid. Me lo contaban mis amigos de Barcelona que habían estudiado aquí, pero hasta que no sales de casa de tus padres y lo experimentas no te haces una idea real.

Cuando vuelvo al salón, la pantalla iluminada de mi móvil parece llamarme desde allí. Giro la vista, como si así pudiera quitarme las ganas de ver si se trata de Lucas, insistiendo. No sería tan raro: solía hacerlo, como si así pudiera reclamar la atención que le estaba negando.

Siendo sincera, la curiosidad siempre ha matado a mi gato

interior, así que me agacho con calma (como si el hacerlo despacio me hiciera menos desesperada o le quitara importancia a mi adicción al móvil… y a Lucas) y desbloqueo la pantalla.

Lucas: ¿Qué tal ha ido tu primer día?

Así es Lucas: se acuerda de estas cosas y se preocupa por ti. En privado. En la intimidad que se crea detrás de un par de pantallas. Y sabe qué preguntarte para que sientas que te está prestando atención.

Cojo aire profundamente, los ojos fijos en aquellas palabras. En realidad, nadie me ha preguntado aún qué tal mi primer día, así que ha conseguido llegarme al corazoncito. Nunca he tenido demasiado claro si lo hace a propósito o simplemente le sale natural; es parte de esa forma de ser magnética que tiene y que ha hecho que lleve tantos años gravitando en su órbita.

Apoyo el culo en el respaldo del sofá y el peso sobre los talones de los pies, estirando las piernas. El móvil entre las manos, en mi regazo.

No tengo ganas de caer. Pero de alguna manera siento que, si lo ignorara, estaría dándole mucho más poder del que tiene. Al fin y al cabo, somos amigos, ¿no? Es uno de mis amigos de siempre.

Elisa: Agotador. Atronador. Acojonante.

Lucas: Las tres «A» del éxito.

¿Por qué lo haces? ¿Por qué hay veces que sé, que noto, que toda tu atención está puesta en mí?

Elisa: ¿Y tú qué? ¿Qué me cuentas?

Lucas: Nada importante. Un poco agobiado en el curro y con la chica esta, pero todo bien.

«La chica esta» resuena en mi mente como un gong. Hago un puchero y asiento levemente para mí, comprendiendo. «Nunca se ha tratado de ligar contigo».

Así que apoyo la planta de los pies, me doy impulso para incorporarme y dejo el móvil en el brazo del sofá del que acabo de quitar el culo. Ya está bien de tonterías.

Tengo cosas más importantes que hacer, como dejar esta casa

mínimamente habitable.

***

Al final, después de deshacer una gran parte de las cajas, he decidido pedirme una pizza para celebrar mi primer día sola en una casa de Madrid. He impedido el instinto de llamar a alguno de mis amigos para que se viniera, porque me parece importante aprender a gestionar esa soledad que a veces me invade cuando no tengo nada que hacer ni nadie al que ver. A convivir con el silencio que lo envuelve todo.

Y también me apetecía comerme una pizza entera yo sola y que nadie me juzgara, para qué nos vamos a engañar.

Llevo un par de horas viendo vídeos del tal «TrollHugo». He de admitir que hasta se me ha escapado alguna risilla; no entiendo su humor ni cómo se le pasan esos comentarios tan aleatorios por la cabeza, pero hay que reconocer que es una persona… especial.

Tiene unos ojos muy bonitos. Y qué peligro tiene ese pensamiento, porque al final, si voy al centro de mis entrañas, para mí los ojos sí que son el espejo del alma o, al menos, el espejo de todo lo que quiero ver en una persona.

Parece alto. ¿Será alto? Está sentado todo el rato durante sus vídeos, en el único en el que sale con alguien es con un colega suyo y no me sirve como referencia.

Es que tengo un problema con la gente alta: me encanta. Mis amigos piensan —y opinan repetidamente— que lo mío es obsesión. Y puede ser. Es verdad que cuando voy por la calle parezco tener una línea imaginaria más allá del metro noventa y que cualquiera que la traspasa, tiene mi total y absoluta atención.

Creo que eso también está relacionado con Lucas, como muchas cosas en mi vida. El primer amor te lo destroza todo y tú lo recolocas como puedes. Con sus casi dos metros, si bien no está demasiado fuerte —es más bien tirando a delgaducho, y parece que por mucho que coma no consigue engordar, el muy mamón—, su presencia llena cualquier sitio en el que esté.

Solía tener muchas fantasías sobre ponerme de puntillas para llegar a besarle. O lo que tendría que agacharse para llegar a mi metro sesenta y cinco.

Y… ya estoy pensando en Lucas otra vez, me cago en la leche.

Su conversación de WhatsApp parece acecharme desde el móvil, que sigue en el brazo del sofá. Me voy a volver loca a este paso, y me siento como una adicta en proceso de desintoxicación porque llevo tres horas sin mirar de manera deliberada el móvil, solo por no abrir su conversación y ponerle cualquier chorrada que la continúe.

Sin embargo, la pizza está tardando mucho en llegar y yo tengo muy poca paciencia, así que recorro los dos metros que separan la mesa de escritorio del sofá y agarro el móvil.

No hay ningún mensaje de Lucas, pero sí uno de Paula.

Paula, la chica popular del instituto que ahora es mi vecina.

Paula: ¿Qué tal?

Alzo una ceja sin darme cuenta. Normalmente, cuando alguien te dice «Tenemos que quedar para ponernos al día», parece más un formalismo que otra cosa, lo que se propone para quedar bien. Pero no te esperas que lo digan en serio. Esperas que sus palabras se las lleve el viento del invierno y se alejen mucho, mucho de ti.

Elisa: De lunes. ¿Tú qué tal?

Paula: Pensando qué desastre cocinar de cena. Mis amigas no están y son las que suelen apiadarse de mi alma a la hora de nutrirme.

Suelto una risita entre dientes, sintiéndome bastante identificada. No es que yo sea el mejor ejemplo de «buena cocinera». En todos esos roles de género que tenemos las mujeres en las espaldas, a mí no me ha tocado ninguno. Cocino fatal, los temas de limpieza se me escurren entre los dedos y por no saber no sé ni hacerme el *eyeliner* correctamente. Deberían quitarme el carné de «mujer normativa» pero ya.

En ese momento, suena el portero de la casa. Mi corazón salta de tal forma ante la expectativa de pizza que prácticamente lanzo el móvil al sofá y corro a por la cartera.

Cuando el repartidor llega a mi puerta, debe ver en mí la cara de perro hambriento que siento que estoy poniendo. Es un chico muy joven y muy pelirrojo que parece estar muy cansado de la vida. Me tiende el pedido con expresión anodina.

—Dos pizzas medianas —dice, con voz aburrida.

—No, no. —Me apresuro a aclarar—. Yo solo he pedido una…

—Promoción dos por uno en pizzas, pone aquí. —Le echa un vistazo sin demasiadas ganas a su móvil, donde debe tener los pedidos—. Te va a costar lo mismo, así que…

Me quedo mirándola, dubitativa. Soy de ese tipo de personas que, si hay pizza en casa, por mucha cantidad que sea, se la come. Casi prefiero no tener dos pizzas, si puedo elegir. Pero no me voy a poner a explicarle al chaval, que claramente tiene muchísimas ganas de largarse de aquí, mi dilema existencial con la comida y el engullir. Así que asiento y agarro las dos cajas pensando en cómo no he podido darme cuenta de haber aplicado una promoción de dos por uno. A veces soy un absoluto desastre, y como el pago online no varió…

Cierro la puerta y frunzo toda la cara, consternada.

Y entonces, al mirar el móvil abandonado el sofá, se me ocurre una idea. Una locura, un chispazo de esos que, a mí, a pesar de amar el control, me sacuden a veces.

Elisa: No te vas a creer lo que me acaba de pasar, pero tengo una pizza para ti si la quieres.

***

Son impresionantes las ideas preconcebidas que nos hacemos de las personas cuando tenemos miedo de no agradarles. En el instituto, Paula era la guapa, la válida, la que bendecía todo lo que tocaba. Todo el mundo quería estar a su alrededor, y ella decidía básicamente a qué grupo social pertenecías solo con su presencia. Suena muy crudo, y casi imposible que una sola persona ostente tanto poder, pero mis amigos y yo lo veíamos así.

Lola, que fue al instituto conmigo, me lo comentaba todo el rato en el recreo. Siempre ha estado fascinada por los procesos sociales, e incluso con quince años ya intentaba analizar el por qué hacíamos lo que hacíamos, qué nos influía para ello.

Diría que Paula físicamente no ha cambiado demasiado. Sigue teniendo el mismo pelo negro, aunque ahora no lleva el flequillo que estaba tan de moda en la época. Liso como si se lo planchara cada mañana, le llega hasta media espalda y ahora mismo lo tiene

recogido en una coleta baja. Los mismos ojos azules intensos, por los que muchos hicieron locuras. Locuras de esas a las que solo llegas cuando tienes diecisiete años. Y alguna de las de dieciocho, también.

Lo que sí ha cambiado un poco es su mirada, cómo se clavan esos ojos en ti. Parece más analítica, supongo que por haber madurado un poco, que es algo que nos pasa a todos, aunque nos queramos resistir. La vida nos madura a leches.

Y resulta que tiene un gusto excelente para la pizza, porque coincide al cien por cien con el mío.

—Me has salvado la vida, en serio —dice mientras se lleva un pedazo a la boca.

Estamos sentadas en el sofá, con las cajas abiertas frente a nosotras. Ha sido un tanto incómodo al principio recibirla en casa, en chándal. Aunque no difiere mucho de cómo nos vimos en el supermercado, esta vez al menos tengo el pelo limpio y suelto y la cara no saltaría en un reconocimiento facial para zombis.

—Qué va, ha sido al revés. Con dos pizzas en casa mañana no podría ir a trabajar del empacho. Que yo el autocontrol lo llevo muy mal…

—¿Con el tema de las pizzas o con todo? —bromea.

—Con todo. Yo soy consistente de mi forma de ser.

—Qué gozada, porque últimamente no sé si te pasa, pero yo no paro de toparme con gente que dice una cosa y hace todo lo contrario.

—¿Verdad? La hipocresía me mata, en serio. Las fachadas que tiene la gente… es como si estuvieras mirando un complejo vacacional en lugar de una persona.

Se me queda mirando un momento, evaluándome, el azul de sus ojos chispeando, como si los recorriera una energía eléctrica.

—¿Y cómo es que no están tus compañeras? —pregunto, porque de alguna manera no me siento cómoda con el silencio que se acaba de generar.

—Una tenía un viaje de trabajo y la otra trabaja por la tarde y

llega tardísimo a casa —se encoge de hombros—. Pero, vamos, que ninguna me iba a ofrecer una pizza gratis.

—Ah, ¿quién te dijo que iba a ser gratis? Ahora tienes que ayudarme a recoger este desastre o algo.

Mira alrededor, girando la cabeza con curiosidad, con medio trozo de pizza aún en la boca.

—Bua, pues si vieras mi cuarto…

—¿Eres desordenada? No te pega.

Se me escapa ese comentario, ese juicio de valor, mi «yo» de quince años —al que ya voy a tener que nombrar aparte y llamarla, yo que sé, Elisabeta— soltando lo que hubiera dicho en aquel entonces. Hace diez años.

Muerde la pizza, mastica y alza una ceja.

—¿Ah, no? ¿Y qué me pega?

Decido salir de ahí siendo lo más honesta posible. Al fin y al cabo, después de diez años ya no tiene ese poder sobre mí, ¿no? En algún momento esas licencias caducan, como las de Microsoft.

—Solo te podría responder con lo que te pegaba en el instituto, y creo que ambas somos personas distintas a las que éramos, ¿no?

Ella deja el borde de la pizza en la caja y se sacude las manos encima del cartón, desviando la vista de mí por un segundo en el que siento verdadera paz.

—Yo no sé si he cambiado mucho, pero tú… es alucinante.

—¿Alucinante? —me extraño.

—No pareces ni la misma persona. Pero no es tanto el físico es… no sé, la actitud. La forma de hablar. De moverte. Si no tuvieras la misma melena rubia hasta pensaría que me he equivocado de Elisa —sonríe de una forma un tanto misteriosa.

—Tampoco nos llevábamos mucho entonces… no podías saber cómo soy.

—Se puede saber mucho de una persona por lo que nunca llegas a saber de ella —se encoge de hombros.

«Esta chica es muy profunda» pienso. «No me importaría ser su amiga».

—Quieres decir que lo que ocultas al mundo dice mucho de ti, ¿no?

—Exactamente.

—Y tú, ¿qué ocultas?

Se genera un silencio en el que nos miramos a los ojos. Yo me doy cuenta de que hace un buen rato que ya no estoy comiendo pizza —madre mía, sacrilegio— porque estoy tan inmersa en esa conversación que de repente se ha vuelto tan profunda que casi —casi— se me ha pasado el hambre.

—Tú sigue invitándome a pizzas, que lo irás descubriendo —dice al final Paula, alzando varias veces la ceja.

Se queda en mi casa una hora más, hasta que ya reconocemos que deberíamos irnos a la cama como dos niñas buenas. Se va a su casa y nos despedimos con un abrazo, que es algo que no habíamos hecho nunca. Resulta curioso conocer a alguien de tantos años y no haber tenido nunca contacto físico.

Como si conocieras su exterior pero nunca llegaras a rozar lo de dentro.

5

No es que esperara que al segundo día las oficinas de *Desconexión* se sintieran como mi casa, pero desde luego la impresión es más de campo de batalla que de hogar. Las grabaciones comienzan mañana, así que la pequeña plantilla corre de un lado para otro de tal manera que parece que ahí trabaja el doble de gente de la que realmente está contratada.

Y por otro lado está él: Hugo. En cuanto entro por la puerta, me lo encuentro, y es algo que me toma por sorpresa porque, de alguna manera, no esperaba que se me adelantara. Es como que yo, al ser la *booktuber*, que hablo de libros y cultura en internet, tuviera que tener el papel de santa, de responsable y él, *troll* profesional que hace vídeos de entretenimiento simple, ser el pasota que llega tarde a todas partes.

Pero me tengo que tragar mis propios prejuicios cuando se adelanta a darme dos besos, con una sonrisa gigante plantada de oreja a oreja. Por mucho que me mueva en el mundo de YouTube, creo que nunca podré naturalizar el choque entre ver los vídeos de alguien y luego descubrirlo en persona, en todo lo que él es.

Que por cierto, es muchas cosas, pero alto… para nada. Debe de medir como yo, o quizás un pelín más, como mucho. Y todo el mundo que mide lo mismo que yo me parece más bien bajito.

Es un poco más ancho de lo que me había parecido en vídeo y cuando nos separamos, me doy cuenta de que huele a esos desodorantes para hombres que prometen conseguirte a todas las chicas del mundo. Arrugo la nariz sin poder evitarlo.

—Elisa, encantada —digo, no obstante.

«Ante todo, yo la más educada».

—Hugo de la Flor, aunque como no me llames solo Hugo me voy a sentir muy formal.

Su voz suena distinta en la vida real, un tanto más grave.

—Bueno, estamos en el curro, ¿no? Algo formal va a tener que ser.

—Pues yo te voy a llamar Eli para no sentirme mal.

Me da un codazo de colegueo que no me gusta nada. De alguna manera, noto un poco de fricción entre nosotros. Me pregunto si él también habrá estado ojeando mi canal y preguntándose quién demonios era esa chica tan seria que le habían puesto de copresentadora. Es en ese momento y no antes cuando me doy cuenta de que nos acompaña otro hombre, más bajo que nosotros y con una barba muy poblada que contrasta con su cabeza rapada. Unas gafas de pasta ancha acaban de confeccionar un look muy tradicionalmente *hipster*.

—Veo que empezamos con buen pie —comenta—. Yo soy Tito, coordinador de contenidos de *Desconexión*. Me encargo básicamente de que todo, y más específicamente todos, estéis en vuestro sitio. Y ahora mismo tenemos una reunión con el resto de la plantilla para dar comienzo a la andadura, así que…

Nos hace un gesto amplio con los brazos para indicarnos que avancemos por el largo pasillo.

Mariana Torres está de pie en la misma sala donde me llevó a mí ayer, con los dedos entrelazados frente a su cuerpo y una amplia sonrisa. Nos sientan cerca de ella, junto con otra *youtuber* que ya conocía —y seguía— y un chico que ni me suena pero que asumo que también es creador de contenido. Me apunto mentalmente el buscarlo mientras sigue llegando el resto del equipo. En cierto punto ya no se pueden sentar, de modo que se van quedando de pie. Acabamos siendo unos treinta en la sala y Mariana empieza su discurso presentándonos a todos. Nombre y cargo; para que nos vayan sonando, según sus palabras. La mayoría son equipo técnico y de edición de vídeo, hay un par dedicados a maquillaje y estilismo y luego estamos los cuatro *youtubers*, a los que nos llaman «personajes».

Me resulta extremadamente curiosa esta calificación, porque yo siempre he pensado que en mi canal soy más yo misma que en cualquier otro lado y llamarnos «personajes» implica que hemos estado representando un papel o algo parecido. Tampoco es que conozca demasiado a mis compañeros, así que no puedo juzgar si ellos sí lo hacen.

La reunión es breve: nos comunican que antes de cada grabación, habrá un día de «ensayo» que servirá para que leamos los guiones —que, nos aclaran, son solo orientativos— y discutamos las ideas si no estamos de acuerdo. Además, tendremos una serie de temas que desarrollar porque cuentan con nuestra experiencia como creadores de contenido para apoyar a los tres guionistas.

El primer día de grabación es mañana, y ya durante la misma reunión nos dan una carpetita a cada uno con nuestro nombre que contiene los guiones de los tres vídeos que grabaremos esta semana. A mí me tocan dos con Hugo, como ya me habían adelantado, y el tercero es el de presentación del canal, que haremos los cuatro juntos. Que curiosamente va a ser el último en grabarse.

La intención es hacerlo el viernes, para finalizar la semana, y después esa noche habrá una especie de fiesta de inauguración del canal a la que se invitará a diferentes personalidades para que nos tengan en su punto de mira. A mí me encantan las fiestas, y la fiesta en general, pero de alguna forma me da un poco de respeto que sea un evento del trabajo. Nunca he ido a nada parecido y esa presión para ser simpática y crear amistades me angustia un poco. Me hace falta mi pantalla para separarme de la realidad y darme confianza.

La reunión se disuelve y se va yendo todo el mundo. Los «personajes» nos quedamos hablando y, aparte de confesarle a Claudia que soy muy fan de su canal, que es de maquillaje y consejos de belleza —aunque jamás aplico ninguno, todo hay que decirlo—, conozco a Nacho, un chico que, descubro, lleva un canal sobre deportes.

Desde luego, no podemos ser una mezcla más pintoresca. Interrumpen nuestra conversación para indicarnos que debemos comenzar a debatir sobre los guiones, así que a Hugo y a mí nos conducen hacia una sala mientras que a Claudia y a Nacho, que también saldrán en muchos vídeos juntos, los llevan a otra.

***

El vídeo que grabamos mañana es bastante sencillo: nos han dado una serie de noticias y tenemos que comentarlas. Me doy cuenta de que es bastante evidente que pretenden hacernos chocar: nuestras personalidades y nuestras opiniones no pegan ni con cola, y se hace visible casi nada más abrir la boca ambos.

Yo, por mi parte, no tengo ni idea de quiénes son la mitad de

los que aparecen en esas noticias tan… «salseantes», pero él los tiene a todos en el punto de mira. Sí que es verdad que debe de ser bastante entretenido vernos desde fuera, pero yo me estoy frustrando hasta puntos que pensaba que no iba a llegar.

—Tía, tienes que relajarte un poco. ¿Todas las *booktubers* tenéis un palo metido por el culo?

Ese es el comentario que hace que mi paciencia explote en mil pedazos.

—¿Todos los *trolls* sois así de plastas?

—Chicos, por favor. —Tito es el encargado de supervisar nuestras sesiones, supongo que para mediar en casos como este—. Recordad que es todo un montaje, un entretenimiento.

Tiene sentido que esté él ahí: no creo que nos hubieran puesto juntos para que choquemos sin tener ningún mecanismo para evitar que la colisión genere daños. Y su presencia es tranquilizadora, sus palabras salen con una calma que es en cierto modo pegadiza.

—Si yo lo recuerdo, pero Eli se lo toma demasiado en serio —protesta Hugo, cruzándose de brazos como un niño pequeño.

Lleva una camiseta sin mangas negra a pesar de que estamos en pleno mes de febrero, como si no se diera cuenta del frío que hace. O como si fuera completamente ajeno a que estamos en una oficina, trabajando, y no pasando el rato con los colegas.

Todo en este chico me pone de los nervios.

Cojo aire con calma, invocando la poca paciencia que me queda, y me cruzo de brazos yo también.

Vamos a reconocer que yo también soy un poco una niña pequeña cuando me coges de malas.

—Me lo tomo en serio porque es nuestro trabajo y quiero que salga bien. Esto ya no depende solo de ti, como tu canal, ¿eres consciente?

Él me observa, los ojos azules eléctricos, evaluándome. No le gusto ni un pelo a él tampoco, y se nota. Al menos, el sentimiento es mutuo. Nos hemos caído mal desde el primer minuto, como si fuéramos aceite y agua, destinados a intentar quedar uno por

encima del otro.

—Soy consciente, no te preocupes —dice, simplemente.

El suspiro de Tito suena tan alto que hace que nos giremos los dos, a la vez, hacia él.

—Ya venía advertido de que esto podía pasar. Vamos a tomarnos un descanso, ¿de acuerdo? ¿Os gusta el té?

—Me encanta el té.

—Odio el té.

Lo decimos a un mismo tiempo y de alguna manera, nos miramos de reojo y se nos escapa una media sonrisa a ambos. Por supuesto que no estamos de acuerdo ni siquiera en eso. Pero en esto soy positiva: yo ahora me tomo un café y arreglado.

En general, es bastante fácil quitarme los malos humos.

***

El pequeño zulito donde me he ido a vivir no tiene muchas cosas. No tiene horno, para empezar. Solo un hornillo encima de la encimera que reduce a cero el espacio para cocinar. Lo bueno es que yo no suelo hacerlo.

Cocinar, digo.

Pero por algún motivo sí que tiene bañera, y yo me he empeñado en darme el primer baño de mi vida. Me han dicho siempre lo relajantes que son y necesito despejarme del estrés del día. Quitarme a Hugo y a todo lo malo que lo envuelve de la cabeza, porque juro que como siga pensando en el día que hemos pasado voy a acabar dándole un puñetazo a una pared.

Lo único bueno que tiene la situación es que, aunque creo que le odio un poquito —y eso que solo lo conozco de un día— no me trae recuerdos de mi antiguo ambiente de trabajo. Porque en este caso y aunque haya fricción, estamos en situación de igualdad. No siento esa angustia que me devoraba el pecho cuando mi jefa me trataba como si no fuera siquiera una persona. Es frustración personal, de tú a tú, de igual a igual. Y dentro de lo que cabe, con eso puedo vivir perfectamente.

Menos mal.

Si la situación fuera con Mariana Torres, estaría sintiendo algo muy distinto.

El caso es que me he empeñado en relajarme con un baño y no me está saliendo para nada bien. No sé quién dijo que esto era magia para los nervios, porque yo estoy con el culo aplastado contra el suelo de la bañera, los brazos achicharrados por la temperatura y los pelillos de la nuca empapados porque no me quiero mojarme el pelo, pero es imposible evitarlo.

He puesto música con el móvil, que reposa sobre el lavabo a apenas veinte centímetros de mi cara. Porque el zulo tiene bañera, pero claro, tampoco mucho espacio entre esta y el resto de cosas del minúsculo baño.

Refunfuño un poco, porque soy muy cabezota cuando quiero. Y cuando no, muchísimo más. Encima, me he olvidado de poner las notificaciones del móvil en silencio y los veinte minutos que llevo tratando de arrugarme un poco en el baño —a ver si se me arruga un poco el estrés también— lleva sonando el tono de mensaje entrante de WhatsApp como si llevara una semana desaparecida en la guerra y acabaran de dar conmigo.

«No me quiere nadie hasta que me hace falta que se callen un ratito».

Al final, y aunque odio rendirme —y se siente como una derrota, porque ni me he quedado cerca de desestresarme—, apoyo las manos a ambos lados de la bañera y me impulso hasta quedar sentada al lado del grifo. El agua se desliza por mi cuerpo y el nivel de la bañera baja un tanto. Me quedo un segundo mirando hacia abajo. El pliegue de la barriga, que tantas inseguridades me ha generado. El pubis sin depilar —cuando hay sequía, no se riegan los campos, como diría mi abuela—, los muslos apretados contra el mármol de la bañera, la piel pálida algo enrojecida por la temperatura demasiado alta del agua.

Todas ellas partes de mi cuerpo que han jugado siempre con mi autoestima y que ahora, tras muchos años, contemplo con ternura. Me he perdonado, y he perdonado esas porciones de mí. Esos fragmentos de mi persona que me hacen quien soy.

Alzo la mano para ver quién reclama mi atención con tanta insistencia.

Lola: Hola, caraculo.

Lola: Oye, ¿tienes un segundo?

Lola: Estoy un poco rayada.

Lola: Es que solo te lo puedo contar a ti. O creo que tú me vas a entender mejor que nadie.

Lola: En serio, jamás has tardado más de diez minutos en contestar a ningún mensaje, ¿te has muerto, o algo?

Se me encoge el corazón al ver las horas de los mensajes, separados al menos por periodos de tres minutos. Lola nunca ha necesitado a nadie. O esa es la sensación que nos ha dado a todos siempre, desde fuera. De todo el grupo, no se puede considerar que sea mi amiga más cercana. Pero, más que nada, porque nunca ha dejado a nadie acercarse demasiado. Yo siempre he sido muy cariñosa, pegajosa incluso, pero ella es la que sonríe y te guiña el ojo desde lejos. La del pelo de colores, ese pelo que dice mucho más de su personalidad de lo que jamás te confesará ella.

Por tanto, se me acelera el pulso al leer esos mensajes. ¿Qué será eso que solo me puede contar a mí?

Elisa: Estoy, estoy.

Elisa: ¿Qué necesitas?

Contengo la respiración. Su último mensaje fue hace doce minutos y puede que ya se haya cansado, que ese arrebato se le ha pasado, que ya no quiere contarme eso tan secreto que tiene dentro. Y tengo miedo a que haya dejado de considerarme especial; son pánicos que me sacuden provenientes de inseguridades que tienen la misma edad que yo. No obstante, mi amiga no tarda mucho en tranquilizarme con un mensaje.

Lola: Que estoy rayada, tía. Es por María.

María es la novia de Lola. Llevan juntas siete años, casi el mismo tiempo que nosotros sabemos que nuestra amiga es bisexual. Siete años, desde que se conocieron en la universidad. Y durante estos siete años han sido la imagen de la estabilidad, de una relación sana y envuelta en cariño. Es la primera vez en ese tiempo que parece que me vaya a decir algo negativo sobre todo eso que han construido.

Elisa: ¿Qué pasa con ella?

Lola: Con ella, nada. Más bien el rollo es conmigo, que no tengo ni idea de lo que me está pasando estos meses.

Elisa: ¿Por?

Tengo miedo a decir algo que haga que vuelva a cerrarse. Que la asuste, como una tortuguita que se vuelve a meter en su caparazón. En secreto, siempre he visto a Lola como una tortuga. Caparazón fuerte, todo se lo toma con calma, pero esconde a alguien muy blandito debajo de todas sus capas y sus colores chillones de pelo.

Lola: Porque no sé, me he empezado a agobiar. La quiero un montón. Me trata genial. Me gusta estar con ella. Pero la conocí nada más empezar la uni y ahora… madre mía, llevamos siete años, tía. Siete putos años. Eso es una barbaridad de tiempo. Y voy a cumplir veinticinco el mes que viene y me ha dado por pensar en lo que no he vivido, ¿sabes?

Estoy a punto de decirle algo. De confesarle que no, no lo sé, pero que la leo con atención. Pero algo me indica que es mejor esperar, dejar que se desahogue, que vacíe todo eso que tiene dentro y que parece estar asfixiándola.

Lola: Es que no sé si son chorradas o es algo importante, Eli.

Elisa: Lo que no has vivido… ¿en qué sentido?

Lola: En todo. En que ha sido la primera chica que me ha gustado. En que nunca he estado con un chico. En que nunca he estado con nadie más, en general.

Elisa: ¿Y te gustaría estar con alguien más?

Lola: No lo sé. Pero no me gusta la idea de no poder, de que toda mi vida esté ya determinada. ¿Tiene sentido?

Elisa: Mucho sentido.

«Ay, Lola. Mucho has tardado en reaccionar así, siendo quien eres».

Lola siempre ha sido la más atrevida, la que quiere probarlo todo. En el instituto, la tenían por la «rara» porque venía a clase con un look diferente cada semana. Siempre nos ha propuesto todas las actividades habidas y por haber: *puenting*, escapadas, competiciones...

No digo que una persona que haga esas cosas no pueda tener pareja estable y no necesitar nada más para ser feliz, pero desde

luego esta reacción me pega mucho con lo que siempre ha parecido que espera de la vida.

La imagen de Rober cruza como un rayo por mi cabeza. Siempre han tenido esa… química, que hemos notado todos desde la sombra. No se ha comentado, pero sí que ha habido veces que Ro y yo nos hemos dirigido una de esas miradas que dicen más que muchas novelas. Es un tema que siempre he querido hablar con ellos, pero nunca me he atrevido. A veces se nos enquistan ciertas palabras y cuando ya no sacas el valor, el valor se queda escondido para siempre.

Elisa: No sé qué decirte, corazón. Te diría que sea como sea que te sientes, está bien. Es normal. Nos engañan pensando que en algún momento dejaremos de tener dudas por completo, y es mentira. Estoy convencida de que es mentira. Cuando decidas, sea lo que sea que decidas, estaremos aquí para apoyarte.

Un silencio, un minuto escribiendo. Borrando, volviendo a teclear. Y las palabras:

Lola: Gracias, Eli. Eso era lo que necesitaba leer hoy. Me voy a dar un poco más de tiempo. Vivimos juntas, tenemos una vida montada. Cualquier cosa que tenga que decidir no se puede hacer en un arrebato.

Elisa: Totalmente de acuerdo. Si necesitas volver a hablar, estoy aquí. Nos tomamos una caña o algo la próxima vez. No vivimos tan lejos.

Lola: ¿Para Madrid? No. Me apunto la caña.

Respiro hondo por la nariz, y siento como si la amistad que compartimos fuera tangible y me recorriera entera. A veces, siento con el tacto en lugar de con el corazón. Y no puedo reprimir una pregunta que me mata de curiosidad:

Elisa: Oye… ¿y por qué decías que solo me lo podías contar a mí?

Lola: ¿Te acuerdas de cuando Ro se cansó de Ricardo? Todos le dijeron que estaba loca, que era el tío perfecto para ella, que el amor es así… incluida yo. Y tú fuiste la única que comentaste que, a veces, la felicidad tiene distintas medidas para distintas personas. Que si ella no era todo lo feliz que podía ser, no merecía la pena que siguiera con él aunque tuviera el currículum de novio perfecto. No sé, se me quedó marcado en el fondo del coco. Y llevo unos días pensando que me iba a venir bien hablar contigo. No me equivocaba.

Decir que me derrito de ternura sería quedarme muy corta. Pienso que, si he conseguido ser esa persona para Lola, algo tengo que estar haciendo bien en la vida.

Al final, el baño no ha servido para nada pero la conversación con mi amiga ha sido eso que necesitaba para calmar todos mis nervios.

6

Le he dado tantas vueltas a las noticias que tenemos que comentar en la grabación de hoy que casi no tienen sentido. Y no sé si eso es algo muy bueno o algo muy malo, pero desde luego tengo claro que no es lo normal. No debería estar tan obsesionada.

«Tienes que relajarte un poco» me digo mientras paso la tarjeta por el torno que me permite el acceso a la gran torre de oficinas.

El trayecto en el ascensor, rodeada de hombres y mujeres trajeados que probablemente trabajen en una de las varias embajadas que se alojan en el gran edificio, me llena del silencio que necesito para ponerme aún más nerviosa.

El cómo llevo tantos años con un canal de YouTube, grabándome cada semana y exponiéndome al público, no se lo explica nadie. Y menos yo, con los ataques de nervios que me entran.

Pero claro, una cosa es grabarme yo sola en mi habitación, y otra la perspectiva de un montón de gente pendiente de mí, de lo que pueda salir bien o mal. Trago saliva.

En menos de cinco minutos me han metido en la especie de camerino que tienen para nosotros y tengo a dos chicas encima: una ocupándose del maquillaje —que mantienen natural, para que no choque con mi imagen de marca— y otra evaluando el vestuario.

Hugo está a mi lado con expresión seria. Nos hemos saludado con educación, porque al fin y al cabo los dos somos adultos, pero evitamos mirarnos, lo cual contrarresta un poco esa imagen de madurez. La chica de maquillaje lo retoca a él también y es algo que, por algún motivo, me complace.

Alucino con que tengan esa cantidad de ropa colgada en burros de estos que yo siempre había asociado con gente estilosa —y a mí nunca me había metido en esa categoría, ni de lejos— y me da por pensar que a saber qué me mandan ponerme, que igual hubiera preferido poder elegirlo yo. Y que puede ser que a otra persona le hiciera mucha más ilusión que a mí eso de que la vistan y la

maquillen. Siempre me siento un poquito mal cuando noto que no estoy viviendo una oportunidad con el mismo entusiasmo que lo harían otros.

En ese momento, entra Tito en la sala y le susurra algo a la chica que se encarga del vestuario —de la cual no recuerdo el nombre, y me siento un poco culpable por ello—, que frunce el ceño y asiente.

Se va automáticamente hacia el burro de al lado, donde hay unas camisetas más informales, y yo alzo una ceja. Miro a mi derecha para encontrarme con el ceño fruncido de Hugo.

—¿Pasa algo? —pregunto, con un hilo de voz.

—Creo que es mejor que os cuente Tito cuando vuelva —dice ella, despreocupada, y el ambiente parece tensarse un poco.

«Ya está, nos han despedido. El proyecto no tiene la financiación que querían, se han arrepentido y van a coger a la modelo esa que hace tutoriales de calceta o algo así» pienso, entrando un poco en pánico.

La gestión de imprevistos nunca se me ha dado demasiado bien. Y a Hugo tampoco parece hacerle demasiada gracia. Por una vez, el bromista parece haberse quedado sin chistes.

Tito vuelve a aparecer por la puerta como una exhalación, agarrando una carpeta de guiones y con expresión algo estresada.

—Ha habido un cambio de planes y solo tenemos disponible hoy el espacio para el vídeo que teníamos planeado grabar el jueves, así que vamos a cambiar los días de grabación. Seguidme. Tenemos un taxi en la puerta.

—¿Un taxi? —pregunto, tragando saliva—. Pero si ni siquiera hemos visto el guion para esto…

—Mariana ha considerado que iba a quedar más gracioso si no sabéis dónde os metéis. —Tito nos guiña un ojo, y parece relajarse porque todo su cuerpo se destensa.

A mí se me encoge un poco el alma. Nunca me han entusiasmado las sorpresas. Ya estoy cediendo el control más de lo que me gustaría a *Desconexión*, no sé si estoy preparada para no saber ni en qué situación me van a poner al día siguiente. O en el

mismo minuto.

Hugo da una palmada, emocionado.

—Genial, ¡qué emocionante!

Yo pongo los ojos en blanco. Vaya día me espera.

***

Lanzamiento de hachas.

«Tienen que estar de broma». No soy capaz de pensar otra cosa. Es una frase que se me repite en bucle en la mente, como un anuncio estropeado de los carteles luminosos del metro.

Tienen que estar de broma. En qué momento se les ocurre que puede ser buena idea llevarnos a un local de lanzamiento de hachas.

«Está muy de moda ahora mismo entre la juventud» ha sido la excusa que nos ha plantado Tito en cuanto hemos llegado. Por supuesto, las cámaras ya estaban grabando nuestra reacción al darnos cuenta de a lo que nos enfrentábamos.

Hugo dio varios saltos agitando el puño, feliz, y yo me quedé tan pálida que uno de los objetivos me estuvo enfocando durante lo que parecieron horas.

«Esto te pasa por exponerte de esta manera» me reprendo a mí misma.

Soy una persona que, de primeras, hace un drama de casi cualquier cosa. Pero dame cinco minutos que me mentalice, y voy a por todas. Así que después del susto inicial y de quedarme más pálida que un vampiro en invierno, trago saliva, aprieto los puños y me decido a pasar por aquello. Tener que hacerlo con Hugo no me hace especial ilusión y desde luego no ayuda con las ganas que tengo de lanzar hachas, a menos que me dejen usarle un ratito de objetivo.

A veces soy un poco bruta.

En cuestión de media hora, nos explican los tipos de hacha que hay y las distintas pruebas que nos van a hacer pasar. En ese periodo, voy notando cómo mi cuerpo se tensa y me empieza a

doler la nuca de la tensión.

—Relájate un poco, *bookie* —susurra Hugo, acercándose a mi oído, mientras el dueño del local recibe las preguntas de los cámaras sobre dónde ponerse.

—¿*Bookie?* —gruño, pero en ese momento se acerca Tito a asegurarse de que tenemos bien colocado el micrófono y da la señal para que los enciendan.

Eso significa algo muy claro: cualquier palabra que pronuncie a partir de ahora quedará reflejada en cámara y por contrato, los editores de vídeo podrán usarlo como contenido de la plataforma.

—*Bookie*, de *booktuber*, ¿no te mola?

—Tengo un nombre para algo —protesto, aunque sin mucha fuerza.

—Debes de ser la única *youtuber* que no se ha puesto un *nick*. Tú me puedes llamar TrollHugo sin ningún problema —me guiña un ojo.

—Es que me parece un tanto… —miro de soslayo a las cámaras, que ya nos apuntan— forzado.

«Quería decir ridículo».

—A veces hay que forzar las cosas para que sean un poco más divertidas, señorita.

Pongo los ojos en blanco, y veo el objetivo de la cámara ampliándose. Está haciendo zoom en mi expresión, y no me extraña.

—Venga, vamos al lío, que aún tengo que humillarte con las hachas —bromeo.

Él pone los brazos en jarras, girándose hasta quedar frente a mí.

—Que te lo has creído, bonita. Qué piensas, ¿que estos brazos son de juguete?

Alza el izquierdo para hacer bola y el bíceps se le infla. Con ese movimiento me fijo en dos cosas: un tatuaje con una frase que no llego a distinguir y que no es de esos chicos que se depilan las axilas.

Resoplo, alzando el mío también. Al ser una chica un poco grande y tener como hobby el gimnasio, mis brazos tienen poco que envidiar a los suyos. Además, los músculos de los hombros tienden a marcárseme bastante. Siempre he tenido el culo un poco carpeta, pero los brazacos se me hinchan a la mínima.

Es otro de los motivos que en la adolescencia me provocaban inseguridad, hasta que me di cuenta de que era porque creía que no iban a gustar a los demás, no porque a mí misma no me gustaran. Y me gustan.

—A ver si te vas a pensar que por tener alergia a las mangas eres el único que está fuerte —le guiño un ojo, y espero que en estos momentos también me hagan zoom.

Él suelta una pequeña carcajada y baja los brazos antes de dirigirse a la pared donde cuelgan las hachas. En la puerta de la gran sala se aglomeran los trabajadores del centro, probablemente curiosos al ver las cámaras.

—Pues vamos a ello. Te voy a demostrar quién manda.

Suelto una risita sarcástica y no añado nada más. Si una cosa soy en esta vida, es competitiva. Sobre todo, si me enfrento a algún chulo como este chico.

Uno de los técnicos de cámara está colocado a nuestra derecha, para grabarnos a nosotros, mientras que el otro se encuentra a la izquierda, a una distancia prudencial, para grabar la diana que hay al fondo a través del cristal protector que separa un canal de tiro del otro. Los dos vamos a usar el mismo, y Tito se dedica a dar órdenes a los cámaras que yo ni entiendo ni pretendo entender.

Se decide —o más bien, Tito decide— que yo lance antes. Me pasan un hacha *Tomahawk Cold Steel*, que nos han explicado que es un modelo muy ligero. Aun así, lo siento algo pesado en la mano, y me prometo a mí misma solucionar esta tarde la búsqueda de gimnasio. Lo echo de menos y mi cuerpo también.

Trago saliva, me coloco en la marca y llevo el brazo hacia atrás en la postura que nos han enseñado antes. Puedo sentir la mirada socarrona de Hugo clavada en la nuca y me dan ganas de estrangularlo.

Cuando la lanzo, noto que se me escurre entre los dedos. No llega ni siquiera a hacer el recorrido completo: se estrella en el

suelo a un metro de la diana. Chasqueo la lengua, decepcionada, mientras la risa de Hugo llena la sala entera.

—¡Vaya fuerza tan titánica, *Bookie*!

—Como no llegues tú tampoco me voy a reír de ti como nunca se han reído en la vida —gruño, dándome la vuelta para enfrentarle.

Él no se amedrenta ni un pelo, sino que se acerca aún más a mí, nuestros cuerpos quedando muy cerca en posición amenazante.

—Ya veremos, bonita.

—Uh, no me llames bonita, que me sonrojo —bufo.

Las chispas se notan en el ambiente y no estoy nada cómoda. Me recuerda un poco al mal ambiente de la oficina en la que estaba, y no me gusta un pelo. Me late el corazón a mil por hora y el hecho de saber que cualquier cosa que haga puede ser utilizada para un vídeo en YouTube no me gusta demasiado. Si bien lo entiendo y sabía en lo que me metía cuando acepté, me da mucho miedo caerle mal a la gente de repente.

Respiro hondo y observo cómo Hugo agarra el mismo modelo de hacha que acabo de tratar de lanzar yo.

Por supuesto, consigue clavarla en la madera de la diana, aunque bastante abajo. El sonido del impacto me rebota directamente en el pecho, y reprimo otro gruñido. Se da la vuelta con tal expresión triunfante en la cara, que si las sonrisas pesaran se caería de boca. Decido ser una persona adulta y comportarme como tal.

—Muy bien, hombre. Ahora ya si le das más arriba, lo partes.

Bueno, igual no soy tan adulta como pensaba.

Me saca la lengua y me da un codazo cuando pasa a mi lado.

—Tú trata de llegar, y con eso nos conformamos.

El comentario me sienta como si el hachazo me lo hubiese dado en el pecho, así que frunzo el ceño. El ambiente que se respira es de tensión, y cuando agarro el hacha que me pasa Tito —que ha sustituido al trabajador del centro, no sé si por despejar los ánimos

o por qué— lo hago con tanta fuerza que se me ponen blancos los nudillos.

A veces, mis amigas dicen que me pongo en «modo Valkiria». Que si tuvieran que definirme entonces sería como una bola de fuego destructora. Y yo sé perfectamente cuándo me sale esa vena: cuando me cabreo mucho y cuando pienso que se está poniendo en duda mi valía. Me ha costado tanto llegar a donde estoy y tener la consideración de mí misma que tengo hoy en día, que no permito que nadie se atreva siquiera a cuestionarla.

Y si yo digo que estoy fuerte, es que estoy fuerte.

Punto.

Así que lanzo el hacha con una fuerza que no tenía muy claro que viviera en mí, y se clava en la diana un pelín por encima del trazo que había dejado la de Hugo. Y ese pelín es tal victoria que pego un salto con los puños en alto, justo antes de acordarme de dónde estoy, con quién, y que estoy siendo grabada —por ese orden —.

Carraspeo bajando los puños y hago una reverencia. Uno de los cámaras se carcajea, y supongo que debe sentir alivio porque llevemos los micrófonos de solapa y su risa no interfiera en la grabación. Como pifia total en edición de vídeos, sé el rollo que es tener ruido de fondo a la hora de editar.

Hugo me mira con sonrisita de suficiencia, lo que acaba por bajarme del todo de la nube.

Frunzo los labios y alzo una ceja:

—¿Ves cómo se hace?

—Muy bien, veamos si soy capaz de hacerte frente.

Cuando pasa a mi lado, me da un breve empujón y yo no puedo evitar soltar un gruñido.

Este chico me va a sacar de mis casillas en cámara, y tengo que hacer todo lo posible para evitarlo. Solo me faltaba que esas imágenes fueran rulando por internet como un virus imposible de parar.

«Aguanta, Elisa. Eres más fuerte que todo esto. Y la fuerza no se

demuestra solo a la hora de tirar el hacha».

***

Creo que no había puesto jamás tantas veces los ojos en blanco en toda mi vida.

Durante el resto de la grabación, he llegado a pensar seriamente —y luego a sentirme totalmente imbécil— si podría «esguinzarme» un ojo.

«Esguinzarme» un ojo.

Carrera y máster universitarios, y yo pensando en estas mierdas.

Es que me está destrozando el cerebro el maldito TrollHugo de las narices.

Lo peor de todo es que he decidido apuntarme al gimnasio, aparte de porque ya empiezo a sentir las ganas de retomar el ejercicio, para que la próxima vez que nos metan en un lío similar, poder destrozarlo con gusto.

Me ha ganado; por poquito, pero ha conseguido mejores resultados que yo.

He tenido que usar los dos años frente a cámara que me ha dado el canal de YouTube para poner mi sonrisa más tranquila y estrecharle la mano. Luego él ha tirado de mí para darme un abrazo y casi me lo cargo allí mismo.

Por suerte, hay un gimnasio relativamente cerca de mi casa. Lo que odio de las ciudades grandes —y recordemos que solo he vivido en ciudades grandes— es tener que ir en metro al gimnasio. Alguna temporada he tenido que hacerlo, en algún cambio de casa en el que me ha coincidido que seguía teniendo pagados varios meses del gimnasio que quedaba cerca de la anterior, y ha sido horrible. Si soy sincera, acababa por no ir. Había cosas más próximas que reclamaban mi atención.

Una parte de madurar, para mí, ha sido aceptar algunos aspectos de mi personalidad. Facilitarme las cosas a mí misma. Si sé que me va a ser muchísimo más sencillo ir regularmente al gimnasio si me apunto a uno que me quede muy a mano, lo hago. Y si me hace falta gastar un poco más en eso, lo gasto. Y lo recorto de

otras cosas, que por suerte es algo que en este momento de mi vida puedo hacer.

Salgo de allí con el formulario firmado y la promesa de acudir al día siguiente para empezar a entrenar. Se empeñan en ponerme a un entrenador personal para guiarme un poco y aunque esas cosas me dan bastante vergüenza, digo que sí.

El hecho de haber tomado la decisión de cambiar de ciudad y aceptar un trabajo que implica tantas cosas como las que acabo de vivir esta misma mañana quizás me haya hecho más resistente a la hora de hacer otro tipo de cambios.

O me sienta más valiente para enfrentarme a eso que me da miedo.

Decido escribirle a Lola para preguntarle qué tal lleva lo suyo. No hemos hablado desde que le entró aquella rayada y me parece importante hacerle saber que estoy pendiente de ella.

Lola: Pues ahí seguimos. Lo hemos hablado un poco… pero creo que ella no es consciente de las dudas que tengo. O no soy capaz de transmitírselas. ¿Te apetece tomar un café?

Miro el reloj: las seis de la tarde. Y decido que bueno, hacer la compra y alimentarse son secundarias en mi cadena de prioridades.

Por ahora, Lola va primero.

***

A las siete y media ya estamos las tres alrededor de una mesa pequeña en un bar muy cuco por la zona de Tribunal. Al final, mi amiga peli-morada ha decidido que prefiere poner en común sus dudas, sabiendo que ya cuenta con mi apoyo. Cuando saca el tema, Ro nos sorprende a las dos no juzgándola para nada —y demostrándonos que la gente cambia con los años y, sobre todo, se tranquiliza mucho a la hora de opinar sobre las vidas de los demás — y escuchando con atención.

—Yo lo veo normal, cielo —dice, con voz dulce, cuando Lola acaba de hablar con una cortina de lágrimas que cubre sus ojos. Da mucha impresión ver a nuestra amiga así, ella que nunca llora, ella que siempre sabe comprender lo que siente—. Es tu primer amor, pero no puedes saber si eso es lo máximo que puede querer tu corazón. Y hoy en día, no sé… todo cambia muy rápido. No es

como antes, que nuestros padres no conocían a tanta gente todo el rato. No recibían tantos estímulos. Es que ya incluso fuera de las aplicaciones de ligar, sales una noche de fiesta y conoces a, ¿qué? ¿Cinco, seis personas? Eso, un día flojo. Y tú, que además siendo bisexual sientes que hay cosas que te faltan por explorar… no sé, lo raro sería que lo tuvieras todo clarísimo.

Lola asiente, tragando saliva y con ello, probablemente, el nudo que debe sentir en la garganta. Luego coge aire con calma antes de hablar:

—Gracias, chicas. Lo necesitaba. También necesitaba esta caña. —Alza la jarra, guiñando un ojo—. Necesito seguir para delante con lo que siento. Que aún no lo sé… pero lo descubriré pronto y os mantendré al tanto. Y ahora me vendría genial si alguna cambia de tema y me distrae.

Ro y yo nos miramos por un segundo, como decidiendo quién empieza. A mí no me apetece demasiado hablar de mi día en el trabajo, porque no sé cómo explicarles lo mucho que me toca las narices Hugo y su maldita forma de ser, y sé que me van a decir que tenga paciencia y que seguro que no es tan malo como lo veo ahora mismo. A veces cuando te sabes de sobra la teoría, lo que más te fastidia del mundo es que te la enmarquen en la cara.

Por suerte, es Ro la que se lanza primero:

—Pues estoy viendo un programa de estos absurdos de experimentos sociales que no hay quien se crea. En este se supone que intentan probar si el amor es verdaderamente ciego. Ya sabéis, eso que dicen de que el físico no es lo importante y bla, bla, bla. —Abre y cierra la palma de la mano con los ojos en blanco—. ¡Pero es que todos son guapísimos! Y además los problemas que tienen son surrealistas. De verdad, es para reírse. Yo me paso todo el capítulo rezando a ver si a alguno le sale un grano o un herpes labial, o le viene la regla a alguna o yo qué sé.

Consigue que Lola se ría, aunque se le escapa una pequeña lágrima en el proceso que no tarda en limpiarse con el dorso de la mano, abriendo la boca en una mueca bastante graciosa.

—Ya ves. La clave es aceptar a tu pareja con sus defectos. Con sus granos, con sus reglas dolorosas. Con sus manchitas de sangre en sillas, a veces. O yo siempre lo digo: si no te gustan mis pedos, no te puedo gustar yo. Me da gases hasta respirar, y necesito a

alguien que no se lleve las manos a la cabeza si me tiro uno.

—Peditos de princesa —bromea Ro.

—De princesa con resaca —continúo yo.

—De princesa muerta con resaca, os lo digo —acaba Lola, y las tres estallamos en una carcajada.

Nuestra risa se hace con el pequeño café y consigue que casi todas las personas que están en el mismo se giren para mirarnos, de manera más o menos disimulada.

—Tías, veinticinco tacos tenemos —susurra Ro, entre risas y tapándose la boca con la mano—. Y nos siguen haciendo gracia las mismas mierdas.

—Creo que ser adulta solo implica hacerte mejor en fingir que estas cosas no te hacen gracia y que lo tienes todo bajo control.

—Y en poner lavadoras —añado yo.

«Odio poner lavadoras».

—Y llegar tarde al papeleo que no llegas a entender del todo.

—Y pasarte el domingo con la cofia en casa, limpiando.

—Y hacer táperes.

—Y acordarte de llevar bolsa a hacer la compra.

Nos pasamos así un buen rato, hasta que nos quedamos sin ideas y con el corazón despejado. Lola parece estar mucho mejor, así que nosotras también estamos mejor. Nuestra misión allí está cumplida.

A veces solo necesitas una caña, dos cafés y tres chistes de mierda para alegrar un puñado de corazones.

7

Maldita las ganas que tengo de verle otra vez el jeto a Hugo esta mañana.

Es lo único en lo que puedo pensar mientras me dirijo al trabajo. Por otro lado, me ha llegado un mensaje de Mariana Torres felicitándome por el vídeo de lanzamiento de hachas: dice que es muy gracioso y que hacemos un contrapunto estupendo.

«Contrapunto» es una palabra bastante *light* comparada con lo que yo opino, pero soy una chica bastante profesional, así que decido ignorar este hecho y simplemente darle las gracias por la felicitación. En realidad, sí que me alegra mucho su mensaje: hace tanto tiempo que no recibo un cumplido de parte de un jefe que tengo que ir a verlo cada cinco minutos para creerme que no ha sido un sueño.

Coincido con Claudia en el camerino dedicado a los «personajes» —aún se me hace un tanto raro autodenominarnos así —, que se está preparando para su propio vídeo: va a dejar que Nacho la maquille.

—¿Tienes miedo? —bromeo, mientras la chica de estilismo busca la ropa elegida para mí.

—Mucho —sonríe ella—. Pero oye, puede sorprenderme. Yo ayer le di una paliza a los bolos.

—¡Os pusieron a jugar a los bolos! ¡Pero qué morro!

Ella suelta una carcajada que suena un tanto atragantada, lo que hace que inmediatamente me caiga muy bien, mientras se sujeta la tripa.

—Ya he escuchado que os han metido a lanzar hachas. Encima a vosotros, que se nota que no os lleváis demasiado bien. Malos rollos y hachas… eso podría haber acabado muy mal.

—Tienen suerte de que hayamos salido los dos con cabeza de allí.

—Desde luego. ¿Has visto a Hugo hoy? Me han dicho que ha llegado supertemprano y que ya está en el set de grabación.

—No tenía ni idea.

La verdad es que no sé por qué me sorprende esa noticia. Ya me lo lleva demostrando estos primeros días, que aunque parezca un chaval muy irresponsable, se toma sus obligaciones muy en serio. Al menos, en lo que a puntualidad se refiere. Pensaba que era complicado que alguien que trabajara conmigo llegara antes a la oficina que yo, pero desde luego Hugo me supera con creces.

No digo nada, y creo que esa es la mayor muestra que hago de que, por una vez, algo que hace mi compañero me parece bien.

—Seguro que es un buen chico si le das la oportunidad… Además, es muy guapo.

—¿Tú crees? A mí es que me gustan altos —sonrío.

—Uf, a mí ya me gustaba de antes, ¿eh? Tengo un *crush* importante.

—¿De verdad?

—¿Tanto te extraña?

Lo pienso unos segundos, porque me parece que ya sería demasiado ofensivo no hacerlo. Sí, me extraña. Es verdad que, antes de conocerle en persona, llegué a pensar que era atractivo —sobre todo por esos ojos azules que parecen atravesarte a través de la pantalla— pero me ha tocado tanto las narices estos últimos días que ya no soy capaz de verle nada bueno. Y además…

—Es que a mí me gustan altos, tía —repito.

Suelta una sonrisa, como si se le escapara, mientras se levanta de la silla.

—Ya, claro, como si el amor te dejara tener preferencias.

Se va y, en cierto modo, la sala baja un poco de luminosidad. La verdad es que cuando alguien te suelta una de esas frases que te enganchan el alma, te resulta difícil no reflexionar, al menos, un instante sobre ellas.

***

—Tengo que reconocer una cosa, *bookie*, hoy me he reído mucho contigo.

«Tengo que reconocer una cosa, *troll*, yo contigo también» pienso, pero no es lo que digo mientras salimos del set de rodaje después de comentar las noticias de actualidad.

—Es que soy una chica divertida, ¿sabes?

—Desde luego, tienes algún punto curioso. Me has sorprendido.

—¿No pensabas que alguien que se dedicara a hablar de libros pudiera ser divertida?

—Básicamente.

—Igual tienes que leer un poco más. —Le guiño un ojo y saco el móvil del bolsillo.

Llevamos casi tres horas grabando un vídeo que apenas va a acabar durando veinte minutos, y la verdad es que no puedo contar la de veces que he pensado que menos mal que no lo tengo que editar yo. Con lo que odio editar vídeos y lo mal que se me da.

La pantalla del móvil me da la bienvenida con un porrón de notificaciones, algo a lo que ya estoy bastante acostumbrada desde hace un tiempo. En cuanto dejas un rato de revisarlo, Twitter se vuelve loco. Sobre todo, después de que esta mañana *Desconexión* haya inaugurado su perfil y yo le haya dado difusión entre mis casi quince mil seguidores. Los comentarios generales son de sorpresa por la nueva dirección que estoy tomando y de flipar con el hecho de que «TrollHugo» sea mi compañero. Hay un par de usuarios que aciertan de lleno cuando dicen que nos sacaremos de nuestras casillas mutuamente.

En general, la expectación es bastante grande y entre ellos, me vuelve a llamar la atención el mismo usuario, *@eltrendelpasado: «Los polos opuestos no se atraen, impactan el uno contra el otro y eso… eso hace que todo salte en mil pedazos».*

Lo escribe en respuesta a un comentario con bastantes *likes* que dice que vamos a acabar enrollados. «Cómo le gusta a la gente el salseo» pienso, poniendo los ojos en blanco.

«Es más probable que me vuelva una persona ordenada que eso».

—Oye, mañana es el vídeo grupal, ¿no? ¿A ti te han pasado algún guion?

La voz de Hugo me saca de mi absorción tecnológica, y levanto la vista del móvil.

—¿Hummm?

—Tierra llamando a *bookie*, que estás empanada hoy…

Enfoco la mirada en él para encontrármelo con una sonrisa sarcástica. Se ha afeitado esta mañana y se nota, porque ha dejado de tener ese bigote extraño a parecer un bebé. Esto acentúa de alguna forma el azul de sus ojos, que me miran socarrones.

—¿Para qué bajar a la Tierra, si aquí solo estás tú? —suelto, como un siseo, aunque le añado un cierto tono de broma.

Tampoco quiero pasarme. Al fin y al cabo me repito a menudo que tengo que lidiar con él todos los días.

—Que si te han pasado algún guion, señorita —repite, esta vez con un poco de paciencia.

—Nada. *Niente*. Cero unidades de guion, ¿a usted?

Él alza una ceja, sorprendido por mi actitud algo brusca.

—Tampoco.

—¿Debería preocuparme? La última vez acabamos a hachazos…

—Puf, sería brutal algo así. Pero los cuatro.

—Sí, que Claudia y Nacho son súper majos —sonrío.

—Ah, ¿y yo no?

Suelto una pequeña risa ante su tono ofendido.

—Tú eres… diferente, digamos.

—Madre mía, vaya puñal. Lo dice la sencillita.

—Lo sencillo es aburrido.

—Lo normal, también.

Nos miramos un segundo, desafiantes, en la puerta de la sala de rodaje. Un técnico pasa por medio y nos obliga a separarnos y a romper contacto visual.

—¿Lo dejamos en empate? —bromea él.

Yo pongo los ojos en blanco, otra vez.

—Qué remedio.

***

La primera sesión de gimnasio es tan agotadora como maravillosa. Un desastre en muchos sentidos, con varios momentos en los que meto la pata y le pongo demasiado peso para mi fuerza física y tengo que parar un segundo y admitir mi derrota. En esas situaciones es cuando me pongo colorada y quiero que me trague la tierra, porque me da la sensación de que todo el mundo me está mirando y pensando «Mírala, es una floja, no vale para esto». No obstante, una parte más grande de mí se sobrepone y consigue acallar esas voces y autoconvencerme, al menos a medias, de que nadie me presta atención.

Nadie nació aprendido y si seguimos esperando aprender por arte de magia, vamos a darnos de bruces con que la magia no existe.

También he comido un poco más sano: me he llevado un táper al set de rodaje, de pollo con zanahorias, así que me siento bien. No es que me obsesione el comer limpio y el hacer deporte, pero sé que mi cuerpo se siente mejor cuando lo hago y por ello últimamente tiendo hacia esa dirección en cuanto se tranquiliza un poco mi vida.

Y parece que la rutina se va encarrilando.

Por eso, como si tuviera un sensor, aparece él para desbaratarlo todo.

Lucas: Hola, rubia. ¿Te apetece tomar un café esta tarde? Me tienes abandonado.

Mi rutina se va a la mierda, allí donde debe de estar mi sentido común, porque no tardo ni diez segundos en preguntarle dónde quedamos.

***

Ay, el «me tienes abandonado». Cuántos ojos en blanco ha generado, pero también cuántos corazones han latido más fuerte por su causa.

Se me está yendo la pinza oficialmente.

Pero ahí estoy, hora y media más tarde, el tiempo que he tardado en ducharme, lavarme el pelo, secármelo —tarea titánica que me hace desear un buen rapado todas y cada una de las veces— y dudar durante diez minutos si ponerme o no máscara de pestañas.

Porque, claro, quiero que me vea guapa.

Pero no quiero que se dé cuenta de que quiero que me vea guapa.

Pero tengo las pestañas de un nenuco rubio.

Y cuando quedamos todos, no llevaba máscara de pestañas. Apenas la crema con algo de base de maquillaje que me pongo a diario como una segunda piel.

«Eres imbécil, Elisa. Si seguro que ni se da cuenta» acabé por decirme, y decidí acudir al natural.

Al fin y al cabo, el chaval me ha visto con todos los granos del mundo en mi época prepúber, no creo que ahora le parezca nada demasiado mal. Y siempre es un plus no tener que quitarse el rímel, que parece que nunca desaparece por mucha saña que le pongas a eliminarlo. Ha habido veces que ha sobrevivido tres duchas seguidas, las tres habiendo salido yo pareciendo un mapache salvaje. El misterio de la creación espontánea de máscara de pestañas. Me pregunto si los científicos ya estarán investigando sobre el tema.

De todas formas, ahí estoy: esperando al lado de la parada de metro de Tirso de Molina, haciendo como si observara distraídamente las flores del puesto permanente que he visto ahí todas y cada una de las veces que he ido a esa plaza durante toda mi vida.

Y nunca he comprado nada.

Me acerco, siguiendo un impulso y, tras dos minutos de charla

con la vendedora, me llevo una pequeña plantita con forma de rosa y pinta de cactus. La mujer me dice que es una echeveria y me enamora al instante.

«Forma dulce y aspecto fuerte», ronroneo en mi mente. «Desde luego, algo a lo que aspirar».

Estoy sujetando la pequeña maceta entre ambas manos, fascinada por aquella planta, cuando noto un golpecito en el hombro. Doy media vuelta, con sorpresa, y el tiempo que tardo en recordar a quién estaba esperando es el que aprovecha él para envolverme entre sus brazos. Se me acelera el corazón como aquella vez que me bebí el equivalente a seis tazas de café en una sola mañana. Y como torpe se nace, casi se me cae la planta. Evito en el último momento que se estrelle contra el suelo y él repara en ella, alzando una ceja.

Lucas.

—¿Te han regalado una planta?

Con el mismo abrigo largo negro pero el pelo ligeramente más peinado que el otro día. ¿Se habrá peinado para mí? ¿Habrá estado en su casa pensando si peinarse o no el mismo tiempo que yo debatía para mis adentros sobre la máscara de pestañas?

Me obligo a reaccionar más o menos rápido.

—No, me la he comprado yo. No necesito que nadie me regale flores —y le guiño un ojo, girándome en espera de que me siga—. ¿Vamos a tomar ese café?

***

Lo que más odio de estar con Lucas es lo fácil que me resulta hablar con él.

O, probablemente, que el hecho de haber quedado los dos solos a tomar un café no sea nada inusual —lo hacíamos a menudo antes de que me marchara a la universidad a Barcelona— pero, de alguna manera, creo que si se lo contara a alguien del grupo de amigos, le resultaría chocante. Porque cuando estamos todos, apenas interactuamos. Nuestras conversaciones están destinadas a ser solo nuestras, supongo.

Y eso me jode. Porque siempre que he tenido algún otro *crush*,

he podido hablar con mis amigas sobre el tema. Y sobre Lucas… bueno, alguna vez lo hemos comentado, pero empezó siendo el foco de tantas bromas que de alguna manera siento que tengo un bloqueo a la hora de sincerarme. De expresar lo que me pasa en el corazón, cómo se me retuerce cada vez que me sonríe.

El hecho de estar siendo un ser humano funcional en presencia de este chico no es como para tomárselo a la ligera. Es fruto de muchos años de práctica. Por dentro estoy temblando, pero por fuera soy la de siempre. Con todas las preguntas que me genera si «la Elisa de siempre» le gustará. Soy más natural en su presencia cuando estamos solos que cuando están los demás delante. Y es porque en el fondo, mi yo de quince años —habíamos quedado en llamarla Elisabeta, ¿no?— se muere de la vergüenza ante lo que puedan pensar.

«Mira a Eli, le sigue gustando Lucas, qué triste» son los comentarios imaginarios que me aplastan cada vez que le dirijo la palabra en grupo.

Elisabeta no me dejará nunca en paz, supongo.

O igual es que tengo que obligarla, porque sola no se va a mover.

—Vamos, que estás viviendo una vida de famosa. Qué pasada.

Las palabras de Lucas están teñidas de algo que podría denominar… ¿envidia? si no me resultara tan raro ese sentimiento viniendo de él.

Suelto una carcajada nerviosa.

—Bueno, no lo diría así. Pero sí que juegan con retransmitir nuestras vidas, supongo. Aunque solo en horario laboral, por suerte.

—Claro, ¿te imaginas que nos estuvieran grabando ahora? Seguro que comentaban de todo…

—¿De todo? —me extraño, dando un sorbo al café.

Me distraigo por un momento con el sabor de la bebida. El buen café es algo que hace mi vida mucho más feliz, y dedico un instante a agradecer lo simple que es a veces contentarme.

—Claro, quién es ese chico, ¿tendrán algo?, ¿estarán

enamorados?

Me atraganto.

Pero no de forma elegante como en las comedias románticas, porque recordemos que no estamos en una película. Como mucho, en una novela malilla.

Me atraganto en plan mal. En plan que se me va el café a las vías respiratorias y casi me da un jamacuco. Empiezo a toser y me pongo la mano en el pecho mientras me siento de lado en la silla para intentar tranquilizarme. Los brazos de Lucas salen disparados hacia delante, como si extenderlos hacia mí fuera a ayudarme en algo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, perdona —carraspeo.

—Que lo decía de broma, ¿eh? —sonríe.

«Claro que lo decías de broma» pienso, aunque me da una punzada el corazón.

—Lo sé, lo sé —digo, volviéndome a girar para ponerme de cara a él y quitándole importancia con un ademán de la mano—. Pero la gente es así. Fíjate el vacile que me ha caído a mí siempre contigo, la gente no puede aceptar que un chico y una chica sean simplemente amigos.

Él me observa en silencio durante dos segundos, durante los cuales hubiera pagado una cantidad abominable de dinero por saber qué diantres piensa.

—Tienes razón —acaba asintiendo.

—Y tú, ¿qué? ¿Qué tal con «la chica esta»? —Hago el gesto de las comillas con las manos, sonriendo.

La pregunta parece tomarle un poco por sorpresa.

—¿Con Tana? Ah, bien. Mejor, la verdad. Es solo que… creo que no buscamos las mismas cosas.

Agarra el papel que ha quedado del sobre de azúcar de su chocolate —siempre nos burlamos de que le eche azúcar al chocolate, diciéndole que un día va a morir de eso— y comienza a

juguetear con él, rasgándolo, con la mirada perdida.

—¿A qué te refieres con eso?

—No sé, es que yo no quiero nada serio, ¿sabes? Y se lo aclaro, a todas se lo aclaro, de verdad. —Sonríe de medio lado, aún distraído, aún mirando a la mesa—. Y suele parecerles bien pero luego… no sé, igual es porque no soy un capullo con ellas, pero creo que llegan a pensar que he cambiado de opinión.

—Vas a tener que explicarme eso.

Él coge aire profundamente y mira hacia el techo antes de clavar sus ojos negros en mí. Yo hago tanto esfuerzo por no tragar saliva que se me encharca la boca.

—Cuando algún tío te dice que no quiere nada serio, suele comportarse como un capullo, ¿no? —asiento—. No te responde a los mensajes, no se acuerda de lo que le dices… en fin, comportamiento estándar de capullo. Yo no soy así. Tú sabes cómo me porto cuando alguien me interesa un mínimo, y claro, me preocupo, las escucho… yo qué sé, son personas, joder, si estoy con alguien, de la manera que sea, será porque me interesa su puta vida.

—Entiendo lo que dices —le animo, porque parece esperar algún tipo de reacción de mi parte.

—Entonces al cabo de un tiempo yo sigo sin querer nada, pero ellas piensan que he cambiado de idea y empiezan a reclamarme cosas que yo ya les he dicho que no puedo darles —suspira, y se cruza de brazos.

Lleva puesta una sudadera gris simple y los cordones de la capucha se le enredan entre los brazos con ese gesto.

—¿Y cómo estás tan seguro de que no quieres nada más?

La pregunta me sale sola, natural, porque no entiendo a la gente que siente de manera diferente a mí. Porque yo sería incapaz de no enchocharme con alguien con el que estoy teniendo algo, cualquier cosa. Porque soy una romántica irremediable y tengo plena consciencia de ello. No me escondo.

—Porque lo sé, simplemente. Es como una certeza aquí. —Separa uno de sus brazos para ponerse la mano en el corazón. Luego me mira—. Sé cómo me hace sentir alguien con el que

realmente quiero estar.

Lucas ha tenido dos novias oficiales, de las cuales hemos llegado a conocer una: Mariola. Una chica muy pequeñita, con una sonrisa enorme y muy divertida. De ojos azules y complexión atlética, solo puedo evocar mi sensación cuando, teniendo todos dieciocho años, nos la presentó.

Un hachazo en medio del pecho hubiera sido menos doloroso.

Pero claro, en ese momento yo estaba en pleno apogeo de mis inseguridades y ver a Lucas con una chica tan radicalmente opuesta a mí era mucho más de lo que podía soportar. Ahora lo miro en perspectiva y a mí me han gustado tantos chicos tan distintos entre ellos… que sé que no tiene nada que ver.

Pero en su momento fue devastador.

—Ojalá yo misma lo tuviera tan claro —sonrío.

Porque es verdad: sé que llevo buena parte de mi vida enamorada de Lucas y, sin embargo, no tengo ni idea de si querría tener algo con él. No sé si podría vivir día a día con la inseguridad que me genera este chico, pensando en si me va a hablar o va a dejar de hacerme caso. No sé si me merece la pena el torrente de sentimientos que me produce y, sobre todo, el hecho de que traiga a Elisabeta de vuelta. Tendría una relación con ella, no conmigo, eso lo tengo clarísimo.

Y yo tendría que decidir si quiero incluirla en mi vida de nuevo, con lo mucho que me ha costado echarla.

—Supongo que cada uno siente las cosas de manera diferente. —Se encoge ligeramente de hombros.

—¿Y qué vas a hacer? Con la chica.

Intento que no se note el interés que tengo en su respuesta. Porque trato de no reconocérmelo a mí misma, más que nada.

Coge aire despacio por la nariz, alzando un poco los hombros en el proceso. Me quedo mirando sus manos, aún aferradas al plástico del sobre de azúcar. Los dedos anchos, las uñas mordidas aún después de tantos años. A veces, entre el chocolate caliente y eso, sigue pareciendo un niño pequeño. Pero son manos fuertes, de alguien que pasa un buen rato de su vida en el rocódromo, que le

encanta.

—Pues acabarlo, supongo. Rober me dice que, si ya he sido claro con ella, que yo siga como me conviene, que es mayorcita para darse la leche sola. Y en parte tiene razón, pero yo creo que tengo cierta responsabilidad en que no se haga más daño de lo imprescindible, ¿no?

—Más daño de lo imprescindible… —repito, en un murmullo. Luego, trago saliva—. Creo que tienes toda la razón y, a la vez, qué miedo que la tengas.

—¿Miedo? —se extraña.

—Implica que hay una porción inevitable de daño que asumimos al meternos en cualquier interacción romántica. Y da miedo.

—Es a lo que nos arriesgamos, ¿no?

—Bueno, parece que tú te arriesgas poco —bromeo—, según lo que comentas, al menos.

Él sonríe de medio lado y sus ojos me recorren de arriba abajo muy rápidamente. Luego, alza una ceja.

—Yo me arriesgo poco cuando se me permite ser consciente de en lo que me meto. Pero cuando lo siento de verdad, me atropella y me deja hecho papilla en la carretera.

—Eso te pasó con Natalia, ¿no?

Por una milésima de segundo, pienso que igual la he cagado. Que sacar a su ex, la ex, con la que estuvo tres años y por la que desapareció del mapa, del grupo de amigos y de la faz de la Tierra, ha sido un tremendo error. Como siempre que abro la boca y pienso que he dicho algo malo, empiezo a temer que me mande a la mierda, o que estos momentos tranquilos frente a un café/chocolate no se vuelvan a repetir.

Si me diera tiempo a pensarlo en mi casa, con una taza de café que no tuviera que devolver a ningún mostrador, es probable que acabara resolviendo que no me importaría tanto. Que si por un comentario mío deja de hablarme, me daría igual. Que si no volvemos a quedar a solas, me daría igual. Que si se aleja y nunca pasa nada entre nosotros… me daría igual.

Llevo demasiados años dándole vueltas al asunto como para todavía tener alguna esperanza, y creo que la mayor parte de mis interacciones con él son viejos hábitos, más que cosas que realmente sienta. Son mi Elisabeta arrancándome las entrañas.

Así que intento mantener la expresión neutral. He aprendido que cuanto más convencida parezcas de tus palabras, menos te van a echar en cara nada. La ley de la jungla en estado puro, pero tremendamente efectiva, al fin y al cabo.

—Exactamente eso pasó con Natalia, sí.

Parece ido. Fuera de la cafetería, de la calle y del planeta entero. Como si mi comentario lo hubiera transportado a otro momento, en otros brazos. Esto es lo que debe ser la *saudade* que claman los portugueses. Lo he perdido, y me lo he ganado a pulso empujándole a los recuerdos de otra que lo poseyó por completo.

¿El amor tiene que poseer?

Pero yo parece que no tengo ni filtro ni frenos porque…:

—¿Sigues en contacto con ella?

Alza la vista para mirarme, clava sus ojos en los míos. Yo le sostengo la mirada porque, de alguna manera, soy tan consciente de lo mal que lo estoy haciendo que no tengo miedo a las repercusiones. Cuando ya has metido la pata hasta el fondo casi solo te queda como opción plantar la otra, para compensar.

—De vez en cuando le da por aparecer para trastocarme la vida.

—¿En plan?

Se muerde el labio con fuerza antes de contestar.

—En plan aparece, me suelta dos cosas que me hacen volver a engancharme a ella, pero nunca llegamos siquiera a quedar. No sé si es que necesita tenerme ahí, saber que puede volver conmigo solo con desearlo, pero a mí me deja hecho una mierda.

—Hay gente que es así. Parece tener un sensor que les avisa cuándo empiezas a olvidarles y justo en ese momento reaparecen para no permitirlo de ninguna manera.

Son curiosos esos momentos. Esos comentarios que haces a la

persona que tienes delante refiriéndote a ella, pero sabiendo que nunca va a percatarse. Esos momentos de oscura perversión en los que cumples tu deseo de defenderte, de echar en cara lo que te duele, pero desde la sombra. Una valentía fantasma, de mentira.

La valentía de los más profundos cobardes.

—Supongo que sí… Bueno, ¿y tú qué?

«Oh, oh...»

—¿Yo qué, de qué?

¡Estrategia número uno en el mundo, avalada por especialistas, para ganar tiempo!

—¿De qué va a ser? De rollos de tíos.

Aunque la estrategia nunca ha conseguido ganarme más de unos segundos.

—Nada relevante. Estuvo Archie, el inglés, pero eso acabó hace tiempo.

—Sí, que te llevó a conocer a sus padres y todo, ¿no?

Aquel dato parece hacerle especial gracia.

—No, fue que vinieron a Barcelona e insistió en presentármelos cuando llevábamos juntos un mes.

—Vaya intenso.

—Bueno, en su momento me pareció bonito. Empezamos pensando que no íbamos a dejarlo nunca.

—Eso es lo normal, ¿no? Si no, ¿para qué empiezas algo?

Lo observo en silencio, dos segundos que cuento en la cabeza. Uno. Dos.

—Por muchos motivos. Porque se te viene encima. Por no sentirte sola. Porque parezca ser lo mejor para ti. O porque quieres saber cómo sería, incluso cómo va a acabar.

—Demasiado complicado para mí. Yo o lo siento…

Niega con la cabeza.

—… o no lo sientes —completo yo, con una sonrisa sincera—. Ya.

Sonríe ampliamente ante mi comentario.

—Cómo me conoces, rubia.

—Son muchos años ya, moreno.

«Muchos años prendada de esa sonrisa que solo me trae problemas».

8

El viernes me levanto con sensación de irrealidad.

De repente, es como si todo lo que está pasando en mi vida fuera un montaje, como si todo lo que grabamos en el estudio se pudiera aplicar también al resto de mi día a día. El café de ayer con Lucas parece un sueño, y el abrazo largo que nos dimos al despedirnos, aún más. Una pequeña victoria es el haber sido yo quien decidió disolver aquel encuentro improvisado. Él entra un poco más tarde que yo a trabajar, por lo que no tenía prisa, pero a eso de las once de la noche yo le dije que me iba, y creí entrever un deje de decepción en su mirada. O me lo inventé, que también soy mucho de eso.

Mientras me enfundo unos pantalones negros, una camiseta naranja y una americana también negra —sigo intentando encontrar un punto medio entre el «estoy yendo a trabajar» y «realmente me van a cambiar de ropa en cuanto entre en el set» al vestirme— me encuentro un poco nerviosa, y eso me sorprende. Cualquiera diría que después de lidiar con Hugo durante esta semana, lo que menos tendría en la cabeza sería la grabación grupal de hoy.

Una grabación para la que no tenemos guion, pero sí instrucciones más o menos claras: cada uno se presenta, nos dan unas indicaciones, y después nos van a proporcionar a todos globos de pintura que tirarnos entre nosotros. La verdad es que suena divertido y me tranquiliza el pensar que Claudia y Nacho también van a estar ahí. La presencia de mi copresentador sigue resultándome un tanto… molesta. Aunque tengo que reconocer que, por lo menos, creo estarle empezando a pillar el truco, o más bien le estoy pillando el truco a intentar que lo que dice no me afecte tanto.

En cuanto pongo el pie en las oficinas de *Desconexión*, me siento en casa. Y esa sensación, ese hogar que estoy empezando a formar ahí, me resulta tan tranquilizadora que se me derrite un poco el corazón. Estar a gusto en el lugar al que acudes todos los días a trabajar es tan importante y, a la vez, angustia tanto cuando no tienes esa seguridad…

Está todo bastante más calmado, como si los engranajes comenzaran a encajar unos con otros a medida que vamos acostumbrándonos al estilo de trabajo de la compañía. Me dirijo directamente a la sala de personajes, donde ya están Hugo y Nacho, charlando de algún tema que interrumpen en cuanto me ven entrar.

—No os cortéis por mí, ¿eh? —bromeo, mientras tomo asiento en el lugar que me corresponde.

Saludo a Tina y a Rosa, las chicas encargadas de maquillaje y estilismo. Me fascina cómo, en su profesión, parecen estar cómodas en su papel de fantasma, como si estuvieran y al mismo tiempo no en ese mismo momento. Son como las hadas madrinas que hacen que todo funcione bien.

—Es que estábamos rajando de ti y claro… —me sigue la broma Nacho, con una pequeña sonrisa adornando sus labios finos.

Rosa hace que se siente para retocarle un poco los brillos y él se deja hacer muy mansamente. He tratado poco con el chico, pero resulta bastante inesperado lo dulce que es a pesar de tener un canal de YouTube de *fitness* orientado al levantamiento de peso. También me ha sido reconfortante encontrarme con que es una persona que, a pesar de dedicar toda su vida a su cuerpo, no parece juzgar en absoluto el de otros. No me he llevado ni una sola mirada extraña a los táperes de pasta, ni un solo intento de proponerme una rutina de ejercicios cuando mencioné que me había apuntado al gimnasio.

Y, solo por eso, me dan ganas de confiarle mi vida entera.

—Siendo Hugo, no me extraña nada que hable mal de mí —sacudo la cabeza, lo que hace que Tina me sujete la cara para que me quede quieta.

—Eh, yo me porto muy bien contigo siempre —protesta el aludido.

—Claro, claro. Igual que yo contigo.

—Eso ya es más discutible…

—Haya paz…

La voz de Claudia llega desde la puerta y ella avanza en dos brincos hacia su silla, frente a la mía, bordeadas ambas con sendos

espejos que usamos más nosotras para mirarnos que Tina para ver cómo va el progreso.

En la misma línea que Nacho, Claudia se ha dejado maquillar sin hacer un solo comentario al respecto desde el primer día. Desde su posición como *beauty blogger*, probablemente se hubiera hecho su propio maquillaje de manera distinta, pero no parece tener ninguna intención de discutir las elecciones de Tina.

Al final, esos dos rasgos hacen que tanto Nacho como Claudia me parezcan personas que merecen la pena de verdad. Y ellos sí que tienen pinta de llevarse muy bien. Sobre todo, por las miradas de complicidad que se echan, en diagonal uno del otro.

«Igual se llevan mejor que bien...» pienso, sin poder evitarlo.

Al fin y al cabo, tengo un canal de YouTube de libros en el que mis favoritos son, sin duda, los de amor. Así que mi mente ya funciona buscando romances en todas partes.

Y desde luego, hacen la pareja perfecta. Aunque ese no es un concepto que me suela gustar en las novelas. Me tiran más los amores que parecen no encajar pero que, al final, resultan compenetrarse mejor que nadie. Esas personas que son diferentes a ti, pero ese tipo de diferente que te ayuda a crecer dentro de tu propio ser.

Siempre les digo a mis amigas que no me importa demasiado lo que suceda en sus vidas, me importa más lo que me invento yo sobre ellas. Esto es obviamente mentira, pero sí que es cierto que disfruto creando las fantasías sobre ese chico que dicen que las ha mirado en el metro o esa chica con la que se ven obligadas a compartir mesa en el trabajo. Luego, la vida real no suele ser ni la mitad de interesante, pero siempre nos queda la imaginación para compensarlo todo con creces.

Nos maquillan —poco, porque nos vamos a llenar de pintura—, nos colocan a cada uno un mono de cuerpo entero blanco —lo que tiene sentido— y nos dirigimos al set.

No podemos evitar soltar exclamaciones de sorpresa al ver lo que tienen ahí montado. Un fondo también blanco pero con el logo de *Desconexión* bien grande plantado en medio y, a ambos lados, dos cubos gigantescos con globos de colores que, no hace falta que nadie nos lo diga, están llenos de pintura pringosa.

Sonrío, y es una sonrisa que me nace directamente del alma, de estar pasándomelo bien en mi trabajo. Y cuando miro a mis compañeros y ellos me devuelven la sonrisa, por primera vez en mucho tiempo me siento en calma, y sé que he tomado la decisión correcta.

Hora y media más tarde, estamos saliendo los cuatro del set, charlando y con el pelo chorreando de todos los colores del arco iris. Alguien hace un comentario sobre la falta que haría una ducha en estas oficinas.

—Seguro que Mariana tiene una en su despacho, ¿habéis olido a esa mujer? Siempre que aparece siento como si hubiese metido la nariz en su toalla para el pelo —bromea Nacho mientras se pone el abrigo.

—Estoy de acuerdo. Quizás todo esto sean pruebas y quien se convierta en el favorito de la jefa, tiene derecho a usar su ducha… —bromeo yo.

—Entonces vosotras no tenéis ninguna posibilidad —continúa Hugo, socarrón.

—¿Y por qué no?

—Bueno, si es cuestión de ganársela… —Alza las cejas en tono seductor.

Parece que siempre que le miro, el azul de sus ojos me sorprende. Y eso no me gusta.

—Ah, ¿piensas que no tengo experiencia con mujeres…?

Sigo andando hacia la salida del edificio y él se queda atrás. Claudia, a mi lado, se ríe, y Nacho parece estar observando la situación con mucha atención.

—Eh, wow. Perdona, no sabía… —le oigo balbucear, poniéndose a nuestra altura, pero no le miro directamente.

No puedo evitar seguir sonriendo.

—Tenga cuidado con encasillar a la gente, señor *troll*. Se puede llevar sorpresas. —Me giro para despedirme, ya que una vez fuera del edificio, tomo la dirección contraria a ellos—. ¿Nos vemos esta noche en la fiesta?

***

No soy una persona que normalmente dedique mucho tiempo a decidir qué se pone para un evento. Suelo rotar entre varios modelitos en los que me siento cómoda —hace mucho tiempo que aprendí la lección de «no ponerse algo con lo que vayas a sentirte insegura toda la noche y querer marcharte antes de tiempo»— pero claro, es la primera vez en mi vida que asisto a una fiesta de trabajo.

¿Que es en una discoteca que han cerrado específicamente para el evento? Sí.

¿Que casi todo el mundo es joven y han invitado a muchos *influencers* y la idea es que sea un ambiente distendido donde todo el mundo se lo pase bien? Eso pone en el e-mail que nos han enviado a todos.

Pero no deja de ser una fiesta de trabajo.

Con mis jefes.

«No se te ocurra pasarte con el vermut» me ordeno mientras me decido por mi vestido favorito: uno negro y ceñido en la cintura que, sin embargo, deja bastante vuelo y poco riesgo de enseñar braga al agacharme. Unas medias tupidas y unos zapatos bajos, además de mi pintalabios rojo favorito, me dejan bastante convencida con mi elección final.

Es uno de los beneficios de exponerse al público tan a menudo. Que al final, te ayuda mucho a trabajar en que la opinión que los demás tengan de ti no te importe, al menos, tanto como solía. O a conocer cómo te sientes mejor, porque cuando lo haces, el mundo te ve mejor.

Típica cosa que te dice tu madre y que no te crees hasta que lo vives y te das cuenta de que es verdad.

La discoteca está a un par de paradas de metro de mi casa, lo cual no es tan raro teniendo en cuenta que han querido escoger un lugar no demasiado alejado de las oficinas para que a todo el mundo le quede más o menos a mano. En la puerta, me piden el DNI y revisan una lista, una mujer muy arreglada que me hace sentir que quizás me debería haber venido más elegante. Por suerte, y aunque soy de las primeras en llegar, el resto del equipo no parece habérselo tomado tan en serio.

—Estás preciosa —me abraza Claudia, y no sé cuándo hemos pasado al nivel de amistad que propicia abrazos, pero no pienso quejarme.

—Anda que tú… cómo se nota que eres *beauty blogger*, ese *eyeliner* es de matrícula de honor.

—Pues yo creo que Tina me los hace mejor, fíjate —sonríe.

—¿Están aquí los demás?

—Nacho está hablando con uno de los productores de algo de rugby… por eso me he alegrado cuando has venido. De fútbol me encanta hablar, pero en el rugby me pierdo.

—Una vez fui a ver un partido de una amiga y no entendía por qué se pegaban, así que te entiendo —me río.

—Ah, y ahí está Hugo. —Señala a mi espalda, y cuando me giro y le veo, no puedo evitar la cara de sorpresa.

Una cara que, por otro lado, me encantaría haber podido esconder.

No es como si el chico entrara a cámara lenta, aunque se puede ver por su expresión que en su mente está realizando una entrada triunfal de película. Se recoloca la americana azul con un gesto chulesco de la mandíbula y viene directo hacia nosotras con un paso que hace que mi expresión cambie al fastidio.

«Menudo chulo» es todo lo que puedo pensar.

—Os dejo un segundo para que freguéis la baba del suelo… —bromea, guiñándonos un ojo mientras se ajusta el botón de la chaqueta.

—Madre mía, ¡que lleva mangas! —exclamo, propiciando una carcajada sonora de Claudia—. ¡El Mario Casas de YouTube sabe lo que son las mangas! Oh, Dios mío, tienes que estar incomodísimo, ¿necesitas algo? ¿Te traigo unas tijeras?

Gesticulo mucho y me llevo la atención curiosa de los que nos rodean. A Hugo, a pesar de lo que hubiera podido pensar, parece estarle haciendo bastante gracia la situación. Me mira con sorpresa pero también con una sonrisa de incredulidad plantada en la cara.

—Tú también estás muy guapa, *bookie*. —Guiña el ojo otra vez, dándome un leve codazo.

No me espero para nada ese comentario así que me pilla un poco descolocada y solo consigo reírme de nuevo como una idiota y poner los ojos en blanco.

No podemos decir nada más porque, mientras hablamos, Mariana se sube al escenario que preside la sala y las luces se apagan para que solo ella quede iluminada.

—Hola a todos y todas y muchas, muchísimas gracias por estar aquí hoy.

Miro alrededor para darme cuenta de la cantidad de gente que ha llegado mientras yo no estaba prestando atención. No puedo evitar ruborizarme al pensar en que todos me han oído mofarme de Hugo, y qué habrán pensado sobre eso. Al menos, el chico ha reaccionado bien.

«¿No decías que a ti no te importaba lo que pensaran de ti?», dice Elisabeta, refunfuñona como siempre.

Algunas caras me resultan familiares, pero siempre he sido nula para los nombres. Y mucho más para los *influencers*. No sigo mucho ese rollo y de hecho mi propio Instagram da bastante pena. Doscientos seguidores de los cuales creo que la mitad son de mi familia paterna, que es gigante, y la otra mitad cuentas que saben quién soy por Twitter y YouTube y me siguen con la esperanza de que sea alguien medianamente interesante. Suelen aguantar unos meses hasta que se dan cuenta de que no.

—Todos habéis recibido el dossier de *Desconexión*. Sabéis lo que vamos a hacer, lo que tenemos planeado para los próximos meses y cómo vamos a llevarlo a cabo. El proyecto es grande, pero los medios que tenemos son más que que suficientes para llegar a donde queremos. A ser el mejor y más conocido canal de entretenimiento de YouTube España. De todas formas, desde la compañía pensamos que, obviamente, una imagen vale mil palabras así que... No me enrollo más y os dejo con los cinco primeros vídeos, que inaugurarán el canal el lunes por la mañana.

Con un amplio gesto de la mano se retira del escenario mientras desciende una pantalla blanca gigantesca donde no tardan en proyectarse los vídeos. Aunque estábamos avisados, no los habíamos visto aún, así que mis compañeros y yo nos miramos con

complicidad y nerviosismo. Por mucho que grabe, por mucho que grabemos, parece que ninguno pierde la ilusión por verse. Y tengo que reconocer que no ser la que los edita le añade emoción al proceso.

Las carcajadas son tales con el vídeo del lanzamiento de hachas que me pongo un poco colorada de la emoción. Nunca me he considerado una persona especialmente graciosa así que me sorprende y me agrada a partes iguales. Sí que es verdad que es casi todo propiciado por los piques que me lanza Hugo y la forma tan… rara que tengo de defenderme.

El último vídeo es el de los globos de pintura, y como ya me había imaginado —al final y aunque no sea santo de mi devoción, tengo un ratito de experiencia editando vídeos— han tirado por muchas cámaras lentas y una música muy alegre que no es, sin embargo, la que nos pusieron al grabarlo. El aplauso que sucede al final del vídeo es estremecedor y nosotros nos apresuramos a unirnos también. Incluso los camareros, que pasean de un lado para otro con bandejas llenas de copas de vino, se paran un segundo para sonreír y aplaudirse en el antebrazo.

—Parece que les ha gustado —comenta Claudia, mordiéndose el labio inferior con emoción contenida.

—Es que somos la hostia —concluye Hugo, guiñándole un ojo.

—Ojalá tener tu autoestima, chaval —bromea Nacho, dándole una palmada en el hombro con tanta fuerza que hace que Hugo se tambalee un poco hacia delante.

—Pues si me vuelves a sacudir, me la sacas de encima —le sigue la broma él, y se enzarzan en una discusión amistosa.

—Tía, ¿qué te parece lo que han hecho con el vídeo de las hachas?

Parece que Claudia aprovecha ese momento de distracción de los chicos para hacerme la pregunta. Arqueo una ceja, sin entender muy bien por qué me lo pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Pues que lo han puesto de una manera que parece que os lleváis un tonteo guapo…

Su sonrisa se vuelve amplia y guasona. Yo enrojezco y giro un poco la cara, como si intentara mirarla mejor con el ojo izquierdo.

—¿En serio parece eso? Yo creo que más bien se ve un pique entre amigos, que al final enmascara un poco el mal rollo de los primeros días.

—Ya, entre amigos… amigos que se quieren comer los morros.

—¡Claudia!

—¿Quién se quiere comer qué?

La voz de Hugo me sobresalta cuando se vuelve a poner a mi lado y, de alguna manera, vuelvo a enrojecer. Como si hubiera hecho algo malo, o como si él me provocara algo que, desde luego, no me provoca.

—Eli, que tiene hambre —me salva Claudia, encogiéndose de hombros.

—Pues creo que tenemos un bonito buffet que los «personajes» deberíamos aprovechar —sonríe Nacho.

Nos dirigimos los cuatro hacia la mesa del fondo de la discoteca, sorteando a muchísima gente que nos para para felicitarnos y chocarnos las manos.

Es un ambiente extraño. Toda esa gente que se cree que nos conoce porque acaba de vernos en media hora de vídeos. Todas esas caras que me resultan vagamente familiares pero que ya no sé si es porque he visto algo suyo en alguna parte o es mi propia mente sugestionándome.

De camino a la mesa de la comida, alcanzo una copa de Martini de una de las bandejas.

«Qué peligro tiene el Martini».

***

No sé en qué momento ha empezado la gente a subirse al escenario a bailar. Solo sé que hace una hora me parecía algo bochornoso y ahora me están entrando ganas de unirme a ellos. Con lo cual deduzco que me he pasado más de tres pueblos con el dichoso Martini.

La música ha ido incrementando su volumen y, si no fuera por Mariana Torres, que se pasea por la sala hablando con todo el mundo pero sin marcarse un solo paso de baile y como si estuviera controlando todo el cotarro, puede que la situación se hubiera desmadrado más.

Desde luego, a mí me viene bien para no atreverme a desfasar. O no dejarme llevar. De todas formas, y sin Ro para ser una pésima influencia sobre mi persona, no tiendo a perder el control tan fácilmente. O al menos, no desde que me quedé en bragas en una fiesta en segundo de carrera por una apuesta que a mi yo borracho le pareció estupendo hacer. Las fotos de esa noche son uno de los mayores bochornos de mi existencia.

No obstante, el Martini aún tiene su efecto sobre mí, sobre todo el tercero. El tercer Martini es siempre el principio del fin.

Me pongo a bailar con Claudia en la pista, intentando no pensar en lo bien que se mueve —tiendo a olvidarme de quién me gusta o quién no me gusta cuando estoy de fiesta— y lo bonita que es. Me recuerdo que día a día no me atrae y tiro por esa parte que solo la ve como una amiga. Una amiga que, por otro lado, tiene un *crush* «importante» —citando sus propias palabras— en Hugo.

Ese pensamiento me hace darme cuenta de que hace rato que no veo a mi copresentador. Es una señal de que, por mucho que nos puedan querer emparejar desde la productora, al menos en cámara, el chico no me interesa demasiado. Me conozco y sé cómo funciono: si me gustas y estamos en la misma fiesta, puedes dar por hecho que yo te tengo localizado —o localizada— en todo momento. Si te pierdo de vista y ni me doy cuenta… no estás en esa liga para mí.

Nacho se une a nosotras y hace varios movimientos de cadera completamente insospechados en alguien de su constitución que sacan unas carcajadas sinceras a Claudia. Envidio un poco la relación tan estrecha que han creado en apenas una semana. Hugo y yo empezamos a soportarnos en la medida de lo posible, pero no estamos ni cerca de donde se encuentran ellos.

Y hablando de Hugo…

—Vaya, resulta que la empollona sabe bailar…

Me susurra al oído y yo pongo los ojos en blanco de manera automática. Me paro en seco y doy tres pasos decididos hasta quedar frente a él, con los brazos en jarras y expresión seria.

—¿En serio me estás llamando empollona por leer? ¿Cuántos años tienes? ¿Doce?

—Eh, venga, relájate, que es una broma… —chasquea la lengua.

Su expresión parece decir «se lo está tomando a la tremenda» y eso hace que, en efecto, yo me lo tome a la tremenda. A veces me gusta cumplir con las expectativas.

—Todo lo dices de broma, ya —me mofo—. Pero no significa que no ofendas a la gente.

—Que tú te lo tomes en serio es problema tuyo. —Se encoge de hombros, con una sonrisa enorme en la cara que me dan ganas de arrancarle.

—No, es problema tuyo.

—Anda, relájate un poco.

—Anda, que te den —farfullo por lo bajo.

Paso por su lado dispuesta a coger el cuarto Martini que, si bien tiene cierto peligro, al menos me ayudará a olvidar esta discusión absurda. Siento una vergüenza instantánea al darme cuenta de que Elisabeta ha vuelto a actuar, haciéndome ser más adolescente que nunca.

«Últimamente soy más Elisabeta que Elisa, y eso no puede ser».

Encuentro a la camarera que lleva las copas de Martini —que creo que ya se ha quedado con mi cara—, le doy las gracias y le pego un buen sorbo. Todo está un poco más calentito y un poco más borroso. Cojo aire. Una. Dos. Tres veces.

Y decido reinstaurar el régimen de Elisa por encima del de Elisabeta. Con esto doy media vuelta y busco a Hugo donde lo he dejado hace apenas un minuto. No está ahí, así que barro con la mirada la discoteca, que empieza a tener algo menos de gente —los *influencers* ya han sacado las fotos que tenían que sacar— así que lo localizo sin mucha dificultad atacando la mesa de la comida.

Me acerco armándome de fuerza y apretando los puños en el proceso, consciente de que cada cosa que dice este chico me saca de mis casillas y decidida al cien por cien a no dejarme tambalear.

Le toco el hombro y él da un leve respingo antes de que sus ojos azules se encuentren con los míos. Tienen algo extraño esos ojos, un misterio que sigo sin saber identificar.

—Me he pasado —le espeto, antes de que abra la bocaza y vuelva a decir algo que me haga enfadar.

—No te preocupes, *bookie*. —Se gira para quedar apoyado contra la mesa, metiéndose un hojaldre en la boca.

—No significa que no me moleste que intentes picarme. Puede que sea como te relaciones con la gente siempre, pero a mí no me va.

—Entendido.

Se pasa la lengua por el labio inferior para rescatar alguna miguita de hojaldre y yo me pongo algo colorada otra vez. Demasiado Martini. Tengo que dejar de beber.

Me inclino hacia delante con la firme intención de dejar la copa a su lado, en la mesa, y no sé qué es lo que piensa que voy a hacer porque alza la mano, intercepta mi mejilla y pega sus labios a los míos.

Se para el mundo.

Sé que es el alcohol, que lo magnifica todo, pero noto sus labios calientes y la humedad que viene con el beso, y me enciendo totalmente en contra de mi voluntad. La sorpresa hace que tarde dos segundos (uno…, dos…) en reaccionar y separarme.

También que no sea capaz de decirle nada. Él solo me mira, sonríe de nuevo y se despega de la mesa, guiñándome un ojo.

Y así sin más, se larga.

«Pero ¿cuántos años tenemos?» es lo único que alcanzo a pensar.

Luego Claudia se me tira encima y yo quiero que se me trague la tierra.

9

Me despierto con resaca, pero eso no es ninguna sorpresa después del quinto Martini que me metí entre pecho y espalda anoche después de lo que sucedió con Hugo.

Voy a dejar una cosa bien clara: no soy una persona que «fluya». Ir con la dirección que vaya el viento va totalmente en contra de mi naturaleza. Yo hago lo contrario de fluir; soy un estanque. No es que me importe mucho lo que pase o lo que deje de pasar en mi vida, solo es que necesito saberlo. Entonces el hecho de que Hugo me haya besado y después haya desaparecido de la fiesta sin despedirse de nadie me tiene, obviamente, rayadísima. Y si el dolor de cabeza propio de la resaca ya es malo de por sí, estos pensamientos se entremezclan con él para hacerlo insoportable.

«Necesito una pizza».

Saco la mano del embrollo de mantas en el que me he vuelto a envolver —parece que me gustar resurgir de ellas como una mariposa alcohólica— para agarrar el móvil que he dejado encima de la mesilla de noche. Farfullo una palabrota al darme cuenta de que en mi borrachera no he llegado a acertar con el cargador y le queda un cinco por ciento de batería. Lo enchufo mientras observo el «cincuenta y cuatro mensajes de siete conversaciones» en la parte superior de la pantalla.

Es lo que tiene dormir hasta las casi tres de la tarde de un sábado.

Y estar en tropecientos grupos.

Solo dos conversaciones de las siete me llaman la atención. Una es de Paula. La otra, de Lucas.

Ni rastro de Hugo, por supuesto, aunque lo único que hemos intercambiado por WhatsApp ha sido un icono saludando cuando nos vimos obligados a darnos nuestros números por si acaso los necesitábamos para el trabajo.

Por supuesto, abro el de Lucas primero:

Lucas: ¿Cómo va esa resaca?

Mi primer pensamiento es «Horriblemente. Pero tú no me vas a venir a cuidar y si te propongo quedar me vas a decir que estás ocupado así que, ¿qué más te da?», pero es que cuando me duele la cabeza soy incluso más borde al pensar que de costumbre.

También se me inunda un poco el corazón, no lo voy a negar. Pero lo achaco al Martini intentando buscar una salida de mi cuerpo y fallando miserablemente.

Decido entrar en la conversación de Paula, que me doy cuenta de que versa del mismo tema:

Paula: Si estás de resaca como yo, creo que es el momento para devolverte la pizza que te debo.

Miro la hora del mensaje: hace diez minutos.

Sonrío: el día acaba de mejorar mucho.

***

—Y te besó.

—Sí.

—Así, sin más. Con la boca llena de hojaldre.

Me río un poco cuando menciona ese detalle que ni yo misma sé por qué he incluido en el relato de lo que pasó anoche.

—No, mujer, ya había tragado y todo.

—Uh, un caballero, entonces. —Me guiña un ojo mientras da un mordisco a la pizza carbonara que ha pedido para ella.

Me ha recomendado un italiano que, fuera de las cadenas a las que yo soy adicta, tengo que reconocer que es una pasada. Al final va a estar bien tener una amiga tan cerca de casa.

—De los que ya no quedan —le sigo la broma.

—Y te has quedado cachonda.

Sus palabras me toman por sorpresa y casi me atraganto con la pizza. Toso con el puño delante de la boca provocando una

carcajada estruendosa de Paula.

—No —contesto, entre lágrimas a medio camino entre la risa y el atragantamiento—. Bueno, sí. Que ya hace mucho y una no es de piedra. Pero que ese no es el problema.

—Ese es mi problema siempre —suspira dramáticamente.

—Venga, ¿cuánto llevas?

—¿Sin follar? Déjame que piense...

Se recoloca en el sofá, subiendo ambas piernas y agarrándose los tobillos, acabada ya su pizza. Traga el último trozo con la mirada fija en el techo y el pelo negro cayéndole en cascada enfrente de la cara. Desordenado, como parece ser ella.

Casi no la considero la misma persona que la Paula que conozco del instituto.

—Supongo que, desde Laura, nadie.

Un momento, un clic, un ladeo de cabeza y sus ojos fijándose en los míos. Es curioso porque nunca ha mencionado a ninguna Laura. De hecho, debe ser la primera vez que menciona sus anteriores rollos.

«Un momento… ¿no estarás intentando averiguar si a mí también me gustan las chicas?».

Vaya pensamiento más estúpido acabo de tener. Trago saliva y lo descarto, pero ahí está: una nueva forma de verla. Una mínima posibilidad que hace que me ponga nerviosa.

¿Me atrae? La respuesta viene volando a mi mente, instantánea: claro que sí. Es una mezcla entre el morbo de lo que en su momento no hubiera podido tener con una chica preciosa y muy inteligente.

No tengo demasiada experiencia con chicas. No porque no me interesen, sino porque supongo que, durante toda mi vida, y aunque me duela reconocerlo, me ha resultado más «fácil» cualquier interacción con un chico que con una chica. He tenido varios rollos, varios líos de una noche, pero nada serio ni demasiado memorable, por ahora. Por ahora.

«Ya estamos con la mente de una lectora de novela juvenil

romántica», me reprendo, intentando darme algo de manga ancha.

—¿Y eso fue hace cuánto? —pregunto, dejando el borde de la pizza en la caja.

Soy una persona horrible de esas a las que no les gustan los bordes. O eso dice Ro siempre que me ve despreciarlos.

—Pues… tres meses.

—Yo me estaría subiendo por las paredes. Hace algo más de un mes y ya me cuesta… —sonrío y hago como si me estremeciera.

—¿Quién fue el último? O la última, claro.

«Joder».

—Mi exnovio de Barcelona —confieso—. Una especie de polvo de despedida, muy mala idea todo.

Le quito importancia con un ademán, como diciendo «esas tonterías que todas hacemos, no me juzgues». ¿Noto algo en su mirada? No tengo ni la más remota idea, pero decido añadir algo:

—Con una chica hace bastante que no tengo nada.

Ahí está. Un alzamiento leve de ceja. Un destello en los ojos azules. Esa sonrisa por la que todos hubieran matado en el instituto. Incluida yo.

«Joder».

—Pues nosotras nos quedamos bastante a mano... —me guiña un ojo, obviamente de broma.

¿Obviamente?

«Joder».

—No me vendría mal tener a alguien a mano, no te lo voy a negar —le sigo la broma, sonriendo también.

Trago saliva y dejo caer el cuerpo hacia el respaldo del sofá, acercándome levemente a ella. Solo un poco, haciéndole saber que estoy ahí. Que estoy ahí… ¿para qué?

«Joder».

Ella se mueve un poco hacia delante, arrastrando el trasero por el sofá y ayudándose con las manos, que tiene apoyadas en el poco espacio que hay ya entre ambas.

—¿No te vas a negar?

Parece ronronear y yo me pongo roja a la vez que se me acelera el corazón.

—Yo no he dicho eso… —protesto, alzando una ceja.

—Bueno, pero yo sí.

«Joder».

Me estoy encendiendo muchísimo. Su cercanía, el tono cálido de su voz, que me invita a acercarme aún más. Pero estoy congelada en el sitio. Congelarse por el calor, qué ironía.

Noto una opresión en el pecho y me mareo un poco, como siempre que una situación se me escapa de entre las manos. Y, en este caso, puedo asegurar que no he estado siquiera cerca de atraparla.

Me paso la lengua por los labios, que se me han quedado secos de golpe. Y trago saliva de nuevo.

—¿Y qué propones, entonces? —La voz me sale un tanto estrangulada.

Ella alza el brazo para apoyarlo en el respaldo y me doy cuenta de que nuestras caras están apenas a unos centímetros de distancia. Puedo olerla. Huele a champú de peluquería y a pizza, y creo que no puede haber olor que me guste más en el mundo.

«Joder».

Pasa la palma por el respaldo, acariciándolo, hacia delante. Hacia mí. Posa su mano en el lateral de mi cara y me mira fijamente a los ojos. Parece pedirme permiso con la mirada.

Pero yo soy suya desde que me ha envuelto con su calor.

Dirijo la mirada a sus labios, luego a sus ojos otra vez. Como una invitación.

Se lanza hacia delante y atrapa mi boca con la suya. A mí se me

escapa un gemido que retumba por el pequeño apartamento.

«Joder…».

***

Cierro la puerta tras Paula y me quedo así, con la palma acariciando la madera y respirando hondo. Las endorfinas siguen revoloteando por mi cuerpo, pero como también hemos visto una película —desnudas, tiradas en la cama, relajadas— y hablado un buen rato, la situación se me antoja más natural de lo que me hubiera esperado.

No hemos hablado sobre lo que ha significado esto y en cierta manera me preocupa un poco. Como ya he dicho, no me gusta fluir: necesito saber las cosas, y que los temas se queden flotando en el aire me hace querer sacar el cazamariposas y atraparlos todos para categorizarlos minuciosamente. Ella no parecía preocupada, así que intento no estarlo yo tampoco. Nos lo hemos pasado bien, y punto.

Y el sexo ha sido brutal.

Se me encienden las mejillas solo de rememorar algunos momentos álgidos. Y mi mente se va automáticamente a Elisabeta, que está flipando en colores con la boca bien abierta en una esquina de mi ser. Quién nos lo iba a decir a las dos.

Llevo casi toda la tarde —las más o menos cinco horas que se ha pasado Paula aquí— sin hacerle ni caso al móvil así que, por supuesto, toda mi persona de veinticinco años adicta a las redes sociales se abalanza sobre él, que está ya completamente cargado. Desenchufo el aparato y me lo llevo al salón, con ganas de estar por un rato en la otra estancia de la casa.

Muchos mensajes otra vez, claro.

«Tengo que salirme de todos estos grupos».

Selecciono y me salgo de los grupos para reducir la carga de nuevos mensajes y me centro en las conversaciones individuales.

Claudia: ¿¿Te ha escrito Hugo??

Pongo los ojos en blanco. Sé que la chica tiene la mejor intención del mundo, pero no, Hugo no me ha escrito y no creo que entre en sus planes hacerlo. Mi compañera ya me estuvo rayando bastante anoche con el tema: que si le gusto, que si qué romántico

—como si hacer algo inesperado delante de muchísima gente fuera algo mínimamente romántico solo por estos factores— y que si ya se veía venir. No necesito más de eso. No después del buen día que he pasado con Paula.

Otro es, por supuesto, de Lucas, que no está nada acostumbrado a que le deje en visto.

Lucas: ¿Tarde ocupada?

Decido hacer caso a ese mensaje de hace más de una hora.

Elisa: Digamos que sí… ¿tú qué tal?

Me responde al instante, lo cual me hace alzar una ceja.

Lucas: ¿Y qué te ha mantenido tan ocupada?

«Claro, no estamos acostumbrados a que no seas mi centro de atención» pienso, chasqueando la lengua sin darme cuenta. Cruzo las piernas y me reclino sobre el sofá, y en ese momento entra un mensaje de Ro:

Ro: Tía, te vienes hoy, ¿no? ¡Fiesta de los de siempre!

«Esto me pasa por ignorar grupos». Tras dos segundos de no entender lo que me está diciendo, abro de nuevo «Los de siempre» y veo que se han apuntado todos a tomar unas copas a casa de Ro esta noche.

Con la resaca aún martilleando en mi cabeza, me uno yo también al plan.

Y procuro no pensar en que me siento un poco culpable: porque voy para ver a Lucas y el calor del cuerpo de Paula aún revolotea por mi casa y descansa en mi piel.

***

Me tiende a pasar: cuando mi cuerpo remonta de una resaca, ya estoy de camino a la siguiente fiesta. Aunque he de reconocer que hacía un tiempo que no me veía en estas, igual porque mientras salía con mi ex en Barcelona nos aislamos bastante del resto del mundo. Hacíamos más planes caseros, supongo. Y a día de hoy no me gusta demasiado pensar si fue por voluntad propia o porque a él le iba más eso.

El caso es que ahí estoy, con una botella de ginebra —que no me pienso beber sola— y unas cuantas latas de tónica, autoconvenciéndome de que eso me sentará bien al estómago en una tímida e insulsa esperanza de mañana no pasarme el día de resaca absoluta.

Qué ilusa soy a veces.

Es Lola quien me abre la puerta porque, al parecer, soy la última en llegar. En mi defensa, he estado un buen par de horas tirada en el sofá en momento reflexivo sobre mi vida. Ahora que lo pienso, no sé si eso es una buena excusa, pero tendrá que darme igual. A veces, necesitas un ratito egoísta de solo pensar en cómo te sientes y cómo necesitarías sentirte para llegar a salir de casa.

Me da un abrazo «estilo Lola», solo pasando su brazo alrededor de mis hombros y apretando un poquito. A veces resulta un poco raro lo que se contorsiona para llegar a esa postura, como si se fuera a morir o algo por darte un abrazo normal, pero ya es un signo suyo que nos ha calado a todos.

—Mi famosa favorita —me guiña un ojo.

—La única que conoces —le sigo la broma—. ¿Ya están todos?

—Las famosas sois unas tardonas…

«Vamos, que sí».

Me voy quitando el abrigo y el bolso de camino al salón, de tal manera que cuando aparecemos las dos y la música incrementa su volumen, ya lo llevo todo colgado del brazo y lo engancho en el perchero que hay en la puerta de la gran estancia. Como si haber estado ya allí de fiesta un único día me diera ya la experiencia profesional necesaria como para saber qué hacer en cada momento.

Ahí están. Rober se planta delante de mí para darme un gran abrazo y Ro se limita a chillar desde su posición en el sofá, junto a Lucas. El chico me dirige una gran sonrisa, sin moverse él tampoco. Me acerco y se levantan, nos damos los abrazos y besos de siempre y me indican un sitio en uno de los pequeños sillones.

—Ya pensábamos que te ibas a ir con tus amigos *influencers* y nos ibas a dejar tirados —bromea Ro, pasándome un vaso de plástico.

—No creo que ninguno de ellos quisiera compartir más de un *gintonic* conmigo. Y hablando de eso… —alzo la bolsa de plástico donde tengo la botella—. Me he sentado demasiado rápido, voy a dejar esto en la cocina. ¿Quién quiere uno?

—Yo te acompaño —dice Lola, y se levanta conmigo.

Le noto algo raro y pienso que puede ser por la conversación que tuvimos el otro día, así que cuando llegamos a la cocina, lejos ya de los oídos de los demás, se lo pregunto a bocajarro:

—¿Todo bien?

—¿Eh? —Parece desubicada mientras me ayuda a sacar las cosas—. ¿Qué te hace pensar que algo va mal?

—Que la última vez que no fingiste una arcada cuando te ofrecí un *gintonic* aún tenías aparato en los dientes.

No me mira a la cara. Parece tensa, y se lo noto en las manos, que están rígidas.

—Es que no sé cómo seguís bebiendo esa porquería —farfulla, cogiendo unos hielos del congelador y metiéndolos en el vaso de plástico que nos hemos traído desde el salón.

—Yo tampoco —concedo, con una media sonrisa, solo por si le da por mirarme.

Si se decide a clavar su mirada en mí, quiero que sienta que está a salvo.

—¿Es lo de María?

Traga saliva y apoya ambas manos en la encimera. Coge aire.

—Creo que la voy a dejar.

Silencio, solo interrumpido por el sonido lejano de la música en los altavoces del salón de la casa de Ro.

—¿Estás segura?

—No.

—No creo que nunca llegues a estar segura del todo.

Asiente muy levemente, como autoconvenciéndose de eso que le acabo de decir, y por fin gira la cabeza para romper esa barrera ciega que había creado entre nosotras. Le pongo una mano en el hombro, sabiendo que a Lola no le gusta demasiado el contacto físico. Pero de alguna manera tengo que transmitirle que estoy ahí para ella.

—¿Qué te ha hecho decidirlo?

—No lo sé. Llevo desde que te lo dije intentando convencerme de que era una chorrada. Y hoy me he dado cuenta de que no tendría que estar intentando convencerme de seguir con ella, ¿sabes? Que es algo que tendría que nacer de mí.

Me paso la lengua por los labios pintados, que se me han quedado secos de repente. Es lo que tiene llevar esos pintalabios rojos que no se van ni con aguarrás, que te dejan la boca como un polvorón de Navidad. O igual es la tensión, el miedo a aconsejar mal a mi amiga. Quién sabe.

—¿Y cuándo lo vas a hacer?

—He pensado en el miércoles… No me mires así, es lo que mejor nos viene. Dos semanas para final de mes, nos da tiempo a ver qué hacemos con el piso, yo los jueves trabajo hasta tarde y ella el viernes se va de casa rural con sus colegas. Creo que es lo mejor. Sé que suena raro planificar una ruptura, pero…

—No suena raro —la tranquilizo—. No te preocupes. Tienes que estar cómoda tú.

—Le voy a hacer mucho daño, Eli.

Su voz se rompe al pronunciar mi nombre, y a mí se me desintegra el corazón. Lola, la fuerte Lola, la valkiria, la guerrera. Oírla tan vulnerable me pilla desprevenida.

—Creo que eso es inevitable —intento ser cautelosa con mis palabras.

—Es que casi preferiría que me hubiera hecho algo, ¿sabes? ¿Soy muy mala persona por pensar eso? —Se gira para quedar con la espalda apoyada en la encimera, echando la cabeza hacia atrás, alzando los hombros al respirar hondo—. Que me hubiera puesto los cuernos, o que tuviéramos alguna diferencia irreconciliable. Pero esto soy… yo. Puramente yo, que debo estar loca y no saber

apreciar lo que tengo que apreciar.

—No tienes que necesitar lo que la sociedad te dice que tienes que necesitar —bajo el tono de voz—. La sociedad es una mierda, por si no lo sabías.

—Una gran mierda —concede, y sonríe.

Una tímida sonrisa que me alivia muchísimo. Un pequeño paso hacia que se sienta mejor porque las sonrisas son el principio de ese camino llamado felicidad.

«Bum. Frase filosófica. Se la voy a tuitear yo a *@eltrendelpasado*».

—¿Quieres que nos larguemos de aquí? —propongo.

Una parte egoísta de mí no quiere irse, por supuesto. Una parte que odio y que solo piensa en ella misma. Elisabeta elevada a la enésima potencia. Quiero muchísimo a Lola, pero quiero quedarme en la fiesta, ver a Lucas sonreír y pasármelo bien con mis amigos de siempre. Para mí, la verdadera amistad se mide por cuánto soy capaz de dejar de lado mi parte egoísta si tú me lo pides. Que el riesgo de perderte me dé más miedo que el capricho que tenga en ese momento.

Igual soy una persona horrible, pero hace tiempo que aprendí a aceptarlo.

—No, prefiero dejar de hablar del tema y distraerme. Solo necesitaba sacármelo del pecho. Gracias por escucharme.

Y ahora una sonrisa de medio lado, de las de Lola. Otro peldaño más. Me siento como si, efectivamente, se hubiera sacado esas palabras del pecho y me las hubiese puesto en la mano, dejando la suya encima. Como si, por un momento, hubiésemos compartido esa carga. Quizás es sentirme demasiado importante en la vida de mi amiga, o que el *gintonic* al que llevo un rato dando sorbos ya me está empezando a hacer efecto. Quién sabe.

—¿Volvemos? —me dice ella, dándome un apretón en el brazo.

—Me echo otra y sí. ¿Tú qué bebes?

Suelta una risita mientras saca una cerveza de la nevera.

—Por supuesto —me mofo—. Oye… sabes que estoy aquí para lo que necesites.

Es una afirmación, en ningún momento se ha formado siquiera como una pregunta. Ni en mi cabeza.

—Lo sé.

—Y que si quieres un *gintonic*, te lo hago.

—Antes me pego un tiro en la nuca.

***

Con la tercera copa en la mano, ya sin hielos y a palo seco —en cierto punto, todo deja de saberme a nada— decido ralentizar un poco. Hace bastante que no bebo destilado y aunque no soy la más borrachuza del grupo, tampoco me pondrían de ejemplo ante ningún grupo de adolescentes.

Todo va a rachas: tengo periodos largos en los que me enfrasco en conversaciones con Rober y con Lola y me olvido siquiera de la existencia de Lucas, y otros en los que tengo necesidad física de acercarme a él, como si la distancia me doliera. También he de decir que es bastante incómodo el intentar aparentar estar relajada, con una postura que favorezca mis encantos, y a la vez pasárselo bien. Y que eso me va importando cada vez menos según va subiendo el nivel de alcohol en mi sangre.

A rachas también me siento un pelín incómoda por las miradas que se echan —desde siempre— Rober y Lola, como si hubiera algo entre ellos que ni siquiera los involucrados sabrían definir.

La música está cada vez más alta y nosotros cada vez gritamos más, como si el volumen fuera necesario para garantizar una buena fiesta. Cuanto más se embotan mis oídos, más me olvido de todo lo que me preocupa y eso es un tanto peligroso. Lo que nos preocupa está ahí por algo, como mecanismo de defensa ante una posible catástrofe.

En cierto momento me voy al baño y, cuando vuelvo, casi me tropiezo con Lucas, que debe dirigirse también al mismo sitio.

—Ey, cuidado, rubia —me sonríe—. Que parece ser que borracha eres un peligro.

—No es la primera vez que me ves borracha, ¿eh? —El tono me sale un pelín juguetón y hace que enrojezca en contra de mi voluntad.

Aunque el tono también ha salido en contra de mi voluntad, por supuesto.

—¿Ah, no? ¿Cuándo te he visto yo borracha?

Parece olvidarse de que estaba yendo al baño, porque pone las dos manos en la pared y apoya la espalda, avanzando un poco los pies.

—Hummm… —Le imito y me apoyo en la pared contraria, mirándole fijamente—. En la fiesta de Andrea, en cuarto de la ESO.

Andrea era una antigua amiga del barrio, con la que perdimos contacto porque se mudó de provincia. No era tampoco demasiado cercana, pero hacía unas cuantas fiestas al año y eso la hacía relativamente popular.

—¿Ahí estabas borracha?

—Un poco, pero tú estabas demasiado ocupado ligando con Andrea como para darte cuenta.

—Eh, yo no estaba ligando con… ah, sí, creo que sí.

Los dos compartimos una carcajada.

—Pero me extraña que no me diera cuenta de que ibas pedo, aun así.

—Todo lo que no fuera el escote de Andrea perdía importancia en tu campo de visión. —Le guiño el ojo—. Y creo que me fui pronto.

—Tú siempre eras de irte pronto. Nunca te llegamos a ver desatada. Esta noche… por lo menos te invito a un chupito.

—No intentes darle gasolina a esto —me señalo el cuerpo con la mano—. No la necesito.

Empiezo a sentir ese cosquilleo que me invade cuando sé que él se va a ir. Que va a considerar que nuestra conversación, en público, ha durado suficiente. No sé si es falta de interés o un instinto que tiene con el fin de tratar de evitar que alguien se entere

de que, en realidad, hablamos más de lo que ellos tienen constancia. Pero siento ese cosquilleo, le veo removerse un poco en su posición y de alguna manera, tengo la necesidad de ser yo la que se aleje.

Me separo de la pared y doy dos pasos hacia el salón, donde sigue el resto de nuestros amigos.

—¿Ah, no? —Su primer instinto siempre es el de retenerme, claro—. ¿Y qué necesitas?

—Yo no necesito nada, moreno. Yo misma soy puro fuego.

***

Música. Luces. Risas.

Contoneos, abrazos, un sorbo de cubata. ¿Un chupito?

Nos hemos ido a una discoteca cercana a Sol, a la que suele ir siempre Ro. No le ha costado demasiado convencernos, más ávidos de no tener que decidir a dónde ir que del garito en el que acabáramos. Nos dejamos conducir mansamente entre comentarios de que es la primera vez que salimos todos juntos, al menos como adultos. Como gente funcional, o eso se supone, y no adolescentes hormonados que se bebían una copa y ya estaban para el arrastre.

Aunque, por supuesto, nosotros no damos mejor imagen que ningún adolescente.

Y me he pedido la copa que viene con la entrada. Y Lucas, efectivamente, me ha invitado a un chupito. A la media hora, yo le invito a otro.

Malísima idea, por definición y como siempre.

Me agarro a Lola, intentamos bajar hasta el suelo y acabamos ahí… con el culo por delante. Las risas lo invaden todo.

Se me acerca un chico y Rober me agarra de la mano para salvarme, aunque yo odio que tenga que ser él quien le haga desistir. Me cuesta ser seca con cualquiera que me hable, pero tengo que aprender a hacerlo. Quiero aprender a hacerlo.

Y en una esquina, Ro y Lucas bailan. Sonrío. La infancia vuelve a mí de alguna manera, rodeada de toda esa gente.

Al cabo de una hora, el local se va vaciando y… ellos siguen

bailando juntos.

Frunzo un poco el ceño.

Los bailes con Lola ya no me hacen tanta gracia.

Solo puedo repetir la conversación con Ro de hace una semana, una y otra vez en mi cabeza: «Sabes que siempre he pensado que ibais a acabar juntos…».

En cierto punto, Lola parece darse cuenta de que estoy más apagada, e intento disimular como puedo, meneando más las caderas, alzando más los brazos. Pero la energía se me agota pronto. Los movimientos comienzan a sentirse pesados, como si me costaran diez veces más. Como si me hubieran drenado por dentro. A veces, mi cabeza me invalida, como si todo lo bueno dejara de serlo solo con un pensamiento.

Se gira para mirar a Ro y a Lucas, que siguen riéndose y bailando muy pegados. Acto seguido fija la vista en mí, y nos quedamos observándonos unos segundos que parecen eternos.

Esos segundos que tarda tu amiga en transmitirte que sabe lo que te está pasando.

Me coge del brazo y nos vamos de allí, sin decir nada. Rober nos sigue y tampoco hace ningún comentario. En eso se parecen mucho: te apoyan a muerte sin pronunciar una sola palabra.

En el taxi de vuelta me doy cuenta de que no nos hemos despedido, de que los hemos dejado ahí dentro de la discoteca y hemos perpetuado una gran bomba de humo.

Una parte de mí está tan disgustada que solo puede pensar: «Que les den», pero otra, muy pequeña y aún en pañales, es más madura y sabe que no es justo. Que, realmente, ellos no están haciendo nada malo. Si es que están haciendo algo.

Porque puede que no llegue a pasar nada.

Al fin y al cabo, Ro piensa que Lucas y yo estamos destinados a estar juntos, ¿no?

10

Los domingos deberían rebautizarlos como «jornadas de reflexión». Como en las elecciones, aunque realmente no tengas que decidir nada al día siguiente. Aunque lo único que debes hacer es poner en orden toda tu vida y seguir adelante.

Cuando me despierto, es con un nudo en la garganta y ganas de vomitar al mismo tiempo. No cuenta desde luego como una sensación nada agradable, y no sé si tiene un componente más psicológico que de costumbre o es resaca en el sentido más literal.

He dormido con el brazo encima de la cara y me duele el hombro por la postura, pero esta vez sí que he alcanzado a poner el móvil a cargar. Algo es algo. Ni un mensaje ni de Lucas, ni de Ro. Solo otro de Claudia preguntándome por Hugo. Por enésima vez. La muchacha es muy simpática, pero parece de esas que viven más las vidas ajenas que la suya propia. Le contesto que no, y que estoy de resaca para cambiar de tema.

Otro mensaje es de Paula. Y cuando lo abro descubro que está contestando a un «Hoolaaa» más que etílico que no recuerdo haberle mandado anoche.

Miro la hora del mensaje: las 4:47 de la mañana, y me froto los ojos con una mano antes de darme una palmada en la frente. «Seré imbécil».

Elisa: Perdona, no me acuerdo ni de haberte mandado el mensaje…

Paula: Qué mal me parece… ¿soy tan fácil de olvidar?

Sonrío, y me pongo un poco colorada.

Elisa: Eres totalmente inolvidable, 100 %. 24/7, 60 minutos a la hora.

Paula: Bien. Acabas de reinstaurar mi honor. Ya me estaba preocupando haber perdido facultades.

Elisa: Te puedo jurar ahora mismo que no has perdido nada…

Ese tonteo me gusta. Me produce una sensación cálida en el pecho. Esa situación cómoda, de saber que a alguien le atraes y no

tener expectativas. Que no parezca que ella busque al amor de su vida, ni tú tener esa intención tampoco.

Por un segundo, me entra un pequeño miedo de estarme equivocando, de haberla leído mal. Que en realidad ella sí busque un romance, una relación conmigo, algo serio, y yo esté jugando con ella. Me apunto mentalmente el hablarlo porque, al final, a lo largo de mi vida las situaciones peores que he vivido se han resumido en un gran malentendido. Y prefiero herir de frente que sangrar de espaldas.

Elisa: ¿Te apetece tomar un café en casa mañana?

Paula: ¿Y echar un polvo?

«Joder.» A pesar de la resaca, me enciendo de golpe. Aunque claro, me suele pasar en estas situaciones una gran dualidad mente/cuerpo: mi mente quiere sexo, pero mi cuerpo, enterrado en la más profunda resaca, se ríe y pronuncia un contundente «ni se te pase por la imaginación, chavalita». Que no podría follar ni si me fuera la vida en ello, vaya.

Aunque bueno, no voy a negar que igual, si tuviera a Paula tumbada desnuda a mi lado, puede que hiciera un esfuercito.

Elisa: O dos…

Bloqueo la pantalla del móvil porque de pronto tengo una necesidad mucho más acuciante que hablar con la chica, o con cualquiera. Mi estómago me pide a gritos que lo llene para poder luchar contra el enemigo, que es la resaca. Necesita un ejército y yo se lo pienso dar en forma de las patatas que me sobraron la semana pasada y un buen chorro de salsa ranchera.

***

Mi madre me llama al móvil poco después de que note cómo el estómago me va a explotar por el exceso de comida. Aunque tengo que reconocer que me resulta reconfortante oír su voz: me pasa siempre que estoy algo triste. Incluso cuando no me permito a mí misma estar triste.

—¿Te estás adaptando bien a tu nuevo piso? ¿Al trabajo?

Sonrío ante sus preguntas de madre, que no recibo tan a menudo como uno pensaría. Mi madre nos consideró independientes a mi hermana y a mí casi desde el momento que

empezamos a caminar, y nos ha tratado así desde entonces. Por lo que cuando se le escapan esos comportamientos típicos de gallina clueca es algo que me resulta muy enternecedor.

—Perfectamente. Ayer salí con la pandilla de fiesta, ¿sabes?

—¡Oooh! —Su tono se eleva una octava—. ¿Cómo están todos? Bueno, a quién pretendo engañar, me encuentro a sus madres todos los días y me sé mejor su vida que la tuya.

Me río ante la estampa. Mi madre siempre ha aguantado estoicamente las turras de las madres de mis amigos sobre todos los pequeños detalles de sus vidas; ella, que nunca ha sido mucho ni de preguntar detalles ni mucho menos de difundirlos por ahí.

—Genial. Y es como reconfortante sentirme yo misma con ellos.

—Está muy bien eso. Cuando erais adolescentes, me daba la sensación de que intentabas interpretar un papel.

Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—No te ofendas, cariño. Es normal. Adolescencia, querer gustar… pero no te notaba muy cómoda cuando quedabas con ellos.

—¿Y por qué no me decías nada?

—Bueno, hija, ¿cómo crees que te lo hubieras tomado?

El tono de mi madre está cargado de dulzura.

—Pues también es verdad —suspiro—. Pero ahora ya me lo podrías decir.

—No me doy cuenta de estas cosas. El caso es que parece que ahora estás más cómoda y me alegro mucho.

—Gracias, mamá. ¿Nos vemos el finde que viene?

—Claro, cariño. Ánimo con la resaca, bebe mucha agua. Te quiero.

Y con estas palabras, que me hacen soltar una pequeña carcajada, cuelga el teléfono.

***

Estoy un poco fastidiada, y creo que es porque hace tiempo que pensaba que tenía controlado eso de identificar cómo me siento en cada situación. Creía haber llegado a ese punto en la vida que anuncian tan alegremente en las series y en los libros en el que maduras, te entiendes y te quieres por encima de todas las cosas y, por tanto, sabes quitar de tu vida todo lo tóxico y lo doloroso.

Vaya tremendo montón de mierda.

Sí que me sorprendo un poco, y gratamente, al darme cuenta de que a pesar de tener que reconocer que estoy muy jodida con todo lo que ha pasado, lo enfoco desde un punto de vista más racional y menos dramático-*queen*. Vamos, que Elisabeta está enfurruñada en una esquina, lloriqueando, y yo la estoy observando, preguntándome por qué se siente así en lugar de unirme a ella en el mar de sollozos y mocos.

Me encuentro —y no hay mejor manera de denominarlo, porque encontrarme es precisamente lo que estoy intentando— tirada en el sofá, luchando por que todo me dé menos vueltas y abrazada a la botella de agua de dos litros que compré ayer en el Alimentación de vuelta de fiesta. La bolsa de patatas fritas que acompañó esa compra ya ha desaparecido en mi interior y me hace sentirme pesada y un poquito sucia.

Igual ducharse es una buena solución para la parte de sentirse sucia.

Pero a veces nos apetece un poco revolcarnos en nuestra desgracia. Así que sigo contemplando a Elisabeta.

Creo que lo que más me fastidia de todo es esa conversación con Ro, la semana pasada, donde me decía que en su opinión Lucas siempre había sentido algo por mí. Desde luego, eso no me da ningún derecho sobre el chico ni mucho menos sobre los sentimientos, del tipo que sean, que puedan tener el uno por el otro.

O cuánto tiempo lleva pasando… lo que sea que haya pasado.

Porque Elisabeta me dice en sollozos que pueden no haberse liado siquiera y yo quiero creerme su montón de mentiras, pero no puedo hacerlo cuando sé que lo son.

«Maldita madurez».

Siempre he sido una firme detractora de los «me lo pido». De esas situaciones en las que una persona se enfada porque otra tenga algo con quien le gusta solo porque «la ha visto antes». La vida no funciona así. Si no, me dedicaría a pasear por Madrid señalando gente bonita con el dedo. Solo por si acaso, vaya.

Pero estamos hablando de Lucas. De mi Lucas.

Ese pronombre posesivo («mi» Lucas) vive solo en mi mente, desde luego, pero no por ello deja de ser algo evidente para mí. Son más de diez años de suspiros ocultos y de conversaciones secretas. De no hablarlo con mis amigos pero que ellos sean conscientes de lo que pasa, de lo que siento. De la situación.

Si Ro no me hubiera dicho eso la semana pasada… me dolería igual, hay que reconocerlo. Pero al menos no estaría dándole vueltas a sus palabras, no tanto.

El móvil vibra desde la mesita del salón, y yo giro la cabeza para mirar quién me llama. No estoy demasiado acostumbrada a recibir llamadas que no sean de mi madre, y hoy ya he hablado con ella.

Cuando leo Ro en la pantalla, en blanco, se me hiela el corazón.

«Aún no estoy preparada» pienso, instintivamente. «Aún no sé qué es lo que quiero que me digas».

Y hasta que no lo sepa, no puedo coger el teléfono. Porque si no lo aclaro, cualquier cosa que pronuncie me va a doler. Al menos, si decido qué es lo que me gustaría oír, hay una opción que se sentirá más razonable. Así que dejo que suene, que vibre, que retumbe contra la madera de la pequeña mesa. Mirándolo fijamente como si así pudiera transmitirle al aparato que no lo voy a coger. El icono de llamada perdida aparece en la pantalla y no tarda ni treinta segundos en hacerlo el de WhatsApp.

Sintiendo el brazo pesado, me cambio la botella de agua de lado y alargo la mano para coger el móvil. Solo desbloqueo la pantalla.

Obviamente es Ro.

Ro: Eli, tengo que hablar contigo. Entiendo que no me quieras coger el teléfono pero, porfi, hazme un hueco cuando puedas. Quiero explicarte las cosas.

«Yo no quiero que me las expliques. Yo quiero que la noche anterior no haya pasado nunca y que tú no tengas interés por Lucas. O mejor, quiero que Lucas no tenga interés por ti, porque eso me sienta como una puñalada directamente en medio del corazón».

Puede que sea eso. Toda una vida, o al menos la mitad de ella, suspirando por todo lo que hace ese chico. Por sus sonrisas, por cómo deshace los papeles que caen entre sus dedos. Por cómo se toma la vida, por cómo se le alza el cuello de las camisas cuando se pone una. Todas las conversaciones, las páginas de diario llenas de palabras y elucubraciones sobre lo que había querido decir con ellas. Bueno, más que eso, fantasía. Como si hubiera querido darle un segundo sentido a todo, solo para mí. Una dimensión donde estuviéramos solo nosotros.

Pero por supuesto, Ro es una chica genial. Un poco niña, no se suele tomar nada demasiado en serio, pero es muy divertida. Es preciosa, más delgada que yo —uf, eso ha sido Elisabeta, yo ya había superado estas comparaciones… ¿no?— y un foco luminoso de energía.

Es lo que tiene querer a tus amigas, que en cierto modo entiendes por qué alguien dejaría todo por estar a su lado y, por otra parte, te da rabia no parecerte a ellas. Solo. En. Estos. Momentos. Que. Odio.

¿Por qué tenemos que pensar que cuando alguien que nos gusta no nos corresponde y elige a otra persona, esa persona es superior a nosotras?

Simplemente puedo no ser su tipo. Y ya está. O él puede no verme de esa manera.

«Porque no eres suficiente».

Vamos a intentar pensar en otras cosas, Elisabeta. Soy la leche, y punto.

«Si hubieras adelgazado más, igual se hubiera fijado en ti».

Me quiero muchísimo y me parece que estoy buenísima. He tardado mucho en llegar a pensar esto con convicción y no pienso dejar que ninguna situación me eche otra vez hacia la casilla de salida.

«Pero lo estás pensando. Y te duele la barriga por haberte

comido esas patatas. Y te sientes culpable».

Por viejos hábitos, pero solo tengo que respirar y… respirar y…

Uf.

Respirar.

«Déjate caer».

Ni de coña.

«Solo un ratito».

Resulta mucho más difícil volver a salir a flote cuanto más te hundes.

«Imagínatelos siendo felices».

¿Por qué tengo que ser tan mala conmigo misma?

Un sollozo. Lo ridículo es que tardo unos segundos en darme cuenta de que he sido yo. Como si no viviera sola, o como si estuviera asistiendo a todo desde fuera. Aún mirando a Elisabeta desde la otra punta de la habitación.

Otro sollozo, trago saliva y respiro hondo, aunque mi respiración se tambalea. Cierro los ojos, notando un pinchazo fuerte en la frente, mezcla de resaca y llanto.

Estupendo momento para un bajón.

El cambio en mi vida, el vivir sola y los nervios que he acumulado esta semana aprovechan para liberarse de sus cadenas y saltar sobre mí, como buitres.

Una lágrima se escapa de entre mis párpados y cae por el lateral de mi cara. Noto los mocos empezar a acumularse, una sensación tremendamente asquerosa que he odiado siempre. Y no tengo pañuelos a mano, así que voy a tener que ir a por papel de cocina o algo.

«Todo mal».

Sorbo por la nariz y me levanto, dejando la gran botella de agua en el suelo. Debería beber más para que me doliera menos la cabeza, pero lo hará de todas formas después de haber llorado, así

que para qué.

«Te estás dejando ir. Y no sabes ni siquiera a dónde».

Me arrastro de un modo lastimero característico de esas escenas que esperas que nunca vea nadie desde fuera hasta el fondo de la estancia, arranco un poco de papel de cocina y me sueno con toda la fuerza de mis pulmones. Me da un pinchazo en la cabeza y apoyo la palma de la mano libre en la encimera.

—Hace mucho tiempo que no eres así —me reprocho en voz alta—. Has aprendido a no ser así. Espabila un poco.

Me conozco. Sé que me viene bien llorar, pero que no puedo dejarme caer al fondo del pozo porque de ahí es muy difícil sacarme. Así que me sueno otra vez los mocos, me desvisto en plena cocina y me meto directa en la ducha.

Intento dejar que el agua evapore al menos parte de mis problemas y, desde luego, con lo que sí ayuda es con la resaca.

Por ahora, vamos a intentar —Elisabeta y yo— solucionar nuestras mierdas poco a poco.

Pasito a pasito.

Paso uno: dejar de ser una cerda que no se ducha.

Paso dos: salir a hacer la compra, que tenemos la nevera tan vacía como el corazón.

Paso tres: intentar estar lo suficientemente bien como para cogerle el teléfono a Ro y dejarle que nos explique… lo que sea que nos tenga que explicar.

***

Cosas buenas del centro de Madrid: llegas en un suspiro a todas partes, tienes una oferta de ocio impresionante y los supermercados están abiertos los domingos. O al menos, siempre encuentras alguno en el que colarte y suplicar por unos filetes de pollo.

Cosas malas del centro de Madrid: probablemente tengas que comerte una cola de veinte minutos para llegar a la caja con esos filetes de pollo.

Estoy un poco más tranquila. Hay algo en el abrazar mi compra

de camino a casa que me hace sentir como que, al menos, eso está controlado. Cuando llego al pequeño apartamento, me decido a dedicar el primer domingo de mi vida a cocinar para la semana.

Me imagino a mi yo futura dándome un abrazo de agradecimiento por ahorrarle trabajo mientras echo los champiñones a la sartén caliente y me asusto un poco de la reacción del aceite, como si fuera lo primero que cocinara en mi vida.

Me dedico el resto de la tarde a mí: preparo los táperes —que tampoco son nada elaborados, pero me llenan de orgullo—, me pongo una mascarilla facial que huele a coco y una película de animación.

Casi me he olvidado de por qué estaba llorando al mediodía cuando llaman al telefonillo.

***

Lola irrumpe en mi casa como una exhalación, como si no pudiera dejarme la oportunidad de impedirle la entrada. Yo empiezo a maquinar excusas para pedirle que se vaya —se me pasan por la cabeza hasta fiebres falsas— porque sé que, si ha venido, es para hablar.

Y hablar es lo último que me apetece en este momento. Una prueba fehaciente es mi móvil, lleno de mensajes y llamadas perdidas que he decidido deliberadamente ignorar por tiempo indefinido. Lo malo del WhatsApp es que te hace pensar que puedes olvidarte de la gente en cuanto quieras, que puedes desaparecer del mundo de alguna manera. No te prepara para la vida real. O para las amigas que viven relativamente cerca de tu casa.

Lo añado a las «cosas malas de vivir en el centro de Madrid».

—Tía… —empiezo a protestar, cerrando la puerta y dándome la vuelta.

—Lo he dejado con María.

«Oh» es literalmente lo que resuena en mi cabeza.

«Así que no viene a hablar de Lucas».

Claro. ¿Cómo va a venir a hablar de él? Si es un tema que no hemos abordado nunca de manera directa. Si todos hacemos como

que no sucede, la primera yo. Como si no fuera una realidad si no lo mencionamos.

Parece que me escondo en muchos más aspectos de los que creía.

«Céntrate. Tu amiga acaba de dejarlo con su novia de toda la vida».

—Ostras, ¿cómo estás?

Se sienta en el sofá de golpe, con tanta energía que los muelles crujen, y se pone las manos en la frente, enterrando los dedos en la raíz de su pelo.

—No lo sé, ¡no lo sé! Lo tenía todo planeado, ya lo sabes. Iba a ser el miércoles y todo iba a ser perfecto porque luego no tendríamos que vernos y…

Me apresuro a sentarme a su lado, aunque me tengo que recordar que no le gusta demasiado el contacto físico justo antes de hacer el amago de pasarle el brazo por los hombros.

—¿Y por qué ha sido hoy?

—Me ha sacado el tema. O sea, me ha dicho que hace un tiempo que me nota rara y que si me pasa algo… ¿y qué iba a hacer? Decirle que sí, que todo bien, ¿y luego el miércoles dejarla?

Traga saliva y casi puedo notar yo misma en mi propia garganta el nudo que ella tiene en la suya. Para paliar mi propia necesidad de reconfortarla, que sé que solo me haría bien a mí, acaricio con la mano el respaldo del sofá.

—¿Y cómo ha ido?

Un breve silencio. Dos latidos de corazón. El mundo debería medirse en latidos en lugar de en segundos. Respira hondo, porque sé que odia llorar. Sobre todo, delante de gente, por muy amigas suyas que sean. En ese momento me choca en la cabeza el hecho de que haya venido directa a hablar conmigo. Que me haya elegido a mí para reconfortarla. Una responsabilidad muy grande cae sobre mis hombros y soy consciente de que es un poco egoísta sentirme especial en esa situación.

—No ha ido mal. Hemos llorado las dos, me ha preguntado si

no hay ninguna esperanza… y yo le he sido sincera. No lo sé. No sé dónde estoy en mi vida ahora mismo y no quiero arrastrarla a ella.

—Esto es muy valiente de tu parte, Lola.

—¿Valiente, o gilipollas?

Gira la cabeza, con las manos entrelazadas, para mirarme con los ojos llorosos. Veo cómo se mueve su garganta al tragar y frunzo los labios.

—No veo nada de gilipollas en priorizarte a ti misma. Y le has dado muchas vueltas…

—Sí. Y sé que puede que me arrepienta. Que dentro de unos meses me sienta imbécil por dejar pasar a una chica tan maravillosa. Pero… necesito descubrirlo. ¿Sabes? Necesito poder caerme, porque no sé si estoy a la máxima altura a la que puedo llegar. Joder, es que me vuelvo poeta y todo.

—Tienes razón, no te pega nada. Igual estás peor de lo que pensaba.

—Imbécil...

Me da un leve codazo y esboza una pequeña sonrisa de medio lado. De las suyas. Mi corazón respira a través de los pulmones.

—¿Y cómo vais a hacer? Con la casa y eso…

Suspira y se frota las manos.

—Pues tenemos otra habitación, así que dormiré allí por el momento. Ella cree que su prima tiene un cuarto libre… lo vamos a ir viendo. Yo no puedo permitirme vivir sola en ese piso.

—¿Quieres quedarte aquí esta noche?

Se lo ofrezco, pero mi parte más mala desea que diga que no. No porque no la adore, que la adoro —sino, ni se lo ofrecería—, sino porque me pone bastante incómoda que alguien se quede a dormir en mi casa. Tampoco me gusta demasiado pasar la noche en casa de nadie. Ni siquiera con fines sexuales o románticos. Necesito mi espacio, mis cosas y mi rato de silencio. Lo contrario me asfixia bastante. Pero hay pocas personas por las que haría una excepción a ese egoísmo social, y Lola es definitivamente una de ellas.

—No —niega con la cabeza—. Aún tenemos mucho de qué hablar y me sentiría fatal si la dejara sola. He venido hasta aquí porque necesitaba airearme y desahogarme con alguien… lo siento si te he contagiado mi bajón.

—Tía, no me puedo creer que me estés pidiendo perdón. Acabas de romper con María, yo estoy aquí para ti. Punto y final de la discusión. De hecho, me da pena no poder ser de más ayuda.

Alarga la mano para coger la mía y le da un apretón. Yo me revuelvo un poco en el sitio, con necesidad de reconfortarla de manera más física pero sabiendo que a ella eso no le gusta demasiado.

—Has sido justo lo que necesitaba. Gracias.

«A tomar por saco, no me aguanto».

Salto hacia delante y la envuelvo en mis brazos. Ella parece dudar, pero finalmente hace lo propio, apretándome con fuerza contra ella. Y entonces, el sollozo que lo rompe todo. El mismo que me invadió hace apenas unas horas. Pero esta vez no proviene de mí, sino que revienta a mi amiga. La fuerza del abrazo se diluye y Lola se queda simplemente llorando sobre mi cuerpo, usándome de apoyo.

No sé si he hecho bien, y espero no haberlo empeorado todo, pero hace tiempo que aprendí a dejar de cuestionarme eso mismo. Siempre voy a tener la duda.

Cuando nos separamos, después de lo que parece una eternidad, se saca un pañuelo del bolsillo del abrigo, que ni siquiera se ha quitado, y se suena los mocos de manera un tanto desastrosa. Me apresuro a llevarle papel de cocina. Charlamos de nada en particular hasta que ella considera que se tiene que ir.

—Oye, ¿y tú qué tal estás? —me pregunta desde el umbral de la puerta.

—¿Yo? —esbozo la sonrisa más falsa de mi vida—. Perfectamente.

11

Siempre me acuesto los domingos por la noche con una especie de angustia en el pecho. Como si el peso de una semana completa, nueva, a estrenar, me apretara por dentro. Esas noches son las que menos duermo, con diferencia. Una mezcla entre haber trasnochado el fin de semana y no querer abrir los ojos y tener que afrontar la responsabilidad que me llega.

Pero los lunes me gustan.

Me gustan mucho.

Igual es porque soy un poco rara, o por lo metafórico que es tenerle miedo a algo que, al llegar, resulta caber perfectamente en las palmas de tus manos.

El caso es que cuando llego a la oficina con un café calentito—me he despertado diez minutos antes solo para poder pasarme a por él y empezar la semana con algo que me haga feliz— casi he olvidado por completo lo que pasó el viernes en la fiesta.

Hasta que le veo a él.

Hugo.

De pie en la sala de reuniones. Con las manos en los bolsillos. Con su camiseta sin mangas número cuatro mil y hablando con Claudia despreocupadamente. Aunque claro, la chica en cuanto me ve demuestra sus dotes interpretativas —que resultan ser menos mil quinientas— porque toda su cara se transforma y nos mira de manera alternativa. Pongo los ojos en blanco mientras dejo el café en la mesa y me quito el abrigo para colgarlo en el perchero que hay a la entrada de la sala acristalada.

—Buenos días —saludo con naturalidad.

De verdad que no me apetece ningún drama esta semana. Un corte limpio, un «hacer como si no hubiera pasado nada». Pero, por supuesto, nadie parece por la labor de permitirme ese capricho.

—Buenos días, *bookie*, ¿qué tal el finde? ¿Algo interesante?

Me giro de nuevo, ya sin el abrigo, para encontrármelo a apenas unos centímetros de mí. Casi puedo ver la emoción de Claudia en el ambiente. Como si la sala cambiara ligeramente de color. Por ahora, solo estamos los tres, pero no tardará en ir llegando todo el mundo para la reunión previa al estreno del canal. Alzo los brazos y los junto en puños contra el pecho, algo sobresaltada.

—Joder, qué susto —protesto—. Cuidado con asustar al personal los lunes por la mañana. Muy bien, un poco intenso pero todo bien. ¿El vuestro qué tal?

Hago énfasis en el plural y le rodeo, dirigiéndome de nuevo al café y sentándome en la silla que hay delante. Hugo aparta con el pie la contigua y se acomoda allí, todo su cuerpo girado para encararme y con los codos apoyados en las rodillas de las piernas bien abiertas. Claudia se sienta en la silla que hay justo enfrente de mí y abre sus tremendos ojos azules como diciéndome «qué alucine, vaya situación». No parece en absoluto incómoda con estar presenciando ese momento; es más, parece disfrutarlo de una manera un tanto excesiva.

—El mío seguro que más aburrido que el vuestro —dice la chica, sonriendo ampliamente y guiñando un poco los ojos al hacerlo.

Alzo una ceja e inclino un poco la cabeza, para indicarle que se está pasando un poco.

—¿Y el tuyo? —le doy un sorbo al vaso desechable y miro de reojo a Hugo, que no me quita la mirada de encima.

Es plenamente consciente de que me está tensando, y parece muy feliz por ello.

Justo en ese momento, Mariana Torres irrumpe en la sala con su poderío habitual. Detrás de ella están Tito y varios miembros más del equipo de los cuales todavía no soy capaz de recordar el nombre.

—¡Buenas, equipo! Hoy es un día importante.

La fuerza que tiene tan de buena mañana nunca dejará de sorprenderme y de fascinarme a partes iguales. Lleva el pelo recogido en un moño alto que parece no haberse movido en ningún momento, ni atreverse a hacerlo jamás. Es una gozada, y lo pienso muy a menudo, tener la oportunidad de admirar a tu jefa.

—¿Mi fin de semana? —Noto el aliento de Hugo en mi oído, furtivo—. He estado bastante distraído.

La reunión comienza y a mí se me erizan todos los vellos del cuerpo.

***

Ha sido una mañana muy atareada: todo el equipo ha estado enterrado hasta las cejas en promoción hasta las doce de la mañana, hora en la que se estrenó oficialmente *Desconexión*. Además, los cuatro personajes que salimos en los vídeos también hemos tenido que seguir una estrategia bastante exhaustiva de tuits, vídeos y fotos varias para tener clarísimo que todos nuestros seguidores —que combinados dan un poco de miedo, aunque yo sea la que menos tiene con diferencia— estén enterados de este nuevo canal y de lo espectacular que va a ser.

Subimos fotos de los rodajes, hacemos *stories* en Instagram contando lo nerviosos que estamos, y yo lleno Twitter con encuestas sobre las expectativas que tienen mis seguidores.

Las redes sociales de la recién creada *Desconexión* llegan a superar las expectativas de repercusión que se había puesto la compañía para el primer día, así que el ambiente es, en general, animado. Y a las doce, cuando sale el canal, nuestros corazones se paran.

Se lanzan los cinco vídeos a un mismo tiempo, aunque aclarando que esto es solo para crear una base de contenido y que a raíz de ahí serán dos semanales: miércoles y domingo.

Es un esquema con bastante probabilidad de que cambie según lo haga la audiencia —un tema que siempre me ha interesado mucho pero que en mi propio canal lo tenía descuidadísimo— para adaptarse a las tendencias que desarrollen nuestros espectadores.

Los resultados la primera hora son un poco exasperantes, pero a la segunda empiezan a remontar. Mientras tanto, los creadores de contenido no pierden tiempo y nos meten a todos en una reunión para proponernos las ideas que tienen para los siguientes vídeos. Los personajes estamos solo adornando y para ser informados, aunque nos hayan dicho en todo momento lo bienvenidísimas que son nuestras ideas. Es ciertamente emocionante ver cómo se engrana un canal tan grande como es *Desconexión*.

Y por un buen puñado de horas, Lucas no ocupa mi mente. Hasta que Ro vuelve a mandarme un mensaje.

Estoy en la pequeña cocina que hay en las oficinas, que consta de un par de microondas incrustados en un mueble muy moderno —y poco funcional—, una encimera pequeña y un par de mesas unidas entre sí para formar una superficie bastante larga salpicada de sillas. Una máquina de café adorna el final de la mesa, a falta de otro sitio donde ponerla, acompañada por un pequeño mueble con ruedas donde hay cápsulas para que nos lo podamos hacer nosotros mismos.

El móvil vibra en el bolsillo y yo dejo el tenedor apoyado en el táper para sacarlo:

Ro: Porfa, Eli, necesito hablar contigo. No me hagas esto.

«"No me hagas esto" es una petición cobarde» pienso. «Es no pensar en lo que me has hecho tú a mí».

Mi primera reacción me genera cierta tristeza. Porque yo no quiero ser así. Porque pensaba que había avanzado hacia no estar enfadada, o no culparla a ella porque Lucas no se fije en mí. Estoy a punto de contestarle cuando me llega otro mensaje suyo:

Ro: No te hagas la digna, jo. Tú no eres así.

Uy, ese comentario. Me revienta hasta un límite que no sabía que tenía.

«Tú no eres así»… ¿así de digna? ¿No puedo enfadarme por cosas, o qué pasa? Claro, como siempre soy la tranquilita, la que no se cabrea por nada… Ahí sí que me ha tocado la fibra.

«Respira hondo».

Guardo el móvil de nuevo en el bolsillo y no me doy cuenta de la mirada asesina que debo tener hasta que me encuentro con Hugo, observándome con expresión divertida.

—¿Qué pasa? —espeto, quizás demasiado brusca.

—Estás de mala hostia.

Lo dice con una tranquilidad y una diversión que me repatean aún más.

—Obviamente.

—Es la primera vez que te veo cabreada por algo que no tiene que ver conmigo.

Sus palabras me arrancan un asomo de sonrisa, aunque yo esté empeñada en seguir con mi enfado al menos un buen rato más. Que no soy así, dice…

—¿Y quién te dice que no tenga que ver contigo? Igual me ha salido una notificación de alguna chorrada tuya en Twitter…

—Puede ser, estoy siendo especialmente pesado ahora que sé que me lees y te molesta.

Ahora sí, suelto una pequeña risa.

—Pero en serio, ¿qué ha pasado? ¿Hay que pegarle a alguien?

Me observa desde el otro lado de la mesa. Nos hemos quedado solos porque Claudia y Nacho están teniendo una reunión con vestuario para ajustar unas medidas, y hemos aprovechado ese hueco para comer y descansar un poco. Creo que ambos decidimos sin hablar el hecho de ir cada uno a su bola ese ratito, ya que estamos obligados a interactuar continuamente. Él se colocó a un lado de la mesa, y yo unos cuantos sitios más lejos. Y la verdad es que estoy bastante cómoda con esa distancia que, sin embargo, él rompe al acercar la silla a mí. El ruido de la fricción del metal contra el suelo me genera un estremecimiento.

—¿Eh? —Me hago la distraída—. Bueno, si hay que pegar a alguien, es a mí. No te preocupes.

Me observa, sus ojos azules enfocándome, como sospechando. Me desarma cuando me mira así.

—No, a ti no hay que pegarte… hay que besarte, como mucho.

«Joder». Ya casi había conseguido olvidarme del beso.

Se me acelera el corazón mientras se me tapona un poco la garganta, y la visión se vuelve borrosa como siempre que me atizan los nervios. Y esta vez me han dado un buen bofetón. Pero no me voy a amedrentar. Ya bastante tengo con lo que estoy sintiendo estos días como para añadir esto. Ni de broma.

—Ah, ya pensaba que te habías olvidado de eso. O igual es tu estrategia de siempre…

—¿Estrategia?

Echa el brazo hacia atrás para dejarlo colgando del respaldo de la silla roja de plástico. Apoya el otro codo en la mesa y la cabeza en la palma de la mano, como esperando con interés mi respuesta

—Sí, aprovecharte de chicas borrachas y luego hacer como si no hubiera pasado nada. Es bastante chungo, si me preguntas a mí.

—Ah, ¿me aproveché de ti?

Lo dice con una media sonrisa y aún con esos endemoniados ojos fijos en mí. Si no los despega pronto, se me va a saltar el corazón a un lado. Ojalá tuviera unos ojos normales. Normaluchos. De esos que pasan desapercibidos. Todo mi mundo porque se le caigan los ojos ahora mismo.

O porque parpadee, o algo. Por favor.

—Me pillaste totalmente de sorpresa, así que sí. Yo estaba siendo una persona madura y pidiéndote perdón. Que de nada, por cierto. Y vas tú y me besas. Pues las cosas no son así.

—¿Y cómo son las cosas? Podrías explicármelo.

Desvío la mirada, porque ya no puedo más, aunque sé que me hace parecer todo lo nerviosa que estoy. Siento la cara roja por la vergüenza que, aunque quiera ocultar, me provoca la situación, y apoyo ambas palmas sobre la mesa para intentar distraerme con algo. Alzo el mentón, aún sin mirarle, para recuperar un poco de dignidad.

—Pues yo qué sé, en una situación normal, que la otra persona se lo espere un poco…

Él chasquea la lengua y agarra su silla para aproximarla aún más a mí, reduciendo el espacio entre nosotros a prácticamente nada.

—Es decir, que lo lógico sería ir acercándose con delicadeza, ¿no?

Trago saliva, solo mirándole por el rabillo del ojo, y acaricio la

superficie de la mesa con ambas manos. Un escalofrío comienza a recorrerme la espina dorsal.

—Sí, eso como mínimo.

—E ir preparando el terreno con cuidado para que la otra persona no se asuste, ¿no?

—Por supuesto.

Con movimientos calculados y muy despacio, pone su mano encima de la mía, haciendo que detenga el movimiento. Después la agarra y acaricia el dorso con suavidad, con su dedo pulgar. Sigo sin ser capaz de mirarle porque sé lo que va a pasar cuando lo haga, pero no tengo ni idea de si quiero que pase.

Pero de alguna forma, no quiero detenerlo.

¿Eso debería darme pistas?

—¿Y en qué momento sabes si ya tienes vía libre, Elisa?

Giro ligeramente la cabeza para encontrarme sus labios a apenas unos centímetros de los míos. La calidez de su aliento me envuelve y pasa el brazo por el respaldo de mi silla, abarcándome entera. El corazón se me acelera tanto que parece que va a salir huyendo de allí, representando a la mitad de mi cerebro que quiere que lo haga. La otra mitad debe estar en huelga, porque no sé ni siquiera lo que piensa.

Alzo la vista. Otra vez esos ojos, intensos, la mirada más directa que con la que me he cruzado jamás. Y es que todo parece eso con este chico: una cruzada. Sonríe un poco, solo una mera elevación de la comisura de los labios que hace que se mueva también esa perilla tan horrenda que tiene. Cojo aire despacio, sintiendo también su respiración algo acelerada. Estoy tan acalorada que creo que voy a explotar, y puede que sea eso, una explosión de mi cerebro, lo que me hace decir:

—Bueno, cariño, cuando llega el momento… simplemente lo sabes.

Dos latidos de corazón y en ese preciso instante, se escucha un ruido en el pasillo. Como si tuviera un resorte, me levanto hacia el lado que tengo libre, y Claudia entra dando saltos en el comedor.

—Vaya pasada de vestidos me tienen para la semana que viene. Es una pena que no me los pueda quedar. ¿Ya habéis comido?

—No todo lo que nos gustaría.

Hugo me mira y su expresión, lejos de ofendida, es complacida.

No sé si está jugando conmigo o simplemente le ha hecho gracia mi reacción, pero el caso es que yo sigo roja como un tomate y se me ha quitado del todo el apetito. Guardo el táper de nuevo en la bolsa mientras miro a Hugo. Me hubiera gustado fulminarle con la mirada o algo parecido, ese rollo digno que Ro dice que no tengo, pero al final lo único que tengo acaba siendo curiosidad.

Está claro que me hubiera besado.

Pero ¿qué quiere? ¿Un rollete, le da morbo el tema de la oficina?

Y ¿qué se supone que es esto que me está pasando en el corazón?

***

No estoy demasiado acostumbrada a llamar por teléfono. Cuando quiero hablar con mis amigas, nos mandamos audios interminables que cada una escucha cuando puede. Pasamos a ese sistema tras darnos cuenta de lo difícil que nos resultaba coincidir en un mismo momento, hartas un poco del «yo tengo hasta las siete» mezclado con el «yo me quedo libre justo a las siete…» y esos puntos suspensivos que se leían más que las palabras: no logramos cuadrar esto de ninguna manera.

Así que audios, monólogos a veces interminables, darte cuenta de la cantidad de tiempo que eres capaz de dar la chapa sin quedarte sin saliva. Y de la capacidad similar que tienen tus amigas.

Nos ha ido bastante bien. A mí me ha servido para sentirme como si siguiera en Madrid, formando parte de su día a día. Sus relatos sobre cortes de pelo, sobre tener o no tener tiempo para hacer la compra, ese grano que les ha salido justo en la punta de la nariz o esa mirada que les ha dirigido una persona que les gusta, me han dado la vida. Esos detalles, que no mencionas cuando te ves cara a cara después de años, son los que para mí forman esos lazos de verdadera amistad, los que te hacen sentir como si no hubiera pasado el tiempo.

Pero de alguna manera, ahora mismo necesito distraerme.

He salido de la cocina como si el café estuviera haciendo efecto y lo único que me pudiera separar del baño fuera una barricada de soldados con lanzas de fuego. Y marcar el número de Lola ha salido de mí con la misma urgencia.

—¿Sí?

—Hola, corazón —le digo mientras miro hacia atrás y cierro la puerta de los servicios de mujeres tras de mí—. ¿Cómo estás?

—Pues… puf. Tía, creo que esa es la pregunta más difícil que me puedes hacer ahora mismo.

—Venga, pues cuéntame la altura del sol dividida por el número de cubatas que se tomó Rober en las fiestas de dos mil trece.

Una ligera risilla al otro lado me hace sonreír a mí también.

—Pues eso si me pongo, lo saco. Pero cómo me siento yo, eso ni de broma. Así llevo un día entero, que de verdad que ni idea. Estoy demasiado bien, creo.

—Demasiado bien —repito, despacio—. ¿Eso es posible?

—Pues teniendo en cuenta lo mal que está María… sí. Yo creo que sí.

—¿Y porque ella esté muy mal tú no puedes estar bien?

—Lo veo lógico, ¿no crees? A ver, he sido yo la que lo he dejado, pero me esperaba sentirme más… no sé, peor, al menos. Que me diera más pena. Lo que me siento es muy culpable. La culpa lo invade todo.

—¿Estás en el curro?

—Sí, bueno, me he salido a la terraza que con el frío que hace aquí no salen ni a fumar. Me has llamado y he pensado que era una emergencia.

«Más o menos» pienso.

—No, quería saber cómo estabas. ¿Por qué te sientes culpable?

—Por hacerla sentir mal. Por verla sufrir. Y porque, en el fondo, me siento liberada y con ganas de vivir muchas cosas.

—Cada uno se siente de manera diferente después de una ruptura.

—Ya, hija, pero es que parece que hay un manual o que se publica en el Boletín Oficial del Estado —se sulfura—. «Después de una ruptura tienes que llorar al menos durante dos horas seguidas y usar una cantidad no inferior a veinte pañuelos de papel».

El tono de mofa en que lo dice, lejos de hacerme gracia, me preocupa un poco. Tiene un tinte de histeria que no le había escuchado jamás.

—¿Quieres pasarte esta noche por casa, y vemos una peli o algo?

Un instante de silencio y al otro lado del teléfono oigo una puerta abrirse, probablemente de la terraza que mencionó antes.

—Sí, me vendría bien. ¿Te parece si voy a las nueve?

—Perfecto.

Mi parte más egoísta se alegra de que no haya propuesto las ocho, porque entonces no me daría tiempo a ir al gimnasio y hoy me apetece mucho. Y hay veces que queda muy mal mover horarios cuando se trata de que una amiga esté pasando un momento duro. Pero esa parte oscura y mezquina que habita dentro de mí y que siempre trato de desterrar se molesta cuando le cambian los planes. Y ya está bastante mosca con saber que no vamos a cenar lo que teníamos organizado para hoy porque es probable que Lola quiera pedir algo. Que es normal.

—Oye, te tengo que dejar que voy a volver al curro. ¿Tú todo bien?

—Sí, sí, no te preocupes —me apresuro a asegurar.

Y cuelga tras mandarme un sonoro beso.

Cuando llega el silencio, yo no estoy preparada para él. Me pasa a veces si no me mentalizo para enfrentarlo. O como en esta ocasión, cuando se acaba lo que sea que haya hecho para evitar que suceda. Guardo el móvil en el bolsillo de la americana y me crujo

los dedos, un poco nerviosa.

Me pongo frente al espejo de los baños, apoyo ambas manos y respiro hondo.

«Ni que me hubiera pasado una tragedia» protesto mentalmente. «Solo tienes que hablar con Ro… y superarlo. Y luego hablar con Hugo y… superarlo también, supongo».

Pan comido.

Pero pan de este que ya compras al final del día en el súper y que cuesta algo así como tres huesos de la mano partir y otros seis dientes comer.

Un suspiro dramático, ahora que nadie me escucha. Ordeno mis sentimientos como puedo, recogiéndolos del suelo como si fueran ropa que se me ha caído del cesto de la lavadora, y vuelvo a enfrentar el día. Por suerte, la reunión sobre redes sociales está a punto de empezar y, después de eso, toca irse a casa.

***

Noche de fajitas. Un buen compromiso entre mis ganas de comer algo medianamente sano —o que al menos no me deje el estómago como una trituradora de basuras— y que nos ponga los dientes largos a las dos. Lola tiene bolsas bajo los ojos y el pelo recogido en una coleta alta, como nunca se lo he visto. Hasta las pocas veces que hemos quedado para hacer deporte lo ha llevado suelto, o con alguna horquilla. Tiene que estar verdaderamente tocada. A veces los detalles más pequeños son los que nos dicen lo más importante.

He decidido esperar a que ella saque el tema, si es que quiere. Porque igual está hasta el moño —bueno, coleta alta— de hablar de ello. O de que yo le pregunte. Nunca se sabe lo que pasa por esa cabeza coronada por una coleta alta.

Nos ponemos una película de dibujos animados que ninguna conocíamos y que resulta ser una soberana porquería. Ambas somos muy aficionadas a la animación, pero esta en concreto es tan alternativa que estamos todo el rato interrumpiéndola para preguntarnos mutuamente qué narices acaba de pasar. Cuando termina, son casi las once de la noche y nosotras al menos nos hemos echado unas buenas carcajadas. De alguna manera, mi ratonera no parece un piso tan pequeño cuando se llena de las risas de mi amiga.

—Me tienes que contar qué tal el trabajo. ¿Sigues odiando al tal Hugo o ya te has enamorado de él?

Resoplo, y sonrío antes de taparme la cara con ambas manos.

—No sabría decirte —confieso, aún sin mirarla—. Ha resultado ser un chico bastante más… tolerable, de lo que había pensado. Y no sé si os conté que me besó.

La sorpresa de Lola no se traduce nunca en chillidos, ni en sacudidas, ni en risas histéricas. Lola se sorprende abriendo mucho los ojos y sacando hacia fuera la mandíbula con los labios pegados. Como diciendo «No me lo puedo creer» con toda la entereza de su corazón. Luego, alza ambas manos con las palmas hacia arriba y gira un poco la cabeza, sin dejar de mirarme, pidiéndome explicaciones.

Yo sí que me río un poco antes de contarle todo con pelos y señales. El enfado con Hugo, el beso que me dio sin esperarlo, la conversación de esta mañana en la cocina y el… acercamiento.

—Vamos, que te gusta.

Afirmaciones categóricas de Lola, dígame.

Pongo los ojos en blanco.

—Me resulta interesante, digamos. Es tan distinto a mí que me provoca curiosidad.

—Que te lo tirarías hasta dejarlo seco, quieres decir.

—¡Lola!

Y ahora sí: la carcajada. Se sujeta la tripa para soltar una risa tan escandalosa que me la contagia casi al segundo.

—Es como que me tiene tan desubicada que no puedo dejar de pensar en él. Y tiene unos ojos que deberían ser ilegales.

—¿Cómo van a ser ilegales unos ojos?

—Siéndolo, tía. Es que no son normales, te lo juro. Me mira —me señalo a la cara con la punta de los dedos y luego abro la mano — y es como si me enfocara el alma. Creo que es el tono de azul o yo qué sé, pero me desarman. Es objetivo.

—«Me desarman» y «es objetivo» son afirmaciones radicalmente opuestas, Eli —sonríe de medio lado, de forma socarrona.

—Que te digo yo que no, que lo dice la Constitución que eso es ilegal. ¿Has visto los vídeos del portal que hemos estrenado hoy?

—Aún no he tenido tiempo.

—Pues te pongo uno y…

Mi móvil comienza a vibrar encima de la mesita del salón justo cuando me estiro para cogerlo. En cuanto leo «Ro» en la pantalla, se me congelan a la vez la mano y el corazón.

«Mierda».

—Joder, ¿te está llamando Ro? A mí nunca me llama —comenta Lola. Luego se fija en que sigo quieta, sin cogerlo, sin moverme siquiera, y cuando la miro veo que está enarcando una ceja—. ¿No lo vas a coger?

—Es que estoy aquí, contigo —intento pensar rápido—. Y a ella no le hemos dicho nada. Igual le parece mal.

—Pues yo no digo nada y ya está. —Se encoge de hombros.

El móvil sigue vibrando, incansable. Cualquiera diría que hoy en día la gente desiste a partir del tercer tono, porque todos vivimos con el móvil permanentemente pegado a la mano y si no lo cogemos rápido, es porque no estamos disponibles. Pero Ro sabe que ese no es el caso, que soy yo la que la está evitando. Y a diferencia de Lola, que es de plantarse en mi casa hasta que hable con ella, Ro tiene una estrategia más orientada a la insistencia a distancia.

—Es que…

—¿Pasa algo?

Mi cerebro cortocircuita en ese momento. Porque no sé cómo decírselo, porque no quiero que mis problemas se metan en su vida y porque, en general, es que todo el tema me da mucha vergüenza. Me da vergüenza confirmar lo que ya sabe todo el mundo desde hace muchos años: que llevo enamorada de Lucas casi toda mi vida. Me muero de horror al imaginarme explicándole a cualquiera que llevamos tanto tiempo hablando «en secreto», como si me fueran a

mirar con lástima y pensar que estoy viendo cosas donde no las hay. Porque igual yo también pienso, en el fondo, que de hecho no las hay. Pero Elisabeta no quiere que nadie se lo confirme.

Creo que lo jodido de madurar es tener las mismas ganas inexistentes de darte de bruces con la realidad pero ya verla venir de lejos. Como saber que vas a tener que pagar las facturas pero resistirte mentalmente a hacer el ingreso, a pesar de que eres consciente de que no hay manera de que no lo hagas.

Entre la mirada interrogante de Lola y el molesto sonido que hace el móvil al zumbar encima de la mesa, se me va la pinza y lo cojo. Descuelgo y me lo pongo en la oreja.

—Dime.

—¿Eli? Madre mía, ¡por fin! Ya te vale ignorarme dos días, tronca, me tenías preocupadísima. Tenemos que hablar.

—No hay nada que tengamos que hablar, no te preocupes —digo, y luego trago saliva y miro de reojo a Lola, que sigue con su ceja bien alta.

—¿Cómo que no? Mira, tú y yo somos dos chicas listas y sabemos de lo que estoy hablando. Y sé que te ha jodido y quiero explicarme. Creo que al menos me merezco que me escuches.

Silencio. De estos en los que coges aire por la nariz y lo absorbes, y te llena por dentro. Silencio de lágrimas inexplicables que acuden a tus ojos sin que puedas hacer nada para remediarlo, sin que seas capaz de decirles que ahí no pintan nada, que esto es una tontería, que tú ya eres mayor como para disgustarte así por esta chorrada.

—Vale.

Más silencio. No tengo ni idea de qué decir. El tiempo pasa a cámara lenta, como siempre que quieres que se acelere hasta que todo sea un recuerdo. Lola baja un poco la cabeza, porque es evidente que la conversación que estoy teniendo con Ro es de todo menos normal. De costumbre, ella es pura energía y yo me adapto a su flujo, contagiándome un poco de su vitalidad. Esto de hablar en un tono bajo y seco tiene que sonar a guerra.

Y no es que quiera estar en guerra, es que las palabras las tengo atascadas en la garganta.

—¿Quedamos mañana para tomar un café? Me puedo pasar por tu oficina…

—Entonces tendría como máximo media hora, que es lo que nos dan de pausa. Mejor por la tarde.

—Vale, yo tengo turno en el bar hasta las seis, ¿me pasas a buscar?

Calculo mentalmente si me da tiempo a llegar, durante un segundo, antes de asentir:

—Venga. Quedamos así. Te dejo, que no puedo hablar ahora.

—Vale. Un beso.

—Otro.

Ese beso falso se me clava directamente en la barriga, con un pinchazo. Cierro los ojos mientras cuelgo y me alejo el móvil de la oreja, con los labios contraídos en unos morros de incomodidad porque sé lo que va a pasar. En cuanto despego un párpado, torciendo el gesto para enfrentar la pregunta de Lola, me encuentro con su cara de mayor seriedad. Se suelta el pelo antes de crujirse los dedos, suspirar y soltar:

—Ahora es cuando me cuentas qué está pasando.

***

Me levanto a encender la calefacción, después de asumir que no voy a poder dormir con el frío que hace. Que las mantas y el edredón nórdico no son suficientes como para abrigarme el alma.

Lola se ha ido hace media hora, porque cerraba el metro y necesita dormir en su casa para ir a trabajar mañana. Se ha ido flipando, eso sí, aunque yo pensaba que todo el tema le tomaría mucho menos de sorpresa. Al fin y al cabo, me llevan vacilando toda mi vida con eso mismo. Pensaba que el confirmarle que sí, que siento algo por Lucas, iba a reafirmar sus teorías. Sin embargo, se ha quedado en silencio más de lo que me gustaría —los silencios no me gustan y me ahogan— antes de chasquear la lengua y decir:

—Pues lo del otro día tuvo que ser horrible para ti.

Y claro, el oírselo decir a alguien en voz alta y no a Elisabeta en

mi cabeza, me derrumbó. Y no paraba de gimotear que sé que es una tontería —porque lo sé—, que no debería afectarme tanto —porque no debería— y que peores cosas hay en esta vida —porque las hay— como para estar llorando por esto.

Y ella, tan poco fanática del contacto físico, extendió los brazos hacia mí y me envolvió con ellos mientras susurraba, entre palmadita y palmadita:

—Los mundos son más pequeños o más grandes, pero cuando se derrumban hacen el mismo ruido.

Me dejó llorar hasta que se me purificó el alma, y entonces pude tranquilizarme y hablar con ella desde mi parte más racional, desterrando a Elisabeta a una esquina de mi mente. Fui a por más papel de cocina mientras ella me decía lo que yo ya sabía perfectamente: que tenía que hablar con Ro y decirle cómo me siento.

—Pero si yo misma no tengo ni idea de cómo me siento. ¿Qué hago lloriqueando por Lucas y, sin embargo, en medio de toda esta movida con Hugo?

—¿Pero tú qué quieres con Hugo?

—Saber qué narices quiere él conmigo.

—¿Y para qué?

Silencio.

—Porque me daría una idea de qué esperar, o qué opciones tengo. No quiero empezar a pensar en posibilidades que ni siquiera existen.

A veces, pronunciar las cosas te hace darte cuenta de lo que verdaderamente te pasa por la cabeza. Las hace reales, casi tangibles, como si las pudieras agarrar con la mano y ponértelas frente al rostro para analizarlas. No es que la conversación con Lola me aclare nada más, pero tenerla sí que me ayuda a no sentirme tan sola en mi propia movida. Y eso que veces me gusta, no lo voy a negar. Enredarme yo misma en los problemas y no dejar que nadie entre. Pero resulta liberador cuando no sucede. Aunque luego es como un latigazo, cuando vuelve hacia atrás me hace sentir culpable.

«No tendría que haberlo dicho, si no es para tanto» no para de repetirse en mi mente.

—Tienen nombres como muy de protagonistas masculinos de novela rosa, ¿no? Lucas, Hugo… Normal que te provoquen tanto salseo.

Ese comentario desencadenó las risas que necesitábamos ambas. Yo, para ir a por un pañuelo y limpiarme los mocos —no sin antes quejarme de esas chicas de las pelis que cuando lloran son una monada— y ella, para sentir que había hecho bien su trabajo.

Me dejó sola a regañadientes, pero sabiendo que en eso sí que somos parecidas: no soportamos que nadie se compadezca de nosotras.

Me duele la cabeza, ese dolor que es una especie de resaca del llanto. Llevo demasiadas resacas esta semana, esa es mi conclusión principal. Suspiro dramáticamente, recreándome un poco en la situación ahora que no me ve nadie. Me envuelvo en el edredón, pongo el despertador para mañana y me doy cuenta de que no me he lavado los dientes. Pero hay días que una puede permitirse ser un absoluto desastre.

12

Esta mañana, Hugo no ha aparecido por las oficinas de *Desconexión*. Al principio, todo el mundo se pensaba que llegaba tarde, y eso ha generado una extrañeza general porque el chico es la persona más puntual de la empresa. A media mañana, cuando estábamos con unas pruebas de vestuario, aparece Tito para comunicarnos que Hugo está enfermo. Que nada grave, un constipado, pero que tiene un poco de fiebre y es mejor que descanse.

—Vuestras grabaciones las haremos a finales de semana, cuando se recupere —me indica, muy serio.

Yo asiento sin más, un poco perdida después de esa información. De alguna manera, me da pena, pero no quiero sentir eso.

«A ver, que si me dan a elegir últimamente, no quiero sentir nada».

—Oye, Eli, ¿te importaría llevarle los guiones?

Parpadeo dos veces para intentar procesar la información, que me ha cogido de sorpresa. ¿Que haga yo qué…?

—¿Hummm…? —Es lo único que atino a pronunciar, frunciendo el ceño.

—No pongas esa cara, mujer. El taxi te lo paga la empresa. Es que de todas formas tampoco tenemos mucho trabajo para ti mientras no esté él, y así al menos se los va mirando. Le llevas un café calentito de parte de todo el equipo.

—¿Soy su niñera oficial?

—Venga, si te portas bien te damos un café a ti también.

Su sonrisa de guasa me arranca una a mí también, y resoplo.

—Pero ¿dónde vive?

Me suelta la dirección tras consultarla en su móvil. Vive por el sur de Madrid, cerca de Matadero.

—Joder, pues ya me podéis dar el café en un termo porque si no, no va a llegar calentito ni de broma.

***

Plantada frente al portal de Hugo y con —de verdad— un termo de café en la mano, no puedo evitar soltar un profundo resoplido. Dramático, sonoro. Aprovechando que solo me veo y escucho yo.

«Qué. Narices. Haces. Aquí», pienso.

«Te han pedido que vayas. No te queda más remedio», dice otra voz.

«Pero tampoco has opuesto resistencia», replica una tercera.

«Shhh» chisto yo.

Vaya día de cafés. Ahora le llevo uno a Hugo, por la tarde he quedado con Ro para una charla frente a otro… charla que, a todo esto, no estoy preparada para afrontar. Así que bueno, si me paro a comparar ambas situaciones, casi me apetece más la que viene acto seguido. Toco el timbre del portal con un suspiro.

Estaba preparada para decir alguna chorrada cuando preguntara quién era, pero el ruido de la puerta me recibe rompiendo el silencio. Empujo para entrar en el portal y me dirijo hacia la izquierda, porque resulta que Hugo vive en un bajo interior. La puerta está entreabierta y yo frunzo el ceño antes de empujarla del todo. Le habrán avisado de que voy a ir, supongo.

—Un segundo, un segundo…

Se escucha su voz desde el pasillo y cuando lo veo, viene apresurado atándose un albornoz blanco por el camino y con la cabeza agachada muy centrado en esa tarea. Tiene el pelo negro despeinado y algo de sudor le perla la frente. Cuando alza la vista, se encuentra con mi ceño fruncido y mi mirada de alucine y se detiene de golpe.

—Hostia.

—Elisa —digo, señalándome el pecho y alzando una ceja.

—¿Qué haces aquí?

Su mirada se posa en el termo que llevo entre las manos, y la carpeta que sujeto contra mi pecho, y le tiendo esto último.

—Me manda Tito de parte de la empresa. Ya veo que te alegras mucho.

Me mira durante dos segundos y observo que tiene algo de barba donde normalmente va afeitado. La perilla también está un poco despeinada y, sobre todo, tiene bastantes ojeras que hacen que el azul de sus ojos destaque de una manera un tanto siniestra.

—Los guiones de esta semana para que les vayas echando un ojo cuando puedas. Y un termo de café porque son así de majos.

Carraspea, poniéndose el puño delante de la boca.

—Vaya, así que tu curro de hoy es cuidar del enfermito…

—Depende, ¿tienes pensado vomitar?

—No entraba en mis planes.

—Entonces me lo pienso.

—¿Te preocupaba besarme? Porque tengo que decirte, *bookie*, que prefiero dejarlo para un momento en el que los dos estemos en condiciones…

Sonríe de medio lado y me doy cuenta de que seguimos plantados el uno enfrente del otro en el pasillo, con la puerta abierta. Pongo los ojos en blanco y extiendo el brazo hacia atrás para cerrarla con un estruendo.

—Créeme que besarte no está dentro de mis prioridades ahora mismo.

Él suelta una carcajada y se da media vuelta, esperando que le siga. A la izquierda del pasillo se van abriendo distintas estancias: lo primero, el salón, y luego tres habitaciones, abiertas de par en par y con las ventanas al patio de vecinos. Finalmente, al fondo del todo está la cocina, bastante pequeña y antigua. La cocina de gas parece una de esas que te vienen con las casas prediseñadas de los *Sims*, esa que no tardas en reemplazar por una nueva. El color marrón predomina en el mobiliario y una serie de cacharros sucios adornan

el fregadero.

—¿Piso de tíos? —pregunto, o más bien la pregunta se me escapa de entre los labios.

—¿Tirando de estereotipos? —Enarca una ceja mientras coge una taza de uno de los armarios—. Vivo con una chica y un chico. Están currando.

Extiende la mano para pedirme el termo y se lo paso de manera automática. Echa un buen chorro en la taza mientras sorbe por la nariz. Yo sigo observándolo todo con mucha curiosidad. No me hubiera imaginado nunca que viviera en una casa así. A decir verdad, lo único que me puedo imaginar es su cuarto, y porque lo he visto en sus vídeos.

—Tampoco estoy tan mal —aclara—. Mañana estaré estupendo, pero si no me obligo a descansar un poco, me pongo peor.

—Me pasa igual. Hubo una época en la que me empeñaba en ir a trabajar cuando me encontraba mal, empeoraba y pasaba tres días en casa en lugar de uno.

—Acabas de estar de acuerdo conmigo en algo, ¿no tendrás tú también fiebre?

Suelto un bufido divertido mientras me acerco al armario del que acaba de sacar una taza.

—¿Me invitas a un café? —pregunto, guiñándole un ojo al girar la cabeza.

—Es demasiado para mí solo de todas formas… ¿No tienes que volver?

—¿Me estás echando?

De espaldas a él, cojo el termo y echo un buen chorro de café en la primera taza que encuentro. Me doy cuenta de que tiene un dibujo de Campanilla, pero no digo nada.

—Nada más lejos de la realidad. Encantado de tener tu compañía. Pero me intriga el hecho de que estés aquí.

Me doy la vuelta y apoyo la espalda en la encimera, cruzándome de un brazo mientras doy un sorbo al café.

—Al parecer, me han incluido ser niñera en las obligaciones del contrato. ¿Tú no deberías tumbarte o algo?

—Estaba tumbado. En el sofá. Luego has llamado al timbre y he pensado…

Se interrumpe y tuerce el gesto. Yo alzo de nuevo una ceja ante su actitud más que sospechosa, como si se sintiera culpable por algo.

—He pensado que eras… otra persona.

En ese momento, mi imaginación de lectora y fanática de las historias con salseo se pone en funcionamiento como una máquina bien engrasada.

«Seguro que va a venir su novia. Tiene pareja y va pendoleando por ahí».

«Su ex tóxico viene a cuidarle porque está malito».

«El constipado es una excusa para montar una orgía clandestina».

—Oye, que si estás esperando a alguien, me piro… —comienzo a decir, quizás más apresuradamente de lo que me gustaría.

—Que no, que no, que he pedido una cosa por internet y creía que era el repartidor.

Se frota la nuca y yo estoy cada vez más perdida.

—¿Y por qué parece que te da vergüenza…?

El timbre, con un estruendo que me hace dar un respingo, nos interrumpe. Él enrojece un poco y sale corriendo hacia la puerta. El bajo de su albornoz blanco vuela a su paso y me hace pensar que no, desde luego no está demasiado enfermo. Pero quién soy yo para juzgar si por dentro se siente peor de lo que aparenta.

Doy otro sorbo al café y tuerzo un poco el gesto: en realidad yo lo tomo con leche, pero me da palo pedírsela a Hugo. Mi fachada de malota resuelta tiene un límite muy bajo.

Cuando el chico vuelve, trae una caja entre las manos y una expresión mezcla entre vergüenza e ilusión que no le había visto nunca.

—¿Estabas esperando un paquete? —comprendo de golpe.

Él agarra la caja con ambas manos y repiquetea los dedos contra el cartón.

—Eh… sí. Desde hace tiempo, de hecho. Y resulta que llegaba hoy y ninguno de mis compañeros iba a estar en casa.

—Hugo, ¿te has hecho el enfermo para esperar este paquete?

Mi pregunta sale disparada hacia delante como si me hubiera equivocado y hubiera presionado el acelerador en lugar del freno. Trago saliva, consciente de que me estoy metiendo en un terreno un tanto pantanoso.

—Eh… no te pases, rubia.

Ese «rubia» me trae unos ojos negros a la cabeza que se me clavan como cuchillos.

—No me llames así —me sale instintivamente.

Un segundo. Un silencio. Una mirada. Mientras tanto, él parece procesar esa información.

—Bueno, hacemos un trato: yo no te llamo así nunca más y tú no insinúas que soy un irresponsable de mierda, ¿qué te parece?

Tose un poco y se pone el puño frente a la boca para ello.

—Bueno, pero si te tumbas.

—¿No quieres un *tour* por la casa?

Se da la vuelta y vuelve a internarse en el largo pasillo, con el paquete aún en las manos.

—¿No vas a abrir el paquete? —contraataco.

—Lo puedo dejar para más adelante…

Doy unos pasos rápidos hacia delante y le bloqueo la entrada a su cuarto, donde estaba a punto de entrar.

—¿Te da vergüenza?

—¿A mí? Si yo no tengo vergüenza.

Lo evalúo de arriba abajo. Está un poco colorado y eso me resulta muy divertido por alguna razón.

—Pues ábrelo, entonces.

Coge aire profundamente por la nariz, como armándose de paciencia.

—Está bien, pesada.

Me rodea y deja el paquete en la cama. Lo abre sin ningún tipo de cuidado y luego mete las manos para sacar una caja negra envuelta en un papel de burbujas. Avanzo hasta sentarme en la cama, a su lado, y me dedica una mirada de reprobación por estar invadiendo su espacio. Supongo. Porque por ahora no soy capaz de leerle la mente ni nada parecido.

Tengo verdadera curiosidad por saber qué hay dentro de la caja, y cuando le quita el papel de burbujas y la abre, estoy a punto de soltar una carcajada por lo que queda al descubierto.

—¿Las bolas de dragón?

El tono me sale mucho más burlón de lo que hubiera querido. Nada más lejos de mi intención burlarme de él. Me hace gracia la situación, pero no me parece algo de lo que avergonzarse.

—*Bookie*…

—Relaja, respira —aconsejo, con un guiño—. Eres un friki. No es ninguna novedad.

—A ver, pero que tampoco tengo tantas mierdas de estas, ¿eh?

—Pues estaría genial que las tuvieras.

Me levanto de un salto y comienzo a inspeccionar la habitación. Me interesan sobre todo las partes que no capta la cámara, esas que no ve todo el mundo.

—¿Te gustan estas cosas?

—¿A mí? No especialmente. Veía *Dragon Ball* con mis primos de pequeña, pero no me entusiasmaba.

—¿Entonces?

Sigo sin mirarle, pero noto sus ojos clavados en mi nuca. Y eso me gusta.

—Me gusta la gente que se apasiona por cosas. Por eso me encantan los frikis.

—¿Tú eres friki de algo?

Me giro para clavar mi mirada en él, sonriente. Me doy cuenta de que he cruzado los brazos detrás de la espalda, y de que él se ha sentado en la cama mientras yo no le estaba observando. Por un segundo soy muy consciente de que estamos en su cuarto. Y de que hay una cama.

—De los libros, ¿te parece poco?

—Pero no es lo mismo…

—¿No? ¿Te has visto algún vídeo de mi canal?

Frunce los labios y mira hacia arriba, como intentando hacer memoria, mientras sus manos siguen acariciando distraídamente su nuevo tesoro.

—Alguno que otro…

No sé si eso es él diciéndome que se los ha visto todos o que ni siquiera se ha metido en mi canal, pero decido pasar por alto ese pensamiento.

—No sé cómo puedes verlo y no pensar que soy la máxima friki.

Sonrío, y él me mira de manera un tanto extraña pero con un deje divertido en los ojos. Luego tose un poco, y se pone el puño enfrente de la boca. Yo chasco la lengua con fastidio.

—Esto te pasa por ir siempre sin mangas…

Le arranco una carcajada que me coge por sorpresa y me hace reír a mí también.

—¿Te apetece ver algo?

—¿Es una pregunta con doble sentido?

Suelta otra pequeña risa algo incrédula.

—No. Pero me lo apunto.

—Entonces, vale. Total, nos están pagando igual…

Le sigo hacia el salón con una sensación extraña en el cuerpo. Como si hubiera una confianza entre nosotros que no debería estar ahí a esas alturas del cuento.

Del cuento.

Ya estamos pensando como una lectora de romántica, Elisa.

Ten cuidado porque en tus libros… ahora es cuando te enamoras.

***

Llegan las seis de la tarde y estoy plantada enfrente del bar donde trabaja Ro con un nudo en la garganta y menos ganas de entrar que de que me peguen un tiro en la sien. Una parte de mí piensa que ya es suficiente, que ya tuve que hablar del tema con Lola anoche y eso me destrozó un poquito por dentro, que por qué tengo que volver a revivirlo ahora.

No me parece justo.

Pero tampoco quiero volver al cabreo de niña pequeña por eso. Y tampoco es que tenga tiempo para dar media vuelta, porque Ro me saluda desde el otro lado de la puerta de cristal y yo me veo obligada a entrar. Está sola, con una escoba en la mano y a punto de barrer. Me indica con un gesto de la mano que baje un poco la reja de metal, para que ella pueda limpiar tranquila.

Le toca a menudo cerrar el bar y sé que, a pesar de que su trabajo le apasiona, no es su tarea favorita. No obstante, a mí me viene bien que no pueda sentarse y taladrarme con su mirada mientras me cuenta… lo que sea que me tenga que contar. Qué sensación cuando sabes que no quieres conocer nada de lo que están a punto de revelarte. Que no hay parte de esa información que te vaya a hacer feliz, y que simplemente vas a tener que aprender a lidiar con ello. Tengo unos segundos para ser libre de eso. Para seguir viviendo la vida que llevaba hasta el momento, autoengañándome en un porcentaje más elevado del que sé que debería.

—Me alegro mucho de verte.

Sus palabras se me clavan un poco por encima del pecho. Se atascan ahí y forman un nudito, de tal manera que tengo que reprimir el impulso de tocarlas con la mano. Me gustaría sentir lo mismo, alegrarme de verla a ella. Me hace sentir una persona horrible no hacerlo.

—Siento haber estado desaparecida estos días.

Deja de barrer, sin mirarme pero con un esbozo de sonrisa. Ro siempre ha tenido una manera bastante curiosa de sentir. No ha sido nunca de darse cuenta de enfados, ni de enfadarse ella. Para mi amiga, las pocas amistades que tiene son tan sólidas como una roca, y quizás carece de ese miedo que tenemos algunas de que con cualquier soplo se desvanezcan personas importantes de nuestra vida.

Siempre me ha tranquilizado eso de ella, pero a veces mi parte más egoísta desearía que tuviera algo de miedo de perderme. Como yo tengo tanto miedo de tantas cosas, una persona que apenas lo conoce me genera bastante inseguridad. Igual es eso, que no me gusta tener tan poco control sobre esta situación. Sobre todo, saber que estoy a punto de estrellarme contra una pared que llevo mucho tiempo haciendo como que no existe.

«La ignorancia es la locura de los que pretendemos hacer las cosas bien».

—Lo entiendo, supongo. Supongo que yo siento… haber provocado esta situación. No haber hablado contigo de esto antes.

Resoplo, sentada. Ya empieza. Elisabeta, dentro de mí, me observa. Nos miramos. Y asentimos. Vamos de la mano en esto, es lo único que sé.

Y es hora de avanzar juntas.

—¿Y qué es «esto», Ro? ¿Por qué querías hablar conmigo?

—No sé, dime tú… ¿por qué me has estado ignorando estos días?

Pum. Directa al corazón. Sin hacer sangre, pero perforando. Como ella es.

—Pensaba que habíamos quedado para que hablaras tú…

La medalla de oro a las tácticas evasivas de mierda va para mí, eso seguro. Pero quiero refugiarme en eso. Ni siquiera sé dónde estoy ahora mismo, pero metería la cabeza bajo tierra para respirar inframundo si pudiera.

Ella frunce los labios, deja la escoba y se sienta frente a mí, con decisión. La silla chirría bajo su peso por la brusquedad de su movimiento. Yo trago saliva. Estoy hecha una dramática.

—Sé que te gusta Lucas. Bueno, sé que te gustaba, o que te ha gustado toda la vida. Pero no sé si sigues sintiendo lo mismo, la verdad.

—Es un tema sobre el que siempre hemos hecho círculos pero sobre el que nunca hemos hablado directamente, ¿no?

Sus ojos titilan y su expresión es seria. Cuesta ver a Ro así: sin una sonrisa en la comisura de los labios, tironeando por salir. Pero parece que este es un tema que le toca muy hondo y empiezo a pensar que igual no estoy tan sola en ese agujero mirando al inframundo. No parece demasiado cómoda.

—No, nunca lo hemos hablado. Es algo que siempre se ha dado por hecho. A Elisa le gusta Lucas. Pero… la verdad es que no eras la única a la que le gustaba.

Pum. Ladrillo. Justo en la cabeza, atravesando todo el cuerpo hasta el corazón. Si estuviéramos dentro de unos dibujos animados, ya estaría chafada contra el suelo como un charco un tanto lamentable.

Claro. Cómo no le va a gustar. Cuando tantos años de tu vida giran alrededor de un grupo de amigos, ¿por qué iba a suponer que yo era la única que se había fijado en Lucas? Un chico con una personalidad arrolladora, seguro de sí mismo y con una belleza típica pero que él sabe hacer atípica con los gestos que tiene.

Cierro los ojos un segundo. Por algún motivo, esa chorrada me da ganas de llorar. Pensaba que era más madura y me estoy dando cuenta de que en absoluto.

Trago saliva y asiento mientras abro los ojos.

—Vale. Supongo que ahora tiene todo más sentido.

—No habría pasado nada con él si no me gustara de verdad. No

te habría hecho eso.

—Podrías haberlo hablado conmigo antes.

El dolor impregna mis palabras y es lo que me hace darme cuenta, por primera vez, de lo dolida que estoy. Me puedo fiar más de mis reacciones que de mis pensamientos.

Elisabeta me mira. Parece decirme «¿Ves? Lo que tú has vivido no es solo tuyo. Lo ha vivido ella también».

—Debería haberlo hablado contigo antes. Nunca hemos tenido demasiado trato especial, ¿sabes? Lucas y yo, me refiero —coge aire —. Pero desde hace como un año hablamos más. Me habla, le hablo, nos hablamos. Hemos quedado un par de veces, para hacer planes de amigos. Supongo que una parte de mí se estaba ilusionando y no he sabido gestionarlo bien. Y cuando el otro día… bueno. Estábamos los dos muy borrachos. Y pasó. Y no pensé en nada más, si te soy sincera. Solo en que había pasado algo que llevaba deseando toda mi vida.

Me mira, y sé que espera algo de mí. Pero es que yo no sé lo que siento.

—Lo entiendo, supongo.

Me siento un poco patética, y es el sentimiento que más odio en el mundo. Al parecer esto era una carrera y yo acabo de enterarme de que he perdido. No es como si una persona pudiese considerarse un trofeo, pero recordemos que yo tiendo a infantilizar demasiado este tema en concreto.

Y perder… odio auto adjudicarme el papel de perdedora.

—De verdad que lo siento si te he hecho daño. Nada más lejos de mi intención, nunca te haría daño a propósito. Y si no fuera Lucas… bueno, creo que habría hecho las cosas de otra manera. Pero es que con él todo se me descoloca.

Lo peor es que la entiendo. La entiendo tan bien que me duele. Mi corazón se debate entre abrazarla y apartarse lo máximo posible de ella para no darse cuenta de que hemos dejado de ser únicos.

Inspiro hondo por la nariz.

—Lo entiendo, créeme —me fuerzo a sonreír un poquito—. Con

él es todo distinto.

—Eso es. Y de verdad que nunca pensé que tuviera posibilidades, de hecho, ya lo hablamos: estaba convencida de que le gustabas tú. Pero…

—Viste la oportunidad y la aprovechaste. Claro.

Mis palabras van totalmente exentas de rencor. De verdad que lo entiendo. Si hago un esfuerzo de soltar la mano de Elisabeta y salir de ese caparazón que me he creado, si intento empatizar un poco, lo entiendo. Yo hubiera hecho lo mismo, no soy tan hipócrita como para negarlo.

—Eso es.

—Y ¿cómo va a ir esto? ¿Estáis juntos… o algo parecido? Lo digo por… mentalizarme, más que nada.

Las palabras me salen a trompicones y temblorosas. Para colmo, noto las mejillas calientes. Tengo que estar dando un espectáculo bastante triste. Respira, respira, respira. Pasamos la conversación y nos olvidamos de todo. Como siempre.

—No, nosotros… hablamos después y quedamos en dejarlo como un rollo de una noche. Que nuestra amistad es más importante y esas cosas. Pero…

Calla, con la mirada puesta en la mesa y las yemas de los dedos acariciando la superficie de madera. Veo cómo traga saliva. Una cosa que sé es que no quiero que esté así de incómoda conmigo. Me paso la lengua por los labios antes de morder el de abajo un poco, indecisa. Dicen que hay que comportarse como la persona que quieres ser. Y a base de pretender… acabas creyéndotelo.

Pues vamos a intentarlo.

—Ro, tenemos veinticinco años. Ya no somos crías, o al menos no del todo. Cualquier cosa que yo sienta al respecto de esto es una chorrada de adolescente, pero cómo me siento respecto a ti como amiga es real y verdadero. Así que cuéntame lo que quieras contarme. Lo peor es que probablemente yo sea la que mejor lo entienda.

Pone una mueca y no sé cómo interpretarla. Quizás no hemos hablado nunca de cosas demasiado profundas, y no nos hemos dado

cuenta hasta ahora. Fiestas, anécdotas divertidas, cosas del día a día… pero ¿sentimientos? Asignatura pendiente.

—No lo sé, es que no sé hasta qué punto me imagino cosas, tía. Fue una pasada, me pareció muy especial, incluso dormimos abrazados.

—¿Y por la mañana?

—Él había quedado con un colega y yo con mi madre para comer, así que…

—Bueno, no sé qué decirte.

Sé que le duele, porque eso sí que se lo veo en la cara. Pero me digo que a mí también me está costando bastante procesarlo todo. Las punzadas de envidia, de la peor de todas, me están dejando hecha un colador y me cuesta rellenar los agujeros. Lo conseguiré, a base de tiempo. Asiento un par de veces, como haciéndome a la idea.

—Vale, perdona. Ha sonado muy brusco, pero es que de verdad que no lo sé.

—Yo solo necesito saber que no me he cargado nuestra amistad, Eli.

Esa frase me enternece del todo. Me derrite y vuelvo a ser ese charco en el suelo, aunque esta vez me siento afortunada de tener amigas como ella. No sé qué haría yo en su lugar, y ahora no lo voy a saber nunca. Pero sí sé que a ella no le da igual. No le doy igual. Y eso es suficiente, por ahora. Para ir remontando.

—Mientras te importe cómo me siento, no creo que haya manera de que te la cargues. Somos demasiado la una para la otra, Ro.

Sus ojos lagrimean. Y Ro es de llorar, pero con películas, series, teatro. No con momentos. Suele parecer que no le importa demasiado lo que sucede en la vida real. Pero igual es que, como yo, lleva demasiado tiempo haciendo como que lo de Lucas no existe. Se levanta y me envuelve entre sus brazos y yo le respondo al gesto, aunque un poco incómoda desde mi posición.

Nos quedamos un par de horas más de charla, distrayéndonos del hecho de que acabamos de hablar de uno de los temas

prohibidos de la vida de ambas, centrándonos en lo que sí sabemos: que nos tenemos la una a la otra y eso nada ni nadie lo podrá cambiar.

13

Paula me ha hablado de una chica a la que está viendo.

Eso es una noticia estupenda que me genera varios sentimientos: el primero, una pizca de celos porque una es básica y ella no deja de ser la chica popular de mi instituto, lo que me genera unas inseguridades a las que ya no estoy tan acostumbrada. El segundo, alivio, porque llevaba unos días pensando en que sería un marronazo si ella estuviera interpretando lo nuestro, esta relación con derechos que tenemos, como algo que puede llegar más allá. Y yo no lo estoy viendo de esa manera.

Cuando consigo salir de mi ensimismamiento, ese en el que me meto en un vano intento de desentrañar lo que siento, me encuentro con su sonrisa y su mano enfrente de mi cara.

—Tierra llamando a Elisa. No me estás haciendo ni caso, ¿eh?

—No, no. Perdona. Me he ido, pero vuelvo: me estabas hablando de Clara.

Estamos las dos desnudas en mi cama. Hemos vuelto a quedar en mi casa porque ella vive con dos compañeras de piso y asegura que las paredes son de papel. Y bueno… a mí me puso bastante la insinuación que eso conllevaba sobre el ruido que íbamos a hacer. El sexo está siendo… diferente. En el mejor de los sentidos. Estoy descubriendo cosas de mí misma, lo que me gusta, lo que me excita, lo que no. Y he averiguado que me encanta descubrirme. Y descubrirla a ella.

Además, puedo hablar con Paula de cualquier tema. Me ha sorprendido lo poco que me ha costado contarle lo de Lucas. Aunque también llevo algo de carrerilla, porque he pasado de no reconocérmelo ni a mí misma a confesarlo delante de dos personas muy involucradas en el tema en apenas unos días. Comparado con eso, abrirle mi corazón a Paula es casi pan comido.

Aunque aún sigo flipando con las referencias que hace a mi yo del instituto. Como si hasta que no lo menciona, fuera una amiga nueva que acabo de conocer. Y después suelta algo como «pues me

acuerdo este día, que hiciste esta cosa» y me doy cuenta, con asombro, de que no era tan invisible como me creía.

Estoy aprendiendo que a veces nos hacemos invisibles nosotros mismos.

—Eso, que la he conocido por una *app* de estas y me está gustando bastante.

—Bastante.

Arqueo una ceja mientras con una mano le acaricio la espalda distraídamente.

—Bastante nivel: me estoy preocupando.

—Porque eres una tipa dura que no quiere nada serio.

—Eh, claro que sí.

Sonríe, y un mechón despeinado le invade la frente. Luego se incorpora y yo dejo caer la mano en el colchón.

—Pero ¿de qué tienes miedo?

—De pillarme —confiesa, aunque con expresión divertida—. Pero tela de miedo, ¿eh? Nivel escalofríos.

—¿Por qué?

Frunce los labios, se sienta y arrastra el culo hasta pegarlo a la pared, pensativa. Se aparta el pelo de la frente y clava los ojos en el techo, como si estuviera intentando descifrarse a sí misma. Yo me limito a mirarla desde mi posición, tumbada. Dedico un segundo a pensar que tiene una piel muy bonita, y que la luz del final de la tarde de ese martes le queda muy bien.

—Porque yo cuando sé que es algo casual, como esto, por ejemplo —nos señala y yo asiento con una sonrisa para indicarle que entiendo lo que quiere decir—, me resulta todo muy fácil. No me rayo, porque no me creo expectativas. Pero cuando lo empiezo a ver de otra manera… me siento como un perrillo indefenso.

—Porque hay alguien que tiene poder sobre cómo te sientes —aventuro.

—¡Exacto! ¡Justamente eso!

Chasquea los dedos y luego la lengua, y pone expresión de decepción.

—Me dan ganas de huir, tía. En serio.

—Lo entiendo. Y te diría que no lo hicieras, que el amor te pilla desprevenida, que no puedes hacer nada para evitarlo… pero en realidad sí que puedes. Yo lo hice un tiempo —me incorporo yo también y me quedo de piernas cruzadas sobre el colchón—, porque no me veía preparada. No sé si fue la mejor decisión, si te soy sincera, pero sí que estuve tranquila. Lo que sé es que todo lo sentía de manera mucho menos intensa y eso al final acaba cansando.

—¿Ah, sí? ¿Crees que me voy a cansar de ti?

Hay un tono ligón en su pregunta que me indica que está intentando cambiar de tema a otro más… entretenido. Decido darle un último intento a hablar de cosas serias porque quiero que sea mi amiga ante todo y por ello comportarme como tal:

—De mí, espero que no. Y cuando nos deje de cundir a alguna, seguiremos siendo colegas que comparten pizza, y eso me encanta. Pero el amor tiene una cosa pegajosa y es que es adictivo. Lo más adictivo que hay. Si Clara te gusta… vas a tenerlo como un chicle en una parte de tu cerebro —me llevo la mano a la cabeza para ilustrarlo— y si ella te habla, no te va a ser tan sencillo despegarte.

—Es que lo peor es que muestra interés, ¿sabes? Y yo tengo una gran ventaja, que es que si alguien que me gusta no me hace ni caso… mi cerebro cambia el chip y pasa a darme igual esa persona. Pero si se implican y se preocupan… ahí sí que estoy jodida. Ahí me gustas. Ahí me enamoro.

—Me parece bastante correcto. Un mecanismo antitóxicos.

—Han sido años de demasiadas mierdas, creo que mi cerebro ha hecho un Consejo de Estado y ha pensado: chicos, o hacemos una murallita y un foso al menos o aquí están campando a sus anchas demasiados gilipollas.

Nos reímos, y a mí me sale esa risa de cerdito que me suele dar tanta vergüenza, lo que hace que las carcajadas se vuelvan incluso más estruendosas. De esas risas tontas que no sabes cómo parar.

—Voy a tener que pedir presupuesto a tu arquitecto, entonces —le digo, entre lágrimas.

—Bueno, te podría hacer un precio especial…

Gatea un poco hacia mí, con una media sonrisa pícara que me enciende al momento. Sé lo que va a pasar y tengo clara una cosa: quiero ser su amiga ante todo, pero hay cosas que no voy a rechazar.

***

En las oficinas de *Desconexión* hay muy buen ambiente esta mañana.

Y no es de extrañar: los números superan con creces lo esperado, los primeros vídeos están teniendo muy buena acogida y Hugo ya está de vuelta, así que estando a miércoles nos da tiempo de sobra a grabar el programa que tenían planeado para esta semana: un preguntas y respuestas. Claudia y Nacho, por su parte, tienen un juego que se parece más a una prueba de habilidad física que a otra cosa y yo solo puedo alegrarme de que eso no me haya tocado a mí.

Mi Twitter está lleno de comentarios encontrados: hay a quienes les encanta *Desconexión* y quienes echan de menos mi contenido de siempre. Pero la verdad es que casi no estoy teniendo tiempo ni para leer ni para pensar en retomar el canal, cuando me dejen: están pasando demasiadas cosas en mi vida como para que eso pueda ser una prioridad, así que… lo de volver a mi contenido original tendrá que esperar, aunque no sé cuánto tiempo.

Hugo ha vuelto recuperado, lleno de energía y con una sonrisa en la cara con la que parece querer comerse el mundo. Y la verdad es que cuando ese chico está feliz, todo parece brillar a su alrededor.

El vídeo de preguntas y respuestas nos sale fluido y hasta me puedo sentir orgullosa de soltar un par de comentarios objetivamente graciosos. Los cámaras se ríen —política de empresa, pueden reírse todo lo que quieran, porque queda bastante bien en vídeo— y yo me siento una persona un poco más interesante y divertida.

—¿Os apetece tomar algo después del curro?

La pregunta de Claudia nos coge un poco por sorpresa a los otros tres. Estamos, los cuatro «personajes», en la cocina frente a nuestros respectivos táperes. Bueno, todos menos Hugo, que se ha pedido un burrito a domicilio «para celebrar que está mejor». Yo

reprimo las ganas de preguntarle si ha pedido eso como deseo a las bolas de dragón. Me parece que, por ahora, ese es una especie de secreto entre los dos.

—Venga, va —accede de inmediato.

Nacho acaba de masticar y traga de manera sonora antes de apuntarse también.

—Yo he quedado. —Me encojo de hombros.

Los tres me miran como si les acabara de hacer una ofensa terrible.

—¿¡Qué!? —protesto—. He quedado con mis amigos de siempre.

—Pues que se vengan —sugiere Hugo, con naturalidad.

—Mira, hacemos una cosa, si terminamos pronto, os pregunto dónde estáis y me uno.

—A Elisa le da vergüenza que la vean con nosotros… —bromea Claudia.

Yo me río, pero pienso que no puede estar más equivocada. Lo que me da vergüenza es que ellos me vean con los de siempre. En esa persona en la que me convierto cuando vuelvo a mis inseguridades. Pero, sobre todo, porque es la primera vez que voy a ver a Lucas y a Ro en el mismo sitio, después de saber todo lo que ahora conozco. Y no quiero tener que gestionar nada que no sea eso.

—Es que sois demasiado guapos y, claro, tengo miedo de que me dejen tirada por vosotros.

—Las *booktubers* siempre tan dramáticas.

Sonrío, y decido dejar estar ahí la conversación. Soy consciente de que es un lujo eso de sentirte entre amigos en tu entorno laboral. Y soy consciente porque cada célula de mi cuerpo se siente agradecida cada segundo que paso cómoda en la oficina. Mi calidad de vida se ha visto incrementada de manera más que notable al no estar ocho horas cada día en tensión. Cuánto más si además se propone tomar unas cañas después. Aunque yo sea más de Martini.

—¿Habéis visto los comentarios, por cierto?

Todos miramos extrañados a Nacho, que nos devuelve la mirada con una sonrisa guasona.

—¿De los vídeos? Aún no —digo yo—, tenemos reunión mañana, ¿no? De impacto y *feedback*.

—Yo soy demasiado ansias como para esperar a eso.

—Entonces, cuéntanos —le anima Claudia—. Yo prefiero que me los filtres tú a leerlos yo, la verdad. Así me ahorro a los *haters*.

Deja unos segundos de silencio que todos somos plenamente conscientes de que están destinados a crear tensión.

—Son muy buenos. La gente se descojona con nosotros. Sobre todo, con el pique entre Hugo y Elisa, que no me extraña nada.

—¡Eh! —protestamos los dos al unísono.

Luego nos miramos, algo impactados, antes de dejar escapar una pequeña risa incrédula.

—Y nos *shippean*, claro.

—¿Qué es *shippear*? —pregunta Hugo.

—Tío, ¿no te has visto ni un solo vídeo del canal de Eli, o qué pasa?

—He visto algunos…

—¡Vaya mentiroso! —intervengo yo, con una sonrisa.

En realidad, me viene dando bastante igual que haya visto o no los vídeos. Hasta me complace en cierta manera porque considero que, si haces el esfuerzo de verte todo mi canal, me conoces demasiado, sobre todo mucho más de lo que me gustaría que me conociera él.

—Cuando *shippeas* a dos personas es que te parece que hacen muy buena pareja y crees que deberían estar juntos. Se suele decir más de personajes de libros o así pero últimamente se usa mucho con *influencers* y demás.

La explicación de Nacho me coge un poco por sorpresa: yo

misma no lo hubiera dicho mejor. Sonrío sin poder evitarlo.

—Ah, entiendo. ¿Y a quién *shippean*, entonces?

—Tú qué crees, tío. Pues a Claudia y a mí, y a vosotros dos.

Nos señala alternativamente con el índice, como acusándonos. Yo resoplo de manera instintiva.

—Pues estaba claro —digo, apartándome la mano de la cara con resignación—. La peña en internet es ver a dos personas más o menos de la misma edad juntas en el mismo espacio, y se vuelve loca. Y ya si encima parecen llevarse regular… tendremos *fanfics* dentro de nada.

—¿Qué es un *fanfic*?

—Hugo, de verdad, tienes que ver el canal de Eli. Luego te paso mis vídeos favoritos para que empieces. Vaya compañero de mierda.

La palabrota en boca de Claudia suena incluso más ruda y nos genera una carcajada conjunta.

Miro a mi alrededor y me siento cómoda.

Nunca hubiera pensado que fuera a ser el sentimiento que más agradecería.

***

La casa de Ro es un lugar estupendo para reunirse, pero a mí me trae entre malos recuerdos y escalofríos. Aquí es donde, la última vez, estuvimos bebiendo, riendo, y yo tuve ese momento con Lucas que malinterpreté tanto. A decir verdad, si me pongo a ser sincera conmigo misma, parece que llevo malinterpretándolo todo con él desde que le conozco.

Si tengo que ser sincera conmigo misma y aunque odio reconocer cuando me he equivocado, creo que me he venido demasiado arriba diciendo que sí a este plan. Ahora mismo, sentada en el sofá entre Lucas y Ro —prometo que ha sido la casualidad más cruel de mi vida— pienso en que no me hubiera venido mal irme de cañas con los del trabajo y ahorrarme esta situación.

O al menos pasarla cuando lo haya asimilado todo mejor.

No obstante, siempre he sido de ir como un rinoceronte a por las cosas que me dan miedo, así que ahí estoy. Totalmente enfundada en el miedo. Con el cuerno bien incrustado en la pared.

Lo peor de todo creo que es que Lola, que sabe cómo me siento al respecto —aunque no le he dicho nada de lo que me ha confesado Ro— me ha visto incómoda y ha hecho una de las suyas: para que no me sienta mal yo, ha intentado cambiar el foco de la conversación a cualquier precio.

Y ha sido contando lo de María.

Tendría que habérmelo imaginado, además. Porque Lola no suele contar sus cosas y cuando lo hace, es a su manera: como una bruta. En lugar de preparar el terreno, suelta los comentarios y luego, además, tiende a enfadarse si la gente no reacciona como ella espera. Pero claro, no es lo mismo plantear un tema con delicadeza y que te dé tiempo a procesarlo, a que te exploten una bomba en plena cara.

Su proceso de pensamiento debe haber sido algo parecido a:

1. La ruptura ya es oficial.

2. Lo van a tener que saber en algún momento.

3. Además, no quiero que me pregunten por María y no saber qué decir.

4. Así ayudo a Elisa a desviar la atención.

5. Planazo sin fisuras.

Casi me dan ganas de darme una palmada en la frente al poder adivinar de manera tan clara lo que pasa por su cabeza. Lo bueno es que en el punto cuatro ha acertado de pleno: toda la atención está puesta en ella y cualquier comportamiento extraño que pueda estar demostrando yo, que era mi gran preocupación, pasa totalmente desapercibido.

La están bombardeando a preguntas y ella busca mi apoyo con la mirada al reafirmarse en su decisión. A todos nos caía muy bien María, y Ro ya la considera hasta una amiga.

—Por supuesto, vuestra relación con ella no tiene nada que ver con esto —asegura Lola—. No es cuestión de elegir bandos. No

tenemos quince años.

—Yo no pienso dejar de ser su amiga.

El comentario de Ro cae de manera un tanto brusca, y ella misma se da perfecta cuenta a juzgar por el rubor en sus mejillas. Carraspea:

—Ha sonado fatal. Pero vamos, que no te preocupes que no se lo vamos a hacer pasar mal. Que ya bastante tendrá ella…

Una sombra oscurece la cara de Lola y no sé si soy la única que percibe que ese último comentario no le ha sentado nada bien. Eso de verse como la culpable, como generadora de daño… entiendo que es precisamente lo que no soporta oír. Noto la mirada de Lucas fija en Ro durante todo ese tiempo y una angustia se me apodera del corazón. A pesar de todo, mi subconsciente no ha podido impedir que me diera cuenta de lo guapo que está con esa camisa rosa. Y que se ha hecho algo un poco distinto en el pelo, porque está más repeinado.

A pesar de todo, no ha cambiado nada.

—Y bueno, ¿habéis visto los vídeos del canal de Eli? —dice Lola en ese momento.

Ya debe estar cansada de ser el centro de atención, porque es algo que nunca le ha gustado ni un pelo de esos de los suyos, de colores. Yo enarco un poco una ceja en respuesta instintiva a que lo haya llamado «canal», porque les he dicho ya un par de veces que no es un canal, que es un portal de entretenimiento, pero sé que no me puedo enfadar por eso.

Todas las cabezas se giran hacia mí, y yo sonrío y alzo el mentón como esperando una respuesta de mis amigos.

—¡Yo sí! —exclama Ro, con entusiasmo.

Me agarra el brazo con emoción y sé que buena parte del motivo por el que ya se los ha visto es por toda la movida que hemos tenido. Como una manera de compensarme, de hacerme notar que soy importante para ella.

—Yo aún tengo que verlos… —comenta Rober, que no ha abierto la boca desde hace un buen rato.

Creo que todo el tema de Lola soltera le tiene demasiado desubicado como para permitirle contribuir a la conversación. O eso, al menos, en mi mente de lectora de romántica. Igual simplemente está en la parra y no sería nada raro en él.

—Pues, sobre todo, fijaos en los comentarios. Todo el mundo está mega a tope con ella y su compi. —Ro me da un codazo que hace que emita un quejido en protesta y me frote el costado.

—Ah, sí —resoplo—. No los he visto aún, pero a los del curro les hacen mucha gracia.

Me encojo de hombros y pongo los ojos en blanco, restándole importancia.

—¿Pero no os llevabais fatal? —interviene Lucas.

Su pregunta me toma un poco por sorpresa porque no es algo que haya comentado demasiado con ellos. Lucas lo sabe fruto de esas conversaciones que tenemos él y yo desde siempre y de las que nadie está enterado. Porque realmente lo más triste es que, del grupo de amigos, Lucas es el que mejor me conoce y con el que más hablo con diferencia.

—¿Os lleváis mal? —se extraña Rober.

—Al principio no congeniábamos nada —reconozco, torciendo el gesto—. Es muy… impulsivo, y parece un pasota. Pero la verdad es que ahora me cae bien. Solo que, claro, en los primeros vídeos se nota la tensión y la gente lo malinterpreta.

—Cómo gusta un buen salseo… —Rober chasquea la lengua.

A Rober no le va demasiado todo ese mundo de cotilleos y cuchicheos. Lo que le va es la tranquilidad y odia profundamente meterse en las vidas de los demás. Otro de los motivos por los que desde siempre ha congeniado tan bien con Lola.

«Me muero de curiosidad por saber qué va a pasar con estos dos» pienso, diferenciándome en ese momento muchísimo de ellos y su forma de pensar, porque como buena lectora de romántica me gusta un salseo tanto como a un niño una piruleta. O para hacer el dicho más actual: como a un niño una Nintendo Switch.

—Además tampoco van tan desencaminados...

—¡Lola!

Se me escapa el nombre de mi amiga con un tono que me delata mucho más que sus palabras. Pero me ha pillado tan de sorpresa que no he podido evitarlo. Lola me dedica una mirada que quiere decir «Tía, si no llegas a reaccionar así cuela porque te estaba vacilando, pero ahora la has cagado» y yo me pongo colorada como una Elisabeta.

—¡Pero Eli! No nos cuentas nada —protesta Ro, con una expresión de sorpresa maravillada—. ¿No me digas que te gusta?

—Claro, me gusta y por eso le tiro de las coletas, como los niños pequeños —bromeo, poniéndome las manos en la cara para tapar el calor que invade mis mejillas.

—Un poco sí te gusta. Si no, no hubieras reaccionado así.

Las palabras de Rober hacen que separe los dedos para asomar los ojos y poder clavarle una mirada furibunda. ¿Qué es esto de leerme la mente, Rober? ¿Qué es esto de meterte en mis cosas? ¿En las mías sí y en las de los demás no? Pues me parece fatal.

Guardo a Elisabeta con el pie en un cajón de mi alma antes de separarme las manos de la cara, cruzar los brazos y echarme hacia atrás en el sofá.

—Bueno, no sé si me gusta. Me resulta menos cargante, eso sí.

Un silbido acompañado de unos gritos se impone en el salón de Ro, seguido de unas risas a las que me uno.

—Todas las buenas historias de amor empiezan con que alguien te resulte menos cargante, tenéis razón —pongo los ojos en blanco, aunque sigo sonriendo.

—Amor verdadero —bromea Ro, y me asesta otro codazo en las costillas—. Ey, ¿y si ponemos los vídeos de Eli en la tele? ¡Así los vemos todos juntos!

—Tía, qué vergüenza, no me hagas eso.

Mis palabras caen en saco roto ante la insistencia de mi grupo de amigos y a mí, en el fondo, me hace un poco de ilusión. Sé que por su cuenta es, quizás, un contenido que no consumirían. No son mucho de YouTube ni de plataformas del estilo y, de hecho, no creo

que hayan visto más de cinco vídeos de mi canal desde que lo empecé. Así que le agradezco mucho a Ro que haya iniciado esto para que mis amigos vean lo que estoy haciendo ahora. Porque una parte de mí quiere demostrarles que lo que hago es importante. Que soy una chica «guay» con un trabajo «molón».

Una parte de mí agradece mucho a Ro todo esto, sí.

Pero otra está fijándose de forma obsesiva en cómo observa a Lucas. Y cómo Lucas le devuelve la mirada, como si sus ojos atravesaran mi cuerpo, como si ni siquiera estuviera ahí.

Y esa parte de mí está hecha un ovillo en el suelo, enfrente de todos.

Abierta en canal.

14

No pensaba que comer con mis padres se fuera a convertir en una tradición, y si bien nunca seremos de esas familias que se reúnen todos los domingos inquebrantablemente, esto de quedar una vez al mes está siendo refrescante y bonito. Además, mi hermana Lorena ha vuelto a pasar el finde con su nueva novia y nos la ha presentado a todos, lo que ha sido un evento bastante curioso. Nos ha encantado. Incluso a mi madre, y eso que estaba un poco reticente. No tanto porque sea una chica sino porque siempre ha dicho que prefiere no conocer a nuestras parejas, no se vaya a encariñar por si luego la cosa sale mal.

Ver a Lorena siempre me alegra mucho más de lo que pueda mostrar externamente. Soy un poco orgullosa y como sé que ella no me necesita, o al menos no tanto como me gustaría, procuro hacer como que yo tampoco. Mentira cochina, por supuesto. Por suerte, en cuanto venzo ese orgullo estúpido consigo ser otra vez yo misma con ella y darle los abrazos que luego atesoro, como si los ahorrara para todo ese tiempo en el que no puedo verla. Los que me sacan de los pozos más profundos, como si tiraran de mí hacia arriba con los mismos brazos que me envuelven.

Siento paz. Esa es la mejor definición de ese momento.

Así que me recreo en las luces de la tarde, esas que parece que se van llevando el invierno, por mi barrio natal. En un impulso, me meto en la tienda de chucherías que solíamos asaltar con nuestras pequeñas paguitas cuando éramos críos y voy directa a la estantería de los regalices, que siempre recuerdo con cariño a pesar de que, si lo pienso en frío, la señora que en su momento llevaba el negocio los manoseaba mucho más de lo que Sanidad hubiera considerado aceptable.

Como siempre que voy a comer a casa de mis padres —hace tiempo que, por triste que suene, dejé de considerarlo «casa» a secas —, tengo el estómago bastante lleno, pero estoy decidida a comprar un par de regalices, quizás alguno para Paula, si es que nos vemos hoy. Omitiré la parte de la historia sobre el trato que les daba la antigua dueña de la tienda de chuches, al menos hasta después de que se las coma. No es una imagen mental demasiado apetecible.

Una mano en mi hombro hace que pegue a la vez un respingo y un pequeño grito.

Cierro los ojos con fuerza por el susto y, cuando los abro, me encuentro la mirada divertida del chico que me ha atendido y escucho una risa que se me hace tan familiar que se me acelera a un mismo tiempo el corazón y la respiración.

—Sabía que causaba un efecto fuerte en las chicas, pero pensaba que tú ya eras inmune a mis encantos, Eli.

«Por. Qué».

—Señor Gómez, ¿qué hace usted por aquí?

Lucas se mete las manos en los bolsillos de la cazadora de cuero, con una sonrisa de medio lado mostrando su evidente diversión. Estamos los dos un tanto hacinados en la ridículamente pequeña tienda de chuches, y me doy cuenta de que, del susto, he estado muy cerca de volcar un estante entero de patatas fritas.

—Creo que lo mismo que usted, señorita. Comprar unos cuantos recuerdos de la infancia.

Saca una de las manos de los bolsillos para alcanzar una piruleta del mostrador, y después deposita una moneda encima del cristal murmurando un agradecimiento.

Mi mente, después de ver eso, ya está muy lejos de ahí.

En un día, hace casi diez años, en el que ambos queríamos la última piruleta de la tienda de chuches. El mismo día en el que, como estábamos con todo el grupo, él se la acabó llevando porque yo cedí y él se hizo el chulo. Porque a los quince años era eso, un chulo. Él un chulo y yo una chica muy tímida que tendía a ceder siempre.

Lo que el resto de nuestros amigos no saben, y probablemente no sabrán nunca, es que después de eso me encontré una piruleta de fresa en el buzón de mi casa todos los días durante una semana.

Ese tipo de cosas que cualquier persona que no fuera yo hubiera interpretado como lo que parecía ser: un gesto de amor. De cariño.

Pero que yo ahora identifico como lo que realmente fue: una muestra de amor… tóxico. Oculto. Un «me importas, pero no quiero

que nadie lo sepa».

—Oye, Eli. Creo que el destino quiere que nos tomemos un café.

Me estampo contra su sonrisa al intentar salir de la tienda, con los regalices ya en una pequeña bolsa en mi cartera.

—¿Tú crees?

Hago como si me lo pensara, con expresión divertida, aunque por dentro esa emoción se pelea con otra que he empezado a desarrollar hace relativamente poco. De hecho, si dijera que ha sido en los últimos cinco minutos, no andaría del todo desencaminada.

—Claro. Los dos en la misma tienda…

—Un domingo, día de visitar a los padres, en nuestro barrio de siempre… —le hago mofa, en voz un poco más baja que él.

—El destino, claramente.

—No hay ninguna duda.

—Entonces, ¿café?

Hago como si me lo pensara, aunque de antemano sé de sobra la respuesta. Me pongo la mano en la barbilla, y entonces ese nuevo sentimiento, que se parece un poco a la dignidad, abre mi boca e interviene:

—¿Les preguntamos a los demás si están también por aquí?

Estudio su respuesta, demasiado atenta para mi gusto. Pero él ni me mira cuando dice:

—Nah, qué va. Nos vamos tú y yo y punto, si te parece. Ya los veremos otro día.

El «Me importas, pero no quiero que nadie lo sepa» vuelve a retumbar en mi cabeza.

Trago saliva y le sigo.

Y ese sentimiento que acabo de crear se sacude dentro de mí, dejándome casi sin aliento.

***

Puedo precisar el instante en el que sus ojos empezaron a ser un problema.

En medio de una entrevista, un miércoles cualquiera. Una pensaría que, quizás, los grandes eventos de tu vida pasarían en días más importantes, no ahí en uno perdido en medio de la semana. El caso es que es nuestra primera entrevista oficial como parte del equipo de *Desconexión* y es en nada más ni nada menos que la televisión nacional, en un programa cultural.

—Lo que más ilusión me hace de esta entrevista es que mi abuela va a poder verla sin problemas —dice Hugo en ese momento —. Aún no he sido capaz de enseñarle muy bien cómo va eso de los «Yutuses», como dice ella.

Lo dice con un tono de voz tan cómico que tanto el presentador como yo compartimos una risa. Me imagino a su abuela, de la cual ya me ha enseñado una foto, intentando entrar en el «Yutús» para ver a su nieto. Y, de hecho, no sé qué pensaría del tipo de vídeos que hace él: siempre criticando a la gente, siempre soltando tacos.

Desde luego, a mi propia abuela la escandalizaría si escuchara esas cosas de boca de su nieta. Ya no le parece del todo bien cuando hago una reseña algo negativa sobre cualquier libro, y eso que nunca he sido demasiado dura.

—Y para ti, Elisa, ¿qué supone esta oportunidad?

Asiento ligeramente, porque nos han pasado la lista de preguntas y ya me las traía preparadas de casa.

—La verdad es que es una gozada trabajar con el equipo de *Desconexión*, y supone llegar a mucha más gente de la que estoy acostumbrada, claro.

—Y trabajar con Hugo… ¿qué dices de esos rumores que circulan por la red de que siempre habías tenido un *crush* en él?

Estoy a punto de reírme a carcajadas cuando la voz de Hugo nos corta a las dos:

—Ah, ¿esos rumores? Los he ido difundiendo yo. Pero vamos, no sé quién se creería que una chica como ella se fuera a fijar en un mamarracho como yo. No tengo ninguna posibilidad.

Pongo los ojos en blanco y giro la cabeza hacia mi izquierda,

donde está sentado él, esperando encontrarme su expresión burlona de siempre. No obstante, me observa con una seriedad y un brillo en los ojos que no le he visto nunca.

Y es entonces cuando me atrapan.

Es solo un segundo, pero que se me hace eterno. Soy del todo incapaz de separar mi vista de ese color azul eléctrico que parece chispear de vez en cuando. Que te promete brillar solo para ti. El presentador me hace una pregunta que no soy capaz de escuchar y Hugo ladea la cabeza al mismo tiempo que la sonrisa.

No tengo ni la más remota idea de qué quiere decir con eso, pero sí sé que estoy completamente de acuerdo.

—¿Elisa?

—Sí, perdona. Me preguntabas sobre mi canal personal, ¿no?

«Bendita lista de preguntas».

***

Salgo del gimnasio y tengo esa sensación.

Esa que adoro.

De día completo.

Esta mañana, en el trabajo, hemos estado grabando un par de vídeos en los que Hugo y yo reaccionamos a distintas modas que han ido sucediéndose con los años. El chico ha tenido unas ocurrencias bastante graciosas y a mí me ha dado un ataque de risa que espero que corten porque ha durado una eternidad. Me he puesto a llorar y todo, y Hugo se ha asegurado de meterse conmigo el resto del día. Dice que, si me gusta que me hagan reír, obviamente me voy a tener que casar con él.

Mañana nos toca grabar uno intentando imitar un baile que se ha puesto de moda en TikTok, y me daría mucha más vergüenza si no hubiera visto ya a mi compañero intentándolo. Tiene mucho menos ritmo que yo. Que yo y que cualquier persona existente sobre la faz de la Tierra, de hecho.

Otra buena noticia es que Mariana Torres se ha reunido conmigo para darme permiso oficial, firmado, para que continúe

con mi propio canal. Al parecer, nos lo ha ido comunicando individualmente como decisión oficial de la empresa: de hecho, nos van a ceder instalaciones y tiempo en horario laboral para que continuemos creando nuestro contenido individual. Se han dado cuenta de que favorece nuestra marca y, por tanto, la de *Desconexión*. Y yo tengo ya un puñado de temas acumulados de los que hablar de manera más íntima.

Después de la jornada laboral, me he ido al gimnasio y, aunque estoy un poco floja —cuando son días intensos me cuesta más ponerle energía—, llego a mi casa con esa sensación de pesadez en el cuerpo que tanto me gusta. Como si yo misma reconociera que he hecho todo lo que he podido y que eso es más que suficiente.

Es como un abrazo calentito.

Hay días que llevo muy bien lo de vivir sola. Si bien en otras ocasiones me siento un poco triste, cuando he tenido un día bueno lo mejor que me puede pasar es darme un baño —le estoy cogiendo el gustillo—, leer un rato e irme a la cama pronto.

Aunque mientras estoy en la bañera, alguien decide perturbar mi calma.

Y no puede ser otra persona, claro.

Lucas: Hola, rubia.

Me sorprendo a mí misma suspirando. Mi corazón se acelera, pero está acostumbrado a encontrarse una señal gigante de STOP en cuanto se pone en marcha, así que tampoco intento ni subir en primera. Aún dentro de la bañera, alzo la mano para secarla bien en la toalla que está al lado del lavabo y desbloqueo el móvil.

Elisa: Hola, moreno.

«Hala, a la mierda el baño relajante» suspiro.

Aprovecho para mirar el Twitter del canal: ahora que sé que voy a volver con fuerza, tengo todas las ganas del mundo de retomar las redes sociales. Lo primero que llama mi atención es otra vez ese usuario misterioso, *@eltrendelpasado,* que me ha mencionado en varios tuits estos días. O, realmente, en el mismo que repite una y otra vez:

«Vivir en el pasado es siempre vivir en una mentira».

Me recorre un escalofrío y decido achacarlo a que llevo demasiado tiempo en la bañera y el agua se ha enfriado. Me estoy secando cuando llega el siguiente mensaje de Lucas y observo cómo se enciende la pantalla por el rabillo del ojo.

«Estoy tan atada al pasado que me tira hasta de la mirada».

Cuelgo la toalla y agarro el teléfono casi con rabia.

Lucas: ¿Estás ocupada?

Empieza la paranoia en mi mente: ¿pregunta eso porque he tardado unos minutos en contestarle? ¿Tan acostumbrado está a que sea inmediata con él?

No. Para. Respira. Ya está, eres una chica de veinticinco años, no una niña de quince. Es tu amigo por encima de todo. Deja las rayadas mentales, que solo te destruyen por dentro.

«Elisabeta, *sit*».

Elisa: Me acabo de dar un baño relajante, así que justo ahora no. ¿Por?

Lucas: Nada, por hablar. Como últimamente estás a tope…

Arqueo una ceja. ¿A tope?

«¿Estás poniendo una mueca de asco, Elisa?».

Bajo el labio que se me había pegado a la ceja y había imitado su movimiento, y resoplo con una pequeña risa mientras me paso la mano libre por la cara. Dejo el móvil en el lavabo de nuevo para ponerme el pijama y siento un placer siniestro en dejarle en leído, aunque sean tres minutos. Como si cada segundo que arrastrara el reloj me elevara a mí un poquito.

Qué retorcidas nos ha dejado las mentes todo el tema de las redes sociales.

Elisa: ¿A tope? Yo estoy como siempre.

Lucas: Bueno, como siempre, no. Como ahora estás enamorada… :)

Me dirijo a la pequeña cocina y dejo el móvil, con la pantalla desbloqueada, encima del microondas. Abro la nevera para sacar un poco de fiambre y picar directamente del paquete. Una de las maravillas de no vivir con nadie y, por tanto, que nadie te juzgue. El ochenta por ciento de mis cenas ni siquiera deberían contar como

comida, porque no tienen sentido: una loncha de pavo, un paquete de galletas, un yogur y una lata de mejillones en escabeche. Por ejemplo.

Elisa: ¿Qué pasa, estás celoso?

A cualquiera del grupo le dejaría flipando esa actitud, ese tonteo. Pero entre nosotros es natural. Lo hemos construido a lo largo de los años. Esa «broma» que me lleva volviendo loca toda mi vida porque no sé hasta qué punto es broma y hasta qué punto, en mis sueños, tiene su parte de realidad.

Lucas: Mucho. Pensaba que yo era el único. Pero con las famosas nunca se sabe, claro.

Elisa: La fama me ha corrompido. Ya no me junto con plebeyos.

Lucas: Ahora solo con tu amorcito, ¿no?

«Cuidadito, Lucas. Cualquiera pensaría que estás celoso de verdad si te pones tan insistente».

Elisa: Me has pillado. En el amor soy como una Princesa Disney.

Lucas: ¿Entonces para tomar un café contigo tengo que recogerte en un carruaje tirado por caballos?

Elisa: A partir de ahora, sí.

Lucas: Entiendo. ¿Mando al chófer mañana a recogerte al trabajo?

Elisa: ¿Tú no curras?

Lucas: Mañana salimos antes.

Silencio. En la pantalla y en mi corazón. No es raro que me proponga quedar los dos solos. En eso siempre hemos sido bastante equitativos: una él, una yo. Pero esta vez… esos comentarios respecto a Hugo —aunque no se haya mencionado su nombre en ningún momento— me parecen rarísimos. Sí que se ha metido alguna vez conmigo por algún novio que he tenido. Y ha habido bromas. Pero no de forma tan directa ni iniciando la conversación.

Una parte de mí quiere salir mañana del trabajo e irse al gimnasio, para seguir con esas rutinas que me dejan el corazón caliente y la mente tranquila. Y si fuera cualquier otra persona en el mundo, literalmente cualquiera, le hubiera puesto una excusa para retrasarlo o cambiarlo de día.

Pero es Lucas.

Y Lucas siempre es la excepción.

***

Las doce de la mañana es probablemente mi hora favorita.

Esos momentos, cuando ya ha hecho efecto el café y has encarrilado tus tareas en el trabajo. Cuando todo se ha tranquilizado un poco y toca descansar y pensar en el resto de lo que queda por hacer.

Puede que tenga que ver también que me he puesto mi americana favorita, la negra de rayas, con la camisa blanca que hace que parezca que voy en traje. Y cuando llevo mi ropa favorita, parece como que el día va a ser mejor.

No tiene nada que ver con que Lucas me vaya a recoger a las cinco, no.

Para nada.

«A quién pretendo engañar… Si he planchado y todo».

Estamos tomando un café en la pequeña cocina, Hugo y yo.

Me estoy acostumbrando mucho a su presencia, porque como Claudia y Nacho tienen otros horarios y compromisos, pasamos muchos ratos así: solos los dos, esperando a una reunión o a que nos den instrucciones. Además, cada vez nos van adjudicando más tareas, como pensar ideas de mejora, colaborar con *marketing* en estrategias de redes o estudiarnos guiones un poco más complejos. Así que a veces nos toca hasta hincar los codos juntos o ayudarnos.

—Creo que podríamos compartir tus ideas con Mariana —comenta Hugo en ese momento—. Se han centrado mucho en hacer reír, pero a ti precisamente te cogieron por la parte cultural, y no la estamos haciendo. No tiene sentido que te desaprovechemos de esa manera.

Alzo el mentón y clavo mi vista en él. De alguna manera, o eso he descubierto recientemente, en general no me pone nerviosa. Solo cuando enfoca la mirada y el azul de sus ojos se vuelve extraño, como místico. Ahora me observa de forma más «normal», como si no hubiera nada raro en él, y en esos momentos me siento bastante

cómoda. Como si estuviera con un amigo de toda la vida.

—¿Eso piensas? Muy bien, ¿y vas a hablar tú con ella?

—Para nada. A ti no te hace falta que vaya yo a defender nada tuyo. Eres una fortaleza entera tú sola, con su foso incluido.

Se me escapa una carcajada perpleja.

—Vaya, señor *troll*, eso casi ha parecido un halago.

—Es que lo es. Y lo tuyo casi ha parecido que no sabes reaccionar a un halago.

—Claro que sé. Mira: muchas gracias, Hugo. Eso ha sido muy amable.

Me despego de la encimera, taza en mano y doy una vuelta sobre mí misma antes de hacer una reverencia exagerada. Un poco de café salpica el suelo y yo suelto una exclamación ahogada antes de reírme y coger una servilleta para limpiar mi estropicio. Tendría que haber sabido que eso iba a pasar, no ha habido un solo momento en mi vida en el que haya tratado de hacer algo elegante y no haya acabado en desastre.

—Te has puesto incómoda. Reconócelo.

—Qué va —refuto, aún pasando el papel por el suelo.

—Me he fijado, ¿sabes? Cuando te dicen algo bueno en las reuniones, te pones supernerviosa y no sabes reaccionar.

—Eso es mentira.

Me incorporo y tiro la servilleta sucia a la basura. Todo ese rato no lo he estado mirando, pero cuando vuelvo a fijarme en él, ahí está: esa mirada. Los ojos azules enfocados, los labios ligeramente fruncidos. Como si quisiera atravesarme el alma.

«¿Cómo van a ser ilegales unos ojos?».

—¿Ah, sí? Veamos, entonces si yo te dijera que eres una chica muy inteligente…

Avanza un paso hacia mí. Yo retengo el impulso de retroceder. No porque no quiera que se acerque, sino porque sé que, si lo hago, perderé cualquier batalla que estemos librando.

—… graciosa…

Otro paso. El agua del foso se evapora y las tropas comienzan a alterarse.

—… y condenadamente atractiva…

Salva la distancia restante y se queda a muy pocos centímetros de mí. Yo no bajo la mirada por orgullo, aunque estoy deseando hacerlo para detener los latidos de mi corazón. Esa dualidad suya entre ser un payaso la mayoría del tiempo, pero tener tan seguro lo que está haciendo, en ocasiones me tiene perdida.

Mi ejército se dispersa y el puente cae de golpe, permitiéndole el paso.

—Pues me lo podrías decir, y yo te daría las gracias.

Y trago saliva. Mierda.

«Si no hubieras tragado saliva casi te hubiera quedado creíble, maldita», me recrimino.

—Pues si en algún momento te lo digo, ya sé qué esperarme.

Lo dice con su boca muy cerca de mí, a medio camino entre la comisura de mis labios y mi oído. Yo sigo clavada en el suelo como si me hubiesen atornillado los pies, notando cómo cada ladrillo de la muralla que antes envolvía mi castillo cae. Se desploma.

Se separa y me dedica una sonrisa pícara. Sabe perfectamente qué es lo que está provocando en mí, y lo hace a propósito. Por un segundo, Elisabeta se pregunta si no es más que otro chico jugando conmigo. Me ablando, totalmente capaz incluso de caer al suelo por la debilidad que siento en ese momento. Y me entristezco un poco de albergar eso dentro; esa inseguridad.

Ya tengo suficiente con dejarme vencer por una persona. No pienso incorporar a otra a la cadena.

Así que hago valer mi yo actual y en un ramalazo de adrenalina, pregunto:

—¿A qué juegas, Hugo?

Él me observa, como si la pregunta no le hubiera pillado tan de sorpresa como a mí misma. Un instante de silencio en el que se

aleja un centímetro que se siente como varios kilómetros.

—Yo no juego a nada, Eli.

—Venga ya. Todo este tonteo, el acercarse… algo hay.

—Por supuesto. Pero no es un juego, porque no podemos empezar una partida hasta que tú acabes la que estás jugando ya.

—¿A qué te refieres?

El aire se me queda atascado en la garganta. Él sonríe, y parece una sonrisa un poco triste, pero también sincera.

—A que está claro que estás un poco lejos, donde no se te puede alcanzar. Solo quiero que sepas… que yo estoy aquí para cuando aterrices. Si es que decides aterrizar, claro. Y si quieres hacerlo en mi aeropuerto. Vaya mierda de metáforas de aviones, pero creo que me estás entendiendo.

Una risa mientras alza la mano y posa la palma un instante en mi mejilla. Noto el calor de su cuerpo y me sonrojo un poco, al tiempo que no puedo evitar morderme el labio.

Odio las metáforas. Odio tener que analizarlas, odio que me hablen en ellas, odio toda la confusión que generan. La falta de comunicación, los misterios y los secretos eran algo que me gustaba mucho cuando tenía veinte años. Es algo que me encanta leer en las novelas, porque yo como lectora sí sé lo que está diciendo en realidad el personaje: llevo metida en su mente mucho tiempo, cientos de páginas.

Pero ahora, que estoy desvalida y sin ninguna pista, que este chico me está generando sentimientos muy fuertes que no sé descifrar… no puedo soportar que quede ningún cabo suelto.

Y puede que en una novela romántica la escena acabase mucho más bonita si yo no abriera el pico, pero soy un pajarraco que no está dispuesto a aterrizar al menos que le den muy buena pista.

—No. Por favor.

Eso sí que le toma por sorpresa, y le agarro la mano que aún tiene posada en mi cara. Su expresión se vuelve atónita y con cierto temor. Esa mueca pícara y burlona que le caracteriza parece perderse en algún sitio donde debe guardar también la mirada

hipnotizante que hace que yo no me vea capaz de hablar. Porque hablo.

—Odio esto. La incertidumbre. Antes me gustaba, pero ahora… no puedo con ella. Necesito saber qué quieres de mí. Qué pretendes.

—¿De verdad quieres saberlo?

Se me escapa un resoplido y me aparto un poco de él. No sé por qué, pero estoy bastante molesta. Toda la situación me está superando más de lo que pensaba:

—Mira, llevan toda mi vida jugando conmigo. Y yo lo he permitido, hasta ahora. Y créeme, pensaba que tenía mi límite mucho antes de donde ha resultado estar. Pero el caso es que he llegado, y ahora lo quiero todo claro cristalino. Nada de metáforas, ni de espesuras, ni de misterios. Puede que eso le guste a otra gente, que les parezca divertido y emocionante, pero a mí solo me genera dolores de cabeza.

—¿Y qué quieres que te diga?

—¿Qué pretendes, Hugo? ¿Qué es esto?

Señalo con un dedo, de manera alternativa, nuestros pechos, con el otro brazo en jarras.

El «¿Quieres conocerme de verdad o tú también estás jugando conmigo?» rebota en mi garganta, sin llegar a salir. Creo que ya he dicho suficiente.

Él calla, como era de esperar. Y eso no está mal, porque significa que está pensando con calma lo que quiere decir. Eso me gusta; es lo que necesito. Porque, básicamente, no sé en qué momento he tomado la decisión, pero lo que diga en ese momento va a ser lo que decida creerme. Y a raíz de lo cual vaya a decidir… lo que sea que tenga que decidir.

—Me gustas, Eli.

—Eso no responde a mi pregunta.

Vaya, qué desalmada eres, Elisa. Elisabeta se moriría de amor por escuchar esas palabras. Pero a Elisa ya se las han dicho muchas veces. Hay bastante gente en este mundo que se piensa que esos tres golpes vocales, «me-gus-tas», sirven como carta blanca para el

apuñalamiento al corazón. Hace ya un tiempo que aprendí que gustarle a alguien no lo vale todo, ni mucho menos. Es un comienzo totalmente inútil sin la voluntad de no hacer daño, sin dejar el egoísmo a un lado y ser sincero con uno mismo sobre lo que pretendes con la otra persona.

Me gustas, pero no estoy preparado.

Me gustas, pero tengo que pensar en mí misma primero.

Me gustas, pero no quiero nada serio.

Me gustas, pero tengo que saber que somos para siempre antes de decidir nada.

Toda una colección que demuestra que lo que hay antes de la coma no importa nada si lo que va después es una bandera roja para ti.

Yo he estado antes de la coma, y después. Ninguna de las posiciones es agradable. Y está la forma en la que sabes que deberías actuar y la que te hace menos daño a ti. No suele existir un punto medio en el que ambos salís impunes.

Claro que sé que le gusto a Hugo. No hace falta que me lo diga. Se nota en la forma que tenemos de mirarnos, de reírnos, de buscarnos cuando estamos en la misma sala. Lo noté vibrando en el ambiente cuando vimos una peli en su casa, aquel día que fui a cuidarle porque estaba malo. Siempre hay alguna duda, pero… lo sabes, en el fondo.

No me hace falta que me diga que le gusto.

Tampoco tengo ni idea de lo que me hace falta, si estoy siendo honesta conmigo misma.

Pero desde luego, no es eso.

—Me gustas y no voy a jugar contigo.

—Y supongo que tendría que creerte porque…

Me mira y ladea la cabeza: parece incluso más triste.

—Vaya.

—¿Qué pasa?

—Estás a la defensiva. Y mientras estés así, nada de lo que te diga va a servir de nada. Pero cuando bajes un poco la guardia, búscame, ¿vale?

Me da un beso suave, lento, en la mejilla, y se va.

No sé a dónde narices se va porque tenemos grabación en media hora, pero se larga y me deja ahí con mis pensamientos.

Sin ni tan siquiera una mísera muralla en pie.

***

Me está esperando apoyado en una farola, como si no hiciera todo el frío del mundo o a él, precisamente, no le afectara.

Con su abrigo oscuro y largo y las manos en los bolsillos. Como si fuera la única persona que no revisa su móvil cuando espera.

Después de lo de Hugo y del resto del día de trabajo, que transcurrió mucho más normal de lo que hubiera esperado, casi me había olvidado de Lucas.

Yo. De Lucas. Un chico que no ha dejado mi mente casi desde que le conocí. O desde que mis hormonas de adolescente le conocieron, más bien. Antes de eso era el chico ese raro que nos convenció a todos de que hacer sopa de tierra era una buenísima idea.

Qué cómodo era cuando solo era el chico que hacía sopa de tierra en el jardín de la urbanización.

Alza la vista y me dedica una sonrisa. Solo a mí.

«Claro, tampoco ha quedado con más gente».

Levanto un poco la cabeza con una media sonrisa de mi parte también. Me resulta bastante complicado resistirme a eso.

—Los carruajes tirados por caballos han cambiado mucho desde la última vez que los vi —comento, echando un vistazo a su moto.

Por supuesto, Lucas es un chico que tiene moto: no podría ser de otra manera. No me iba a enamorar perdidamente de un tío que pasa de mí pero que fuera en metro. No sería el cliché con patas que soy hoy en día.

—Tiene otro tipo de caballos.

Me da el casco extra y me lo pongo. No le pregunto a dónde vamos, me comentó algo de un sitio cerca de su casa, y él vive en la misma línea de metro que yo. Él tampoco dice nada más.

La moto no me gusta.

Vaya, soy una chica rara. Normalmente uno esperaría que me hiciera ilusión montar en ese bicho mecánico con el chico de mis sueños, ¿no? Pero ni es la primera vez ni, es probable, será la última, y me gusta tanto o menos que cuando se la compró.

Me da miedo, abrazarme a él por la cintura solo hace que piense que igual está notando el calor que emana de entre mis muslos —y no en una manera sexy— y tengo la sensación constante de que nos vamos a estampar contra todos y cada uno de los coches con los que nos cruzamos.

Soy una miedica, lo sé.

Pero el caso es que las películas te lo pintan de otra manera, mucho más emocionante y que no implica pasar el bochorno de enfundarse el casco ese y devolverlo lleno de vaho y una sospecha de babas.

Se lo devuelvo en las mejores condiciones posibles mientras noto los ojos acuosos por el ambiente frío. «A la mierda la máscara de pestañas. Si es que te pasa siempre».

No obstante, él parece no darse cuenta de nada porque me vuelve a sonreír y acabamos sentados en una cafetería monísima.

Monísima y ¿romántica?

Porque la luz brilla —irónicamente— por su ausencia.

Son casi las cinco y media de un miércoles de febrero en Madrid. Lo que implica que el día se está acabando, para desgracia de muchos. Yo soy de las que prefiere salir y que se note que el día va titilando, sobre todo en Madrid, porque la ciudad de noche me parece hermosísima, pero sé que no formo parte de la mayoría.

La cafetería es pequeña, de estas que se nota que ha montado alguien a quien le encanta el café, y la preside una mujer joven con una gran sonrisa en los labios.

—El café aquí dicen que está brutal —comenta Lucas, sentándose.

—Pero si a ti no te gusta el café…

—Bueno, pero a ti sí. Y el chocolate sabe igual en todas partes.

Se me enternece el corazón.

Y, por supuesto, se añaden «puntos de cita» a la situación. Sitio pequeño, cuco, con poca luz y… resulta que estamos aquí porque ha pensado específicamente en mis gustos. Y en hacerme feliz. Qué débil me siento cuando alguien quiere hacerme feliz. Tengo un momento en el que le daría la llave de todos mis secretos. Si es que no son suyos ya.

—¿Qué tal el trabajo? —le pregunto, por iniciar la conversación una vez hemos pedido.

—Bien, interesante. Habíamos tenido esa época de mucho curro, pero ahora ya nos estamos dando un descanso.

Lucas trabaja en una consultora muy grande, pero por lo que nos cuenta le cuidan bastante bien. Es uno de esos talentos que salen del máster y ya tienen su puesto asegurado de por vida. Ahora solo le queda seguir escalando. Todos lo sabíamos desde que éramos pequeños, claro.

—Me alegro mucho, ¿y con Tana?

—¿Tana?

Parece extrañado, como si no supiera de quién le estoy hablando.

«Venga, Lucas, yo nunca te he distraído tanto».

—La chica a la que estabas viendo, ¿o cuántas Tanas conoces?

En realidad, estoy intentando sonsacarle lo de Ro. Tendría que contármelo, en cierto punto, ¿no? Si somos tan amigos como para quedar después del curro a tomar un café, sin ninguna pretensión extra, y si me suele contar sus movidas amorosas… debería salir en algún momento. Y yo quiero que me lo cuente. Porque me va a doler, sí. Muchísimo. Elisabeta va a clavarse una daga en el corazón. Pero oye, puede que esa sea la herida mortal que necesito

para que Lucas desaparezca para siempre de mi mente.

No es que no le tenga cierto aprecio a mi *yo* adolescente, me darían ganas de darle un gran abrazo y sobre todo muchos besitos en la frente. Aun así, me gustaría bastante que dejara de influir en mi vida adulta, si no es mucho pedir.

—Ah, claro, perdona. Es que ya es agua pasada. Te dije que lo iba a acabar, ¿no?

—Sí, pero del dicho al hecho… La de veces que habré querido yo acabar algo y lo he terminado alargando hasta el infinito.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—¿Comodidad? A veces el no estar tan mal provoca que no prenda la mecha y sigas aguantando.

Me encojo de hombros, porque realmente es algo que tengo asumido desde hace mucho. Por eso quiero que salga el tema. Que me lo saque él. Que me diga «estoy enamorándome de Ro, Elisa» y a mí se me tatúen esas palabras a fuego de una vez en el cerebro.

Que deje de mirarme con esos ojos enormes, negros y serios, a la luz tenue de ese bar tan mono. Que deje de parecer que lo que estamos viviendo es especial, porque nunca lo ha sido. Al menos, no para él.

Porque nunca va a ser nada más que esto.

—Y tú, ¿qué? ¿No me vas a contar nada de Bruno?

—¿Bruno?

—Tu compi de curro, el que se supone que te gusta.

—Ah… quieres decir Hugo.

No puedo evitar que se me escurra una sonrisa. ¿Está celoso de verdad? Es imposible que no sepa el nombre, a estas alturas. ¿Lo ha confundido para hacerse el interesante? ¿Como si no le importara?

«Venga, Elisabeta, te cedo el mando unos minutos. Disfruta mientras puedas porque después vas a desaparecer».

—Eso. ¿No me cuentas nada de él?

—No hay nada que contar. Bueno… hoy hemos tenido una conversación extraña, eso sí.

—¿Extraña en qué sentido?

—Me ha dicho que le gusto y que no está jugando conmigo.

Las luces del pequeño café parpadean, y es pura casualidad, pero cuadra demasiado bien con ese momento. Él ladea la cabeza, y sus labios se fruncen un poco, como si estuviera pensando.

—Claro que le gustas. Tiene ojos en la cara. Pero yo no me fiaría de un tipo que se dedica a gastar bromas por internet.

«Te acabas de delatar: has visto su canal».

Reprimo una sonrisa victoriosa totalmente fruto del control de mi mente por parte de Elisabeta.

—¿Como que «tiene ojos en la cara»?

Ahí estoy: coqueta. Debería parar. Que me cuente lo de Ro. Eso es, que me lo cuente y yo dejo de...

—Eres una chica muy guapa, Eli, ¿cómo no le vas a gustar?

Trago saliva. Vuelven las hormonas, el acné, esos jerséis anchos por los que me dio una larga temporada. Vuelve esa verruga del cuello que me quité con veinte años. Dios mío, vuelve hasta lo mal que me olían los pies por aquella época.

«Alerta roja».

—Pues no le gusto a todo el mundo, ¿eh?

Estoy muy orgullosa de lo poco que me ha temblado la voz: deberían darme una medalla de oro. Bien reluciente.

—Eso es porque es gente sin criterio.

Lo dice tan serio que casi me lo creo. Y cuando extiende su mano para rozar la mía, se me para el corazón. Luego me doy cuenta, azorada, que agarra una servilleta para limpiar los restos de cacao que se han quedado en la taza. Siempre hace eso: si no tiene un papel que destrozar, se dedica a limpiar las cosas.

—Con criterio o no, dice que va en serio.

—¿Y tú vas en serio?

Su pregunta llega apresurada, en tono un poco bajo. Con la vista fija en la taza.

—Yo no tengo ni idea de nada. No sé si fiarme, o si puedo fiarme siquiera. Y sin saber eso no quiero ni pensar en el tema.

—Es mejor asegurarse de que estás haciendo lo correcto antes de jugarte nada.

Levanta la mirada y clava sus ojos en los míos. Los siento cálidos, cercanos. Como si solo quisieran lo mejor para mí. Por un segundo, me imagino que realmente le gusto, que le gusto mucho, que lleva todos estos años tan enamorado como yo.

Luego la imagen de Ro inunda mi pensamiento y vuelvo de golpe seco a la realidad.

—Yo siempre he sido más de charla que de juegos —bromeo—. Desde el fiasco del escondite…

—Bueno, pero eso no fue tu culpa. Rober mordía a todo el mundo en aquella época.

—Claro, ¡y esta cicatriz la tengo solo yo por casualidad!

Perdemos el tiempo entre risas y anécdotas. Es lo bueno de conocer a alguien casi desde que llevabais pañales, sobre todo el haber compartido los momentos más vergonzosos de tu vida. Si quieres distraer la atención de algo que te arde en el alma, lo puedes hacer de manera relativamente sencilla. Cuando nos damos cuenta, es hora ya de cenar y Lucas insiste en llevarme en moto a casa, pero yo me niego en redondo. Antes muerta que volver a subirme a ese trasto infernal. Igual vomito dentro del casco o algo parecido.

Así que accedo a que me acompañe a la boca del metro, que de todas formas está justo al lado de la cafetería donde hemos estado.

—Tenemos que repetir pronto, ¿no? —Son sus palabras de despedida.

—Claro, sin problema. Mientras vengas a por mí… yo me dejo querer.

—Es que eres alguien muy fácil de querer, Eli.

Se agacha hacia mí y yo lo veo casi en cámara lenta. Sus labios acercándose, su media sonrisa. Se dirige directamente a mi boca, y es una certeza que me atenaza todos los músculos. Una posibilidad que nunca se había siquiera dibujado en mi mente y que, de repente, se me abalanza sin darme tiempo de pensar. Pero, justo en el último segundo, gira la cara solo un poco, lo justo para depositar un beso en la comisura de mis labios.

Lo justo para que pueda ser un beso en la mejilla que por accidente ha acabado donde no es. Lo justo para dejarme con el corazón como un coche de Fórmula Uno que, cuando él se gira, se lanza a la carrera tras su rastro.

Atisbo una sonrisa justo antes de que me dé la espalda. Una sonrisa que me lo dice todo, la sonrisa de alguien que se ha salido con la suya.

Me doy la vuelta y casi siento las lágrimas en mis ojos. Al menos, me arden. Como el corazón.

Le ha hecho gracia tenerme ahí, paralizada, verme a las puertas de un beso que llevo esperando tanto. No sé por qué llevo tanto tiempo siendo del todo consciente de que él sabe lo que siento, lo que me provoca. Ni siquiera si actuara bien podría ocultarlo del todo a estas alturas. Pero es que además soy tan transparente como el agua: todo se me trasluce en la cara. Y la expresión que debo poner cuando me dice según qué cosas… hace tiempo que acepté que cuando alguien te gusta mucho, se nota. Y lo nota sobre todo esa persona. Ninguno somos tontos.

«Y no me has contado lo de Ro» pienso mientras bajo las escaleras a toda prisa.

Una parte de mí pensó que Lucas estaba celoso de Hugo. De verdad que sí. Pero ahora… después de ese gesto que se me ha antojado tan falso, lo sé: esto no son celos. Esto es tirar de mi correa para que no me vaya lejos.

Esto es no dejarme olvidarle, porque se siente cómodo en esa posición de poder. Ha crecido con ella.

Y yo hace tiempo que decidí no permitir que nadie me trate como a un perro.

Elisabeta se gira, en ese rincón de mi mente, y me mira. Por primera vez. Siempre ha esquivado enfrentarme, se dedica a boicotear todo lo que intento respecto a Lucas y a hacerme la vida adulta un infierno. Pero esta vez nos miramos. Nos miramos y nos perdonamos. Ella a mí, por intentar obviar lo que está pasando, lo que siento, lo que él no siente y lo que eso me provoca por dentro.

Yo a ella, por anclarse en un pasado que no me trae más que desgracias.

Lo decidimos las dos juntas: vamos a olvidar a Lucas.

Como si tenemos que quedarnos ambas por el camino.

15

«El nuevo canal *Desconexión* rompe todos los récords de audiencia».

«Te contamos las claves del nuevo formato de entretenimiento que están siendo replicadas hasta por el mismísimo *BuzzFeed*».

«Elisa-Bella y TrollHugo, ¿del amor al odio?».

Los titulares nos reciben esa mañana en la oficina, enmarcados en las paredes de las oficinas.

Odio que usen el *nick* con el que empecé el canal, «Elisa-Bella», un intento de hacer un homenaje a *Crepúsculo* que no tardé mucho en cambiar. Pero bueno, supongo que les dará aún más chicha para hacer su sensacionalismo.

Cierro el mensaje de Paula, que me comenta que ha vuelto a quedar con la chica que está viendo y que está cada vez más pillada. Por una parte, siento una punzada de celos: me estaba acostumbrando a tener a Paula solo para mí. Pero, por otro lado, los dos segundos posteriores a los celos siempre consigo racionalizar lo que de verdad opino: que me alegro mucho por ella. Que puede que toda su atención no me pertenezca, pero tampoco la quiero entera. Y no se puede retener a alguien a quien no quieres entero, por completo, sin dudas.

Aunque parece que las dudas son algo mucho más común de lo que nos venden cuando crecemos. Que la vida es un constante pelear contra los instintos que te nacen y sabes que no deberían llegar ni a concebirse.

Me estoy acostumbrando a mi nueva vida, supongo.

Y llevo tres días enteros sin hablarle a Lucas. Lo cual, desde mi nueva época en Madrid, es un gran logro.

No es que le hablara todos los días, ni mucho menos. Pero en esta nueva dinámica que habíamos encaminado, después de que él me propusiera algo la última vez, ahora me tocaría a mí.

Esas dinámicas en las que nos embarcamos sin saber siquiera cómo.

Noto bastantes diferencias respecto a cuando intenté olvidarme de una chica de mi clase del máster en Barcelona. Con ella, como fue algo tan instantáneo, fugaz, pasional… estaba obsesionada. Además, la veía casi todos los días, así que me resultaba muy difícil, a pesar de habérmelo propuesto, no hablarle, mirar sus redes sociales como una loca maníaca e ignorar esa angustia que de alguna manera anidó en mi pecho.

Me odio mucho cuando estoy así. Cuando no puedo avanzar. Cuando racionalmente sé que no es para tanto, que lo voy a superar. Que los años me han enseñado que puedo y que no debería estar gastando tanta energía en esto. Pero luego mi corazón hace lo que le da la real gana.

De todas formas, con esta chica fue distinto. Fue arrebatador, sacudió todo. Porque me enamoré de ella de golpe y pasó a ser mi mundo entero.

Lo único bueno de Lucas es que llevo toda la vida gestionando el corazón roto, así que me he acostumbrado a pasar un poco más de él, a no tenerlo en mi día a día. Y cuando son tantos años, por mucho que te guste una persona, por fuerte que te dé… esa fuerza se distribuye a lo largo del tiempo y pasa a ser más flojo.

«No sabes explicarte ni para ti misma», me recrimino.

Cuando entro en los camerinos, están Claudia y Nacho a punto de salir. De hecho, casi me estampo contra la mole que es Nacho, y del susto pego un pequeño chillido que provoca las carcajadas del chico.

—¡Para, toro! —silba—. ¿A dónde vas con tanta prisa?

—Nos toca a nosotros ahora, ¿no?

Estoy un poco desubicada aún por encontrármelos así, de golpe, y me tiembla un poco la voz antes de sonreír yo también.

—¿No te ha encontrado Tito aún? —pregunta Claudia, pasando por mi lado y rodeándome para salir—. Se acaba de pirar Hugo, os han cambiado la hora a por la tarde porque se les ha estropeado no sé qué en el set de grabación.

—Ah, coño. Vale. Gracias por avisar.

Me quedo pensativa después de despedirme de mis compañeros. Ellos tienen hoy un set externo —no me acuerdo exactamente de qué les tocaba, será alguna prueba porque la audiencia ha reaccionado muy bien a ese tipo de vídeos de ellos dos—, así que se largan pitando porque les está esperando el coche de la empresa.

«Y ahora, ¿yo qué hago?».

Miro el móvil para ver si tengo alguna llamada perdida de Tito, que no he visto en toda la mañana, o algún e-mail que me indique lo que tengo que hacer a continuación, pero no encuentro nada. Aprovecho entonces para revisar las notificaciones de Twitter y me encuentro la arroba de siempre, *@eltrendelpasado*, que parece empeñado en ser mi gurú de vida: *«El tiempo que dejamos perder son partidas que nunca llegamos a jugar».*

Qué manía tiene todo el mundo con las metáforas sobre juegos, partidas y pérdidas. Arrugo un poco la nariz mientras bloqueo la pantalla y suspiro. Miro al pasillo infinito, vacío. Me pone nerviosa no saber qué va a pasar conmigo esas próximas horas, hasta la reunión de después de comer con *marketing*. Y sé que es absurdo que el no tener nada planeado para una mísera mañana me deje esta sensación de intranquilidad. Como si hiciera que perdiera por completo el control de toda mi vida.

Me he vuelto una estricta y una histérica.

Igual debería dejarme llevar un poco.

Y hay una persona que sí sabe dejarse llevar…

Elisa: ¿Dónde estás? ¿Te apetece que hagamos algo?

***

—No me puedo creer que estemos haciendo pellas. Y que haya sido iniciativa tuya.

—No estamos haciendo pellas. No es el instituto. No tenemos nada que hacer y no han dado señales de vida. Y estoy a un comentario tuyo más de dar media vuelta y volver a la oficina, que lo sepas.

—No, no. Ya me callo. Cero quejas. Respira hondo.

Hugo me sonríe en el vagón de metro. Vamos dirección a su casa porque se le ha ocurrido que tiene un videojuego que me puede gustar. Yo no soy nada de videojuegos, pero mi hermana me ha liado en alguna ocasión para jugar con ella y no lo he pasado mal. Además, a una parte de mí le encanta salir de su zona de confort, así que adelante.

No puedo evitar compararlo: Lucas viniendo a recogerme en su moto, Hugo y yo yendo en metro. Como si uno estuviera sacado de una película romántica y el otro fuera… una persona normal.

«¿Y qué tiene de malo ser normal?».

No, esa no es la pregunta. Porque el hecho de ir en metro me está… gustando, especialmente. Esa falta de complicación, ese estar los dos en el mismo vagón, sin que uno conduzca o uno lleve.

«¿Qué tiene de bueno ser normal?».

¿No clasificamos siempre lo normal como aburrido? ¿Por qué me está gustando tanto entonces?

—¿No te vas a caer?

—¿Eh?

Me ha pillado totalmente distraída, así que vuelvo a enfocar los ojos para verle más cerca de mí de lo que me gustaría. En público. O menos. No tengo ni idea.

Tengo un momento de consciencia de su altura. Mide más o menos como yo, y con mi obsesión con los chicos altos —puede que Lucas tenga la culpa, porque ronda el uno noventa— no me suelo fijar siquiera en nadie que no me saque al menos una cabeza. Pero él me aborda de frente. Sin agacharse.

—Preguntaba si no tenías pensado caerte. Aprovechar el movimiento del tren para tropezarte casualmente sobre mí.

Me mira con una ceja alzada y los ojos clavados en mis labios. Se me acelera el corazón y me empiezo a marear, como siempre que me supera una situación aunque sea un poco. Pero, aun así, consigo contraatacar: —Por ahora estoy centrándome en aterrizar, me gustaría intentar no caerme en el camino, muchas gracias.

Se le iluminan los ojos. Un destello azul que hace que las

comisuras de mis labios den un tirón hacia arriba. Luego tuerce la boca.

—*Cabin crew, prepare for landing…*

Reímos y me doy cuenta de una cosa nueva de Hugo: cuando parece que las cosas se ponen serias, hace algún chiste para evitarlo. O al menos, cuando él no controla la situación.

Es en el momento de entrar en su casa —vacía porque sus compañeros de piso están trabajando, como deberíamos estar nosotros— cuando me doy cuenta de la situación. Estamos solos en su casa.

«Bravo, Elisa. A buenas horas te enteras del plan que tú misma has propuesto».

En cierto modo, me parece emocionante. Eso de no saber qué va a pasar. Por otro lado, mi parte más controladora está taquicárdica porque necesita saber si él va a intentar algo o puedo relajarme del todo.

A veces tengo una dualidad dentro que me destroza.

—Me encanta esta luz —comento, y las palabras casi se me escurren de la mente sin mi permiso.

—¿Te refieres a cuando no hay?

Se acerca al interruptor para activar las luces de su cuarto. Por supuesto, si vamos a jugar a un videojuego tendremos que hacerlo allí, donde tiene su monstruosidad de ordenador.

—La luz del invierno, por la mañana.

—Mi cuarto es un poco una cueva —parece excusarse.

—Típico de *gamer*, ¿no?

Me lanza una mirada de «ja, ja, muy graciosa» seguida de una mueca y separa la enorme silla acolchada para que yo me siente.

—¿No me vas a enseñar a jugar antes?

—Eso sería muy paternalista, ¿no? Seguro que te apañas bien.

—Va a sonar muy tópico, pero de verdad que soy un desastre

con los videojuegos. Mi hermana se ríe mucho de mí cada vez que intento jugar a uno.

—Bueno, este te va a gustar.

—¿Y eso cómo lo sabes? Apenas me conoces.

—Cuando cuentas toda tu vida en internet, la gente puede llegar a conocerte más de lo que piensas.

«Así que se ha visto mi canal, al fin» pienso.

En cierto modo, me da vergüenza. Al principio, los vídeos son un tanto lamentables. Supongo que es normal y no me suelo castigar mucho por eso, pero que los vea él… me sacude por dentro.

—En internet te parece conocer a la persona, pero al final, solo vemos la punta del iceberg. Como tú con tus vídeos, por ejemplo. No eres la misma persona.

—¿Ah, no? Yo diría que sí.

Me siento bajo su atenta mirada y él empuja la silla hacia delante, acercándola al ordenador más equipado que he visto en mi vida. Las luces del teclado y del ratón se iluminan cuando pulsa el botón de encendido, e incluso hay otras en la torre que empiezan a centellear.

Yo tengo un ordenador decente desde que asumí que no podía editar los vídeos para el canal —aunque mi edición sea lo más simple del mundo— con la tablet que llevaba usando hasta el momento. Pero apenas lo uso fuera de esas tareas que, de todas formas, llevan un tiempo aparcadas.

—Para nada. Si ves los vídeos, solo rascas la superficie. No hubiera imaginado que fueras así.

—¿Y cómo soy?

Parece genuinamente intrigado por el tema. Lógico, si están hablando de cómo creen que eres, supongo. Pero tiene una mano apoyada en el brazo de la silla y el otro brazo en el respaldo, y se inclina hacia mí de tal manera que siento su respiración en la mejilla. Si giro la cara quedaremos muy cerca y sé que cuenta con eso. Le gusta ponerme nerviosa porque normalmente no lo estoy. Odio estar nerviosa, de hecho. Como si pudiera controlarlo.

—Pues la verdad es que en los vídeos me pareciste un capullo.

Se ríe, y su risa me cosquillea en la piel.

—¿Y no lo soy? ¿Aunque sea un poco?

—Un poco, sí —concedo. Y luego, giro la cara hacia él—. Pero eres un capullo maravilloso.

El beso viene solo, se abalanza entre nosotros. En cuanto mi respiración se junta con la suya, aspiramos y es instintivo el roce de nuestros labios. Tiene una parte violenta, de necesidad, seguida de una bastante tierna… hasta que separa la mano de la silla para ponerla en mi nuca y acercarme aún más a él.

El corazón me late tan fuerte que amenaza con explotarme en el pecho. Hugo suelta un gemido que parece atascarse entre las paredes de la habitación y de pronto soy consciente de lo solos que estamos. Del tiempo libre que tenemos. De la necesidad que nos provocamos.

Y me asusto un poco. Porque esto no lo tenía planeado, y a mí me gusta planear las cosas. Tener el control sobre mi vida me tranquiliza, me genera estabilidad.

Y si él sigue dando saltos en mi tabla voy a acabar por caer de cabeza al mar.

Me separo un poco, con delicadeza, y nos miramos a los ojos.

—Hugo —le llamo, y me sale tal hilo de voz que tengo que carraspear.

Él suelta una risita.

—Elisa. ¿Te has rayado?

—Un poco.

Suelta el aire mientras sonríe y luego deposita un beso suave en mi frente antes de incorporarse.

—Vale, ven.

Da dos pasos hacia atrás hasta sentarse en su cama. Perfectamente arreglada, una de esas cosas que no asociarías con TrollHugo pero que hace sin embargo el tipo que tengo delante.

Dudo un instante, porque no estoy acostumbrada a este tipo de situaciones. Si alguien es clara en mis relaciones, soy yo, y es la otra persona la que suele agobiarse por ello. Pero supongo que Hugo ya me ha pillado el rollo y por eso quiere aclarar las cosas. Me levanto y siento el culo de golpe en la cama, a su lado. Empieza a hablar, con calma: —Me gustas. Eso ya te lo he dicho.

—Sí.

—Y yo te gusto a ti.

—Es evidente.

Se le escapa una sonrisa que me genera una especie de ternura. ¿Le hace ilusión gustarme? ¿Qué es esto de que muestre debilidad y le dé exactamente lo mismo? ¿Es que hay gente en este mundo que no se agobia al sentirse vulnerable?

«Demasiadas incógnitas».

—Entonces, ¿qué problema hay? Porque está claro que algo te está rondando la cabeza todo el día y no te dejas llevar.

Lucas. Eso es lo que pasa. Eso es lo que me lleva pasando toda la vida. El hecho de que su nombre haya cruzado como un rayo por mi cabeza no deja lugar a dudas.

Suspiro y me tapo el rostro con las manos, algo desesperada.

—¿Sabes cuando tienes a alguien enquistado en el corazón? ¿Que eres consciente de que es más hábito que amor?

Puedo notar sus ojos clavados en mí y no sé qué está pensando. Al fin y al cabo, no nos conocemos tanto. Perfectamente puedo haberme creado una idea equivocada de él, y que en el fondo sí que sea ese chico pasota que muestra en sus vídeos.

Pero la cama sigue estando hecha. Y él siempre llega puntual a todas partes.

Así que dice:

—¿Estás enamorada de él?

Doy un respingo, porque no me esperaba la pregunta. Elisabeta grita «¡Sí!» pero me doy cuenta de que la estoy viendo diferente, como si fuera a través de una pantalla. Como si contemplara mi

pasado desde los ojos del presente.

—Es complicado. Típica persona que llevas toda la vida sabiendo que es imposible, pero que no te deja marchar.

—Uno de esos chicos que marean, ¿no? Que van de príncipe azul pero solo cuando les conviene a ellos.

«Joder. Yo misma no lo hubiera expresado mejor», pienso, alucinada.

Debe vérseme en la cara porque resopla y se pasa la mano por la mejilla, cansado.

—Últimamente me estoy dando cuenta de que hay gente que es adicta al drama.

—¿A qué te refieres?

—Lo veo mucho con algunos de mis colegas. No les mola una chica si no se lo ponen difícil. Y a las chicas no les gustan ellos si no van de malotes. No te lo voy a negar, lo he intentado muchas veces: pero el corazón me traiciona siempre. Me gustas desde el principio, y soy de los que van a por lo que quieren.

—No sé qué quieres decirme con eso.

—Que siento no ser un príncipe azul. Siento no ser tampoco un malote de esos. Soy un puto chico normal y eso no puedo ni quiero cambiarlo, ya no. La voy a cagar, porque mírame, desde que me conoces no he hecho más que cagarla: creo que va en mi ADN. Pero la voy a cagar con toda mi intención de remediarlo y no repetirlo. Y no vamos a estar de acuerdo en cosas, y a veces a mí me va a parecer gracioso algo y a ti ofensivo y vas a tener que convencerme de que tienes razón. Pero eso es todo el drama que te ofrezco. Ni mentiras, ni misterios, ni rebeldías. Para qué. Te ofrezco que nos hagamos felices. Y el resto, a la mierda. Si eso no te vale… yo no te pienso ofrecer otra cosa. Lo siento.

Mi pecho va a explotar de un momento a otro, y mi cabeza está funcionando a mil revoluciones. Qué hago, ¿me dejo llevar? ¿Me arriesgo? ¿Lo apuesto todo?

Pero trabajamos juntos.

Y sigo sintiendo cosas por Lucas.

Y no le conozco apenas.

¿Y si Lucas se da cuenta de que le gusto?

Nuestras personalidades no son muy compatibles.

Lucas se ha liado con Ro.

Hugo siempre se ha portado muy bien contigo, ¿por qué no vas a confiar?

Porque puede que la Elisa de ahora sea la Elisabeta de dentro de diez años, pero esta vez con Hugo. Y eso me da pánico.

—Creo que estás petando un poco.

Sus palabras interrumpen mi descarrilamiento de pensamientos, y lo agradezco.

—Ojalá fuera solo un poco.

—¿Tengo posibilidades, entonces?

—¿Por qué te quieres meter en esto, Hugo?

Echa la cabeza un poco hacia atrás, como si la pregunta le sonara a chino.

—Ahora soy yo el que no te sigue.

—Sabes que tengo un lío en la cabeza. No he sido capaz ni de darte un beso sin rayarme hasta niveles inhumanos. ¿Por qué te quieres meter en esto? ¿No te resulta más sencillo buscarte una chica que lo tenga todo claro?

—No creo que haya nadie en el mundo que lo tenga todo claro. Creo que eso es algo que nos intentan vender y que la peña intenta representar, pero no me lo trago.

—Pero tú lo tienes claro.

—¿Que me gustas? Sí. ¿Que vaya a salir bien…? No tengo ni idea. Y me da un poco de miedo, claro. Curramos juntos y a mí me han hecho bastante daño, otras tías. También es verdad que yo no sabía escoger demasiado bien. Y creo que en eso he mejorado mucho.

Noto calor en las mejillas. Por una vez, esa indirecta sí que he sido capaz de pillarla sin necesidad de que se escondiera tras las páginas de un libro.

—Pero que lo entiendo —añade, bajando un poco la mirada y buscando mis ojos—. El estar hecho un lío. He pasado por ahí, muchas veces. Y lo que yo necesitaba en su momento era tiempo y que no me agobiaran. Si necesitas cualquier otra cosa, me lo dices. Al final, decidas lo que decidas, somos compañeros y tenemos que apoyarnos.

—Eres una buena persona, Hugo.

—Eso sí que no lo dirías por mis vídeos, ¿eh?

Con esa broma se rompe un poco la tensión del ambiente y, siguiendo un impulso que me sale directamente del alma, me lanzo a envolverle con mis brazos. Él se toma un segundo de sorpresa antes de corresponderme el gesto. No sé cuánto tiempo estamos abrazados, solo que ahí me siento segura, y bien. Eso debería decirme algo, supongo.

Que, si soy capaz de salir de la cueva en la que me he metido con lo de Lucas, quizás seré capaz de caminar en campo abierto con alguien como Hugo.

—Bueno, ¿vamos a jugar, o qué? Antes de que decidan que tenemos que volver a la oficina.

***

Los cafés con Lola siempre han sido unilaterales. Quedas con ella para tomar un café y ella se pide algo como un batido de fresa. O una jarra de cerveza del tamaño de su cabeza, según le cuadre el día.

Se la ve mejor. Es lo que no paro de pensar mientras la observo mover el vaso de Nestea que se ha pedido esta vez. De un lado para otro, como distraída, pero en calma.

Creo que se puede adivinar cómo está alguien por dentro observando su exterior. No es que tengas que vestir de una manera concreta, o arreglarte lo más mínimo —vamos a recordar que nadie tiene que «arreglarse» porque nadie está «roto»—, sino que, si estás a gusto contigo, con tu situación, con lo que estás viviendo… se nota. Es como un aura.

A este paso voy a acabar cayendo en todos los rollos de mi madre y lo abstracto.

Me hace absurdamente feliz ver a mis amigas felices. Soy así de simple. Decido que mejor no se lo voy a mencionar porque se va a pensar que estoy de la olla. Aún más de lo que ya lo cree, claro.

«Desde que volví a Madrid la cabeza se me ha ido a Barcelona».

Lola no deja tiempo para que me recree en ese pensamiento porque espeta:

—Estoy mejor. Que sé que lo estás pensando, pero no me lo quieres decir porque eso implica que antes estaba peor.

—No sé por qué piensas eso…

Pongo cara de «¡culpable!» y le guiño un ojo, a lo que me corresponde con un esbozo de sonrisa. Sí, está mejor. Sus sonrisas ya no titilan en su rostro.

—Creo que me hacía falta algo de tiempo y que se asentara la situación —explica—. María se fue con su prima y parece estar bien. Eso también ayuda.

—¿Y tú? ¿Te quedas en el mismo piso?

—Se muda una compa de trabajo la semana que viene. Hasta ahora he pagado el alquiler yo sola, pero que se venga ella va a ser un alivio importante en el bolsillo, la verdad.

—Y con ella guay, ¿no?

—Majísima. Somos las dos muy del mismo rollo y eso me parece importante.

—Claro, tú y yo no podríamos vivir juntas jamás, por ejemplo.

—Se acabaría nuestra amistad.

Nos sonreímos porque, aunque esté bañado de un tono de guasa, lo que decimos es la pura verdad. Yo soy demasiado desastre y Lola necesita el orden para estar tranquila. Yo soy más de rutina y mi amiga fluye como un río, como le van surgiendo las cosas. A mí eso me pone nerviosísima.

—¿Y sigues hablando con María?

—Bastante. Te voy a decir una cosa: estoy un poco cansada de que todo el mundo me diga que deberíamos dejar de hablar, la verdad. Rollo como si hubiera un Boletín Oficial de las Rupturas donde pusiera las normas estrictas e inquebrantables que tienes que seguir cuando dejas a tu novia de siete años.

—Bah, no les hagas ni caso. Las únicas que sabéis lo que necesitáis sois vosotras. El resto solo podemos mirarlo desde fuera, y ni siquiera con toda la información.

—Y encima es como que la gente que más opina es la gente que más me la pela, ¿sabes? Familiares no muy cercanos, compañeros de universidad con los que llevo sin hablar años… Rollo… la gente importante hace por entenderme.

—Por eso es gente importante.

Asiente, distraída y mordiéndose el labio. Luego, parece venírsele una idea a la cabeza porque se le abren mucho los ojos: —¿Y tú qué tal con tu telenovela? Me tienes en vilo.

—Pero Lola, se supone que tú no eres cotilla… —me mofo, alzando dos veces las cejas.

—Tampoco se me había puesto delante la oportunidad de serlo. Y esto pinta interesante. Al menos más que mi divorcio.

Ha empezado a llamarle «divorcio» a su ruptura y, aunque Ro arruga la nariz cada vez que lo oye, a mí me hace bastante gracia. Y a Lola parece ayudarle a relativizarlo todo, que al final es lo que importa.

—Pues básicamente he decidido que mi yo adulto tiene que olvidar a Lucas.

—¿Olvidarle?

—No como amigo, claro. Pero dejar de pensar en él como algo que puede pasar. Porque, y esto va a sonar triste, realmente llevo toda la vida esperándole. Ha sonado triste, claro que sí.

—No lo veo triste —me consuela, con la expresión algo enternecida y pasando los dedos por el vaho de su vaso—. Supongo que es normal cuando te lleva gustando alguien toda la vida.

«¿Es lo que te pasa a ti con Roberto?» me dan ganas de

preguntarle, pero no se me ocurriría y mucho menos en ese momento. Ya avanzaremos algún día en esa dirección. Un día en que su cabeza no esté llena de los cachos de su corazón.

—El caso es que, además, no sé cómo explicarlo… es como que no estoy segura de si Lucas me gusta de verdad o es solo la costumbre. ¿Tiene sentido?

Suelta un gruñido, pensativa, mientras le da por fin un sorbo a su bebida. Este gesto me relaja bastante, porque llevo la última media hora observándola jugar con ella sin llegar a bebérsela. Y con esas cosas soy tirando a maniática.

—Si tiene sentido para ti, con eso basta. Pero, no sé, ¿qué es lo que te gusta de él?

—¿De Lucas?

—Claro, al otro llegaremos más tarde.

Pongo los ojos en blanco antes de sacarle la lengua.

—Pues… no sabría decirte. Supongo que es guapo, divertido y siempre parece tenerlo todo bajo control. Aunque esos son los motivos por los que me gustaba cuando era una niña. No son los motivos por los que se enamora una adulta.

—Al final, ¿no acaba siendo lo mismo?

Me lo pienso un segundo, cogiendo aire con calma. Rememoro sonrisas. Comparo lo que me provoca Hugo con lo que cosquillea Lucas bajo mi piel.

—No, no lo creo. Pienso que con el tiempo he aprendido a querer de otra manera. De forma más sana. Compartiendo ese amor conmigo misma en lugar de rindiéndome a la otra persona. Con Lucas no es una batalla porque ya he entregado mis armas antes de empezar. Con Hugo puede que sea una lucha constante, pero al menos es en igualdad de condiciones. Nada de súbdita y emperador, de esclava y amo. Dos guerreros perfectamente equipados para la batalla que no cederán ni un paso y que, como mucho, conseguirán caminar en la misma dirección.

Los sonidos de la cafetería se hacen evidentes, intrusivos en nuestro silencio cómplice. No nos miramos, cada una está absorta en lo que tiene entre las manos. Ella, con su vaso de cristal con

todavía una cantidad ridículamente inmensa de Nestea —al menos, en mi opinión—, yo, con mi taza de café sin café, llena de esa espuma que siempre dejo.

—Pues creo que lo tienes bastante claro, ¿no?

—¿Crees que en algún momento dejamos que elija nuestra cabeza por encima del corazón?

—Hasta hace poco te hubiera dicho que no. Que lo que sientes siempre aplasta a lo que piensas. Pero ahora creo que puede ser. Que a veces quedarte tranquila de cabeza te sienta mucho mejor que quedarte tranquila en el corazón.

—El problema es que es como estar en una corriente. Y a mí no me gusta fluir. Yo soy un estanque.

—Llevas empantanada en ese estanque muchos años, Eli. Sal de ahí ya, tía, que lo único que haces es pasar frío.

Me guiña un ojo. Yo intento sonreírle, pero estoy de repente muy triste. Me hace sentir mal el ser tan consciente de todo lo que he desperdiciado, lo que he fantaseado con un imposible. Y, sobre todo, esa sensación de fondo de saberlo todo desde el principio y no haber sido lo suficientemente valiente como para aceptarlo. El haber estado ignorándolo casi toda mi vida.

—Eh, ¿estás bien?

—No mucho —reconozco—. Pero lo estaré.

***

Paula va a venir a mi casa. Por lo que me ha dicho, no han salido demasiado bien las cosas con la chica a la que estaba viendo: están enfadadas y necesita una amiga.

En este caso sé que viene en ese plan y no en ningún otro y lo agradezco. Ahora mismo necesito aclarar mi cabeza y, por muy atraída que me sienta por ella, casi prefiero dejarlo en una amistad que en algún momento llegó a algo más.

Paula me interesa como persona más que cualquier lío que pueda llegar a hacerle. Si necesita una amiga, puedo ser eso para ella. De hecho, quiero serlo.

Llega con el pelo recogido en una coleta alta y descubro así que cuanto más estresada está, más necesita tenerlo todo bajo control y parece empezar por su propio aspecto. Viste impecable, cuando normalmente viene a casa en chándal o ropa cómoda sin pararse demasiado a pensar en lo que se ha puesto. Una americana amplia, una camisa y una falda.

Con medias y todo.

Desde luego, eso sí que me llama la atención.

Con lo rollazo que son las medias.

—Llevo toda la tarde dándole vueltas y he decidido que no quiero enamorarme.

Frunzo los labios y bajo las comisuras, porque no me parece tan mala idea, y asiento mientras la dejo entrar en el pequeño apartamento. Es un poco ridículo que después de llevar ya una buena temporada en Madrid siga teniendo tantas cajas por abrir, pero me digo a mí misma que no he parado mucho por el piso.

Lo cual es mentira.

Pero shhh.

—Muy bien, ¿y qué tal se está dando esa decisión?

Se sienta en mi sofá estirada, tensa, con las palmas de las manos apoyadas en el borde. Hace crujir el cuello, y yo me limito a esperar a que me responda.

—La verdad es que fatal, no te voy a mentir.

Sigue tan seria que me dan muchas ganas de reírme, pero decido que quizás no sea lo mejor en esos momentos. Me acerco un par de pasos y dejo caer el costado hacia la pared, cruzándome de brazos.

—Es que si el amor fuera una decisión, creo que habría muy pocos corazones rotos.

No me mira y es ahí donde noto que está triste. Suele ser una chica bastante expresiva y de sonrisa fácil, y el hecho de que no sea capaz ni de levantar la cara me indica que está mucho peor de lo que quiere aparentar.

—¿Qué necesitas? —pregunto, ante su silencio—. ¿Un abrazo, un café? ¿Un puñetazo, quizás?

—Dos puñetazos, por favor. Bien calentitos.

Ahí sí que se le escapa un atisbo de sonrisa. A mí lo que se me escapa es el aire por la nariz, generando un ronquidito nada favorecedor. Me avergüenzo exactamente durante un segundo, el que tarda ella en seguir hablando: —Dice que vamos muy rápido. Ahora. Cuando yo ya me he dejado llevar.

—Y eso te duele.

—Muchísimo.

Se lleva una mano al corazón y agacha la cabeza. Me acerco a ella con calma para envolverla con mis brazos, aún de pie. Luego me separo un poco y dejo que apoye la cabeza en mi abdomen. Por un segundo estoy incómoda, porque no quiero que note mi tripa, pero me dura el instante que tardo en decidir que es una tremenda tontería. Le acaricio la nuca con cariño.

—¿Por qué?

Noto cómo coge aire porque su cuerpo se hincha y se revuelve un poco. Luego murmura:

—Odio sentirme vulnerable. Siempre prefiero que la otra persona se abra más. ¿Es egoísta? Sí. No hace falta que me lo digas. Pero si me dejo llevar, lo hago a tope. Sin frenos, cuesta abajo. Es como abrir una ventana que no se puede volver a cerrar. Por eso me lo pienso tantísimo. Ella ha estado insistiendo en que quiere estar conmigo, yo al final he caído… y siento que ha sido una trampa. Que ha jugado conmigo.

—¿Pero ahora ella no quiere nada?

Se separa con cuidado y sorbe por la nariz. Yo voy inmediatamente a la pequeña cocina a por papel y se lo tiendo. Se suena los mocos de manera muy ruidosa y limpia el atisbo de lágrimas con el dorso de la mano.

—No, pero me ha dicho que necesita un poco de espacio. Y eso me ha hecho sentir tonta.

—A mí me suele pasar también que odio sentirme como en una

posición vulnerable. Pero que te pida algo de espacio no significa que no quiera estar contigo. Estabais pasando todos los días juntas, ¿no?

—Sí, eso sí. Y hay una parte de mí que pensaba que no estaría mal tener alguna tarde para mí sola, pero no me esperaba que me lo pidiera ella. Me ha sentado como una patada.

—Porque estamos acostumbradas a que las relaciones sean una competición. Dejar que la otra persona dé más y así sentirnos seguras.

Ladea la cabeza y suelta un gemidito, retorciendo el papel de cocina entre las manos.

—Es como que mi mente no me deja en paz. Yo estaba superbien, supertranquila, no teniendo nada. Y ella ha tumbado mis barreras y ahora parece que se quiere ir. Por esto precisamente no quería una relación, de verdad.

—Lo entiendo. Pero creo que deberías darle una oportunidad. ¿Qué es lo que te dice ella?

—Que necesita un día o dos para sus cosas. Hemos tenido bastante drama, al final no sabía ni por qué estábamos discutiendo. Y yo no he sido capaz de explicárselo.

Me siento a su lado. Lo peor de todo es que lo entiendo demasiado bien. En ese momento en el que está ella, de ilusión máxima, en la cima del embobamiento… si tú quieres estar con la otra persona el cien por cien del tiempo y ese sentimiento semiobsesivo no te lo corresponden… te sientes ridícula.

—Sabes que eso no es necesariamente malo, ¿no?

—Ya. Pero me saltan todas las alarmas. La semana pasada era ella la que quería pasar todo el finde juntas. Y ahora esto. Me pongo a la defensiva, supongo.

—Es un paso bastante grande reconocer que te has puesto a la defensiva —la animo.

—Si tú lo dices…

En esa última palabra se le quiebra la voz. Se derrumban sus barreras y ella va detrás, porque se echa a llorar.

—¡Es que me siento tan estúpida! Si yo sé que no me tengo que poner así. Pero me noto ridícula. Insignificante.

—Por eso precisamente nunca quieres nada serio con nadie. Cuando estamos solas, somos las únicas que afectan a nuestro estado de ánimo. Pero cuando nos enamoramos… de repente pendemos de un hilo que no controlamos nosotras.

—Pero se supone que una debe ser independiente y todo eso, ¿no?

—No creo que los sentimientos nos dejen estar solas en el mundo. Es como tener varios departamentos y tú misma no puedes gestionarlos todos.

—Eso no ha tenido ningún sentido.

—*Touché*. Pero hasta ahora me estaban saliendo bastante bien las metáforas.

Le saco una carcajada que me sabe a la más profunda de las victorias. Le paso el brazo por el hombro y la sacudo un poco aprovechando que parece estar de mejor humor.

—Venga, date unas horas y luego dale a ella una oportunidad. Lo bueno del amor es que siempre sorprende. Yo no soy la más indicada para aconsejarte esto pero sabes que a mí me dirías lo mismo.

—Ah, ¿así que eso vas a hacer tú con Hugo?

Gira la cabeza para mirarme, desde muy cerca. Sus ojos son burlones.

—¡Pero qué bruja eres!

Le doy un empujón y la aparto de mí, haciéndome la ofendida.

Nos empezamos a pelear de broma y siento cómo parte de mi alma se recompone al conseguir que mi amiga se sienta mejor.

Ahora solo falta seguir mis propios consejos.

***

Lucas: Rubia, no me haces ni caso últimamente.

Ahí está. Sabía que iba a llegar, en el fondo. Hasta lo estaba deseando. Hasta me ha dado un vuelco el corazón cuando lo he visto. Pero, al mismo tiempo, me hubiera venido bien —y lo sé— que no llegara nunca.

Me he pasado la mañana respondiendo de forma críptica mensajes de seguidores que me preguntan por mi relación con Hugo.

Esa es otra de las decisiones que se han tomado estos días. Son conscientes del *shippeo* que hay y no quieren desmentirlo. Lo que más me ha gustado del enfoque que le han dado a la reunión que ha habido exclusivamente sobre este tema es que nos han preguntado, lo primero, si nos importa. Si es algo que nos afecte, no quieren obligarnos a nada. Es nuestra vida privada, al fin y al cabo. No tenemos por qué comprometerla. Por ejemplo, Claudia y Nacho han decidido desmentirlo todo, porque Nacho tiene pareja y no quiere que su chico se vea involucrado en todo eso. Ni que se sienta mal.

No obstante, a nosotros también nos conviene que a *Desconexión* le vaya lo mejor posible. Y nos resulta bastante gracioso todo el tema. Por nuestro lado, seguir manteniendo el suspense es hasta divertido.

Y hoy he estado grabando varios vídeos para mi propio canal, además de poder anunciar en redes que volvía mi contenido. El amor que me han dado mis seguidores, que pensaba que debían de estar ya hartos de mí por haberles «abandonado», ha sido abrumador. Cada día que me recuerda la gente tan maravillosa que tengo en mi vida, tengo la sensación de ir por el mundo llena de energía positiva.

Así que el mensaje de Lucas me llega en un momento en el que me siento muy fuerte. Considero que es un golpe de suerte, al fin y al cabo, porque podría haber estado en un día más flojo y no haberme visto capaz de resistir la tentación de hablarle. De volver a caer.

Pero el caso es que lo leo y archivo la conversación, para que no me aparezca arriba y así no verla constantemente. Es más cómodo no dejarse a una misma las tentaciones a la vista. Y, ya que estoy de camino a mi casa, paro a comprarme un cruasán de chocolate para premiarme por haber sido tan fuerte. Y porque me apetece, qué narices. A veces hay que darse a una misma lo que le apetece, ya que en otros ámbitos de la vida no es elección nuestra.

Con el cruasán en la boca y buscando las llaves para abrir la puerta de mi casa, empieza a sonar el tono del móvil. Frunzo el ceño mientras la boca se me empieza a llenar de baba por contener el dulce.

Decido que abrir la puerta es la prioridad en ese momento y lo consigo con la melodía incrustándoseme en la mente. En qué momento decidí que una canción de pachangueo de los dos mil era un buen tono de llamada, no lo sabré nunca.

En cuanto consigo entrar, cierro la puerta de una patada y dejo el bolso para agarrar el cruasán y darle un buen mordisco. Mientras trago, cojo el móvil y atiendo a la llamada sin mirar siquiera quién es.

Bastante importante debe ser como para que me llamen cuando existe el WhatsApp, ¿no?

—Dime.

—¿Eli?

«Mierda».

Es Lucas.

Claro que es Lucas.

¿Quién me viene peor que me llame en este momento?

Resoplo.

—Ah, hola. Dime, ¿pasa algo?

—Eso me pregunto yo. ¿Te pasa algo conmigo?

—¿Eh? Qué va. Nada de nada. ¿Por qué lo dices?

«Has sonado tan convincente como un político besando niños», me recrimino mentalmente.

—Es que te noto rarísima. ¿Te he ofendido por algo?

—¿Qué? Eh… no, qué va. Para nada. De verdad, no te preocupes.

—Entonces vamos a tomar un café hoy.

—¿Hoy…?

Ya es un poco tarde. Las ocho. Pienso en que tengo que ducharme, porque vengo del gimnasio, y debería cocinar algo para llevarme un táper al curro que no sea pasta con atún. Por deber, debería también abrir alguna caja o algo. Que llevo usando el mismo abrigo desde que llegué a Madrid y tengo otro en alguna parte.

También hay que tener en cuenta que, si me tomo un café a las ocho de la tarde, es probable que me pase despierta hasta las tres de la mañana.

Pero cedo.

Como siempre con él.

Cedo, pero esta vez me prometo a mí misma que lo hago por plantarle cara.

Mientras acepto que me venga a recoger en media hora, me miro a mí misma hacerlo en el espejo de la entrada. Veo cómo me rindo, cómo doblega mi voluntad por enésima vez. Y decido cambiarlo. Darle la vuelta a todo. Me observo fijamente, como si estuviera prometiéndome que, esta vez, Elisabeta no tomará las riendas.

Que todos los años que llevo forjando a la Elisa que soy ahora tienen que significar algo y tengo que hacerlo valer.

Que todo lo construido no puede caerse a la mínima que me mire a los ojos.

Esto tiene que acabar hoy.

***

Soy bastante consciente de lo nerviosa que estoy. Y de que hacía mucho que no me sentía así. Cuando bajo las escaleras, me envuelvo en todas las palabras que llevan aturdiendo mi mente unas cuantas semanas. Esas semanas que han sido el reflejo de casi toda mi vida.

«Venga, no es para tanto. Lo enfrentas, le dices lo que llevas sintiendo estos años, te da calabazas y sigues con tu vida».

Necesito un golpe. No en lo físico, desde luego, pero a veces lo mental duele incluso más. Tengo que mentalizarme de que el rechazo de Lucas, ese que viene, eso que estoy buscando, no implica que me rechace la humanidad entera.

No implica que fracase.

A veces, por muy estupenda que una sea, simplemente no le gusta a la otra persona.

A veces, por muy estupenda que una sea, no consigue lo que quiere.

Y a veces cuesta tragar estas verdades, pero más me vale conseguir que mi cuerpo las digiera rápido.

Por eso me gusta intentar ser justa con la gente a mi alrededor: porque la vida no lo es y la peor sensación del mundo es no merecerse el dolor que te viene. O el mirar a alguien a quien quieres y pensar «tú no deberías estar pasándolo mal. Tú no te lo mereces». Igual lo más difícil es asumir que, aunque no nos lo merezcamos, aunque no hayamos hecho nada para provocarlo, va a llegar igual.

Y yo lo que estoy haciendo en estos instantes, mientras abro la puerta y avanzo hacia Lucas, es acercarlo hacia mí porque estoy cansada de verlo aproximarse. Básicamente darme un golpe de realidad en plena cara.

Me sonríe y se me encoge un poco el pecho. Aun así me estiro, acordándome un poco de Paula y su necesidad de tenerlo todo bajo control, y carraspeo antes de devolverle la sonrisa, aunque con mucha menos seguridad de la que me hubiera gustado.

Me subo a su moto, un poco a regañadientes.

Me he esforzado demasiado para esforzarme poco eligiendo qué ponerme. Me ha dado tiempo a darme una ducha rápida, recogerme el pelo en una coleta alta y enfundarme unos vaqueros y un jersey amplio gris que me libra de tener que llevar abrigo ahora que el frío está dejando de ser para tanto. Él lleva su cazadora de cuero de malote y una camisa blanca que resalta el tono de su piel. Por supuesto.

Los cazadores necesitan tener con qué atraer a su presa.

Y aunque tenga bastante claro que Lucas no es consciente de lo que hace conmigo, o al menos no del todo, sí que sé que parte de su instinto le impulsa a hacer ese tipo de cosas. Que, en el fondo, sí que sabe que me gusta mucho y le agrada. Le encanta, de hecho. Por eso cada vez que siente que me voy, tira de mí para asegurarse de que no lo hago.

Tengo que reconocer que a mí misma me ha pasado alguna vez. El darme cuenta de que le gusto a alguien y sentirme tan bien con eso, tan válida, tan… ¿atractiva? Que se me cae un poco el mundo cuando noto que dejo de gustarle, aunque yo no sienta lo mismo por esa persona. Pero considero que al menos he conseguido tragarme ese sentimiento y no hacer esfuerzos porque volvieran a mí cuando yo tenía claro que no podía darles lo que estaban buscando.

No hay que retener a quien no le podemos ofrecer todo, ¿no era eso? No dejar que las personas se atasquen en un corazón que no les va a acoger nunca.

Y Lucas no está haciendo eso. No me está dejando avanzar. Sea de forma consciente o no, no lo hace. Así que voy a tener que tomar las riendas.

Nos sentamos en el mismo sitio de la última vez. Ese pequeño café de luz romántica y música de fondo agradable. Él se pide una caña, yo otra porque considero que la necesito. Aunque el alcohol nunca me ha ayudado con nada, más bien al contrario. Es lo mismo que el café: no es que me despierte, pero me da la falsa sensación de que lo hace. Esas fantasías que nos creamos en la mente, o que nos crean otros, y que acaban siendo un lugar de confort al que volver cuando necesitamos fuerza.

—¿Me vas a decir ya qué te pasa conmigo?

Las palabras de Lucas me desconciertan un poco, porque pensaba que ya se había quedado satisfecho con la conversación que tuvimos por teléfono y con el hecho de que estemos en este café tomando algo juntos. De hecho, pensaba tener que ser yo la que sacara el tema, pero no lo voy a negar: me viene hasta mejor que lo haga él. De esta manera, el primer golpe de fuerza no lo tengo que dar yo. Aun así, lo que sigue se siente como un huracán dentro de mi pecho: —¿De verdad no lo sabes?

No tengo dudas de que son las palabras más valientes que he

pronunciado nunca. Mucho más que las que voy a soltar a raíz de ahí. Porque no solo estoy reconociendo que Lucas me gusta —al cuánto, ya llegaremos— sino, además, que tengo presente que él es consciente de ello y que, por tanto, no me corresponde. Vaya, que me estoy dando unas autocalabazas de toda la vida.

—¿Qué es lo que tengo que saber?

Nunca podré sentenciar si se hace el loco o realmente está tan ciego como hace parecer. Nunca lo comprobaré porque él nunca me lo dirá, pero hay una parte de mí que le tacha de cobarde. Incluso cuando no sabría si yo podría decir algo distinto a lo que él ha pronunciado si me viera en su misma situación.

—Que me gustas, Lucas. Me llevas gustando toda la vida. Y ahora he decidido que ha llegado el momento de que me dejes de gustar, nada más. Por eso me notas rara. Pero no te preocupes, se me pasará. Te lo aseguro.

Sus ojos se abren en una expresión atónita que no le había visto nunca. O al menos, siendo consciente. ¿No se lo esperaba?

Otra de esas cosas que nunca sabré a ciencia cierta.

—Joder, Elisa…

—Ya —le corto, con un ademán—. No te rayes. En serio. No pasa nada. Solo necesitaba vaciarme y soltarlo. Demostrarme un poco a mí misma que puedo hacerlo, ¿sabes? Pero esto no significa nada. Es movida mía y ya lo gestionaré yo.

—No creo que sea movida solo tuya si me implica a mí también, ¿no?

—Lo que siento yo es movida mía. Lo que sientas tú es tuya, claro.

Y ahí llega. Ese silencio que es la representación en el mundo real de ese bofetón que esperaba llevarme. Esa realidad hecha de falta de palabras y nudo en la garganta. Trago saliva para intentar llevármelo, pero ahí sigue. De alguna manera, lo último que he dicho ha sido un intento desesperado de no tener razón, aunque la razón lleve siendo de mi propiedad exclusiva muchos años.

—Yo… no sé qué decirte.

—No te preocupes. Además, con todo lo de Ro ya tienes suficiente, supongo.

—¿Lo de Ro? ¿A qué te refieres?

Esbozo una sonrisa burlona para quitarle hierro al asunto.

—Rocío Martínez Peña, no sé si la conoces. Quizás llevas siendo su amigo desde que comías tierra.

—Sé quién es Ro. —Parece un poco seco, y eso me tensa—. Pero no sé a qué te refieres con eso.

—¿Cómo que no? Aquel día en la discoteca… que no te preocupes, no es que lo sepa todo el mundo. Me lo ha contado a mí porque necesitaba hablar con alguien, o eso creo.

En este punto ya estoy bastante nerviosa por si la he cagado, por si he dicho algo que no debería. Igual Ro me contó aquello con la intención de que no lo supiera Lucas, pero…

Pero…

Espera.

Quieta.

Que tenemos veinticinco años.

Que no estamos en el instituto.

Que si Ro quiere hablar con su amiga de lo que ha pasado con Lucas, tiene todo el derecho.

Y Lucas debería entenderlo.

Entonces…

¿Qué pasa?

—No sé qué te ha contado, pero no me hace mucha gracia que mi vida privada se vaya aireando por ahí.

—Bueno, Lucas, no es solo tu vida privada… también es la de ella.

—Ya, pero le pedí expresamente que no le dijera nada a nadie.

Y menos del grupo.

—Y eso, ¿por qué?

No logro entenderlo. Está tenso, agarra el vaso de cristal como si lo fuera a partir entre sus manos. Tiene el ceño fruncido y creo que nunca le he visto tanto tiempo así.

—Porque no significó nada y si ahora lo empieza a largar por ahí, no sé qué va a pensar la gente.

—Tío, Lucas. Tenemos edad ya como para responder por nuestras propias acciones sin guiarnos por lo que opinen nuestros colegas, ¿no?

Suaviza la expresión al oír eso y alza la vista, que tenía fija en la cerveza que ya empieza a quedarse sin espuma. Carraspea y se pasa una mano, algo húmeda del vaso, por la frente. Me angustia que no se la limpie después de eso, pero creo que no es momento para decirle nada.

Me doy cuenta de una cosa: de alguna manera… ya ha pasado el golpe y no ha sido para tanto. Y eso me hace sentir tan fuerte que es como si me convirtiera en imparable.

—Es que fue un error, Eli. Y si llego a saber lo tuyo…

Mi corazón se pierde un latido y la fuerza se me va por todos los poros de mi cuerpo.

—Si llegas a saber lo mío… ¿qué?

—No lo sé. Igual hubiera sido diferente.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros mientras me clava la vista. Esos ojos negros. Que tantas veces me han quitado el hipo, a veces hasta literalmente. Tantos cambios de ropa cuando sabía que venía él, para que al final muchas veces ni apareciera. Tanto conectarme al Messenger una y otra vez para ver si me hablaba, y acabar empezando yo la conversación.

Tanto sufrir por ver cómo se fijaba en otras, tanto…

Tanto para tan poco, si soy sincera.

Suspiro.

—Eres una chica genial, Eli. Eres guapa, lista, divertida…

—Pero no te gusto.

—No diría eso…

«Deja ya la correa. Suéltame», suplico mentalmente.

—No te gusto, Lucas. Porque como tú mismo me dijiste hace tiempo, no tienes dudas con esas cosas. Lo sabes aquí —me llevo una palma al corazón, imitándole—. Y tienes que dejar de marear a la gente. A Ro también le gustas mucho, y no te hagas el tonto con eso. Habla con ella. Dile la verdad. Suéltala, porque ahora mismo la tienes atada y no es justo.

—No la tengo atada… —protesta.

—Bueno, pues por si acaso. Habla con ella por si acaso. Mejor dejar las cosas demasiado claras que demasiado poco, ¿no?

—Supongo que sí. Oye, Eli…

Su expresión es la de un conejito deslumbrado por los faros de un coche. Indefenso como nunca lo había visto.

—Dime.

—¿Seguimos siendo amigos?

Se me fuga una sonrisa y casi incluso me río.

—Claro. Pero déjame un poco de espacio, ¿vale?

—¿Para olvidarme?

Hay algo de dolor en su voz. Y pienso por un segundo que puede que no llegue a entender nunca qué se pasa por su cabeza, ni qué siente. Porque es probable que lo haga de forma tan distinta a la mía, que es otro universo que no sería capaz de analizar. De alguna manera, parece relacionar el dejar de gustarle a la gente, el dejar de gustarme a mí, con quedarse solo. Igual su instinto lo que hace es intentar atraer para no repeler a nadie. Quién sabe. Es demasiado complicado tratar de entender a quien no siente de la misma manera que tú.

Soy una persona muy fantasiosa a veces. Por eso adoro las novelas de fantasía. Y por eso también imagino a Elisabeta, mi *yo* de quince años, saliendo de mí y quedándose de pie entre nosotros, como una tercera invitada a esa mesa. Nos observa alternativamente y luego se queda mirándome, intensa. Intensa como siempre hemos sido; ella y yo. Asiente y desaparece.

O eso quiero creer.

Probablemente vuelva a mí en muchos momentos de mi vida. Igual vendrá acompañada de otra de veinte años, o incluso de mi yo actual de veinticinco según vayan pasando las etapas de mi vida. Pero, por ahora, creo que he hecho honor a su recuerdo.

Ahora falta buscarnos algo nuevo.

Y la suerte que tengo, ya que parece que hasta ahora no he tenido demasiada, es que eso al menos no lo tengo muy difícil.

Sonrío.

—Para recordarte de otra manera.

16

En las películas, igual hubiera habido una gran escena bajo la lluvia en la que yo hubiera ido corriendo a buscar a Hugo y me lo hubiera encontrado en su casa, triste porque no contaba con mi amor. Nos hubiéramos fundido en un gran abrazo que de los que no necesitan palabras. Y luego nos hubiéramos comido a besos como si nuestra cordura dependiera de ello.

En la vida real el metro cierra a la una y media, si vas a casa de alguien sin avisar es probable que te comas los mocos y al día siguiente tenemos que trabajar los dos.

Así que decido que, bueno, puedo esperar unas horas más.

Por la mañana me levanto con bastante energía porque he tomado una decisión. Puede —es más que probable, de hecho— que no sea la mejor decisión del mundo, pero es una. Y de verdad que yo solo necesitaba una. Con el resto me apaño, lo remiendo, lo arreglo. Tiramos para delante. Pero una vez cerrado —más o menos, si fuera tan fácil no habría tantas telenovelas de éxito— el capítulo de Lucas, tengo bastantes ganas de volver a besar a Hugo.

Y esa es básicamente la decisión: besar a Hugo.

No sé si alguien se esperaba que hubiera decidido algo más gordo. En tal caso, tenéis las expectativas demasiado altas conmigo.

Yo con esto me doy por satisfecha.

Tengo algo de miedo aún, porque no sé vivir sin él. El miedo y yo muchos días vamos de la mano. Miedo a que haya decidido pasar de mí. Miedo a que esté intentando darle una oportunidad a algo que se puede ir a la mierda y que, si lo hace, va a salpicar sobre todo mi vida profesional.

Miedo a volver a tener un mal ambiente de trabajo.

Pero esta mañana, *@eltrendelpasado* me ha puesto otro tuit que parece destinado a hacer que siga en la dirección planeada:

«No podemos ganar nada que no hayamos ido a conseguir».

La verdad es que cada vez tengo más sospechas de que se trata de alguien que intenta hacer *spam* en mi cuenta porque tengo un buen puñado de seguidores, a ver si de rebote le cae alguno. Me deja unas tres frases al día, son siempre en horarios de máxima audiencia en Twitter, y además no parecen tener relación con absolutamente nada de lo que yo comento. Ya puedo subir una foto comiendo pizza que me pondrá algo sobre la redención de las almas.

Pero algunas me gustan y me vienen bien, eso tengo que reconocerlo.

Hasta he empezado a seguirle. En parte para ver si cesa en su estrategia, si era eso precisamente lo que buscaba, pero parece que no. El misterio de las redes sociales.

También hay un puñado de buenos comentarios sobre el vídeo de mi canal personal que se subió ayer por la noche. Hablo de la diferencia entre el amor que leemos en los libros y el que yo he experimentado, y sí que es verdad que no me meto demasiado en berenjenales, pero esos temas tan personales suelen causar furor. A la gente le gusta verte vulnerable. Quizás porque así se sienten menos culpables ellos cuando lo son. O al menos eso interpreto yo.

Que también puede ser que no tenga ni puñetera idea de nada, como se ha venido demostrando.

No obstante, decidirme a intentarlo es gran parte del camino.

Me paso las yemas de los dedos por las palmas, sudorosas a pesar del calor. Sé que Hugo está en el camerino porque ambos tenemos la programación del otro y le toca hacer en una hora un *streaming* reaccionando a unos vídeos.

Antes me lo he cruzado, nos hemos sonreído y me ha dado un pequeño vuelco el corazón, pero no he tenido tiempo de pararle ni de hacer absolutamente nada. Y ahora no sé si es el momento perfecto, de hecho, lo dudo muchísimo, pero no me veo capaz de esperar.

Una cosa tengo clara: necesito aprovechar el ímpetu con el que me he despertado esta mañana. Pocas veces me ha pasado esto, he tenido esta energía, pero me suele pasar cuando me siento muy orgullosa de mí misma. Tengo un chute de poder que podría transformarme en casi cualquier dibujo animado.

Abro la puerta del camerino y me encuentro de frente a Hugo, sentado a una de las mesas largas donde nos suelen maquillar, con una sonrisa en la cara que se amplía al verme aparecer. Está solo y me lo tomo como una señal. Desde luego, esto solo puede ser el destino diciéndome que es el momento preciso para ir a por todas.

«Vamos, Elisa. Sé quien quieres ser. Y si te rompen el corazón, todas las Elisas que has estado creando estos últimos años te ayudarán a escoger uno nuevo».

—¡Hugo!

—Eli, justo estaba…

—No, déjame hablar.

Cierra la boca, algo confundido. Mira a un lado, como si esperara la reacción de alguien que no está.

—Claro, dime.

—¿Recuerdas lo que debatimos el otro día? Creo que ha llegado el momento de aterrizar.

Y, dramática como soy, recorro la distancia entre nosotros, agacho la cabeza y le planto un beso en los labios con toda la seguridad que siento por dentro. De que eso es lo correcto, de que es lo que quiero… y espero, por un segundo hasta casi rezo a dioses en los que no creo, que sea lo que él quiera también. Lo que siga queriendo.

Hoy en día vivimos en un mundo tan rápido que podría haber conocido a dos almas gemelas en ese tiempo que yo he dedicado a reflexionar. El riesgo de la adicción a la inmediatez, sobre todo en nosotros que estamos tan unidos a las redes sociales.

Duda un segundo, sus labios se quedan quietos sobre los míos. Puede ser lo inesperado del beso, pero el pánico atenaza mi piel y me eriza el vello de todo el cuerpo. Me he pasado. No es el momento, no es la manera. Ya no le gusto.

Al final corresponde al beso, quizás con más timidez de la que esperaba.

Igual no el momento bajo la lluvia, eso no es realista, pero quizás hubiera soñado con algo más de pasión.

—Mierda, Eli.

«Oh, oh» se me encienden todas las alarmas.

—Que ya estoy en directo…

«¿En directo?» y no sé si lo he pensado o lo he pronunciado en voz alta.

Mis ojos barren la sala, dispersos, con la visión algo borrosa, para encontrarme con su móvil apoyado sobre el espejo del tocador, a su izquierda. Apuntándonos de pleno.

La imagen que nos devuelve la cámara interna es de una pareja agarrándose como si el mundo se fuera a caer y mi cara roja como un tomate al darme cuenta de que acabo de besar a Hugo delante de quién sabe cuántas personas.

Tardo unos segundos en reaccionar.

—Eh… bueno, hola a todos y todas. —Es lo único que me sale, soltando el cuello de la camiseta de Hugo para saludar con la mano —. Espero que estéis pasando un buen día. Yo, eh… yo ya me iba.

Carraspeo y evito mirar al chico, muerta de la vergüenza. Casi me tropiezo con mis propios pies al salir a la carrera del camerino, y una risa estúpida me envuelve cuando cierro la puerta tras de mí.

—Seré idiota… —murmuro para el cuello de mi camisa.

Me paso las manos por la cara, aún riéndome de lo surrealista de la situación. No solo acabo de dar el primer paso por primera vez en toda mi vida, sino que ha sido testigo de ello media España y parte de Latinoamérica. Si hubiera sido yo la que estuviera en *streaming*, no hubiera tenido ni la mitad de repercusión, porque mi canal es mucho más pequeño tanto en volumen como en fanatismo. Pero claro, tengo que hacer las cosas a lo grande, o no las hago. O eso parece.

El sonido de la puerta a mis espaldas me saca de mis preocupaciones:

—Que sepas que se han duplicado los espectadores del directo en cuanto me has besado. No sé, quizás deberías hacerlo más a menudo.

Me doy la vuelta. Hugo me observa con una sonrisa y me enseña la pantalla apagada de su móvil antes de guardarlo en el bolsillo.

—Les he dicho que tenía algo importante que hacer y han enloquecido. Creo que acabas de darle más publicidad a *Desconexión* de la que pone en tu contrato, deberías exigirles un aumento de sueldo.

—Qué vergüenza… Lo siento mucho.

—No sientas nada. Los comienzos alucinantes preceden historias más alucinantes todavía.

Abro mucho los ojos al reconocer mis propias palabras saliendo de sus labios.

Alza ambas manos para abarcar con ellas mi rostro y me acerca lentamente hacia él para volver a besarme. Es cálido, es reconfortante y está… bien.

Y como he dicho, eso es todo lo que necesitaba.

No suelo equivocarme en mis predicciones.

***

Lola se ha vuelto a plantar en mi casa. Pero esta vez no está sola.

La verdad es que los jueves por la noche se están convirtiendo en algo bastante entretenido desde que llegué a Madrid, y no por los motivos que hubiera esperado.

Viene con una muy llorosa Rocío, que lleva el pañuelo de papel casi tatuado en la cara y gimotea de forma muy ruidosa. Lola me mira y ladea la cabeza, como diciendo «Esto es importante» y yo me meto el móvil, que había estado revisando hasta ese momento, en el bolsillo de la bata.

Arrastra a Ro del brazo y la mete en mi casa antes de que a mí misma me dé tiempo siquiera a abrir la boca.

—Pasad, pasad… —acabo murmurando, flipando en colores.

Lola sienta a Ro en el sofá y, si bien no tengo muy claro de qué va todo esto, sí que empiezo a notar un tufillo que reconozco de sobra. Apesta a decepción.

—¿Alguien me va a decir a qué se debe esta invasión de la propiedad privada?

—A que tenemos un amigo que es un capullo.

—Lucas.

Lola asiente y yo suspiro, dejando caer los hombros. Voy directa a sentarme encima de la pequeña mesita del salón, enfrente de Ro, y pongo mi mano sobre su pierna.

—Te ha dicho algo malo, ¿no?

Ro asiente, tragando saliva de manera muy ruidosa y clavando sus ojos anegados en lágrimas en mi rostro. No creo que esté mirando a nada en específico, pero aun así la potencia de su mirada me abruma, como siempre. Ella lo hace todo con demasiada energía.

Quizás hasta querer.

Y en eso la entiendo.

Cuando queremos con demasiada fuerza, ya no nos quedan energías para nada más.

—Le ha estado echando la bronca por contártelo —explica Lola, ante la imposibilidad de Ro para pronunciar palabra.

Me mira con el ceño fruncido y entiendo esa mirada por encima de todas las cosas.

—Joder… Lucas se ha quedado estancado en los dieciséis años.

Es lo primero que me sale porque también es una verdad que se revela de golpe en mi mente. ¿Cómo se te ocurre echar la bronca por algo así? Es más, ¿por qué te crees con derecho a siquiera echarle la bronca sobre nada cuando has sido tú quien ha jugado con sus sentimientos?

—¿Y qué le has dicho?

—Na… nada. —Traga saliva, pasándose el pañuelo por la punta de la nariz y sorbiendo después—. Me ha puesto un parrafazo sobre que hablamos de no ir contándolo por ahí y que ahora todo el mundo va a pensar que él es «el malo».

—¿El malo de qué?

—Yo qué sé, tía. Yo qué sé. Es que ni siquiera sé qué contestarle. ¿Que no quieres nada conmigo? Bueno, puedo haber malinterpretado las señales, vale. Me va a doler, pero lo aceptaré. Pero ponerte a darme órdenes sobre a quién puedo compartirle algo de mi propia vida, eso ya no me parece…

Se interrumpe, abrumada de nuevo. Yo la envuelvo entre mis brazos con fuerza, echándome hacia delante y levantando el culo de la mesa, agradeciendo al gimnasio el poder hacer esa especie de sentadilla durante más de diez segundos.

Ro sí que es de abrazos, de contacto, de cariño físico.

Por eso Lola le acaricia la espalda con la mano, aunque sería algo que a ella no le gustaría que le hicieran.

Me pregunto por un segundo cómo estará Lola. Seguro que el tener que cuidar de Ro le está viniendo bien, porque tiene un instinto protector muy grande y prefiere sentirse de ayuda que ser ayudada. Aunque apostaría algo a que ella no lo clasifica así en su mente.

—Puede que haya sido culpa mía. O sea, igual no tendría que haberle dicho nada el otro día…

—Tía, no —me corta Lola, con voz grave—. Somos sus mejores amigas. Conocemos a Lucas. Es normal que nos lo cuente. Y qué coño, es su vida. No puedes pretender que no se lo comente a sus amigas, por Dios… es que, de verdad, este chico es nuestro amigo por antigüedad, pero no por méritos.

Reflexiono un poco sobre lo que acaba de decir Lola, porque es algo que ya me había venido a la mente en alguna ocasión. Esos amigos que lo siguen siendo porque los conoces desde hace tantísimo tiempo que casi no sabes no tenerlos en tu vida. No obstante, si aparecieran en tu día a día es probable incluso que hasta los detestaras.

Y realmente Lucas ha hecho varias en el grupo —pasar de contestar mensajes, poner otros planes por encima de quedar con nosotros, algunos feos más…— que no le perdonaríamos a alguien que acabáramos de conocer. Se lo perdonamos a él porque «es Lucas».

Dejo escapar el aire con fuerza.

—Lola tiene razón. Y yo misma se lo dije. No tiene que importarle lo que opinen los demás. Me llama la atención lo de que tenga miedo de quedar como «el malo», ¿frente a quién? ¿Va a haber un juicio y no nos hemos enterado?

—No lo sé. Me jode tanto…

—Normal. Pero piensa que es mejor que pase esto ahora a después de unos meses de mareos. Porque ten por seguro que te hubiera seguido mareando, forma parte de él.

Me callo, porque sé cómo se tiene que estar sintiendo Ro en ese preciso instante. Me está sentando igual que a ella: mal. Es complicado asumir que una persona a la que tenías tan idealizada se dedica a jugar contigo.

—Somos dos pringadas, Eli.

La tímida sonrisa que escapa de entre los labios de Ro, seguida de una pequeña risa que hace que se le escape un poquito de baba, me hace sonreír a mí también.

—Hostia si lo somos. Las máximas pringadas del universo.

Lola nos mira alternativamente, a la una y a la otra, como si no pudiera creerse lo que está presenciando. Sí que es verdad que no solemos tener interacciones así, las tres, porque solemos estar también con el resto del grupo. Incluso con los que no están ahora mismo en Madrid, que parece que han dejado de existir, al menos para nuestra pequeña burbuja.

—Sois unas pringadas y estáis locas.

—Bueno, para compensar.

—Eso no tiene nada que ver…

Nos enzarzamos en una discusión de broma que creo que nos calma los corazones. Al final, acabamos entre risas y tirándonos los cojines del salón, como si fuéramos tres adolescentes de una serie americana.

—Mira, Ro, seremos unas pringadas. Pero somos unas pringadas que se han dado cuenta a tiempo. Y si Lucas no sabe querer… no

seremos nosotras quienes le vayamos a enseñar.

—Uf, no. Qué pereza, tías —resopla Lola—. Esa gente que está «rota» y se supone que tú les tienes que «arreglar». Yo no soy el mecánico de nadie, ¡si no sé ni ponerle gasolina al coche! Por favor, vengan con sus mierdas solucionadas de casa. Gracias.

Dice todo esto con tal mueca de asco en el rostro que no puedo evitar soltar una sonora carcajada.

—Yo hubo una época en la que soñaba un poco con eso —reconoce Ro, con la boca muy pequeñita, como si le diera muchísima vergüenza—, con ser la que consiguiera abrir a Lucas. Desde la ex esa que tuvo que le dejó tan tocado, no sé… pensaba que sería bonito que conmigo fuera diferente. Por eso cuando pasó lo que pasó me negué a creerle cuando me decía que había sido solo divertido. Que no había nada más allá. También fue culpa mía, por tonta.

—Creemos lo que el corazón desea, no lo que razona la cabeza.

Le pongo la mano en el muslo y lo acaricio con ternura. Hablar de Lucas, sobre todo de Lucas con ella, aún escuece. Las heridas no se cierran a tanta velocidad. Pero estoy consiguiendo poner por encima la preocupación por mi amiga, que está mal y necesita mi apoyo, antes que el hecho de personalizar que está mal precisamente por Lucas.

Ha sido un día bueno con Hugo, creo que lo peor que puedo hacer ahora mismo es mancharlo con más dudas.

—Deberíamos hacer un club de olvidar a Lucas, ¿qué te parece? —propongo, intentando recuperar la alegría que me ha embargado hasta ahora.

—Venga, ¿pero hay camisetas?

—Y puntos. Cuanto más aguantemos sin hablarle, más puntos ganamos. Nos vamos invitando a cafés, al cine… todo un sistema. Lo montamos. Nos hacemos un logo, un lema… una comunidad.

—Seguro que podemos rescatar a otras desgraciadas si vamos a su Instagram.

—Por supuesto. Seremos las máximas salvadoras del mundo. Lo próximo, el Premio Nobel de la Paz.

—Yo creo que con salvarnos entre nosotras ya viene siendo suficiente.

—Claro, ¿para qué están las amigas?

Nos fundimos las tres en un abrazo tan torpe que el codo de Lola acaba en mi ojo y mi rodilla en la entrepierna de Ro, generando un coro de gemidos de dolor que acaban en otra ronda de carcajadas.

—Venga, voy a pedir unas pizzas y vemos una película. Tú no tienes que trabajar mañana y yo me puedo ir desde aquí con esta ropa —sentencia Lola.

Y así de fácil se empantanan en mi casa como solo pueden hacer las amigas de toda la vida: con toda la cara y todo el morro del mundo. Así de fácil también entierro la parte de mí que desea estar un ratito sola y que sabe que, otra vez, no se va a llevar táper al trabajo.

***

En el plató de *Desconexión* está todo apagado.

No es un día especial, no hemos terminado la temporada ni nada por el estilo. Solo ha acabado una jornada de grabación especialmente larga.

Al final hemos descubierto la ducha personal de Mariana Torres y entre todos le hemos puesto morritos hasta que nos ha dejado usarla hoy por primera vez. Nos hemos reído, hemos hecho turnos y ahora me están esperando fuera para irnos a tomar unas cañas.

El champú de Mariana huele a flores, y me siento como si oliera a ella más que a mí misma, pero se me ha quedado aún más grabada la palmadita que me ha dado en la espalda seguida de una sonrisa de satisfacción antes de felicitarme por el trabajo que estoy haciendo. Todos los demonios que tenía dentro respecto a mi anterior trabajo, incluso cualquier asomo de duda que pudiera rondar mi cabeza sobre haber aceptado este —tan arriesgado, tan nuevo, tan invasivo de mi vida privada— se desvanecen con esa palmadita. Como si me los sacara con un golpecito cariñoso.

El directo en el que besé a Hugo, aunque ya no existe en internet, ha generado una serie de clips y memes que reinan por todo el ciberespacio y que han conseguido poner a *Desconexión*

como el portal número uno de entretenimiento en habla hispana en cuestión de días. No es que fuera demasiado difícil, porque los números ya eran buenos, pero desde luego ha sido el empujón que hacía falta para que en todos los rankings subiera como la espuma. Desde el departamento de *marketing* nos han propuesto otra estrategia: hacer como si no hubiera pasado nada. Deleitar a la audiencia con pequeños gestos para que se vuelvan locos, hagan conjeturas y, sobre todo, para que quieran más.

Lo que me resulta más divertido de todo es que sus espectadores, que normalmente no consumen el contenido que yo produzco —les van las bromas, no los libros—, han comenzado a invadir mi canal. Tengo aproximadamente diez mil suscriptores más desde el «momento beso» y cientos de comentarios maravillosos de gente que ha venido por el salseo y se ha quedado porque varios libros de los que hablo les han llamado la atención. De hecho, hoy mismo he recibido el primer e-mail de uno de ellos que afirma haber empezado a leer una de mis recomendaciones y que, a pesar de nunca haber sido un lector asiduo, se ha enganchado como un adolescente.

Qué fantasía.

Me llena el corazón ver que cuando te esfuerzas e intentas hacer el menor daño posible, las cosas por lo menos te sonríen un poco.

Todo parece haber vuelto, con calma, a un cauce sano: Lola está feliz con su nueva compañera de piso y disfrutando de esas cosas que, de repente, tenía ganas de hacer. No es que siempre las haya tenido, y así te lo explica ella. Pero quiere hacerlas y le explota el pecho cada vez que puede seguir alguno de sus impulsos. Creo que ha tenido un par de citas, pero Lola no ha sido nunca de hablar abiertamente de eso, así que me consideraré una afortunada si algún día lo comenta conmigo.

Ro se ha echado novio. Sí. En cuestión de una semana desde que vino a mi casa llorando. Resulta que decidió darle una oportunidad, una de las de verdad, de las relucientes, al chico que llevaba viendo una buena temporada. Los dos son muy impulsivos y cortocircuitaron a la vez, en una corriente eléctrica que los ha llevado hasta a irse juntos de viaje el próximo fin de semana.

A Toledo, es cierto, pero sigue siendo un viaje de pareja.

Venga va, os lo reconozco, ella no le llama novio. Pero sí que habla de él como si lo fuera, o como si al menos tuviera planeado serlo en un futuro cercano. Se llama Tomás y a Lola y a mí ya nos cae superbien solo por existir y no ser Lucas. Vamos a reconocer que con el tema Lucas, los chicos que entran en nuestra vida tienen el cielo ganado.

Paula sigue un poco mal con su chica, pero trabaja en ello. No nos hemos vuelto a enrollar —solo me faltaría tener ese drama en mi vida— y lo hemos llevado con bastante naturalidad. Ser amigas se nos da bastante bien e incluso ha habido un momento muy gracioso en el que uno de los chicos más populares del instituto me escribió por Instagram para preguntarme si estaba liada con ella, porque solemos subir bastantes *stories* haciendo el tonto. Lo consulté con ella y decidimos decirle que sí, solo por generar una especie de explosión entre todos nuestros antiguos compañeros de instituto.

Y parece que así fue, porque desde entonces no hay día que no me escriba Paula porque le ha contactado alguno de sus examigos para preguntarle por mí. Incluso ha habido quien se ha atrevido a decirle que se le hace rarísimo porque yo soy, y cito textualmente, «una friki». Un motivo más para reírnos juntas y sentir lástima por aquellos que se quedaron atascados en los dieciséis años.

Qué tristeza no poder avanzar con tu vida y tener que meterte en la de otros.

—¡Eli! ¿Te vienes o te esperamos allí?

Claudia se ha asomado otra vez al plató para buscarme y me dedica una gran sonrisa.

«Joder, qué suerte tengo» no puedo evitar pensar.

—Voy, voy. Perdona.

Me apresuro a seguirla y a ponerme la cazadora mientras nos metemos en el ascensor. La primavera ya ha llegado a Madrid y estamos en esa época en la que la luz es diferente y con ella, las personas.

Me cuelgo el bolso, cruzado sobre mi cuerpo, y saco el móvil del bolsillo de mi pantalón para meterlo en uno de sus compartimentos.

El aparato parpadea con un mensaje de Lucas que hace días —¡días! No sé cuántos puntos son esos, pero creo que muchos— que ni siquiera abro porque he conseguido que, más o menos, me dé igual.

Hugo y yo hemos tenido ya dos citas estupendas que han acabado en un sexo torpemente maravilloso y en las que, sobre todo, me he reído hasta que me ha dolido el pecho. Y, aun así, cuando el ascensor se abre y nuestros ojos se encuentran, no puedo evitar sonreír como una tonta. Y en cierto modo, hasta Elisabeta resucita un momento para suspirar, enamorada.

Enamorada.

Madre mía, qué sentimiento más grande.

Alarga la mano hacia mí con una naturalidad que sigue fascinándome y entrelazamos nuestros dedos como si siempre tuvieran que estar así. El calor de su mano en la mía se extiende hasta mi corazón y me siento en paz. A ratos me sorprendo acostumbrándome a que todo sea fácil, a que no haya dobles sentidos, a que haya voluntad y el amor lo envuelva todo.

Me da un beso fugaz que hace que se me enciendan las mejillas.

«No todo en la vida tiene que ser doloroso, Elisa. A veces puede, simplemente, encajar».

Agradecimientos

Este libro quiero agradecérselo a mucha gente. A todos los que me han enseñado, en mi vida, lo que implica querer bien. A todos los que me han mostrado lo que no quiero, incluso. La vida es un camino en el que puedes elegir tomar impulso o permitir que te hagan caer. Y no pasa nada si decides esto último mientras estés dispuesta a volver a levantarte.

Muchas gracias a Myriam, por creer en esta historia desde el principio y ayudarme con la propuesta editorial.

Gracias a la familia de Twitch, que estuvo conmigo en las maratones de escritura para acabar lo que entonces era Proyecto Juventud. Vuestro apoyo lo significa todo.

Gracias a Lu y a Nia, por ser compañeras en este caso también de editorial y, por tanto, de aventura. Aún tenemos una apuesta pendiente de resolverse.

Gracias a las lobas (Monja, Porri, Jana y Pastis) porque aprender de ellas y debatir sobre el amor me ayudan a ser una persona (y escritora) mejor. También a Sara y a Cris, porque llevan haciendo eso mismo desde hace ya quince añazos, y creo que nunca dejaremos de intentar entendernos (y eso es lo bonito).

Gracias a Aurora por convertirse en una presencia preciosa en mi vida últimamente y darme el poder de creer en lo que escribo.

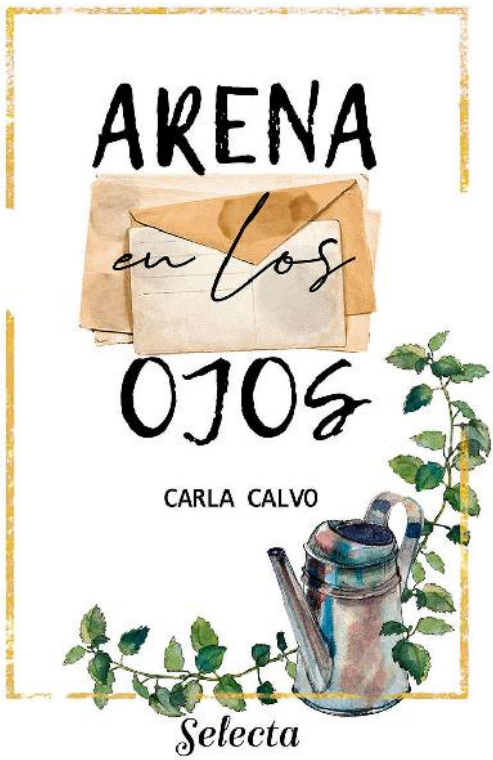
Mil gracias a Camino y a Selecta en general por darle una oportunidad a esta historia y por *fangirlear* con ella. Al fin y al cabo, es lo mejor que se le puede pedir a una novela romántica.

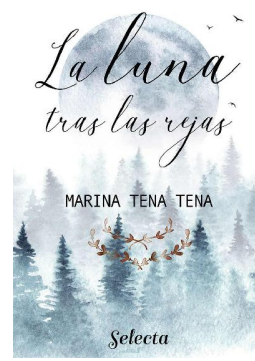
Y gracias a ti, siempre. ¿Por leerme? También. Pero, sobre todo, por cada pasito que das hacia intentar exigir que te quieran bien. Eso es lo más importante.

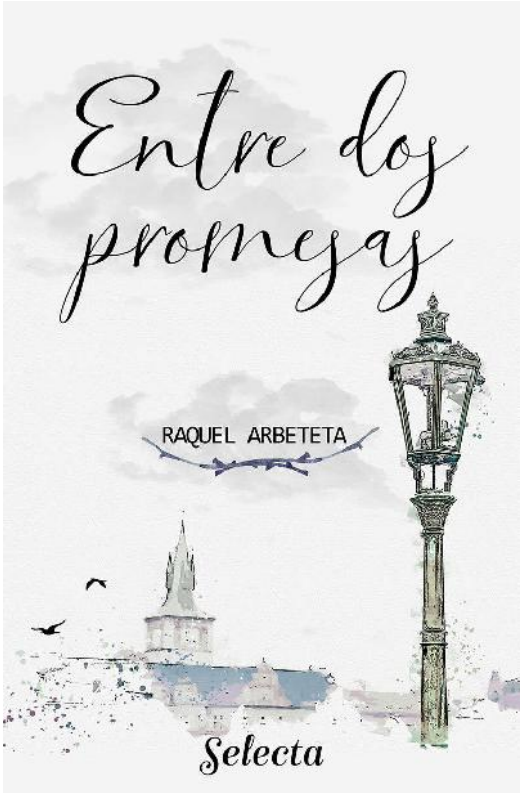
Si te ha gustado

Desconexión

te recomendamos comenzar a leer

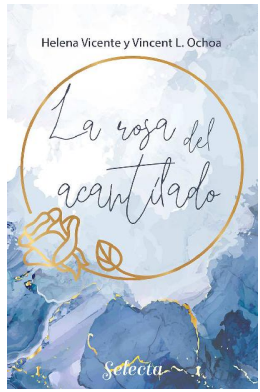


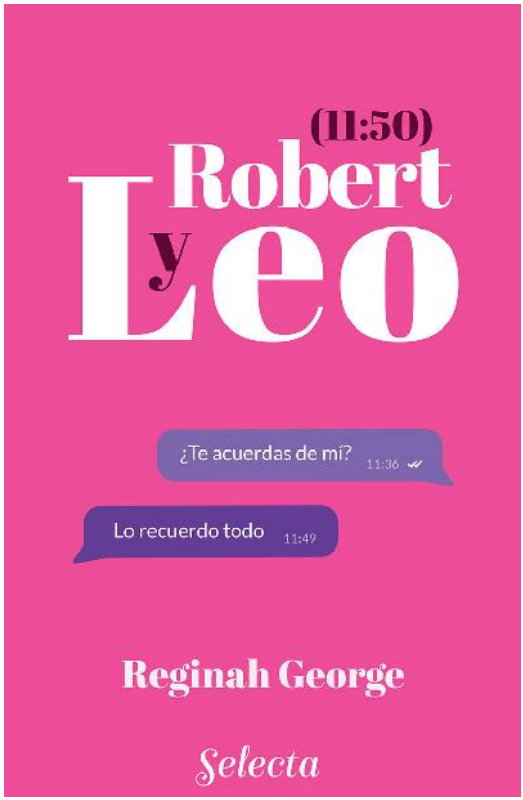


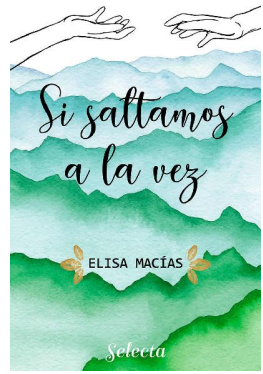

Entre dos promesas
RAQUEL ARBETETA
Selecta

DE TINTA Y ESPERANZA
MAEVA NIETO
Selecta

CRISTINA B. MORALES
LA
magia
DE
DOS
Selecta

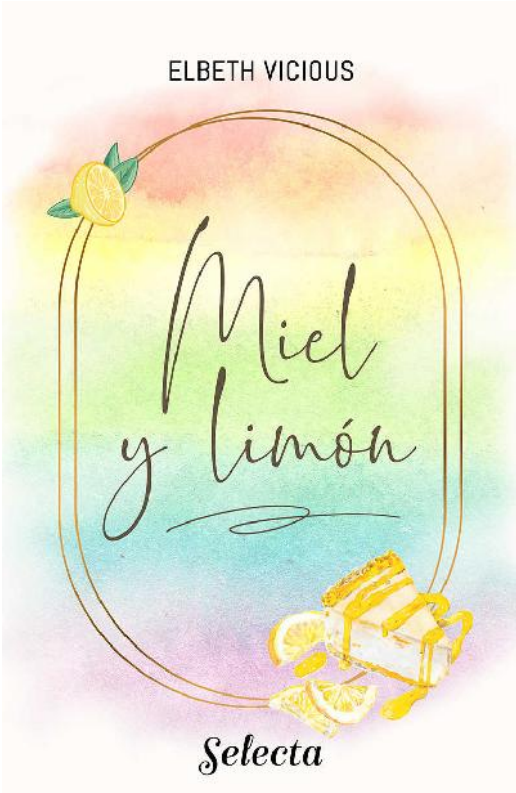

Helena Vicente y Vincent L. Ochoa
La rosa del
acantilado
Selecta


(11:50)
Robert y Leo
¿Te acuerdas de mí? 11:36
Lo recuerdo todo 11:49
Reginah George
Selecta

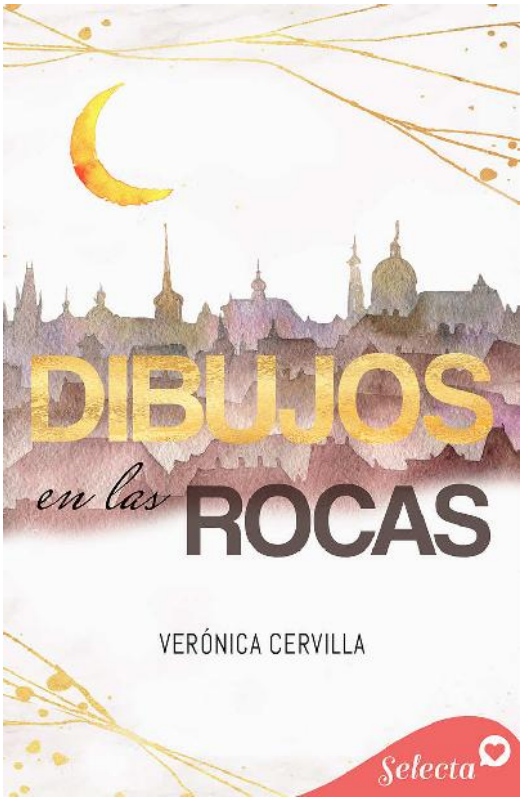

Si saltamos a la vez
ELISA MACÍAS
Selecta

Liz y Cath
PRIMERAS VECES
MERITXELL MATAS
Selecta

VOCES ENTRELAZADAS
SARA SAUDADE
Selecta


ELBETH VICIOUS
Miel y limón
Selecta

DEBORAH HEREDIA
Juntos hasta la Medianoche
Selecta


DIBUJOS
en las
ROCAS
VERÓNICA CERVILLA
Selecta

LUCÍA G. SOBRADO
SOMOS
PÍXELES
Selecta

La vida no siempre es fácil. Y menos cuando en tu corazón pelean un compañero de trabajo insoportable con unos ojos maravillosos, un primer amor inolvidable y una amiga con mucha química.

Elisa vuelve a Madrid para protagonizar el nuevo canal Desconexión, la mayor plataforma de entretenimiento de España. Pero regresar a su ciudad implica reunirse con sus amigos de siempre. Y entre ellos, está él. Lucas. Su primer amor, el chico del que lleva enamorada desde siempre. El que con tan solo una sonrisa la devuelve a los quince años y le enreda la vida. Todo se vuelve más difícil cuando conoce a su compañero de rodaje, TrollHugo en internet, al que pronto descubre que no soporta. Por chulo. Y por esos ojos azules que parecen atravesarla y rozarle el corazón. Y además se reencuentra con Paula, una de las chicas más populares de su instituto, por la que todos suspiraban, que de repente parece tener mucho interés en ser... ¿su amiga? Pronto descubrirá que los sentimientos que pensaba haber superado siguen estando muy

presentes en su corazón, mientras trata de luchar con su vena más adolescente de inseguridades y miedos. Porque aclarar lo que uno siente nunca es sencillo.

Una vida de pseudofamosa, mucha fiesta y, sobre todo, una chica que intenta hacer lo que le dicta el corazón sin perderse a sí misma por el camino.

Cristina Prieto Solano (1994, Ferrol), conocida en redes como «Nana Literaria», tiene un canal de booktube, uno de Twitch, modera y presenta eventos de literatura juvenil en Madrid (cuando las pandemias mundiales lo permiten) y se mete de cabeza en todos los fregados a los que la inviten, sobre todo si le dejan hablar. Además de escribir y leer, sus otras pasiones son sus dos gatas, los bailes latinos, el voluntariado con personas sin hogar y no tener tiempo libre. Se dedica profesionalmente a la cooperación internacional y su misión en la vida es pasar por ella siempre con una sonrisa. En 2009, con quince años, publicó su primer libro. Desde entonces, le han seguido siete más. *Desconexión*, su novena novela, es una obra a la que le tiene especial cariño en un género que le encanta: la romántica. http://www.youtube.com/c/NanaLiteraria https://www.twitch.tv/nanaliteraria

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: mayo de 2021

Travessera de Gràcia,Barcelona Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del . El estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Composición digital: leerendigital.com Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Desconexión

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Cristina Prieto Solano

Créditos